UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket

ES-POETAS-PESTIMI

PARTIAL TITLE

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

LUX LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PN 1268
.C24

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/trespoetaspesimi00calc

TRES POETAS PESIMISTAS

DEL SIGLO XIX

ESTUDIO CRITICO

POR

JULIO CALCAÑO

CARACAS
TIPOGRAFIA UNIVERSAL
1907

PQ1265
C24

A M. A. Matos.
Recuerdo de su amigo, que mucho la aprecia,
Julio Calcaño.

TRES POETAS PESIMISTAS

TRES POETAS PESIMISTAS

Si entre las diversas escuelas literarias de estos tiempos, la del naturalismo, ya moribundo, se manifiesta pornográfica y desnuda de nobles ideales, la del decadentismo aparece pesimista y vacía.

El decadentismo, que tiende á privar hoy en las letras, es consecuencia natural del gran movimiento literario del siglo XIX. Siempre ha acontecido lo mismo en todas las épocas, porque todas tienen su brillantez y su decadencia, su mocedad y su vejez. La forma puede resplandecer por medio de la imitación con los rayos de oro que dieron brillo externo á las obras magistrales, pero la idea, el alma de la concepción, desaparece, el

sentimiento decae, y una palidez profunda da á todo el trabajo el aspecto de las cosas muertas.

Es como un cadáver iluminado por las luces doradas del crepúsculo de la tarde, y en un cadáver son naturales la soledad y la nada.

Luégo, como en toda época de transición y de análisis, el arte carece de un ideal determinado, pues hay tantos ideales cuantos ingenios existen, á pesar del acercamiento y trato continuo de los diversos pueblos. Entiendo por ideal en este sentido la transformación de una idea sublimada por el fuego de la pasión. De modo que la gloria, que no es sino una idea, llega á ser un ideal para el alma inflamada por el deseo de alcanzarla. La gloria, por ejemplo, es el ideal de Leopardi, como la belleza es el ideal de Shelley. Pero tales ideales son de la poesía personal de estos poetas, y no les ha impedido sostener ideas de tristeza, de desesperación y de muerte, hijas de un esceptisismo indómito y definitivo.

Cuando Zola dice que los poetas románticos son los *obreros* del ideal, sienta un despropósito, porque da á entender que no sabe lo que significa el vocablo, y

que él mismo tiene un ideal, aunque falso, cuando se llama *obrero* de la verdad, porque la verdad no es un ideal positivo, ni el idealismo y el naturalismo son industrias para tener obreros.

Aunque la literatura, pues, carezca hoy de ideal definido y universal, no hay grande ingenio que no tenga el suyo, y es un error suponer, como tantos, que los poetas pesimistas no tienen ninguno.

El pesimismo obedece á otro orden de ideas y de sentimientos. Asombra, sí, que en el optimismo industrial del día, en el afán de bienestar y de placeres que mueve hoy al mundo, se aloje asimismo esta idea pésima de que la vida es un mal y un beneficio la muerte porque en el mundo sólo reina el dolor.

El pesimismo no es nuevo: desde Job y Salomón, desde Hegesías y los poetas griegos y romanos hasta los tiempos actuales pueden encontrarse tremendos gritos de desesperación y de muerte, porque el dolor y la duda nacieron con el hombre; pero nunca llegó á ser como ahora constante y sistemático.

¿A qué se debe este fenómeno en casi todas las escuelas de la literatura moderna?

Sin duda que los enciclopedistas, y Godwin, Schopenhauer y Hartmann son impulsadores de tal movimiento, pero siempre hubo filósofos pesimistas, y nunca fueron los filósofos los más leídos y aplaudidos.

Las causas históricas son varias y complexas, y no es de este lugar estudiarlas. Es, sí, indudable que los tres grandes poetas, Byron, Shelley y Leopardi, han ejercido considerable influencia en este mal del siglo, porque el poder de los poetas es más formidable, más intenso y duradero que el poder de los conquistadores y de los hombres de Estado, como observa Enrique Piñeyro.

En el intento de estudiar las causas distintas y extrañas que han concurrido á determinar el extravío filosófico y literario de los tres grandes poetas que mayor influencia han tenido en el pesimismo imperante, he escrito este libro, que patentiza, ya los resultados funestos de una educación viciosa, ya el poder de la sugestión y del medio social, ora el de las ideas tenebrosas inspiradas por la desventura; y de todos modos las consecuencias pavorosas de esta enfermedad humana que se complace en contemplar

sólo lo misterioso y trágico del destino humano, para caer en el abismo de todas las negaciones.

El pesimismo exagerado pasará, como pasaron las exageraciones del estoicismo y del pirronismo. La naturaleza es demasiado hermosa y sabia para permitir el gigantesco suicidio de la humanidad, pero las obras magistrales de estos tres grandes poetas serán siempre admiración del mundo por sus brillantes calidades literarias.

I

LORD BYRON

Lord Byron

I

Byron tenía gran talento y gran corazón, cosas que no andan siempre juntas en los grandes hombres; y aunque ello aparece de su vida, de su correspondencia y de sus obras, no han faltado quienes le nieguen una ú otra cosa, y son muchos los que lo consideran aún como un enigma. La impresión que dejaba en el ánimo de los que le trataban era distinta: amábanlo unos, los otros lo consideraban como un sér maligno. Los críticos no están de acuerdo tampoco respecto de sus facultades poéticas: Macaulay, por ejemplo, le reconoce ingenio, mientras que Taine le niega toda facultad imaginativa. Aun los escritores y poetas que ó le trataron personalmente ó tuvieron correspondencia con él, no se avienen al juzgar su carácter. Mientras Gœthe lo califica de primer poeta inglés después de Shakespeare, y la Condesa Guiccioli, que lo amaba, dice que era un arcángel, Southey y otros lo consideraban

como el principio de la maldad encarnada, Carlyle sienta que fué un simple mentecato malcriado, y muchos lo consideran inferior á Shelley, no sólo por las dotes artísticas sino también por la potencia creadora. Nada de singular tiene esta diversidad de juicios, que nace unas veces de la divergencia de gustos y de escuelas, y otras del diferente trato con un hombre de desigual carácter, altivo, impaciente, y ensoberbecido con su alcurnia y su talento poético. La soberbia y la bondad, que era lo que inspiraba tan encontrados juicios, se transparentan ó se ven claramente aun en el tono ya apasionado, tierno y magnánimo, ya desdeñoso y altivo, que manifiesta en sus admirables versos; y de tal dualidad debe considerársele completamente irresponsable, porque todo lo bueno y lo malo que se encuentra en sus hechos y en sus creaciones, cuando no es heredado é innato, es fruto de la desgracia, de la soledad, y de una educación viciosa, como puede deducirse del examen de su origen, de su vida y de sus obras.

Por otra parte parece ser destino de los grandes hombres que al lado de su historia auténtica, brote, á modo de parásito, una leyenda casi siempre perniciosa; y la leyenda de Byron, obra en su mayor parte de la envidia, los celos y el odio que inspira toda grandeza, no resiste en lo que tiene de más cruel á un estudio sesudo é imparcial.

Byron procedía de una raza fuerte y ruda.

La Escandinavia ó antigua Escania está dividida por una cordillera de montañas, cuyas costas bañan el mar Glacial, el del Norte y el Báltico, en las regiones cercanas al polo ártico. Golfos y cabos cortan estas costas rodeadas de infinidad de islas. Hacia el polo se ven llanuras heladas y gigantescas montañas de hielo de diversas formas, que se rompen y dispersan en los meses del estío, en que el sol permanece sobre el horizonte. Las ventiscas que soplan de las tierras desoladas del polo arrastrán también enormes masas de hielo que se precipitan en el mar con espantoso estrépito y arrastran á las veces fragmentos de rocas. El sol, que se mantiene en el horizonte durante largos días del estío, no sale ya en el invierno. En lo restante del año las auroras boreales coloran la nieve y la escarcha resplandeciente con vivos reflejos de vistosos y variados colores, en medio de una vegetación lujuriante y poderosa que nace como por obra de encantamiento. En aquellas regiones singulares habitaron los normandos, raza valerosa y feroz que hizo temblar á la Europa occidental.

« Sus velas, dice Macaulay, (1) fueron por largo tiempo el terror de ambas costas del Canal. Llevó repetidas veces sus armas al corazón del imperio Carlovingio, y venció bajo los muros de Maestricht y de París. »

La caza y la pesca retemplaban el alma de aquel pueblo con el espíritu de la indepen-

(1) The History of Eugland from the accession of James II.

dencia. Abundaban entre los escandinavos los reyes supremos y los reyes tributarios, los corsarios ó reyes del mar, los condes, los barones, los capitanes de hombres libres, los jefes de vasallos. Reyes había que eran al mismo tiempo Pontífices y Generales, y aun los padres de familia eran en sus tierras como monarcas con derecho de vida y muerte sobre los suyos.

En aquel pueblo altivo y rudo todo era orgullo y ansia de poder: todos querían ser potentados, mandaban todos, y el que era padre y no tenía autoridad, buscaba poder, subsistencia y gloria asolando los mares con el corso. Su religión era la de Odín, aquel jefe arrojado por la conquista romana de las vecindades del mar Caspio y del Cáucaso hacia las regiones desoladas de Escania. Padre de los estragos, salteador, incendiario, las costumbres de su pueblo, de suyo sanguinarias, libres y feroces, tenían que recrudecerse en aquel medio solitario, frío y abrupto. De ahí nacieron naturalmente el Walhala y el Nistheim. El Walhala, es el cielo en que jamás entran sino los hombres bravíos, cuya suprema felicidad es la de combatir sin descanso para morir por la noche y renacer al día siguiente, asistidos siempre por las vírgenes walkirias, que los excitan al combate y les escancian la cerveza y el hidromiel. El Nistheim es el infierno adonde bajan los cobardes condenados á la inmortalidad, la espera eterna y las privaciones sin término ni salida. Así, aquel pueblo, aristó-

crata, inquieto, orgulloso, batallador, estaba lleno de la audacia salvaje y de la crueldad del león. En medio de su barbarismo vivían apasionados por el lujo, como si conservasen las tradiciones de alguna civilización muerta, y unían á todo esto una estatura elevada y majestuosa, un porte notable é imponente, y un semblante de extraordinaria belleza.

Con tal religión y tales costumbres, su valor era impetuoso, febril y despreciativo, y ni temía las borrascosas tempestades del océano ni las afiladas lanzas del enemigo.

En aquella naturaleza grandiosa y singular abundaban los poetas y las poetisas, que tenían un arsenal en las tradiciones las poéticas de su mitología, en el Edda y en las Sagas. Es una legión de dioses y de héroes, de guerreros indómitos y de temerarios piratas, de conquistadores audaces y de mercaderes laboriosos.

El sentimiento del honor, el amor y el odio, llegan á las veces á lo maravilloso en los cantos de los escaldas de que se rodean los príncipes y los potentados. ¡Qué amor y qué delicadeza! ¡qué pasión, que virtud, las que pintan los poetas escandinavos! Y en medio de todo esto, qué ferocidad tan terrible!

Cuando el sajón Ella hizo prisionero á Lodbrok y lo arrojó en un hoyo lleno de víboras, Lodbrok entonó un canto de muerte lleno de ferocidad, entre cuyas estrofas se encuentra ésta: « Pero no ceso de reír, porque sé que me está preparado un asiento en las salas de

Odín; dentro de poco beberemos allí la cerveza en las copas hechas con los cráneos de nuestros enemigos. »

El dios de aquellos hombres era un dios de destrucción y de sangre.

Al lado de estas erupciones volcánicas se ve la sensibilidad y la delicadeza.

Hagbar es un héroe, y prefiere morir á romper las ligaduras con que le ató una mano pérfida, porque aquellas ligaduras son los cabellos de su amada Signilda.

Grimilda hace resbalar y caer al guerrero Hagen, y luégo le recuerda que había jurado no levantarse para combatir con un enemigo, si caía en su presencia; y Hagen sigue combatiendo de rodillas, y aun mata tres enemigos.

Orm, que va á lidiar con un gigante, golpea en la tumba de su padre, sepultado en una montaña, y golpea con tanta fuerza que despedaza la roca y el padre despierta. ¿Quién es el temerario, pregunta, que viene á turbar mi reposo?

—Soy yo, Orm, tu hijo.

—¿Qué quieres? El año último te dí montones de oro y de plata.

—Cierto: el año último me diste montones de oro y de plata; pero hoy quiero tu espada.

—No obtendrás mi terrible espada Birtinga hasta haber ido á Irlanda á vengar mi muerte.

—Si me la niegas hago cinco mil pedazos la montaña en que estás sepultado.

El anciano guerrero le da su espada; y Orm mata al gigante, y luego va á Irlanda y mata á los asesinos de su padre.

Nada puede pintar mejor que ese trozo de literatura la enérgica voluntad, la audacia imponderable, el espíritu de venganza y el desprecio á todo lo humano en aquella raza singular que todo lo lleva á la exageración: la virtud y el crimen, la bondad y el mal. ¿Queréis algo que manifieste la virtud más pura, el mayor respeto religioso, la santidad de la mujer?

Pues un día la reina Ana se confiesa en la hora de la muerte, y su mayor culpa es haber almidonado su gorguera un domingo por la mañana.

¡Mujer sublime! la religión cristiana entró en ella para recrearse en aquella fortaleza de roca, tan grande como el espíritu divino que alentaba á los mártires en el circo romano.

De esa raza indómita había nacido el gran poeta británico.

II

El apellido del poeta, de origen escandinavo, fué primitivamente Buruns y Burun, é hizo después en Inglaterra Búrun y Buron, y por último Byron. Individuos de esta antigua familia emigraron en tiempos remotos abandonando el solar de sus antepasados. Una rama

se estableció en Normandía, y en Livonia otra, á la cual pertenecía el célebre Mariscal de Burun, que gozó de absoluto poder en los comienzos del imperio ruso. Cuando el normando Guillermo el Bastardo, apellidado más tarde el Conquistador, invadió las islas británicas, llevaba en sus huestes victoriosas dos miembros de la familia Burun, que, terminada la conquista, fijaron definitivamente su residencia en Inglaterra. Uno de estos, Ralph de Burun, fué el tronco ó la estirpe de los Byrons. A él y á su hijo Hugo, Lord de Horestan Castle, se les cita honrosamente en la Historia de Inglaterra. Fué en el reinado de Enrique II, cuando Roberto de Byron adoptó la variación del apellido tal como han venido escribiéndolo sus descendientes. Varios miembros de esta familia desempeñaron altos cargos en la monarquía británica, y se señalaron en el ejército y en la marina por su bizarría y altivez; y aun hubo alguno que, por el predominio de la rectitud y la bondad, se señaló al mismo tiempo por su carácter piadoso, afable y caritativo.

Sin duda por atavismo bien determinado, el quinto Lord Byron, fué el reverso de este discreto caballero, como que estando en enero de 1765 con algunos individuos en el salón de un club aristocrático, desafió á su pariente y camarada Mr. Chaworth; cruzó sus armas incontinenti con él en una pieza inmediata, y le dió muerte pasándole el corazón con la espa-

da y soltando esta fanfarronada: « Voto á Dios! tengo más valor que ningún otro hombre en Inglaterra! »

Fué preso y sometido á juicio; logró al fin verse en libertad y relevado de toda pena, mas desde entonces, esquivado de todos, por los grandes y por los pequeños, llevó vida triste, solitaria y trabajosa, como la de los pavorosos espectros de las leyendas de Escocia. El nombre de este Lord servía de tema á extrañas historias, y el pueblo lo llamaba « el Lord malvado. » Ya se decía que había hecho fuego á un cochero y arrojado el cuerpo dentro del carruaje al lado de su esposa, mujer sensible, que tuvo que abandonarlo; ya que intentó estrangular á ésta; ya que tenía diablos que lo esperaban y con quienes llevaba relaciones infernales. Esta soledad y tristeza del Lord malvado que se prestaban á la creación de tales leyendas diabólicas, parece que no fué poco común en la familia, y que así la misantropía era innata en ella. El poeta mismo dice que sus antecesores « no tenían otros compañeros que los grillos que acostumbraban arrastrarse sobre ellos, les rasguñaban con pajas cuando hacían algún mal, y á su muerte formaban un éxodo procesional desde su casa. » Rasgo este que es una de las extravagancias del poeta, pero que manifiesta el carácter solitario y misantrópico de la familia.

Aquél tronera calificado de malvado sobrevivió á sus tres hijos, á su hermano y á su único nieto, que fué muerto en Córcega en

1794. Así, de él heredó el poeta, á la edad de diez años, los bienes y el título de Lord.

El abuelo del poeta, el Almirante Byron llamado por los marineros *Juancho Mal tiempo*, nos acuerda de los corsarios escandinavos, de los reyes del mar de que tan orgullosa estaba la familia. Desde temprana edad entró en el servicio naval, vivió de tempestad en tempestad como si su presencia provocase las iras de Neptuno; bien que se salvó siempre, aun del naufragio del *Wager* que formaba parte de la expedición de Anson; dió la vuelta al mundo, combatió valerosamente en varios lugares, y aun fué en Chile prisionero de los patagones. El mismo escribió y publicó sus aventuras el año de 1768.

Su hijo, John Byron, padre del poeta, llegó á ser Capitán de Guardias; pero su carácter vacilante é incrédulo soltó de tal modo el freno á sus pasiones, que se vió alejado de su familia. En 1778 y con procedimientos del mayor descaro sedujo á Amelia D'Arcy, hija del Conde de Holdernesse, y por su propio derecho Condesa de Conyers, casada á la sazón con el Marqués de Carmarthen, después Duque de Leeds.

« Mad Jack » (Juancho el loco), como lo llamaban, vanagloriábase de su conquista, pero el Marqués, cuya esposa había sido siempre fiel, rehusaba dar crédito á los rumores que llegaban á sus oídos. No obstante mantúvose alerta y consiguió interceptar una carta que contenía una remesa de dinero, por el cual

clamaba siempre John Byron, al revés de lo que acostumbra un caballero en tales relaciones. Resolvió este suceso la crisis, abandonaron los amantes á Inglaterra, y en 1779, después que el Marqués obtuvo el divorcio, contrajeron matrimonio legal. De los dos hijos habidos en este enlace sobrevivió Augusta, genio protector del poeta, en cuyo cielo tempestuoso brilla como una estrella, sólo obscurecida por la infamia de la calumnia. (1) Augusta casó en 1807 con el Coronel Leigh, del cual tuvo numerosos hijos, que murieron jóvenes casi todos.

Un año después de la muerte de su mujer, John Byron, que, como su ilustre hijo, parecía ejercer extraña fascinación en las mujeres, casó con Catalina Gordon de Gight, poseedora de grandes dominios que atrajeron la codicia del aventurero, y ensoberbecida por el vano orgullo de descender de Jacobo I, el más ilustre de los Estuardos.

El poeta participó siempre de esta vanidad, y en una nota puesta por él mismo á los versos intitulados *Lachin and Gair*, dice: « Hago aquí alusión á mis antecesores maternos, los Gordones, varios de los cuales combatieron por el desgraciado príncipe Carlos, más conocido con el dictado de *el Pretendiente.* Esta rama de mi familia estaba aliada á los Estuardos por los lazos de la sangre y de la adhesión. Jorge, segundo Conde de Huntley, casó con la

(1) *Byron*, by John Nichol.

princesa Annabella Estuardo, hija de Jacobo I de Escocia. De ella hubo tres hijos, y tengo el honor de contar al tercero, Sir Guillermo Gordon, entre mis abuelos. »

Claro está que las propiedades de la ilustre escocesa fueron malbaratadas rápidamente por el calavera británico.

Jorge Noel Gordon Byron, sexto Lord, nació de este infortunado matrimonio en Londres el 22 de enero de 1788.

La ruina de sus intereses les hizo llevar vida pobre y retirada en Aberdeen. El Lord era un tronera que á las veces no iba á la casa sino á ver el niño, y su mujer, excelente como esposa y de recto corazón, si hemos de creer á Moore y otros amigos, era excesivamente orgullosa, violenta y terca, y una verdadera histérica. Aquella vida determinó graves disgustos y altercados, producidos por el carácter fiero é irritable de ambos y por la extrema pobreza á que se hallaban sometidos; al fin en 1790, Byron, hostigado por los acreedores, arrebató á su mujer buena suma de dinero y la dejó abandonada. Al año siguiente murió en Valenciennes, donde se había establecido. Madre é hijo quedaron con la mísera pensión de ciento cincuenta libras anuales.

Por lo que Walter Scott nos cuenta, el histerismo de la madre del poeta era muy anterior al matrimonio. Dícenos que antes del enlace y presente él en momentos en que se daba en el teatro de Edimburgo el *Fatal Marriage*, cuando Mres. Siddons estaba represen-

tando el papel de Isabel, Miss Gordon sufrió un paroxismo y se salió del teatro gritando: «Oh mi Byron, mi Byron!»

Aludiendo á casos de este jaez díjole en la escuela un chico á Byron:

—La madre de Ud. es loca.

—Yo lo sé, fué su única respuesta.

De niño ceñía ya el poeta el coturno trágico con que había de figurar en el drama de la vida.

Por parte suya, la madre le llamaba «rapaz cojo,» «chicuelo cojo» *(a lame brat);* y cuando en sus violentas crisis histéricas iba tras el niño que corriendo al rededor del cuarto reía del empeño de la madre por cogerlo, acostumbraba ella decir que él era «un doguito tan malo como su padre.» Pero esta mujer que en sus accesos de mal humor lo trataba tan duramente por sus travesuras infantiles, echándole en cara su deformidad y calificándolo de malo, pasaba súbitamente á las caricias más apasionadas, tornaba al disgusto y á la antipatía, para devorarlo después á besos y jurar que él tenía los ojos tan hermosos como los de su padre. Esta conducta tan extraña está comprobada por las cartas de los propios padres de Lady Gordon Byron.

De la cojera de Byron, que según la Condesa Guiccioli era insignificante, no se sabe la causa positivamente. Pudo originarse en haber nacido de pies en parto laborioso, y debió habérsele corregido desde el nacer á tener más interés y cuidado, pues consistía en una ligera

torcedura de uno de los tendones. El hecho es que le embarazaba este defecto el paso y trastornaba sus costumbres y deseos. No le importaba á Cervantes ser manco, ni se cuidaba Walter Scott de ser cojo; y bien que todo espíritu superior deba estar por sobre tales miserias de la vida, Byron vivía en tribulación por aquel defecto físico que su carácter presuntuoso, altivo, é irritable en grado sumo, no podía soportar con paciencia.

Cierto día, cuando aun se hallaba sometido á la nodriza, exclamó un amigo de ésta, que la acompañaba; «Qué niño tan lindo es Byron! Lástima que tenga tal pierna!» Y Byron, al oírlo, relampagueantes de ira los ojos, contestó azotando á la nodriza con su latiguillo y gritando: «Conque Dinna habla de eso!»

Indudablemente que todo esto que le pasaba movió más tarde á Byron á escribir el drama El *Disforme transformado*, bien que él dice habérselo inspirado el *Fausto* de Gœthe y *Los tres hermanos*, de Joshua Pickersgill. Cuando se sacó á luz *El Enano Negro*, que era de índole semejante, Byron escribió á un amigo: «He leído *El Enano Negro* con el mayor placer, y comprendo ahora perfectamente por qué mi tía y mi hermana están tan íntimamente persuadidas de que yo soy el autor. Si me conocieseis tan bien como ellas, probablemente caeríais en el mismo menosprecio.»

Dice Chateaubriand que el accidente que hacía desgraciado á Byron, y había ligado fuertemente su superioridad á la enfermedad

humana, no hubiera debido atormentarlo, puesto que no le impedía ser amado; y Lord Bacon sostiene con elevado espíritu filosófico que un defecto fisico es una ventaja en la vida para el alma superior; mas para Byron, por efecto de su carácter, era un tormento.

Por la época en que el poeta cumplía nueve años sintió una pasión infantil por una lejana prima suya, María Duff; y cuando á la edad de dieciséis años le escribió su madre participándole el matrimonio de María, sufrió un accidente convulsivo. Moore encontraba inconcebibles tales amores en tan tiernos años, pero harto común es que en ciertas naturalezas apasionadas y soñadoras la hermosura y las gracias ejerzan poderosa influencia desde la más temprana edad. Por lo mismo, la contemplación de la naturaleza era uno de los mayores encantos de Byron y de Shelley, y la extensión azul de los mares, los horizontes lejanos, el campo estrellado del cielo, las altas montañas y las cumbres inaccesibles, atraían su admiración. El poeta mismo en uno de los diarios que redactó en Londres escribió que una de sus delicias era la de sentarse, después de haberse bañado en lugar retirado, sobre alta roca, á la orilla de los mares, y permanecer allí largo espacio contemplando el cielo y las ondas.

Desde temprano púsole su madre en el Colegio de Harrow, y luégo en el de la Trinidad, de Cambridge. Lejos de Lady Byron, servíale de madre su tía Isabel, casada con Lord Carlisle, mujer muy señalada por su extrava-

gancia, y aun satirizada más tarde por Byron, lo mismo que su hijo, en *English Bards aud Scotch Reviewers*, con notivo de la factura de sus medianos versos. En Harrow comenzó á desacreditarse por su conducta revoltosa y sus rarezas. El confiesa que se le encontraba siempre en medio de las camorras, de las revueltas, de las querellas y de las travesuras de todo género. Un día, por echarla de valiente, arrancó todos los barrotes de la ventana del gran salón, y al preguntarle el Director Dr. Butler por el motivo de tal acto de violencia, contestó fríamente: «porque cerraban el paso á la luz.» En una nota de *Hours of Idleness* dice que en Harrow salió del paso bastante bien en todos sus combates, pues creía no haber sido vencido más de una vez entre siete. Cuando el Dr. Drury se retiró del Colegio, presentáronse tres candidatos para ocupar el sillón vacante: M. M. Drury, Evans y Butler, según cuenta Moore. En el primer movimiento que originó en el Colegio esta lucha de tres rivales, el joven Wildman se puso á la cabeza del partido de Marcos Drury, pero Byron se mantuvo en reserva y no se manifestó en pro de ninguno. Deseosos, por lo mismo, de tenerlo por aliado, díjole á Wildman un miembro de la facción Drury: «Sé que Byron no se nos une porque no quiere estar en segundo lugar, pero si le nombramos jefe, es seguro que se viene con nosotros.» Hizolo así Wildman, y Byron tomó el mando.

En una de estas revueltas logró Byron impedir que se pusiese fuego á la clase, mostran-

do á los discípulos el nombre de sus padres escrito en los muros. A las veces los combates tenían efecto en la calle, y en uno habido por encuentro fortuito de los escolares de Harrow con algunos reclutas que regresaban de hacer ejercicio, Byron estuvo á punto de ser muerto por la culata de un fusil ya suspendida violentamente sobre sn cabeza, cuando logró salvarle la oportuna intervención de Tattersall.

Diecisiete años y medio tenía cuando le trasladaron en 1805 al Colegio de la Trinidad, de Cambridge. «Estaba, dice, en la disposición de ánimo más insoportable. Desventurado me consideraba por tener que dejar á Harrow; desventurado por ir á Cambridge, en lugar de ir á Oxford; dsventurado á causa de circunstancias domésticas de diverso género, y por lo tanto tan insociable como un lobo á quien arrancan de en medio de su banda.»

«El género de vida que llevaba entonces Byron, dice Moore, en medio de las disipaciones de Londres y de Cambridge, sin hogar, aun sin techo amigo que lo recibiese, era poco á propósito para dejarle contento de sí mismo ni del mundo. No teniendo que conformarse sino con su propia voluntad, los placeres á que más se aficionaba se le hicieron pronto insípidos, por falta del indispensable condimento de todo goce: la rareza y el obstáculo.»

Niño, solo, mal educado y sin consejo ni apoyo, sus instintos apasionados y voluntariosos lo llevaron de la mano á vida disipada en medio de aquellas ciudades, donde era tan fá-

cil resbalar y caer. Escasa parte tuvo él por sí mismo en el descrédito que lo persiguió y lo hizo al cabo infeliz.

Su conducta en el Colegio fué á las veces ruda é impertinente respecto de sus maestros y de sus condiscípulos; pero aquellas rebeliones é inconveniencias le causaron al fin arrepentimiento y pesadumbre, comprobando así en este y otros casos que el fondo de su alma, como sucede con todos los calaveras, era bueno, y que una educación fuerte y bien dirigida, constante é inteligente, capaz de domeñar y guiar sus instintos y pasiones, hubiera hecho de él, á una con su grandes cualidades naturales, un varón ilustre, dechado de muy claras virtudes, y la figura más gloriosa del siglo, porque una educación esmerada hubiera contribuido asimismo á mejorar sus calidades de hombre de letras, dándole la atención y la quietud, el método y la circunspección que parecen haberle faltado en sus trabajos, y que hacen que hoy haya quienes le pospongan á otros poetas, sin duda más correctos y observadores de todas las reglas de composición, pero que carecen de sus grandes facultades imaginativas, de su ingenio y de su sentimiento vivaz á la par que concentrado. De cómo le pesaba su conducta en el Colegio da testimonio lo que escribió á Lord Clare en febrero de 1807. «Os asombraréis, dice con candorosa nobleza, os asombraréis al saber que hace poco escribí á Delawarr á fin de explicar, tanto cuanto me es posible sin comprometer á *antiguos amigos*, la causa de

mi conducta con él durante mi estada en Harrow. Debéis acordaros de que esa conducta no fué muy digna de un caballero. Después de esto he descubierto que él había sido injustamente tratado por los que me habían representado su proceder bajo falso aspecto, y aun por mí mismo, á causa de las erróneas impresiones que por conveniencia me habían comunicado. He hecho, pues, todas las reparaciones que estaban en mí, haciendo la confesión de mi falta. No sé si este paso tendrá buen éxito. De todos modos, he aliviado mi conciencia por medio de esta expiación, que ha debido costar á un hombre de mi carácter; pero la idea de haber imputado á alguno una culpa sin constarme, me hubiera quitado el sueño. He reparado este mal tanto cuanto ha estado en mí.» Este era el hombre: lleno de nobleza y de rectitud en el fondo del alma, pero apasionado, violento, y propenso á dejarse llevar por la primera impresión.

Del profesor Drury habla Byron en diversos lugares en los términos más laudatorios, con veneración, con calurosos elogios, como del mejor amigo que había tenido, á quien amaba como á un padre; y aun atribuye sus propios desaciertos á haber recordado demasiado tarde algunos de los consejos de él; y todo lo bueno que había hecho, á haber seguido otros del mismo.

Como casi todos los hombres de talento estuvo lejos de ser un buen escolar, y fué sobretodo odiador de los problemas matemáticos y

del *bárbaro latín;* pero leía á todas horas y en todo lugar, en la mesa cuando comía, en el lecho cuando iba á reposar, á toda hora y en todo momento, y era incalculable el número de obras y de revistas que estudiaba. Todos los autores le eran familiares, á pesar de que, aunque leía bien el francés, y entendía el griego, el latín, que decía no saber, y el castellano, sólo llegó á poseer magistralmente el italiano, tanto como si fuera su propia lengua. Los autores antiguos lo encantaban, y salvo la Biblia, que leía con frecuencia, sólo odiaba los libros de religión, aunque, como él mismo decía, «reverenciaba y amaba á su Dios sin necesidad de las nociones blasfemas de los sectarios.»

III

Su primer rasgo poético, según confiesa, data de 1800, cuando enamorado de su prima Margarita Parker, vió morir á causa de una caída á aquella mujer «cuya transparente hermosura y suavidad de carácter no tuvieron igual, segun pudo apreciarlo durante el corto período de sus amores.»

Su primer libro, del cual imprimió sólo cien ejemplares para sus amigos, se intituló *Juvenilia.* Dícese que eran versos flojos, ensayos de la juventud; pero no obstante merecieron elogios de Lord Woodhouselee.

La primera edición de *Hours of Idleness* (Horas de Ocio), colección de poesías traducidas unas, imitadas otras, y originales las restantes, la publicó anónima con un prefacio

en que, invocando su minoridad y el hecho de emprender la publicación para uso exclusivo de sus amigos y por exigencia de ellos, tendía á desarmar la crítica con la esperanza de que *aquellas bagatelas* serían tratadas sin injusticia reconociendo liberalmente su mérito, si alguno tenían, aunque, por otra parte creía que *sus numerosos defectos* no podían esperar un favor que se había denegado á escritores de edad más madura, de mayor reputación y de habilidad mucho más grande. A pesar de esto, la segunda edición, publicada con su nombre el mismo año, fué saludada por la *Revista de Edimburgo*, en enero de 1808, con una acerba crítica que Byron, no sabemos si con fundados motivos, atribuyó á Mr. Brougham, que llegó más tarde á sentarse en la Cámara de los Lores. Esta crítica, que comenzaba por decirle que su minoridad formaba parte de su *estilo* y que si ella era motivo de excusa para un defensor ningún actor podría presentarla en apoyo de sus pretensiones, que los versos eran hechos con los dedos y no siempre bien contados, que no tenía ingenio, ni calor ni talento, terminaba dándole las gracias, porque, «como el honesto Sancho decía, debe bendecirse á Dios por lo que se nos da, y á caballo regalado no hay que mirarle el colmillo.» ¿Qué efecto produjo en el alma de Byron aquella crítica brutal? «Recuerdo perfectamente, escribió años más tarde, en

1820; recuerdo perfectamente el efecto que produjo en mí la critica de la *Revista de Edimburgo* contra mi primera colección de poesías. Fué el de la rabia, el de la necesidad de resistir y de obtener reparación; pero no me abatió ni me desesperó. Una crítica sangrienta es como la cicuta para un autor que se estrena, y esta, que produjo *Los Bardos de Inglaterra* & me humilló, pero me incorporé. Esta crítica era una obra maestra de bajas majaderías, de injurias groseras. Recuerdo que contenía lugares comunes de la peor ley, como, por ejemplo, que es necesario mostrarse úno reconocido de lo que se le da, y que no debe verse la boca del caballo regalado, y otras expresiones escuderiles. Pero esto, lejos de asustarme ó de retraerme de escribir, me impulsó á desmentir sus fatídicas predicciones y hacerles ver que, disonante y todo, como era mi voz, no sería aquélla la última vez que oirían hablar de mí. » Y así fué.

Parto de aquel estado de alma es el *English Bards and Scoth Reviewers*, cuyas ediciones, la primera anónima, se agotaron rápidamente. En el tremendo prefacio que puso á la segunda antes de dejar á Inglaterra, explica por qué da su nombre en contra de los ruegos de todos sus amigos, literatos ó no, y por qué ataca tan rudamente á los poetas ingleses y á los críticos de la *Revista de Edimburgo* que figuran en la sátira. « No pretendo probar, agrega, que yo puedo es-

cribir bien, pero sí hacer en cuanto es posible que otros escriban mejor.» Es la erizada penca de Juvenal desde el principio hasta el fin de la sátira y del *Postscript* que puso á esta segunda edición. El primero que desde el verso inicial sale chorreando sangre, es Fitzgerald, á quien Cobbet llamó «el poeta de la cervecita.» Jeffrey y Lamb, el alfa y la omega, el primero y el último de la *Revista de Edimburgo*, y Brougham, á quien el poeta atribuía la redacción de la crítica, son flagelados sin misericordia. Moore y Wordsworth son tratados con injusticia notoria, y aun peor lo son Southey, Coleridge, Campbell, y otros más.

La balada de Southey «The old woman of Berkley,» donde «Belzebut se lleva una hermosa vieja en un enorme trotón» es motivo de burla para Byron, que acaba por decirle:

God help thee, Southey, and thy readers too.

(Dios te ayude, Southey, y á tus lectores también.)

Coleridge es calificado de niño, y Wordsworth de necio, especialmente por su balada «The Tables Turnet,» que por precepto y por ejemplo enseña

That prose is verse and verse is merely prose;

y no escapan ni los más pequeños, como Lamb y Lloid, á quienes llama los más innobles discípulos de Southey.

Para escribir esta sátira tomó Byron por modelo á Juvenal, de quien se encuentran en ella patentes imitaciones, especialmente de la sátira I.

Este vigoroso ataque á los poetas y críticos de la *Revista de Edimburgo* comprueba una vez más la violencia característica y el exaltado orgullo de Byron, pues, además de lo que antecede, el 14 de julio de 1816, todavía le mortificaba el recuerdo de sus injusticias, y escribía desde la villa Diodati (en Ginebra): «Hubiera deseado no haber escrito nunca la mayor parte de esta sátira, no sólo por la injusticia de muchas de las críticas y por algo de su tendencia personal, sino también porque el tono y temple de ellas son cosas que no puedo dar por buenas.» Y años más tarde, cuando el generoso Walter Scott, al manifestarle el placer con que había leído el *Giaour*, le preguntó por qué le había atacado en *Bards and Reviewers*, le contestó con referencia á las malas obras de su menor edad, y le agregó: «La sátira fué escrita cuando yo era muy joven y estaba muy enojado y completamente inclinado á mostrar mi ira y mi ingenio; y ahora estoy asediado por el espíritu de mis aserciones.»

La segunda edición de *Horas de Ocio* la dedicó Byron al Conde de Carlisle, su tutor, con elocuentes frases en que se presenta como pupilo agradecido y afectuoso deudo. Carlisle, poeta que gozaba del favor público y

había sido celebrado por Johnson, recibió con frialdad el agasajo de Byron, á pesar de que éste en el prólogo de la primera edición dice modestamente, además de lo que ya he citado, que aquellas poesías son el fruto de las horas de descanso de un joven que acaba de cumplir diecinueve años. Debió originarse esto, no en el mérito de los versos que harto dejaban comprender lo que llegaría á ser Byron, como lo comprendieron Moore y Wordsworth, sino en la vida irregular del pupilo.

Sea como fuere, habiendo á poco el poeta alcanzado la edad para entrar en la Cámara de los Pares, lo recordó en una carta á Carlisle, quien lo desairó recordándole á su vez los poderes de tutor. Resintióse Byron y pospuso su entrada en la Cámara, pero en el mismo año publicó unos versos entre los que, con otras cosas amargas, se lee este dístico:

No muse will cheer with renovating smile

(La musa no quiere animar con renovada sonrisa)

The paralytic puling of Carlisle.

(El paralítico piar de Carlisle.)

Aquello no era extraño, supuesto el carácter del poeta, y atenta la circunstancia de que la misma madre de Byron no disimulaba la antipatía que le inspiraba Carlisle. Mas ya se ha visto que Byron se arrepentía más tar-

de de sus violencias y sarcasmos, como lo manifiesta en sus cartas y en el Childe Harold.

Lo raro es que con aquel carácter singular que, además, se complacía á las veces en zaherir el sentimiento de la amistad, Byron encontró en su vida, especialmente en el Colegio, amigos sinceros á quienes amó con la extremada sensibilidad que lo distinguía. Entre éstos consideraba él como su mejor amigo á John Cam Hobhouse, después Lord Broughton, el cual le fué fiel toda la vida, y, como dice el poeta en la dedicatoria del cuarto canto del Childe Harold, le fué con su sociedad y amistad esclarecida más útil que todo el favor público que ha podido valerle tan celebrada obra, el amigo que lo cuidó en la enfermedad, el compañero de sus viajes, consolador de sus aflicciones, testigo en su matrimonio, albacea testamentario, guardián celoso y vindicador de su fama. Amábale tánto Byron, que, según la Condesa Guiccioli, cuando inesperadamente pisó Hobhouse los escalones del palacio de Lanfranchi, en Pisa, experimentó Byron tan profunda conmoción en el alma y tan extremada alegría en el corazón, que una intensa palidez cubrió sus mejillas y se vió forzado á sentarse, con las lágrimas en los ojos, después de abrazar estrechamente á su compañero de la infancia. Otro á quien profesaba sincera amistad era Lord Clare. Cuando en 1821 se encontró inesperadamente con él en el camino de Imola á Boloña, experimentó una impresión se-

mejante. « Este encuentro, dice en una de sus cartas, hizo desaparecer por un momento todos los años corridos desde mi salida de Harrow. Lo que sentí es inexplicable. Parecíame salir de la tumba. Clare, por parte suya, estaba vivamente conmovido, más que lo que yo mismo parecía, pues sentía los latidos de su corazón en la extremidad de sus dedos, á menos que no fuesen las pulsaciones del mío las que yo sentía. Sólo nos detuvimos cinco minutos en medio del camino, mas no he tenido en toda mi existencia una hora que pueda ponerse en paralelo con aquellos minutos. » Pero entre todos sus amigos, el más juicioso, el que con la dulce caridad del amor buscaba combatir los desvíos religiosos del poeta, fué el Reverendo Francisco Hodgson, poeta á su vez, cuyos versos encomiaba Byron. » Nada tengo que hacer con vuestra inmortalidad, escribía Byron desde Newstead. Somos demasiado miserables en esta vida sin el absurdo de especular con otra. Cristo vino á salvar á los hombres, pero un buen pagano irá al cielo y un mal nazareno al infierno. No soy platonista, no lo soy en ningún grado; mas preferiría ser paulista, maniqueo, espinosista, gentil, pirronista, zoroastrista, antes que de una de las setenta y dos sectas perversas que se rompen en pedazos por amor de Dios y se odian mutuamente. Tomad diez musulmanes, y todos ellos os avergonzarán con su buena voluntad y su modo de rogar á Dios. »

A semejante explosión del numen de Byron, el corazón caritativo y blando del Reverendo Hodgson exclama: «La pobre alma querida no tiene idea de nada de eso.» Y Byron, que ya había dicho: «En suma, yo no niego nada, pero dudo de todo,» dice dos años después en carta á Gifford: «No soy partidario de la infidelidad, y nunca creería que porque dude de la inmortalidad del hombre deba cargar con la negación de la existencia de Dios.»

Para Byron, como para Shelley, el hombre no es más que un átomo, y yerra al creerse inmortal; mas á las veces uno y otro dejan ver, no ya la duda, sino la creencia en la inmortalidad, sobre todo Shelley, que se manifestaba ateo.

Sin embargo, Byron por desaliento histérico de su espíritu romántico, alardeaba á las veces de odiar á la humanidad, y ello desde niño. Cuando en noviembre de 1808 murió su perro de Terranova *Boatswain*, lloró aquella muerte en versos llenos de sentimiento y de una misantropía exagerada, en los que decía:

To mark a friend's remains these stones arise;
Y never knew but one, and here he lies.

(Elevo estas piedras para señalar los restos de un amigo; nunca conocí sino uno, y aquí yace.)

Aun más extravagante es la inscripción

que cuando le enterró puso en los jardines de su residencia de Newstead. La traduzco:

Cerca de este sitio
Están depositados los restos de uno
Que poseyó Belleza sin Vanidad,
Vigor sin Insolencia,
Valor sin Ferocidad,
Y todas las virtudes del Hombre sin sus vicios.
Este elogio sería una Adulación sin sentido
Si se inscribiese sobre humanas cenizas;
Es sin embargo un justo tributo á la Memoria de
Boastwain, un perro,
Que nació en Newfounland, Mayo, 1803,
Y murió en Newstead, Noviembre 18, 1808.

Más de dos siglos antes, el Conde Francisco Cenci, el monstruoso padre de la casta Beatriz, levantó en la Capilla de Santo Tomás de los Cenci un hermoso sepulcro, de finísimo mármol blanco con esta inscripción:

Si charitem charitatemque quaeris
Hine intus jacent
Non ingratus, haerus
Neroni cani benemerentissimo
Franciscus de Cinciis hoc titulum
Ponere curavit . . . .

(Si buscas gracia y caridad las encontrarás aquí dentro. Francisco Cenci, amo no ingrato, dedicó esta memoria á su benemérito perro Nerón.)

Nerón era el feroz alano que el infame azuzaba contra sus propios hijos para que los despedazase, y al cual mató Beatriz de una estocada para salvar á su hermanito Virgilio.

Tal vez el sepulcro de Boatswain no es

más que una coincidencia. En aquella epoca aun no eran públicos los pormenores de la vida infame del Conde Cenci.

Estando Byron en Cambridge un año antes, escribió en una carta á Miss Pigot: « He adquirido un nuevo amigo, el más fino del mundo: *un oso manso.* Cuando lo traje me preguntaron qué pensaba hacer con él; contesté que permanecería aquí para servir de compañia. Esta respuesta no les agradó. »

Tal carácter, extraño y fantástico, en que hay mucho de buen humor, le acompañó toda la vida.

Llegaría un día en que le tendrían por loco y le abandonarían, haciéndole realmente infeliz. Y este era el mismo hombre que tres años después decía en una de sus cartas: « Parece que estoy destinado á sufrir en mi juventud todas las desventuras de la vejez. Mis amigos caen de todas partes al rededor mío, y permaneceré como un árbol solitario antes de marchitarse. Los demás hombres pueden hallar refugio en la familia: yo no tengo otro refugio que mis reflexiones, y ellas no me ofrecen en el presente ni en el porvenir otra perspectiva que la satisfacción egoísta de sobrevivir á mis amigos. Soy bien desgraciado. » Este es el mismo que en una nota al canto III de *Childe Harold* censura de este modo al primer Napoleón: « El gran error de Napoleón, si dicen verdad nuestros historiadores, consistió en manifestar en toda ocasión menosprecio y alejamiento de los hom-

bres, sentimiento más ofensivo tal vez para la vanidad humana que la activa crueldad de una tiranía más tímida y sospechosa. Trazas de ello se encuentran en los discursos que dirigía tanto á las asambleas como á los individuos. Dícese que de regreso en París, después de la destrucción del Ejército por el invierno de Rusia, exclamó frotándose las manos: « Aquí hace más frío que en Moscow, » frase que quizá le ha enagenado más corazones que los revesés á que aludía.

De estas contradicciones, que á las veces se transformaban en hechos, proviene que se considere á Byron como un enigma psicológico, cuando si se estudian sus calidades personales, su defectuosa educación y su egotismo exagerado, á la par que las situaciones íntimas en que hablaba ú obraba, se encuentra que todo es natural en él y se explica lógicamente. Supuestas todas sus condiciones, ningún hombre en iguales circunstancias hubiera procedido de distinto modo en el medio ambiente en que vivía, porque el corazón humano es el mismo en todos los hombres, y las modificaciones con que aparece en determinados caracteres provienen de todas esas circunstancias personales, en las cuales entran la herencia y el ejemplo de familia, que influyen poderosamente en la educación y suelen ocasionar en el temperamento del hombre daños productores de defectos, tal así como la depravación del carácter engendra los vicios comunes.

No hay educación más necesaria al mortal

que la cultura del corazón, y ésta, que reforma los hábitos y las costumbres y corrige los vicios, le faltó á Byron, en cuyo corazón se derramaron desde la niñez acres gotas de amargura junto con la miel envenenada de las histéricas caricias maternales. El árbol crecía torcido por la presión, y se replegaba dentro de sí mismo. Byron se amaba demasiado á sí propio para poder amar á nadie con intenso amor. Tenía su modo de distinguir, tanto á los hombres como á las mujeres, y ello cuando los hombres le amaban ó le admiraban.

Este modo consistía en dejarse querer ó admirar, engañando aun á su propio corazón con aquel amor suyo que se exhalaba en frases y cariños, y más tenía color de agradecimiento que de verdadera pasión, porque su pasión estaba toda en la mente y se manifestaba en el orgullo, en la vanidad, en el ansia insaciable de gloria. Odiaba á Southey, á Brougham y á Carlisle, que lo censuraban; parecía adorar á Gœthe y á Shelley, á Hobhouse y á Dallas, á Drury y á Eldestone, á los que lo aplaudían y veían con indulgencia sus extravagancias; y ponía su amor en mujeres como Carolina Lamb y Teresa Guiccioli, á quienes arrastraban la belleza, el talento y la misma vida aventurera del poeta; porque la debilidad nerviosa y el anhelo de notoriedad, comunes á las mujeres, les pervierte el sentido moral y las arrastra á rarezas y actos singulares. Musolino, un bandido vulgar, un desequilibrado, se ve servido de las

mujeres, y no puede ya con las cartas amorosas que recibe en su prisión. ¿Cómo no había de arrastrarlas Byron? La cabeza olímpica de Apolo, el verso apasionado, colorido y espléndido, la aureola y el fausto aristocrático, los rasgos de grandeza del descendiente de los reyes del mar, doraban las locuras de su juventud. Era un Adonis temible.

A exacerbar el orgullo y las pasiones de Byron venía la guerra de calumnias y de injurias provocadas por su celebridad y su carácter altivo y despreciador, por lo que no es extraño que dejase estampada en una carta estas frases terribles: « Cuanto más conozco á los hombres amo más á mis perros. »

Pocos en iguales circunstancias no habrían dicho lo mismo, y aun hubiera habido quien, como el emperador romano, deseara que la humanidad no tuviese más que una cabeza para cortarla de un solo tajo. La historia está llena de ejemplos de la persecución ó moral ó material que sufren en vida los grandes hombres, como si el talento y la gloria fuesen una maldición de la naturaleza. Y es porque el hombre es de suyo malo, y sus instintos animales, sus inclinaciones perversas despiertan soberbias al ser aguijadas por la envidia, el despecho y la conciencia de la propia miseria, pasiones éstas naturales en las multitudes, en los espíritus bajos, en los seres inservibles.

No se perdona ninguna superioridad : todas humillan ; porque hay que alzar la vista y empinarse para ver á las cumbres; y es sobre

las cumbres, sobre las enhiestas montañas, las cúpulas soberbias y las altas torres, donde estalla el trueno y descarga el rayo mortal.

La juventud de Byron, es verdad, estaba manchada por el vicio y el libertinaje, y esta circunstancia y la corrupción imperante en aquella época de que nos habla Macaulay fueron sin duda motivos para que se exagerasen sus errores hasta el punto de atribuirle calumniosamente pecados nefandos que no se avienen con otros hechos históricos incontestables ni con las propias afirmaciones de hombre que como él pecaba de franco.

Su carácter era incorregible. Después de aquella sátira, de que tantas veces se arrepintió, otra, que Juvenal hubiera firmado, escrita en admirables octavas, y en que fulmina con coléricos rayos de indignación y de desprecio el poder y los abusos de la tiranía, salió de su pluma acerada y violenta: es la parodia de *La Visión del Juicio Final* de Roberto Southey.

Southey parecía ser su obsesión en aquella época. Había entablado con él un duelo literario, provocado por las convicciones políticas y religiosas de aquel poeta. Censuróle éste, y Byron lo calificó de apóstata, calumniador y traidor. No se quedó atrás Southey, y años más tarde, cuando salió el *D. Juan*, dijo que era « una combinación monstruosa de horror y de escarnio, de lascivia y de impiedad. » Lamentó que no se hubiese puesto á

Byron bajo el látigo de la ley, lo saludó como al jefe de la *Escuela satánica*, inspirado por los espíritus de Moloch y Belial, y remitió el arrepentimiento para cuando se encontrase en el lecho mortuorio. Y Byron exclamó: « Mr. Southey con una cobardía feroz se regocija anticipadamente con el arrepentimiento, en el lecho mortuorio, de los objetos de su aversión, y se indulta á sí mismo en una divertida « *Visión del Juicio Final* » en prosa, tan buena como en verso, llena de impía impudencia. Cuáles puedan ser mis impresiones ó las de Mr. Southey en el tremendo instante de abandonar esta existencia, ni él, ni yo ni nadie puede decirlo. En general, me atrevo á manifestarlo, como los más de los hombres de alguna reflexión, no he esperado estar en el lecho mortuorio para arrepentirme de muchos de mis actos, no obstante el « diabólico orgullo » que el rencor de este lastimoso renegado quiere imputar á los que le desprecian. »

Injuriáronse aun más terriblemente; y Byron á quien había llamado «esclavo de la sensualidad», «piedra de escándalo», «alcahuete público», y otras lindezas de este jaez, le dirigió un cartel de desafío mortal que no llegó entonces á conocimiento de Southey, ni hubo otro resultado, por la interposición de Douglas Kinnaird. Entonces fué cuando Byron escribió su *Visión del Juicio Final*, parodia singular del poema que Southey había escrito. Southey hacía la apoteosis del rey Jorge III en el cielo, en lo que era más im-

pío y blasfemo que la parodia de Byron. No obstante, este vió rechazada la obra por los editores y tuvo que publiearla en el periódico *El Liberal* de Mr. John Hunt, el cual se vió procesado por blasfemia y desacato á la majestad real. Era esto lógico, porque se trataba del rey, á quien Southey deificaba y Byron exhibía en su natural desnudez, con sus innegables virtudes privadas y sus menos innegables vicios públicos. Desencadenóse la tempestad en contra del poeta, llovieron de nuevo las injurias, fulminároнse los rayos de la indignación política y religiosa, y Byron tuvo que combatir en el terreno de las letras especialmente con el mismo Roberto Southey, herido en lo más vivo de su orgullo literario por aquella sátira admirable.

Lo singular es que Byrón, en alguna parte, no recuerdo dónde, condena el gènero satírico, y que así como escribió á Coleridge que su primera sátira era una espina que tenía clavada en el pie, porque la mayor parte de los individuos á quienes había atacado habían llegado á ser de sus relaciones y algunos amigos suyos, cuando en 1813 fué presentado á Southey en Holland-House, habló de él como del poeta más agradable en el trato, y en su diario del mismo año escribió: «Aun no he visto muchas veces á Mr. Southey. Su aspecto es épico, y es el único hombre de letras de los que aun viven que sea completamente hombre de letras. Los demás unen á su oficio de autor una ocupación cualquiera. Sus

maneras son suaves, pero no son las de un hombre de mundo. Sus talentos son de primer orden: su prosa es perfecta. Cuanto á su poesía, las opiniones difieren. Acaso en este género ha producido demasiado para la generación actual. Es probable que la posteridad escoja lo mejor; tiene pasajes de perfecta belleza. Hoy tiene un partido, pero no un público, excepto para sus obras en prosa. Su *Vida de Nelson* es muy hermosa.» Pero más tarde, declaró que «el *Don Roderico* de Southey era el primer poema de la época.»

En esta conducta de Byron, lo repito, no veo nada de contradictorio y enigmático, porque ella es natural en los caracteres impetuosos y fuertes cuya ingénita nobleza de alma se ve nublada por la ira, parto con frecuencia de una educación descuidada que no ha sabido refrenar los instintos animales del hombre. Al modo del león era generoso y noble cuando se le sabía manejar y se le consideraba, pero tenía arranques pasionales de ira y aun de maldad que desahogaba en ocasiones en sus propias cosas, como cuando, estando en discusión con su mujer, arrojó al fuego el reloj que tenía en mayor aprecio, y con asombro de ella, estrujó las piezas una á una con las tenazas de la chimenea. Era la soberbia del niño mimado y malcriado, su misma indelicadeza y su misma inconsciencia.

¿Qué otra cosa que no sea la irritación y la violencia puede esperarse de un carácter

receloso, melancólico y de facultades enérgicas, cuando, como sucede con Byron, se le ha agriado desde temprano, ya mimándole sin reflexión ni consejo, ya afeándole sus defectos exagerando sus faltas é injuriándolo inmerecidamente por sus obras como para aniquilar sus alientos?

Al fin, la tempestad que contra él se había desatado en su patria, y la ingénita inquietud de su carácter aventurero, le resolvieron á salir de Inglaterra.

IV

El 11 de junio de 1809 partió Byron con intención de dirigirse á Persia y á la India, pues tomó lenguas acerca de aquellos países en los días que precedieron á su partida. Acompañábanlo su íntimo amigo Hobhouse, su ayuda de cámara Fletcher, su viejo despensero Murray, y Roberto Rushton, hijo de uno de sus arrendadores.

Habiendo observado Byron que éste se hallaba lleno de tristeza por estar separado de sus padres y de Inglaterra, al llegar á Gibraltar lo envió á Londres al cuidado de Murray.

« Os ruego, escribía Byron á su madre, que tratéis á este niño con bondad; se ha conducido admirablemente bien, y yo lo quiero mucho. » Y al padre de Roberto: « He hecho regresar á Roberto porque el país que tengo que atravesar no ofrece seguridad, so-

bre todo para un niño de su edad. Os permito deducir anualmente de vuestro arriendo veinticinco libras esterlinas para su educación durante tres años, siempre que yo no esté de vuelta antes de tal época; y quiero que se le considere como si estuviese á mi servicio.»

Todo esto implica nobleza, sensibilidad y gratitud.

Al salir de Londres, Byron había escrito á su madre: «Llevo conmigo á Roberto; yo lo amo porque, lo mismo que yo, parece ser un animal abandonado y sin amigos.» Esta queja, muy común en el poeta, era hija de su histérica misantropía. Ya he tocado este punto de los amigos; nadie tuvo compañeros tan leales como Hobhouse y Gamba, ni servidores tan fieles y abnegados como Fletcher, que le acompañó durante veintidós años, recogió sus últimos suspiros, acompañó sus restos hasta la bóveda de la familia en Hucknell, y decía siempre: «su señoría fué para mí más que un padre.» Byron sabía demasiado de aquella adhesión y lealtad, como que llegó ocasión en que le escribió á su madre: «Fletcher está lejos de ser valiente; tiene necesidad de muchas cosas de que yo puedo privarme; suspira por su cerveza, su carne, su te y su mujer, y no sé qué diablos más. Una noche nos extraviamos en una tempestad; otra vez estuvimos á punto de naufragar. En estos dos casos le temblaban todos los miembros; en el primero eran el hambre y los la-

drones lo que temía; en el segundo, el ir al fondo del agua. Los relámpagos ó las lágrimas, no sé cual de las dos cosas, le habían enrojecido los ojos. Hice lo que pude por consolarlo, pero lo encontré incorregible. Envía él seis suspiros á Sara. Yo le daré una granja, pues me ha servido fielmente, y Sara es una mujer excelente. »

De Falmouth escribió Byron á su madre, á Drury y á Hodgson manifestándoles el cambio que el viaje había obrado en el estado de su alma.

El escandinavo sentía que el aire del mar le llenaba los pulmones y le regocijaba el alma, ensanchada con ansia de emociones. Leed sus versos y sus cartas. Cintra le parece la villa más hermosa del mundo. Los palacios y los jardines elevados en medio de rocas, de cataratas y de precipicios le parecen cosas de sueños fantásticos. Los conventos solitarios en prodigiosas alturas y la vista lejana de los mares y del Tajo le encantan, y cree ver reunidos en ella lo pintoresco de la Escocia occidental y la verdura del mediodía de Francia. Cádiz le parece una nueva Citerea:

Sweet Cádiz is the first port in creation.

Las gaditanas son para él las mujeres más hermosas, leales y apasionadas del universo; los hombres de allí valientes é hidalgos; los muros testimonio de heroísmo y de gloria.

En Sevilla encuentra la gracia, la hermosura y la franqueza. Una sevillana se corta un rizo, dáselo, y le dice: «Adios, tú, hermoso, me gustas mucho.» Por de contado que se trataba de una manola; pero él la llama *señora*. El altivo y bello Apolo no gusta sino del Olimpo, y donde quiera cree verlo.

Venecia, Génova, Malta, Italia toda era para él una evocación de las mil y una noches, un paraíso encantado.

En Malta encontró á Mrs. Spencer Smith, esposa del Ministro de la Gran Bretaña en Constantinopla, y de quien estaba enamorado platónicamente.

Es á ella á quien recuerda con el nombre de Florencia en *Childe Harold*.

A pesar de que aquella señora estaba allí separada de su esposo, está comprobado que Byron no tuvo con ella otras relaciones que las de una amistad cariñosa y cortés, bien que él se sentía inspirado por algo más, lo que comprueba que en tales asuntos no era el león tan fiero como algunos han querido pintarlo, y necesitaba de cierto estímulo para exhibir las garras. Cuando ella salió de Inglaterra, Byron le dirigió una tierna despedida: *Stanzas to a Lady on leaving England*, que algunos creen erradamente fué escrita para Mrs. Munster. En ella le dice: «Tú, que has marchitado todas mis esperanzas, yo no amaré á otra que á

tí.» Luégo, al regreso de ella á Londres, Byron escribió á su madre: «Confío esta carta á una señora muy extraordinaria, de quien sin duda habréis oído hablar, Mrs. Spencer Smith. Hace ya algunos años que el Marqués de Salvo publicó el relato de su evasión. Después, naufragó, y su vida ha sido una sucesión continua de acontecimientos singulares que apenas serían creíbles en una novela. Nació en Constantinopla, donde su padre, el Barón Herbert, era Embajador de Austria. Contrajo un matrimonio desgraciado; pero no obstante, nadie ha atacado nunca su reputación. Habiendo tomado parte en no sé qué conspiración, se ha concitado la venganza de Bonaparte, y varias veces ha visto en riesgo su vida; y sin embargo, todavía no tiene veinticinco años. Vuelve á Inglaterra á reunirse con su marido. Había venido á Trieste á visitar á su madre; pero la aproximación de los franceses la obliga á embarcarse á bordo de un navío de guerra. En ella he encontrado una persona muy bella, muy cumplida y muy rara al mismo tiempo. Bonaparte está de tal modo irritado con ella, que si la apresase de nuevo, su vida correría peligro.»

En Malta tuvo Byron con un oficial una disputa ó contienda que terminó en un duelo sin graves resultados.

El 21 de noviembre salió el poeta de Malta, según su propio testimonio, en el *brick*

de guerra *The Spider*, y á los ocho días arribó á Prevesa, de donde se dirigió al interior de la provincia para visitar al Pachá en Tepalén, su casa de campo. Alí Pachá, varón de gran talento, gobernaba la Albania ó antigua Iliria, el Epiro y parte de Macedonia. Al saber que un inglés de distinción había llegado á sus Estados ordenó al comandante de Janina que pusiese una casa á su disposición y le proporcionara gratis cuanto necesitase. Tres días estuvo Byron alojado en casa del Pachá, quien le trató con sumo cariño y admiración, puso á sus órdenes sus caballos, y le obsequió espléndidamente, en medio de su pintoresca guardia de albaneses, turcos y tártaros. Alí no olvidó á Byron: en 1815 le dirigió una carta con el Dr. Holland. « Está en latín, » escribe el poeta con mucha gracia en carta á su madre. « Comienza por *Excellentissime nec non carissime*, y termina exigiéndome un fusil, que desea le mande fabricar. Me dice que en la primavera última tomó una villa enemiga donde cuarenta años atrás habían tratado á su madre y hermanos como la caballería búlgara á Miss Cunegunda. Alí toma la villa, coge á todos los sobrevivientes de esta empresa, hijos, nietos, &, y los hace fusilar en su presencia. He ahí al muy querido amigo. » Lord Byron predijo en *Childe Harold* cómo había de morir Alí Pachá, y efectivamente su cabeza fué enviada á Constantinopla y expuesta á las puertas del Serrallo. A punto estuvo de ser exhibida en Lon-

dres. Para evitarlo uno de sus servidores ofreció al verdugo mayor suma que la ofrecida por los ingleses, y le dió sepultura.

De Janina pasó Byron á Missolonghi, Patras, Vostizza, Delfi. En este punto asistió á una cacería de águilas, y él mismo lo narra dándonos testimonio de su sensibilidad: « El último pájaro á que he hecho fuego, ha sido un aguilucho en las riberas del golfo de Lepanto. Quedó solamente herido y traté de salvarlo. Los ojos le resplandecían; pero languideció y murió á los pocos días; y nunca, desde entonces, nunca he querido atentar á la vida de ningún otro pájaro. »

Byron pasó á Atenas, la augusta Atenas, como la llama en aquellos hermosos versos en que llora su antiguo poder, su grande alma helénica y sus grandes hombres, y que parece inspiraron algunas estrofas de Leopardi en el magnífico canto *A la Italia.*

Creen algunos críticos que el segundo canto de *Childe Harold*, comenzado en Janina, fué terminado del todo en Smirna, adonde pasó de Atenas ; así es, pero observo que no le dió allí la última mano, porque la estrofa IX, donde lamenta con tanta profundidad y ternura la muerte de su condiscípulo Eddlestone, fué escrita posteriormente en Newstead, al recibir la fatal nueva, en octubre de 1811.

Por los Dardanelos siguió Byron á Sestos, Abidos y Constantinopla; más separado

en esta ciudad de Hobhouse, que tuvo que regresar á Inglaterra, desistió de ir á Persia, y tomó la vuelta de Atenas y Corinto, punto éste en que juntamente con el Marqués de Sligo, Lady Stanhope y el Cónsul inglés, estudió el romaico en un monasterio de franciscos. Allí anotó los dos cantos de *Childe Harold*, y compuso, entre otras obras, los *Recuerdos de Horacio*, *La Maldición de Minerva*, y la famosa sátira que por patriotismo separó de sus obras, y vino á ver por primera vez la luz en 1828.

Vuelto á Patras, Byron estuvo allí gravemente enfermo con una fiebre semejante á la que, catorce años después, le privó de la vida. Salvó el poeta esta vez, según asegura él mismo, « por haber logrado el celo de sus sirvientes que lo abandonasen los dos médicos *asesinos* que lo asistían y lo estaban matando. »

Entróle en Atenas el deseo de visitar á Egipto y anunció á Inglaterra el viaje, pero tuvo que desistir por falta de fondos, pues su agente de negocios, Hanson, dejó de remitirle dinero. Aquél contratiempo le obligó á regresar á Newstead. En el tránsito supo la muerte de su madre, y escribió al Dr. Pigot: « Comprendo ahora la verdad de la observación de Gray cuando dice que no podemos tener más que una madre. La paz sea con ella! » Y apresuró el viaje. Al llegar á Newstead, profundamente conmovido, se sintió

sin fuerzas para asistir á los funerales, y permaneció á las puertas de la Abadía viendo triste, inmóvil y pensativo, el fúnebre cortejo.

La vuelta á la patria llenábale el corazón de melancolía y de dolor: su madre era cadáver, y los compañeros de colegio, los amigos de sus primeros años, desaparecían en su mayor parte. « Las amistades de mi infancia, dijo en una nota de las *Horas de Ocio*, han sido pasiones, pues siempre he sido violento.» Cinco días después del enterramiento de su madre, se ahogaba Carlos S. Matthews. Ya habían muerto Long, Wingfield y Eddlestone, compañero suyo en el Colegio de Cambridge, aquel joven que le hace verter tantas lágrimas, cuando al hablar de otra patria tras la negra noche de la tumba, exclama en armoniosos versos:

« Allá te volveré á ver, oh tú, cuya vida y afecto, juntamente desaparecidos, me han dejado aquí abajo amar y vivir en vano! Hermano gemelo de mi corazón, ¿puedo creer que ya no existes cuando revives en mi memoria? Y bien, sí, soñaré algún día que volveremos á reunirnos; esta ilusión llenará el vacío de mi alma. Con tal que viva en nosotros algo de nuestros recuerdos juveniles, sea el porvenir el que fuere; bastante felicidad será para mí el saber que tu alma es feliz.»

Su hermana, casada desde 1807 con Mr. Leigh, parecía desagradada aún con él por su desavenencia con Lord Carlisle; y Tomás

Moore, quien, antes de su partida, le había escrito pidiéndole una satisfacción en dura carta, retenida por Hodgson, volvió á escribirle, bien que con más cortesía, exigiéndole explicaciones por las injurias contenidas en *Bards and Reviewers* respecto de él. Este asunto se arregló satisfactoriamente: Byron y Moore se abrazaron y se hicieron amigos. Sin embargo, no pocos críticos acusan á Moore, tal vez con demasiada dureza, de falso amigo de Byron y de traidor á su memoria, fundándose en que, en tanto que Byron le daba pruebas de estimación y aun atendía á sus observaciones críticas, bastante superficiales, él no era franco con Byron en la manifestación de sus juicios, y muerto ya éste consintió en la destrucción de sus *Memorias* por simple exigencia de Hobhouse y Augusta, á quienes asaltó el temor de que la dureza con que en ellas trataba á ciertas personas (Lord Carlisle, probablemente) perjudicase su gloria.

Cuando Byron regresó á Londres vivió algun tiempo en completa soledad y tristeza, y se dedicó á preparar la publicación de algunas de las obras escritas durante su viaje; y que desde Newstead había estado contratando con los editores en el propósito de saldar sus deudas. La necesidad le había llevado á este extremo, pues desde que emprendió la carrera literaria se propuso no recibir dinero por sus escritos. Rehusó cuatrocientas guineas que se le ofrecieron por una nueva edición de su primera sátira; re-

husó mil que le ofreció el editor Murray por *El Sitio de Corinto y Parisina*, y costó trabajo hacérselas aceptar al fin; y regaló á Dallas el precio de los dos primeros cantos de *Childe Harold* y el de *El Corsario*. Walter Scott dice bajo su firma que la parte que él le endilgó en la sátira contra la *Revista de Edimburgo* se debió al supuesto crimen de haber escrito su poema por 25.000 libras esterlinas, cuando sólo era verdad que lo había vendido por tal suma, pues él, lejos de haber tenido parte ninguna en la crítica, había reprobado la injusticia con que fueron juzgadas las *Horas de Ocio*.

Días más tarde, en febrero de 1812, asistía Byron á las sesiones de la Cámara de los Lores.

Cuentan que en 1797, trēs años después de muerto en Córcega el primo de quién heredó el título de Lord, y de quien dice Macaulay que á no ser por la lenidad de la justicia hubiera muerto en un patíbulo, le dijo un amigo en són de cumplimiento: «Algún día tendremos el placer de leer los discursos que pronunciaréis en la Cámara de los Comunes»; y Byron replicó: «No lo creo; si leyereis algún discurso mío será en la Cámara de los Pares.» El orgulloso mancebo pronunció en aquella Cámara el 27 de febrero de 1812 su primer discurso, que causó profunda sensación. Versaba acerca del *Bill* relativo al establecimiento de penas especiales contra los destructores de telares de

Nottingham. Su gran talento le granjeó calurosos aplausos y la amistad y correspondencia de Lord Holland. En el discurso dió á conocer sus ideas liberales tomando la defensa del pueblo hambriento en contra de las autoridades perseguidoras, que, en vez de remediar las necesidades de los proletarios, creen dominarlo todo «eliminando unas cuantas cabezas superfluas.» «Podéis, dijo, dar al pueblo el nombre de populacho, pero no olvidéis que á menudo es el pueblo el que habla con la voz del populacho.»

El 21 de abril del mismo año propuso en la Cámara Lord Donoughmore el nombramiento de una junta ó comisión para el examen de las quejas de los católicos, y Byron se puso en pie, é improvisó largamente con grande elocuencia acerca de la emancipación de la iglesia católico-romana, para terminar apoyando la proposición de Lord Donoughmore.

El 21 de enero de 1813, en Huddersfield, el Mayor John Cartwright, y seis personas más que habían acudido á recibirlo en testimonio de respeto, á la noticia de su llegada, fueron detenidos por una fuerza civil, en calidad de prisioneros, sin causa ni motivo justificado. El 1º de junio Byron presentó á la Cámara una petición de desagravio firmada por el Mayor, y con tal motivo pronunció un discurso en defensa de Cartwright, y mantuvo discusión con varios Pares insistiendo en que la petición fuese atendida.

Los asuntos de estos discursos, no habían sido escogidos por Byron con el propósito de señalarse y ufanarse de defender al débil contra el fuerte. Ellos estaban en el fondo de su corazón, y nacían naturalmente de la sensibilidad y del amor á la justicia, de que tantas pruebas dió desde la más tierna edad. ¿ Cómo no conmoverse ante la opresión y la miseria del pueblo y ante la injusticia cometida con el mayor Cartwright, el hombre que viendo aporrear en el Colegio á un niño débil por otro robusto y fuerte con determinado número de golpes, de que ya había recibido la mitad, se echó á los pies del fuerte y le dijo: «Dejadle! yo sufriré el resto de los golpes? »

Tributáronsele aplausos y consideración por aquellos notables discursos; pero nada es comparable á la admiración, entusiasmo y popularidad que le conquistó la publicación del primero y segundo cantos de la *Peregrinación de Childe Harold*, que aparecieron por aquellos mismos días, y cuyo primer ejemplar envió á Augusta, á su « muy querida hermana y su mejor amiga, » como para aplacar su resentimiento por el ataque á su deudo Lord Carlisle.

Sucesivamente aparecieron, y leíanse con avidez, *The Giaour*, *The Waltz*, *The Bride of Abydos*, *The Corsair*, *Lara*, y *Hebrew Melodies*, escritas estas últimas á exigencia de Douglas Kinnaird, y publicadas con música de Braham y Nathan.

Aquella poesía, nueva y apasionada, melodiosa y enérgica, alcanzó tan brillante éxito que apenas se tenía memoria de algún otro semejante en las letras inglesas, y el nombre de Byron fué colocado en el primer puésto, por aclamación unánime, entre los poetas del Reino Unido. El poeta era solicitado, agasajado y mimado, hasta el punto de olvidarse el libertinaje y las locuras de su primera juventud; y todo contribuía á mantener aquella admiración y aquel entusiasmo: la hermosura, las finas maneras, la conversación cortés y agradable, los generosos sentimientos que lo distinguían; porque Byron en el trato mundano, no dejaba ver, sino raras veces, como nota Walter Scott, los relámpagos de ira, de júbilo ó de indignación, de sarcasmo ó de sátira, tan comúnes en sus versos, y su aspecto habitual era el de una dulce melancolía, que atraía y encadenaba.

Cierto día, con motivo de los brillantes triunfos alcanzados por estas publicaciones, contó Crabb Robinson que hallándose en 1808 en la alcoba de Carlos Lamb, le dijo Wordsworth, refiriéndose á la crítica con que fué recibido el volúmen de *Horas de Ocio* por la Revista de Edimburgo: « Estos críticos me apuran la paciencia. Hay aquí un joven que ha escrito un volumen de poesías, y estos compañeros, por lo mismo que él es Lord, le acometen. El jóven llegará á hacer algo, si continúa como ha comenzado; pero parece

que estos críticos creen que nadie puede escribir poesías si no vive en una buhardilla. »

La sinceridad y nobleza de Wordsworth conmovió á Byron y le hizo sufrir aún mayor dolor por los tremendos ataques que había dirigido en la sátira contra los poetas ingleses y los críticos escoceses. Pronto le dió testimonio de reverencia é hizo las paces con él, como las hizo también con Southey y Coleridge. De Walter Scott fué grande amigo, y no sólo lo consideraba el autor de *Ivanhoe* como el mayor poeta que Inglaterra había tenido desde la época de Dryden, sino que por tal consideración fué dando de mano á la poesía y aplicándose á la novela, género en que tanta gloria había de alcanzar.

Otro con quien en medio de los resplandores de aquella brillante época literaria intimó relacioues, fué Ricardo Brisley Sheridan, grande orador político y autor dramático irlandés, un tanto intemperante; y aunque Byron no era hombre á quien dominasen los vapores del vino, gustábale la sociedad de aquel gran talento y aun verle sentado á su mesa, pues le tenía como uno de los más amables contertulianos. « Dejadme comenzar la velada con Sheridan, escribía él, y terminarla con Colman; Sheridan para comer, y Colman para cenar; Sheridan para el Borgoña y el Oporto; Colman para todo. »

Aquella amistad estaba justificada. Sheridan, que era tan pobre, pues nunca había tenido un chelín en el bolsillo, aparecía hom-

bre amable y sensible, capaz de enternecer las piedras, y de un talento extraordinariamente realzado por vasta instrucción. El discurso que pronunció en la Cámara de los Comunes acerca del proceso de Hastings es tenido por una de las más notables piezas oratorias del mundo. Burke decía que era algo entre la poesía y la prosa, y mejor que una y otra. Sheridan murió el 7 de julio de 1816, y Byron lo lloró, en una monodia, incorporada en sus obras.

En este mismo año de 1816, tres meses antes de la muerte de Sheridan, Juana Clairmont llevó á Byron á la residencia de Shelley, en Marlow. Shelley estaba encantado de que su poeta favorito hubiese ido de Londres con el único designio de conocerle. Almorzaron juntos con María y Juana. En la conversación, según ha publicado Juana, Shelley se indignó con elocuencia del contraste entre la simple belleza de la naturaleza y el estado de degradación de los campesinos ingleses de aquel tiempo. Imagináos, dijo, paisajes tales como este, pero poblados de seres que puedan apreciarlos; con esto bastaría para desarraigar algunas costumbres tiránicas y algunas bajas supersticiones. Bah! repuso Byron, vuestros versos, mi querido señor Shelley, son admirables, pero vuestras ideas son puras quimeras. Podéis tratar á la humanidad como os plazca, más no impediréis que sea siempre una odiosa mezcla de bribones y de tontos. El hombre

es inferior al mono y al tigre. Es la única fiera que mata sin provecho, por simple bestialidad. El alma piadosa de Shelley le oía con asombro.

V

Uno de los puntos históricos, tratados de diversa manera por críticos y biógrafos es el del matrimonio y ruptura de Byron y Miss Milbanke.

Decía Byron de las mujeres, que eran, en concepto suyo, criaturas muy lindas pero inferiores, y agregaba que el sistema seguido con el sexo femenino era un resto de la barbarie de la caballería de nuestros antecesores; que sólo veía en ellas niños grandes, pero que como una mamá tonta era constantemente esclavo de alguna de ellas. « Los turcos, agrega, encierran á sus mujeres y son mucho más felices; dad á una mujer un espejo y almendras tostadas, y estará contenta. »

Esta opinión de Byron acerca de la mujer es la misma de las razas primitivas, y en él, tiene fundamento, más que en sentimientos atávicos, en la vida de libertinaje que llevó en su juventud, y en no haber tenido luégo relaciones íntimas sino con hembras fáciles que lo enamoraban, ya fuesen ellas de la alta sociedad, ya de escalera abajo. De aquí procede asímismo, más que de descuido literario, la semejanza que se encuentra entre casi todas las mujeres de sus obras, Aurora, An-

giolina, Julia, Leila, Medora, Haidea, y aun Gulnara, á pesar del carácter varonil con que á esta última presenta. Del mismo modo aseméjanse sus protagonistas del sexo masculino, porque á todos les imprimía su carácter persoual; no concebía al hombre sino inteligente, audaz, valeroso y apasionado, inspirando el amor por su hermosura ó su bizarría, y dándole cierto matiz de timidez cuando se siente herido en el corazón por las gracias ó la belleza de la mujer.

En algo debió él de modificar sus ideas respecto de las mujeres cuando tropezó con la virtud austera y la entereza de la suya, y puede decirse que nunca las despreció, como lo atestiguan sus cartas á su hermana Augusta, á su esposa, á su madre y á otras más. No había ni falta de talento ni de ingenio en tales rasgos de la vida de Byron, sino un resultado lógico del desarreglo en su primera juventud. Su amor á María Duff, á Margarita Parker, á María Chaworth, á Mres. Spencer Smith, fué puramente platónico; y no se atrevió á dirigirse personalmente á Mis Milbanke á pesar de lo honrado del propósito. Nada más natural. Su carácter era negativo ó anormal, porque, como he dicho ya, su espíritu era egotista, y nervioso, é irritable su temperamento; de aquí los rasgos de timidez que se advierten en sus relaciones con determinadas mujeres, las contradicciones, la ambición, el amor de gloria, el anhelo de grandeza, el

desprecio, la altivez, los rasgos generosos y los crueles de que dió muestra. De la timidez y pusilanimidad en casos especiales no están exentos ni aun los caracteres positivos de condición semejante, como Napoleón I, que con todo su imponderable valor y su audacia, mostróse falto de ánimo y entereza ante los gritos é injurias del populacho cuando le conducían á la isla de Elba, que se le había dejado por todo imperio. Los rasgos de libertinaje de Byron no pertenecen al dominio de la psicología sino al de la moral, como que proceden de un vicio heredado y no combatido por la educación.

Negativos ó positivos, es propio de los caracteres egotistas que cuando están acostumbrados al trato de mujeres de costumbres libres se manifiesten tímidos con las de cierta educación y virtudes cuando les inspiran amor, como si en su presencia se encontrasen embarazados. Valerosos y audaces para toda otra empresa por arriesgada que sea, pierden la voluntad y el impulso á que les han acostumbrado las conquistas fáciles de mujeres provocativas. Están fuera de su centro. El orgullo, sobre todo, que les hace temer un desaire, contribuye, sin duda, más que nada, á este estado de alma.

Byron mismo escribía en 1821 : «Yo no soy un José ni un Escipión, pero afirmo *por mi honor* que jamás he seducido á ninguna mujer.» Y no tenía necesidad de ju-

rarlo, pues su vida toda lo comprueba. Parecíase él bastante en estas cosas á Juan Jacobo Rousseau, á quien tanto encomia y admira en el Canto III de la *Peregrinación de Childe Harold*, donde dice que su amor á Julia era la esencia de la pasión. Habla del beso matinal que ella depositaba en los labios trémulos del amante derramándole por las venas la llama devorante que abrasaba su cerebro y su corazón; y halla que la vida del filósofo ginebrino fué una guerra prolongada contra sus enemigos, y que su corazón, por efecto de la desgracia, era el antro de la desconfianza. Cualquiera creería que Byron hablaba de sí mismo cuando se refería á la pasión de Rousseau por la Condesa de Houdetot, la querida de Saint-Lambert, y los paseos matinales que con ella daba. Ay! tan libertino fué el filósofo como el poeta, y tan licenciosa es la *Julia* como el *Don Juan;* pero el autor de *La Nueva Heloísa* confesaba abiertamente la timidez que se apoderaba de él en presencia de la mujer amada, y aun en medio de la sociedad más escogida. «Mi irracional y torpe timidez, dice en las *Confesiones*, que no podía dominar, se originaba en el temor de faltar á las conveniencias sociales; y, sin embargo, fingí despreciar las maneras amables que no sabía imitar, y me hice cómico y cáustico por vergüenza.» El filósofo se engañaba á sí mismo; lo que impulsa á tales desvaríos es lo mismo que origina la timidez:

el orgullo. De este también procedía la manía de persecución que lo asaltaba. Como sucedía á Byron, todo su mal estaba en el cerebro y no en el corazón, No hay peor perseguidor que la vanidad.

Caracteres así necesitan que los provoquen, que los atraigan y los enamoren, y ello acontecía al poeta británico. Byron era hermoso como un arcángel, arrogante como los antiguos reyes del mar, de quienes descendía; su mirada magnética fascinaba como las pupilas encendidas de la serpiente leyendaria, y estaba rodeado de la doble aureola de la nobleza y de la gloria, que enloquece á la mujer. La Condesa Albrizzi hizo de él en Venecia este retrato físico: «De poco serviría detenerse á considerar las naturales bellezas de una fisonomía en la cual brillaba el sello de un alma extraordinaria. ¡ Cuánta serenidad en la frente, adornada de los más hermosos cabellos castaños, sedosos, ensortijados, y dispuestos con tal arte que hacía resaltar lo que la naturaleza tiene de más atrayente ! ¡ Qué variedad de expresión en los ojos ! Eran del tinte azulado del cielo, donde parecían tener origen. El cuello, que por costumbre descubría tanto cuanto lo permitían los usos del mundo, parecía hecho en molde, y era de exquisita blancura. Las manos eran tan bellas como si hubiesen sido formadas cuidadosamente. Nada dejaba que desear su talle, sobre todo á los que encontraban más bien gracia que des-

gaire en cierta ligera y suave ondulación de toda su persona cuando entraba en un salón. La fisonomía, apacible como el océano en una mañana de primavera, cambiaba cuando una pasión, un pensamiento, una palabra, una nada le perturbaba el alma. Perdían de súbito los ojos toda su dulzura, y lanzaba tales relámpagos que era entonces difícil sostenerle la mirada. Apenas se hubiera creído posible tan rápido cambiamiento, y se veía úno forzado á reconocer que el estado natural de su espíritu era la tempestad.»

Acaso por todo esto escribe el profesor alemán Elze: «El querido *Childe Harold* fué positivamente asediado por las mujeres. Ellas, en verdad, no tienen razón en quejarse de él: desde la infancia las vió por su peor lado.»

Sus primeros amores, siendo aún niño, fueron simplemente platónicos. Púsolos sucesivamente en sus primas María Duff y Margarita Parker. En 1802 lloró la muerte de Margarita en la primera composición del volumen *Horas of Idleness* (Horas de Ocio), y en la de 1808 que comienza: «Adios! si en el cielo se oye la oración de un alma fervorosa que ruega por la felicidad de otra....»

Para su amigo el Capitán Trelawny los versos á la memoria de un amor perdido, velado con el nombre de *Thyrza*, son asimismo un recuerdo de esta pesadumbre por la muerte de Margarita; pero Tomás Moore

los considera como meras quejas imaginativas, lo que parece ser así, ya que es imposible que en 1811, transcurrido tan poco tiempo, no se supiese dónde habían depositado los restos de la niña; que no le hubiesen puesto ni una piedra para indicar la tumba, y estuviése ya ella olvidada de todos. Pura fantasía de poeta romántico, imaginación triste, exaltada y soñadora, corazón lleno de juvenil sensibilidad que anhela desahogarse con las armonías de la lira y las lágrimas y los suspiros de soñados amores. ¡ Cuántos poetas no han cantado de ese modo, impulsados por el demonio interior, en las horas de melancolía !

Y así son muchas de las poesías de Byron ; que sólo los profanos incapaces de comprender los misterios del genio y las sensaciones del corazón, toman por lo serio, dándose á indagar y á inventar especies absurdas. Cuando más, tales poesías manifiestan un temperamento y un carácter especiales. Byron, cuando le preguntaban quién era *Thyrza*, se sonreía y evadía contestar. De seguro que en el fondo del alma se reía de tanta inocencia, él, que era todo vanidad, penetración y talento.

Posteriormente enamoróse Byron de otra prima suya, como que por aquel entonces eran las primas las que tenía más cerca. Era esta María Ana Chaworth, heredera de la rica familia de este apellido, cuyas posesiones confinaban con las del poeta, é hija de una raza

ligada por diversas relaciones con la suya Sienta él, en una carta, que la introducción tuvo efecto antes de su vuelta á Cheltenham, mas no parece que llegase á intimar con la familia hasta una época posterior. Cuando un año más tarde residió su madre en Nottingham, Byron le hizo otra larga visita. Acostumbraban pasar las noches en la Abadía, donde residía temporalmente Lord Grey de Ruthyn, y en tal ocasión renovaron sus relaciones con los Chaworths, que invitaron á Byron á vivir en su morada de Annesley. Acostumbróse al principio á regresar todas las tardes á Newstead, excusándose con que los retratos de familia podían bajar y tomar venganza en él de la muerte ocasionada por el hermano de su abuelo. Esta humorada, algo extravagante, recibió colorido poético en *El Sitio de Corinto*, donde compara á Alp, inmóvil y petrificado, con las imágenes de una tapicería, cuyas formas inanimadas parecen revivir ante la vista espantada. «Dijérase, dice, que en la obscuridad van á descender amenazadoras de las sombrías murallas, y se balancean agitadas por el soplo del viento que mueve la tela.»

Castelar, grande y brillante orador, verboso y romántico, que todo lo quería someter á la influencia de la palabra hablada, aun la historia, la crítica y la novela, y que sacrificó en ocasiones hasta la verdad á la bizarría de los períodos relumbrantes y al deslumbramiento y conmoción del auditorio y del lector,

escribió acerca de Byron un libro ditirámbico cuya lectura encanta por la brillantez del estilo y el ámbar de soñación romántica que quema en los altares del amor. Al tocar allí el punto de los amores del poeta con María Chaworth, tomando por lo serio la humorada de Byron respecto de los retratos, da carácter extraordinario á aquellos sencillos amores, y los compara con los de Romeo y Julieta. Pero nada de singular tuvieron.

A poco resolvió Byron ir á Annesley, donde pasó con los Chaworths los últimos días santos de aquel año (de 1803 según unos, ó de 1804 según otros.) Aun hizo con ellos una excursión de seis semanas por Matlock y Castleton.

Tan corto tiempo fué lo que duraron aquellas relaciones amorosas, terminadas como cosa de niños. Enamorado estaba Byron; los celos le mordían el corazón cuando la veía bailar en brazos de otro ; pero en los versos en que habla de la travesía con ella por la caverna de Peak, nos confiesa que nunca le dijo su amor sino que ella lo descubrió. Hubiera querido casar con ella, y « aquel matrimonio, decía él, hubiera unido tierras próximas, borrado todo antiguo resentimiento, y satisfecho, por último, un corazón. » Mas pronto, antes de terminar las vacaciones, comprendió ó adivinó el verdadero estado del asunto, pues cierto día alcanzó á oír que María contestaba á su doncella: ¿Crees tú que puede interesar-

me ese niño cojo »? La verdad es que él solo tenía catorce años y ella dieciséis.

Dijéronse adiós un año más tarde, al encontrarse en la colina de Annesley. Supongo, le dijo Byron, que cuando os vuelva á ver seréis la Sra. Chaworth. Aludía el poeta al compromiso de María con Mr. Musters, quien había convenido en tomar el apellido de Chaworth. En los versos « Después de una visita á Harrow, » escritos en 1807, acerca de una inscripción que sobre sus amores había él grabado, dice que su resentimiento la borró un día, la restableció luégo, y que por último su orgullo herido la destruyó después enteramente.

Cuando María casó, Lady Byron anunció á su hijo el matrimonio: « Os tengo algunas noticias, díjole, pero antes sacad el pañuelo, vais á necesitarlo. » Byron oyó los pormenores con tranquilidad, tal vez fingida, y desvió la conversación.

Un año después del matrimonio fué invitado á comer por la familia Chaworth, y se conmovió á la vista de la hija reciennacida de María Ana, á la cual felicitó con dulces y tiernas expresiones. Recuerda esta visita en los versos de 1809 :

Well, thou art happy. En ellos dice :

When late I saw thy favourite cfiild,
I thought my jealous heart would break;
But when the unconscious infant smiled
I kiss' d it for its mother's sake.

(Cuando últimamente ví á tu hija amada, creí que mi corazón coloso iba á romperse ; pero cuando la inocente niña sonrió, la besé por amor á la madre.)

Dió esto motivo á que cuando al poeta se le presentó ocasión de volver casa de Mr. Chaworth, se lo impidiese con sus consejos su cuñado Mr. Leigh para evitar que se enamorase de nuevo y diese lugar á escenas inconvenientes. Ni Moore, ni Colburn, ni John Cordy Jeaffreson, ni John Nichol, ni el mismo Byron, ni autor ninguno que yo conozca, dicen nada respecto de tales amores que dé motivo al ditirambo y lamentación de Castelar en este punto. Antes bien, John Nichol mira acertadamente en estos amores un acontecimiento muy común; cree que los atractivos y la belleza de Miss Chaworth fué lo que principalmente cautivó la imaginación del poeta, porque era una joven dos años mayor que él, de vivo y voluble carácter, que gozaba con las secretas entrevistas á la puerta del cercado de sus tierras, y reía de las ardientes cartas amorosas que por medio de una confidente recibía del hasta entonces rudo joven á quien ella miraba como un niño; y ni tenía ella el instinto de adivinar la presencia y apreciar la adhesión de uno de los futuros grandes hombres de Inglaterra, ni siquiera la ambición de estrechar lazos de parentesco con la brava raza de Newstead. Prefirió á un hidalgo robusto y vulgar y simple cazador.

Para Byron fué siempre María Chaworth el más bello ideal, pero Muster se arrepintió de su elección, y después de poco felices años, se separaron de común acuerdo. La «resplandeciente estrella de la mañana de Annesley», de salud precaria en sus últimos años y envuelta la razón en oscuras nieblas, murió al fin en 1832 á causa del terror que le ocasionaron el asalto y saqueo de la casa de Colwick, por los insurgentes de Nottingham.

Rara vez desdeñó Byron el placer que le salía al paso, y sus pasiones vivas y ardientes manifestaron casi siempre profundo ímpetu y sinceridad, bien que solían evaporarse con la misma fuerza con que se habían desarrollado. Cuando se le entraba el amor por las puertas del corazón, lo acogía benévolo, y nunca le asediaron tánto las mujeres como en la época de su regreso de Grecia, resplandeciente de gloria literaria, buscado, halagado, mimado por toda la alta aristocracia, y admirado y aplaudido por el pueblo. Entonces fué cuando le conquistó Lady Carolina Lamb, nieta del primer Conde de Spencer y esposa de William Lamb, más tarde Lord Melbourne.

Para penetrar el verdadero carácter de este amor y el origen de su fuerza es necesario conocer los antecedentes de Carolina. Apasionada, impetuosa, romántica, aficionada á las letras, lectora asidua de poesías y novelas, y mujer bella y de irresis-

tible gracia, tuvo la infelicidad de recibir una educación inconveniente y viciosa, que en vez de refrenar sus naturales instintos, les dió rienda suelta. Un filósofo, el autor del célebre *Caleb Williams*, que no es obra vulgar, Guillermo Godwin, que por boca de *Caleb* decía lastimeramente: «mi vida ha sido durante varios años el teatro de todas las calamidades», fué el preceptor de Carollna Lamb. Era este hombre el confidente de Coleridge y de Lamb, y llegó á ser suegro de Shelley, uno de sus discípulos más celebrados. Especie de profeta y de sabio, es considerado como el precursor de la filosofía radical, y estuvo rodeado de discípulos que constituían una especie de bohemia literaria. Hijo de metodistas severos, fué, no obstante, el apóstol del ateísmo. Su mujer, Mrs. Clairmont, poco instruida, sazonaba la gravedad de las doctrinas de Godwin contando historias picantes, y ponía toda su ambición en las felices contestaciones agudas. Así, la educación de la familia de este hombre resultó trágica.

Su primera mujer, María Wollstonecraft, que en sus escritos se rebeló contra las opiniones de la sociedad, había sido casada con el americano Gilberto Imlay, se había arrojado por celos al Támesis desde lo alto de un puente, á pesar de tener una hija, y fué salvada milagrosamente. María Wallstonecraft murió un año después á poco de dar á luz á María Godwin. Casó después con una

mujer egoísta, imperiosa y celosa, de la cual tuvo una hija, Juana.

Su hijastra Fanny, la hija de Imlay, desapareció trágicamente, Algunos días después de un viaje al país de Gales para visitar á sus tías, se la encontró cadáver en una posada de Swansea.

A su lado había un billete y un frasco vacío de láudano. Jamás se supo con certeza la causa de esta resolución suprema, bien que Gorwin la atribuía á haberse ella enamorado locamente de Shelley; pero buena, amable y melancólica, y tan inteligente como su madre María Wollstonecraft, le habían vaciado el alma, y tenía horror del medio en que vivía; lo que basta y sobra para un desenlace trágico. Años más tarde, María y Juana Godwin abandonaron el hogar; Juana fué querida de Byron, y María de Shelley, con quien casó luego que hubo él enviudado.

Lógico era el resultado de la propaganda de Godwin: poetas ateos como Shelley y Coleridge, mujeres sin freno como sus hijas y Carolina Lamb, y la tragedia aun en el propio hogar. El comprendió el mal que había hecho, como que en su triste vejez, pobre y en desarrimo, aunque siempre se manifestaba ateo, oponíase á que se hiciesen prosélitos, agregando que si bien era razonable no creer en Dios, se hacía mal en vivir sin religión; afirmación descabellada, aun llamando religión el amor de la naturaleza universal, porque si se tiene religión se cree en Dios, y si

no se cree en El no hay religión posible. Un tal Crooke, discípulo suyo, volvió al seno de la religión cristiana en la hora de la muerte y exigió se le hiciese saber al maestro; pero Carolina Lamb le escribía: «Quiero ensayar el vencer mi violencía y mis pasiones; estáis destinado á ser mi maestro. He aquí lo que solamente calma mi ardor: ¿por qué y para quién procuraré ser modesta? ¿Cuál es el fin de la vida? Cuando morimos, ¿que diferencia hay entre un insecto y yo? ¡Oh! si con los sentimientos que ahora poseo y sin un solo motivo de ambición ó vanidad, pudiese al fin decirme que estoy en la vía de la verdad, decirme que soy útil á los demás.... La única oración que siempre repito con la del pecador, y la única biografía que de mí dejará mi mano es que he hecho lo que no hubiera debido, y no he hecho lo que hubiera debido. «Esta mujer en cuyo corazón reinaba el vacío, era Carolina Lamb. Desde temprano había dado testimonio de su exaltada fantasía. A la edad de trece años idealizó á William Lamb como estatua de la Libertad, y á los diecinueve en 1.805, casó con él. Por algún tiempo llevaron una vida doméstica sólo perturbada por ciertas extravagancias de la hermosa y celebrada literata.

Carolina conoció á Byron en un baile dado por Lady Westmoreland, y lo vió asediado, ahogado por el cariño y la admiración del grupo de elegantes y de hombres de letras que en aquella época lo cortejaba. Rogers

que escribió acerca de estos amores á Lady Morgan, dice que era tal el fanatismo que á la sazón inspiraba Byron, que aun se olvidaba la etiqueta y la buena cortesía en obsequio suyo, por lo que Lady Westmoreland en vez de llevar á Byron y presentarlo á Carolina, llamó á esta y la presentó al poeta. Carolina, que se había propuesto ya dominarlo, lo vió fijamente con aire altivo y le volvió la espalda. Al llegar ella á su casa escribió en su libro de memorias: "Loco, malo y peligroso de conocer." Aconteció esto, según Rogers, en marzo de 1812. El poeta era tres años menor que ella.

Días después se encontraron de nuevo en la casa de Lady Holland, que presentó el poeta á Carolina. Al siguiente día el hermoso Apolo llamó á las puertas de Melbourne House, y Carolina, que charlaba con Rogers y Moore, corrió á su tocador. Cuando regresó al salón, Rogers se sonrió y dijo á Byron: "Lord Byron, sois un hombre afortunado: al anuncio de vuestro nombre, Lady Carolina nos dejó solos y "voló á hermosearse." Pagado el poeta de su conquista frecuentó la casa de Lord Melbourne, donde un año después se le veía casi diariamente. Fastidióse al fin Byron, consiguió que Carolina fuese á Irlanda á pasar una temporada en casa de sus padres, y durante la estada allí le dirigió una ardiente carta de despedida. Cuando Carolina

regresó vióse el poeta hostigado por ella con renovadas invitaciones, dominándole como si él fuese cosa suya. Si salía Byron de paseo, había de ir en la carroza de ella y frente á ella. Hacíalo espiar, y lo espiaba ella misma de día y de noche por las calles de Londres; presentábasele repentinamente en la casa y le movía tremendas escenas de celos. Cuando, al fin, ordenó Byron al camarero que no la dejase pasar, se le presentó en el aposento disfrazada de paje; luégo también de hombre otro día amenazándole con un par de tijeras, y aun otra vez ofreciendo su gratitud á cualquiera que quisiese matarlo. Estaba loca de celos, de despecho y de amor.

En febrero de 1813, después de una de estas provocaciones, Byron escribió á Hodgson: "El *cordero* está furioso. No tenéis idea de las cosas horribles y absurdas que ha dicho y hecho desde que le retiré mi homenaje. Rompí el asunto en el verano, y ahora la diversión de la gentil hermosa es escribirme cartas amenazando literalmente mi vida."

En términos de placentera broma relató Byron estas cosas á una señora de la familia, cuyo talento y buen sentido apreciaba tánto que la tenía por "la más prudente de las mujeres"; á Lady Melbourne, madre de Mr. Lamb y hermana de Sir Ralph Milbanke.

Las cosas más grandes provienen de las más pequeñas: el hombre de un átomo; de una nebulosa el inmenso mundo; y en la vida del mortal hay siempre una hora, un instante que, con un solo acto, bueno ó malo, á las veces inconsciente y al parecer insignificante, decide de la suerte futura, de la felicidad ó de la desgracia.

Aquella confidencia de Byron, hecha inocentemente en un momento de buen humor ó con el intento de que la prudente Lady refrenase con hábiles consejos los descarríos de su nuera, fué de fatales resultados para él, porque, enterada de todo y segura del desamor de Byron, creyó Lady Melbourne que el mejor modo de obtener eficaz resultado y de acallar por el matrimonio y el parentesco las hablillas de la gente, era casar á Byron con su sobrina, la hija de su hermano Sir Ralph Milbanke, en la que encontraría ayuda para contener las inconveniencias de la nuera. Escriben que Miss Milbanke no era bella, las facciones, aunque finas y denotativas de viva inteligencia, no eran de perfecta regularidad; de carácter era sencilla, sin sombra de afectación, pero enérgica, fría y reservada. Mujer cultísima, escribía versos de incontestable mérito. No era rica, su dote no pasaba de diez mil libras esterlinas, y sólo tenía en perspectiva muy lejana la herencia de un tío acaudalado, como lo ha compro bado Jeffreson; pero era mujer de gran

virtud, austera y digna; lo que para formar un hogar vale más que todas las riquezas y todas las hermosuras.

Byron, que con su gran talento sabía estimar tales calidades y había escrito ya á Moore que una esposa sería su salvación, atendió á los consejos de lady Melbourne, y escribió á miss Milbanke proponiéndole matrimonio. Hallábase Byron con uno de sus amigos, que le hacía observaciones acerca de lo inconveniente de tal matrimonio con mujer sin bienes de fortuna en momentos en que los suyos estaban en mal estado, cuando recibió la negativa de la Miss, bien que llena de cortesía y finura. Ved, dijo Byron, que á pesar de todo es Miss Milbanke la persona que me conviene. Volvióle á escribir al instante; leyó el amigo la carta, y aunque insistiendo todavía en su parecer, exclamó: Bien! Realmente es una carta preciosa, y sería lástima que no la enviaseis»—»Entonces, repuso el poeta, ella irá», y la selló y la envió.

Cuando llegó la contestación, estaba sentado á la mesa, y su jardinero se la presentó juntamente con el anillo de bodas de su madre, perdido hacía años, y que acababa de encontrar al excavar en el jardín.—«Si la carta contiene un asentimiento, exclamó Byron, me casaré con esta misma sortija.»

Byron tenía la más alta idea de Miss Milbanke, de «sus talentos y excelentes cualidades», y agregaba: «es tan buena que llegaré á ser mejor»; y en otra ocasión dijo á

Moore, que era de los que no creían conveniente el matrimonio: «Si no fuere feliz con ella, la culpa será mía».

¡Cómo engaña el destino á los más grandes talentos! Aquel matrimonio fué lo que completó la perdición de Byron, fué el origen de su destierro y de su muerte, y la causa de las mayores calumnias en contra de su honra.

Y no obstante, no sólo él, sino también la mujer que más le amó en la tierra, su hermana Augusta, confiaba en que Byron sería feliz, y así lo escribió á Hodgson al darle gracias por sus congratulaciones. Y nadie le amó cual ella, nadie cual ella se desveló por su felicidad. Veíale como su hermano único, como su padre y su amigo, como el compañero de su infancia y el representante de su casa y su estirpe; admiraba sus talentos y su grandeza de alma, y al considerarle desgraciado, agobiado de inmerecidas injurias, perseguido por el odio de la envidia, y altivo y glorioso en medio de la tribulación, ella, su única hermana, se dedicó con la delicadeza y la dulzura propias sólo de la mujer, á ser el ángel consolador del poeta. Tolerante con sus errores, porque la halagaba la esperanza de la enmienda, era la primera en lamentarlos, la primera en aconsejarle con cordura y la primera en luchar por contener las violencias de su altivez. Las cartas que de ella se han publicado están llenas del dolor que le causaba el intento de vender á

Newstead, al cual se apegaba por orgullo de raza y amor al hogar de la familia, y manifiestan el júbilo con que recibió la noticia del rompimiento del contrato de venta. Esta noble mujer me recuerda á Margarita de Navarra, que del mismo modo amaba á su hermano Francisco I. ¡Con qué dulce cariño le ruega Margarita que cuide de su salud! ¡Con cuánto sincero y acendrado amor fraternal, con cuánto gozo le dice, cuando la designan para ir á España á trabajar por su libertad: «Lo que pueda ser, *hasta dar al viento la ceniza de mis huesos por serviros*, nada me será ni singular, ni difícil, ni penoso, sino antes bien me servirá de consuelo, de reposo y de honor, » porque «es el único, agrega, que Dios me ha dejado en este mundo, *padre, hermano y marido.* » Y acumula en él, observa Saint-Beuve, estos nombres de *rey, padre, hermano y marido*, que manifiestan el respeto y amor fraternal que le profesaba.

No dijo Augusta tánto como la ilustre reina de Navarra ; pero la calumnia soplada por la americana Enriqueta Beecher Stowe, la autora de « La Cabaña del Tío Tom, » cayó sobre su nombre, grabado ya, como el de Byron, en el mármol de la tumba.

No está en lo cierto la Beecher Stowe al afirmar que Miss Milbanke era una doncellita que, acabada de salir del convento, no tenía experiencia del mundo é ignoraba los pecados juveniles de Lord Byron, cuando casó con él. Mujer que estudiaba mucho y escribía versos

correctos y armónicos, antes de conocer á Byron, había ya leído los dos cantos publicados de *Childe Harold*, y creído encontrar en él, como tantos otros, la autobiografía del poeta; y Jeffreson afirma que no sólo no se escandalizó con la lectura de la obra, sino que la admiró grandemente. Pareee que Enriqueta Beecher Stowe creía, lo mismo que otros escritores, que *Ianthe*, á quien dedicó Byron el primer canto de *Childe Harold*, era Miss Milbanke; pero aquel canto se publicó á su regreso de Grecia y antes de que él conociera á la joven; é *Ianthe*, que no tenía á la sazón once años, era Carlota Harley, segunda hija del Conde de Oxford, Eduardo Harley, la cual años más tarde contrajo matrimonio con Bacon.

Bastarían estas observaciones para comprobar que la autora de *La Cabaña del Tio Tom* no obtuvo tales confidencias de Lady Byron, si no se considerase imposible que mujer tan reservada y que había guardado silencio aun con su familia y con el mismo Byron, abriese su corazón á una viajera americana para hablarle de su rompimiento con sn esposo y acusar de un crimen nefando al padre ya muerto de su única hija. Por otra parte, ¿quién no sabe que Lady Byron y Augusta Leigh, su cuñada, fueron siempre amigas íntimas, aun después de la separación, y aun después de la muerte de Byron?

Augusta, entregada á sus deberes de esposa y de madre, vivió siempre respetada y

amada de Mr. Leigh y de toda la sociedad inglesa. Lord Byron nunca supo el verdadero motivo que provocó la separación en 1816, y hasta la hora de la muerte jamás renunció á la esperanza de reconciliarse con ella. Su correspondencia y el relato de Moore no dejan dudas respecto de estos puntos. En la dolorosa composición de setiembre de 1816, cuando supo que Lady Byron estaba enferma, después de lamentarse de no haber estado á su lado, le dice que cualesquiera que fueran sus faltas, ella no era la Némesis encargada de castigarlo, que había hecho un vicio de sus propias virtudes, y que sobre la fe que en ella tenía el mundo; sobre el loco renombre de su tempestuosa juventud, sobre cosas que no existían y sobre cosas reales; sobre tal base construyó ella un monumento al cual sirve el crimen de cimiento.

Kennedy, refiriéndose al viaje de Byron á Cefalonia, afirma que le dijo: «Lady Byron conserva todo mi respeto; jamás he sabido la causa de su separación; estoy pronto y estaré siempre pronto á reconciliarme con ella cualesquiera que fueren las proposiciones que tenga que hacerle.» Moore nos habla en sus *Memorias* de los inútiles intentos de Byron por tener una explicación con su mujer antes de partir para Suiza, bien que el mismo Moore, basándose en el juicio del Dr. Lushington, afirma que «las causas de la desunión no difieren de las que desatan los lazos de la mayor parte de semejantes matrimonios.» Y

ello es lo cierto. Casó Byron el 2 de enero de 1815; pasó la luna de miel en Halnaby y otros lugares, y estaba tan satisfecho que repitió á su íntimo amigo Hobhouse, que le había servido de padrino, lo que había dicho ya á Moore: « Si no soy feliz, la culpa será mía. »

A los tres meses regresaron á Londres. Byron amaba á su mujer con el amor tranquilo y dulce que nace de la estimación y de la vida en común, y todas sus intenciones respecto de ella lo comprueban. Su ayuda de Cámara, Fletcher, decía: « Ninguna mujer puede manejar á mi Lord, excepto mi Lady; » y Mme. de Stael, cuando leyó el *Adiós*, exclamó conmovida: « Si yo hubiera estado en lugar de Lady Byron, me hubiera llenado de júbilo. » Su cuñado Leigh escribía á Hodgson que cada vez tenía motivos para creer que su querido Byron era muy feliz. « Lady Byron me escribe, dice, que nunca ha visto á sus padres más felices, y que los cree capaces de ir al fondo del mar para encontrar por sí mismos pescado para Byron. »

Cuando Byron casó, sus intereses estaban muy desmedrados. Empeorólos naturalmente el matrimonio, y apenas llegó á Londres le acosaron los acreedores; pero aunque ello lo irritaba, no fué bastante á perturbar la paz doméstica en los primeros meses; antes bien, eran dichosos, y Lady Byron le ayudaba sabiamente en sus trabajos literarios sirviéndole de copista y de Secre-

tario. Ay! no duró mucho tanta felicidad! No puede el león vivir contento lejos de las frecuentadas cavernas, ni la golondrina sujetarse al mismo nido. A poco Byron volvió á frecuentar la casa de Lord Melbourne, lo que comenzó á turbar á Lady Byron que sabía tenía en ella una rival audaz, Carolina Lamb. Agréguese á esto que Byron padecía á la sazón del estómago; privábase de los alimentos ó los tomaba insuficientes, y á las veces se retiraba de la mesa al principio de la comida ó cuando aun no se había servido el segundo plato; dolíale el estómago, y para calmar el dolor mascaba tabaco ó tomaba opio, vicio este común entonces en Inglaterra, que Jeffreson cree adquirió de Carolina Lamb, que en sus últimos años abusó de él. Esta droga fatal lo enervaba á las veces produciéndole momentos de languidez que reaccionaban con exacerbaciones de su temperamento irritable. Los acreedores, que creían que había adquirido dinero con el matrimonio, redoblaron sus instancias, y en poco tiempo cumplieron siete ú ocho mandatos de ejecución en su casa y ajuar. Había ya vendido sus libros, y si bien su editor le ofrecía anticipos de dinero, él, por exageración del orgullo, rehusaba terminantemente aceptarlos. Un proyectado viaje al Oriente, á que Lady Byron se negó alegando que si él tenía su corazón en Oriente ella lo tenía en Inglaterra donde estaban su padre y su madre,

comenzó á perturbar la paz de aquel hogar. El pensaba entonces en viajar solo con Hobhouse, y ella le sostenía que si se alejaba era porque ni la necesitaba ni la amaba. Las desavenencias menudeaban; las ausencias del Lord llenaban de inquietud á la esposa, y los celos empezaban á escondérsele en el pecho. Los arrebatos de Byron le daban miedo; juzgóle una fiera cuando en una de estas disputas le vió arrojar al fuego el reloj y destrozarlo con furia. Por atavismo de raza, como si recordase que sus antepasados bebían en los cráneos de sus enemigos, el poeta tenía en su alcoba una copa hecha de una calavera, y extravagancias de aquel género hacían que Lady Byron recelase de la cabalidad de su juicio.

Viéndose sola, buscó Lady Byron una dama de compañía. Hallóla en una anciana llamada Mrs. Clermont, que, según entendía Byron, fué una mala consejera, pues pronto advirtió él que su correspondencia era violada é interceptada, lo que llenó de indignación su soberbio carácter.

En esta situación, el 10 de diciembre de 1815, vino al mundo su hija Augusta Ada. *Augusta* era el nombre de su única hermana; de *Ada* dice en carta fechada en Verona el 6 de noviembre de 1816: «el nombre de *Ada*, que he encontrado en nuestra genealogía bajo el reinado del rey Juan, era asimismo el de la hermana de

Carlomagno, lo que leí en días pasados en una obra relativa al Rhin.»

Pero Byron se hallaba contrariado de que su mujer no hubiese dado á luz un varón, y ssí el nacimiento de Ada estuvo lejos de mejorar la situación tirante que se habían creado.

Por aquellos días y con motivo del fausto alumbramiento vino á Londres Augusta Leigh y se hospedó en la casa de su hermano. Augusta y su primo Jorge Byron, que frecuentaba la casa, encontraron tan extraña la conducta del poeta que creyeron de acuerdo con Lady Byron que sus facultades mentales estaban alteradas y requerían la consulta de un médico. Fué este el Dr. Baillie, el cual, después de un examen médico legal, aseguró á la familia que Byron no estaba loco.

En enero de 1816 iba á estallar la tormenta que venía condensándose secretamente.

El 15 del mes indicado, Lady Byron, acompañada de su hija, salió de Londres con el propósito de pagar una visita á su familia en Kirkby–Mallory, Leicestershire. Había convenido con Augusta Leigh en que se escribirían diariamente, y exigido á Byron que antes de emprender el viaje que proyectaba fuese á pasarse algunas semanas con ella. Del camino le dirigió una afectuosa carta, y el 17 de enero la madre de Lady Byron, de acuerdo con la hija, le escribió invitándolo

cariñosamente á irse al lado de ellas. Pero el 18 Lady Byron recibió de Londres una carta que la turbó y cuyo contenido se ignora. A poco su padre informó á Byron, y luégo ella misma, que no volvería á reunírsele.

Algunas autores atribuyen el rompimiento á una de las últimas entrevistas habidas entre ellos antes de la partida de Lady Byron. Según unos, furiosa ella porque él hubiese ofrecido inocente hospitalidad, á causa del mal tiempo, á la respetable actriz Mrs. Mardin, que le había hablado acerca de una colocación en Drury Lane, penetró violentamente en la habitación exclamando: « Os dejo para siempre, » y así lo hizo. Según otros, encontróle Lady Byron con cierto amigo, y al observar que su entrada lo contrariaba, le preguntó: ¿« Os estorbo, Byron? » A lo que él contestó: « Detestablemente. » Pero hechos y documentos auténticos atestiguan que ella salió de Londres amigablemente, y que la carta recibida de allí el 18 de enero fué lo que la hizo cambiar de actitud y resolución, confirmándola, sin duda, en sus ateriores sospechas de que amaba á otra mujer. ¿No sería esta Juana Godwin Clairmont, y Mrs. Clermont, la dama de compañía de Lady Byron, la autora de la carta del 18 en que probablemente se denunciaban aquellos amores ?

Lady Milbanke y Mrs. Clermont habían sometido al abogado Dr. Lushington la lista de los motivos por los cuales intentaba Lady

Byron la separación, y fundábanse estos en los hechos por los cuales había creído ella que el poeta tenía trastornadas las facultades mentales. Opinó el Dr. Lushington que no hallaba en ellos motivos suficientes para que un matrimonio se divorciase, y aconsejó una pronta reconciliación. Pero más tarde, el 22 de enero, cuatro días no más después de la carta del 18, Lady Byron pasó á Londres en compañía de su madre y sometió á Lushington la lista, á la cual había agregado nuevos motivos. Lushington opinó entonces que la reconcillación que había aconsejado no era ya posible.

El 2 de febrero recibió Byron una carta de Sir Ralph Milbanke por la cual le proponía separación amigable entre él y su hija.

Antes de cumplirse un año de este suceso nació la hija natural de Byron, Allegra Alba (1) aquella niña muerta en temprana edad, á quien los amigos del poeta encontraban idéntica á él, y de quien êl escribía cariñosamente: «es más cerrada que pie de muleto», para manifestar su ingénita obstinación. Moore suponía que los amores que dieron aquel fruto fueron posteriores á la separación de Lord Byron y su mujer, y por ello John Nichol y algun otro autor creen que datan de su viaje á Suiza, donde vivia con Shelley la hermana de la madre de Allegra, Juana Godwin Clairmont,

(1) Allegra, por Mont-Allegre, y Alba porque María Godwin llamaba á Byron *Alba*.

hija de la segunda mujer de Guillermo Godwin; mas no estaban en lo cierto. Juana Clairmont misma nos da noticia de sus relaciones con Byron. «En 1815, dice, yo tenía diecisiete años, y Byron era el dios del día. No creo que ningún otro hombre haya tenido celebridad tan ruidosa ni poseído tan poderosa obsesión. Todo el mundo en Londres hablaba de él, y aún más que de Wellington. Los jovenes poetas imitaban sus maneras y vestían como él; las jovenes lloraban sobre su retrato. Yo tenía la cabeza llena de sueños dorados y de locas ambiciones, y no era para hacerme más juiciosa el medio en que vivía. Godwin, mi hermana María (pues siempre la consideré como una hermana), Shelley, que pasaba los días en casa, todos hacían nacer en mi alma las más románticas ilusiones; y como Byron acababa de tomar la dirección del teatro de Drury Lane, resolví ir á verle para suplicarle un papel en una de sus piezas. Creo que fué Shelley quien primero me dió tal consejo: él admiraba apasionadamente á Byron. Ví á este; de lo demás ya os enteraré. Yo era joven, pobre, frívola. El era más que un hombre: se me había acostumbrado á considerarlo como mi dios. También su belleza era todopoderosa. Por otra parte, ya sabéis que en nuestra casa el matrimonio era considerado como un resto criminal de la barbarie. Poco tiempo después cambió la fortuna de Byron: todo Londres se volvió con-

tra él. Estuvo varios meses sin ver á nadie; sólo á mí me veía, y sólo yo le fuí fiel.» No puede haber confesión más explícita. Morena, bella y graciosa, presentóse Juana á Byron en los días críticos de su desavenencia con su esposa; narróle su historia, y cómo había abandonado el hogar paterno cambiando su nombre de pila por el de Clara, componente de su apellido materno que había adoptado como suyo, y terminó solicitando su influencia y autoridad para entrar como actriz en el teatro de Drury-Lane. Enamoróse Byron de la pícara chica cuyos antecedentes y circunstancias facilitaban la conquista, y fuera ello días antes ó después del viaje de Lady Byron, no otra parece haber sido la causa determinativa del rompimiento, y el asunto del informe que recibió ella en Londres, el 18 de febrero. Ni había necesidad de la confesión de Juana para comprender esto y el error de Moore y de Nichol, porque Juana había cambiado de nombre y solicitado trabajo en los teatros de Londres; y Byron dejó á Londres el 25 de abril de 1816, pasó á Ostende y Bruselas, donde vivió algún tiempo, visitó el campo de batalla de Waterloo, y escribió en prosa antipatriótica acerca de la admiración que le inspiraba aquel campo, que compara con los de Maratón y Platea; cantó al glorioso caudillo, y á la Estrella de la Legión de Honor, y lloró en versos conmovedores el adiós de Napoleón á Francia.

Luégo pasó á Suiza, y, como él mismo lo dice, estuvo viajando por ella con la *Heloísa* de Rousseau en la mano. Agréguese á esto que Allegra nació en la casa Chapuis de Mont-Alegre, residencia de Shelly, en los primeros días de enero de 1817; y que Juana afirma que Shelley, quien estaba enterado de sus relaciones con Byron, fué presentado á esta por ella en abril de 1816, y fué luégo en Ginebra, donde volvieron á reunirse todos. Compréndese que los celos rebelaron todo el orgullo de la austera y altiva esposa de Byron.

Leigh, Moore, Hodgson, Medwin, y otros más, sientan que los amigos comunes intentaron vanamente la reconciliación, que era el mayor deseo de Byron. Ni este pareció comprender nunca el verdadero motivo de aquella tenacidad, ni ella, encerrada en el más rígido silencio, desplegó nunca los labios para decirlo. Las murmuraciones de la gente con tal motivo, desbaratábalas Lord Byron con inflexible lógica. El Capitán Medwin afirma en sus *Conversaciones* que un día le dijo: «Me acusan de haberle dicho, al subir al carruaje, que me había casado con ella por despecho y porque me había rehusado dos veces su mano, cuando, al contrario, conociendo su repugnancia ó como quiera llamarse, tengo la convicción de que si hubiese usado con ella un lenguaje tan poco galante, por no decir brutal, Lady By-

ron me hubiera dejado plantado en la carroza con la camarera; no es mujer capaz de sufrir semejantes ofensas.»

En varios lugares dice Lord Byron que el talento es enteramente digno cuando es fuerte en el sufrimiento, y que él amaba las virtudes que no poseía; y en verdad, su actitud en este asunto fué austera y noble, al mismo tiempo que en sus conversaciones, en sus cartas y en sus cantos daba testimonio de la estimación y respeto que le inspiraba su mujer. Cuando en agosto de 1817 le dió á entender Hobhouse que los consejeros de Lady Byron manifestaban que los labios de ella permanecían cerrados respecto de las causas de la separación, escribió un documento que envió con Mr. M. G. Lewis á Inglaterra, y en el cual dice que si los labios de ella están cerrados no fué él quien los cerró, y que abrirse era el mayor favor que ellos podían hacerle. Temiendo que aquel silencio diese origen á infames calumnias, arrepintióse de haber consentido en la separación y no haber discutido públicamente el asunto ante un tribunal; pero ya no quería oír hablar de Inglaterra ni de lo que se relacionase con ella. Ya antes del matrimonio, cuando publicó los dos primeros cantos á Napoleón, el uno imprecándole por no haber sabido morir, cuando «ni hombre ni demonio había caído de tan alto;» y el otro luégo deificándole por su nueva victoria y su caída en Waterloo, «que no se de-

bía á los golpes de los vencedores,» habían renacido de tal modo las injurias y las calumnias, que el poeta, lleno de indignación y de ira, y desconfiado de su propio talento, resolvió destruir sus obras, y escribió en tal sentido á su editor, que tuvo gran trabajo en disuadirlo alegando los perjuicios que le causaría.

Aquello acrecentaba en el alma rebelde del poeta su apasionamiento por Napoleón. Cierto día de 1816 en Marlow, á las orillas del Támesis, Shelley, que odiaba al gobierno tory, y cuya alma, buena y dulce, estaba llena de piedad para toda desventura, María Godwin y Juana Clairmont, resuelven ir con Byron á la fonda de *La Corona*, en cuyos establos se hallaban prisioneros muchos soldados de Waterloo. Y bien, mi bravo, preguntó Byron á uno de ellos, fué un hermoso combate, ¿no es verdad?—Si se pudiera rehacer, yo lo reharía, gruñó el viejo granadero, y en el entusiasmo del recuerdo atronó el patio de la fonda un grito formidable: *¡Viva el Emperador!* «El contagio nos invadió, dice Juana Clairmont; María y yo, Byron y Shelley, gritamos, con todas nuestras fuerzas: *¡Viva el Emperador!* Era bastante para destriparnos. El fondista corrió hacia nosotros, pálido como un muerto. «Por el amor de Dios, Milord, dijo á Byron, callad ese maldito grito! Y para conjurar la mala suerte se puso á gritar: *¡Hurra por Wellington!*—Vamos, viejo canalla, dijo entonces Byron, de ordinario mal hablado, vamos á bus-

car cuatro cántaros de cerveza para cada uno de los caballeros franceses y vamos á beber á la salud de Napoleón. Y si no vuelves en tres minutos, iré yo á buscarte, y estos caballeros se encargarán de reventarte! Al oír esto, los prisioneros, ya informados de quién era su visitante, se pusieron á gritar: *¡Viva Lord Byron! Viva el Emperador!* «Y todos bebieron, incluso Shelley, que jamás probaba ningún licor. «Vamos, Shelley, le había gritado Byron, arrojad por esta vez vuestra infernal limonada, y bebed conmigo esto!»

La ruptura con Lady Byron dió pretexto para que la inquina contra Byron reviviese, y Byron resolvió abandonar para siempre á su país.

¿De qué vicio no se le acusaba? Sardanápalo y Heliogábalo, Nerón y Tiberio, el Duque de Orleans y Satanás, todos los monstruos que han asombrado al mundo, que han existido ó fueron inventados por imaginaciones calenturientas, parecen haber sido ángeles al lado del poeta. La más santa de sus acciones, el rasgo, más noble de su carácter entero y varonil, llevaba el sello de alguna perversión. Jamás el odio de la envidia fué más lejos en la persecución de un hombre ilustre. La humanidad da tristeza; no hay animal más cruel que el hombre; el tigre y la pantera tienen sangrientas zarpas, lengua acerada y venenosa el hombre. Los celos y el orgullo herido de Lady Byron fomentaban silenciosamente aquella tremenda tempestad.

«La hija de Lord Byron, viajando por Italia, decía Guerrazzi en 1851, visitó todos los lugares por donde pasó su padre. Me han contado que fué á Montenegro, donde estuvo aquél antes de visitar á Génova; hizo el viaje sola, en compañía de su piedad. Su madre no le permitía ver el retrato de su padre, que tenía cubierto con un velo negro, como el de Marino Faliero, decapitado *pro criminibus*. La hija se mostró digna de la magnífica invocación del *Childe Harold*, y la madre de la alusión de Inés en el Don Juan. La hija de Lord Byron murió pronto; la esposa aun vive, y tiene razón; bien que para vivir mucho aconsejaba cierto Obispo de buen humor dos cosas principales: buen estómago y mal corazón.»

Chateaubriand, en el paralelo entre Byron y él, censura, á pesar de sus quisquillas, las calumnias de que ha sido objeto la vida de Byron; y convencido de que el Lord que han creado las imaginaciones exaltadas no es el de la realidad, cree que Byron tal vez no había encontrado la mujer que buscaba, una mujer bastante hermosa, un corazón tan grande como el suyo.

Byron abandonó á Inglaterra el 25 de abril de 1816.

En aquellos días debió de escribir esta estrofa que traduzco: «si perdonar es hacinar carbones encendidos sobre la cabeza de los enemigos, como Dios mismo lo ha dicho, mi perdón será un volcán más alto que el Athos y que el Etna inflamado. Verdad es que los

que me han picado no han sido sino reptiles; pero, ¿quién inflige heridas más dolorosas que las del colmillo de la serpiente? El león puede ser atormentado por el mosquito. ¿Quién chupa la sangre de los que duermen?—El águila?—No, el murciélago.»

En agosto de 1819 escribía: «El público forma su opinión sobre lo que él mismo establece, si no me equivoco; pero ello es general y decisivo. De mí y de lo que me concierne, poco sabe, excepto que he escrito poesías, me he casado, he sido padre y he estado envuelto en diferencias con mi esposa y sus padres, y nadie sabe por qué, pues las personas quejosas rehusan manifestar sus agravios. La prensa ha sido activa y vil....mi nombre, que es el de un caballero, el de un noble desde que mis antecesores ayudaron á Guillermo el Normando á conquistar el reino, mi nombre ha sido manchado. Sé demasiado que si cuanto fué susurrado, refunfuñado y murmurado fuese verdad, yo sería indigno de Inglaterra; pero si es falso, Inglaterra es indigna de mí. Yo me separé, y esto no fué bastante. En otros países, en Suiza, en el fondo oscuro de los Alpes y en las azules riberas de los lagos, fuí perseguido y fatigado por las mismas injurias. Crucé las montañas, pero fué lo mismo. Y fuíme un poco más lejos, y me lancé á las ondas del Adriático, como se arroja á las aguas el ciervo acosado.»

Iba resuelto á no volver á su patria.

VI

Cuando Byron se embarcó para Ostende acompañábanle Fletcher, Rushton, un suizo de apellido Berger, y el Doctor Polidori, hijo del Secretario del grande Alfieri. Cuenta John Nichol que el Lord llevaba consigo un testimonio incontestable de la extravagancia inglesa, un inmenso coche, igual al que Napoleón había tomado en Genappe, y el cual le servía para sus viajes terrestres.

Sus intereses estaban bastante comprometidos, pero era siempre rumboso y amigo de dar testimonio de su soberbia munificencia, pues siempre estuvo dominado por el vicio de «genuina y vieja gentilhombría» como él mismo lo calificaba. Fué en Bruselas donde cambió el raro coche napoleónico por elegante calesa. Sin embargo, no puede parangonarse su fausto con el boato y la pompa desplegados más tarde por Lamartine en su viaje á Oriente.

De Bélgica pasó Byron á Suiza, donde vivió en la villa Diodati, cerca del lago Leman «mejor médico que el Doctor Polidori,» como decía con su espíritu satírico. En Suiza visitó á Madame de Stäel, conoció á Federico Schlegel y estrechó íntima amistad con el autor de *Prometeo desencadenado.* Durante la semana que pasaron juntos en Coppet, casa de Mme. de Stäel, y en ocasión que leían algunas historias fantásticas alemanas, ocurrióseles imitarlas, de donde resultaron el *Frankestein*, de Shelley, y *The Vampire*, de Byron.

En estas veladas causaron al fin disgusto las excentricidades del médico Polidori, que celoso de Shelley por la amistad que Byron le profesaba, formó un embrollo, y le dirigió un cartel de desafío que Shelley recibió con una carcajada. Pero Byron se incomodó, y dijo á Polidori: «Recoged eso; aunque Shelley tiene escrúpulos respecto de los duelos, yo no los tengo, y estaré en todo tiempo dispuesto á ocupar su lugar.» Polidori dimitió el cargo que tenía al lado del poeta, y después de algunos años de azarosa vida, se suicidó.

Byron, que amaba la naturaleza y la contemplaba con encanto, vivía en transporte ante los paisajes pintorescos de Suiza, que se complacía en admirar; pero así como decía que se sentía allí como un hombre afortunado y dispuesto al deleite, escribía asimismo con honda melancolía que en medio de toda aquella impresión placentera, el recuerdo de las amarguras y especialmente la reciente y mayor de la desolacion de su hogar, que le acompañaría al través de la vida, le devoraba aún; y ni la música del pastor, ni el estampido del aluud, ni el torrente, la montaña, el ventisquero, la selva, ni la niebla atenuaron por un instante el peso que llevaba sobre el corazón, ni lo habilitaron para perder su propia infeliz identidad en medio de la opulencia y del poder y de la gloria que sentía al rededor, arriba, y á sus pies.

¿Qué le importaban los recuerdos de otras glorias, las huellas de Voltaire, de Rousseau, y de otros hombres ilustres, impresas en las orillas saboyanas del lago?

Byron tenía el corazón destrozado, el alma enferma; el espíritu le flotaba en medio de aquellas desolaciones del genio, anhelando un río de lágrimas donde ahogar sus sueños mentirosos; un corazón amigo donde sepultar sus esperanzas muertas; y cantó, para desahogarse, las *Stanzas to Augusta*, la *Monody on Sheridan*, el *Prometheus*, *The Dream*, el sombrío y tremendo *Darknes*, y parte del *Manfred*, el poema más impenetrable y doloroso de todos los suyos, y que, como el *D. Juan*, es trasunto de su carácter y testimonio de sus poderosos arranques pasionales. Así se comprende aquella poesía apasionada y grandiosa, nueva y personalísima.

Hobhouse había ido á reunírsele, probablemente llamado por él.

En octubre salió Byron con Hobhouse, Fletcher y Rusthon, y después de atravesar el Simplon, el Lago Maggiore, y á Milán, llegó á Verona, donde visitó la tumba de Julieta y tomó algunos pedazos de granito del monumento para enviarlos á su hija Ada y á sus sobrinas. En noviembre llegó á Venecia, su sueño dorado, «la isla verde de su imaginación,» y se alojó por algún tiempo en casa de un mercader, cuya mujer, Mariana Segati, fué temporalmente su ídolo.

Venecia, la antigua ciudad de los tribunos y de los Dux, con su naturaleza incomparable, con los centenares de palacios monumentales, las pintorescas góndolas, los canales, las basílicas, los prodigiosos templos; con su historia de aventuras y sus recuerdos gloriosos, no es sólo la ciudad más bella del mundo, sino que ocupa también lugar preeminente como representante del arte cristiano por el número, la importancia y la perfección de los monumentos, que ha sabido conservar como testimonio de antigua grandeza. La *sensa*, la fiesta más original y suntuosa que han visto los siglos, cuando, entrando por el Lido, el Dux se desposaba con el Adriático, y derramando el vaso de agua bendita exclamaba orgullosamente: «Mar, nosotros te desposamos en señal de nuestra verdadera y perfecta soberanía;» las brillantes y alegres regatas con gondoleros famosos y bellas pescadoras; el carnaval, mascarada bulliciosa de bailes fantásticos y combates de flores y confites en que el amor llevaba siempre la victoria, sin otro rival que el del Corso de Roma donde aun los cardenales tomaban parte en la galante batalla; todos aquellos recuerdos y aquellas grandezas hacían que el poeta soñador y apasionado amase á Venecia más que á todas las ciudades. Ni Sevilla, ni Atenas, ni Florencia, ni Nápoles ni Roma le atraían tan poderosamente. Y era porque su alma, herida y melancólica, necesitaba de aquellos paisajes mara-

villosos, de aquellos recuerdos leyendarios, y del bullicio y las fiestas y las emociones de la gran ciudad para adormecer sus dolores con el opio del placer. Viajó, no obstante, por toda la Italia, y sus obras dan testimonio de que no olvidó el estudio de la rica poesía italiana. Por ello dice Alfredo de Musset, en el admirable canto segundo de *Namouna*:

> Byron, me direz-vous, m'a servi de modèle,
> ¿Vous ne savez donc pas qu'il imitait Pulci?
> Lissez les Italiens, vous verrez s-il les vole.

El D. Juan de *Namouna* no es sino una soñación de poeta, pero atrevida y encantadora, digna de rivalizar por su hermosura con el D. Juan de Byron. Musset, como poeta, era también un tigre como Byron, que si no hacía presa á la primera embestida se volvía á su cueva; lo que comprueba que para el verdadero poeta el ímpetu de la inspiración lo es todo y abre las puertas de la inmortalidad.

Byron vivió largo tiempo en Ravena. Fué allí donde recibió una carta de una joven, inglesa desconocida, que se firmaba *N. N. A.* Próxima ya á morir de tisis, le decía: «No quiero dejar este mundo sin daros antes gracias por el placer que me ha procurado vuestra poesía.» Aquel mismo día escribió el orgulloso poeta á Tomás Moore: «Aprecio más esta carta que el mejor diploma de Götingen.» Y no le faltaba ra-

zón: era el testamento de un moribundo que deslumbrado por su gloria le dejaba el corazón todo entero.

Allí escribió Byron sus mejores obras, los últimos cantos de la *Peregrinación de Childe Harold*, *Beppo*, el *Manfredo*, *Don Juan*, y entre otras más, *Caín*, aquel terrible y prodigioso *Caín*, una de las más admirables y magistrales de las obras de la literatura romántica, donde Zillah grita espantado ante el cadáver del piadoso Abel:

Father ! Eve !
Adah ! Come hither ! Death is in the world.
(Padres ! Eva !
Adán ! Venid aquí ! La muerte está en el mundo.)

Pero es lo cierto que fué en Venecia donde Byron revivió su vida orgiástica. Mariana Segati, la mujer del mercader que le había hospedado en su casa, cayó de las primeras en la cadena de sus brazos. Luégo transformó en un serrallo de bellezas venecianas el palacio Mocénigo. La favorita era Margarita Cogni, una vendedora de ostras casada con un panadero, por lo cual la llamaban *La Fornarina;* mujer violenta, ignorante, que arañaba y mordía, celosa, y de desenfrenadas pasiones; pero extrordinariamente bella, de formas esculturales, abundosa cabellera y hermosísimos ojos. A las veces el hastío y lós sentimientos delicados que le despertaba en el corazón la educación aristocrática, le hacían odiar aquellos excesos,

y turbado por la vergüenza huía en una góndola y pasaba la noche sobre las aguas del Lido.

«Morena, alta, dice Byron mismo de Margarita Cogni, cabeza veneciana, ojos negros hermosísimos, y de edad de veintidós años. Un día de otoño fuimos sorprendidós en el Lido por una borrasca. A la vuelta, después de una lucha terrible, hallé á Margarita al aire libre en los escalones del palacio Mocénigo, á orillas del gran canal: los negros ojos le brillaban al través de las lágrimas; los largos cabellos de ébano, sueltos y empapados por la lluvia, le cubrían las cejas y el seno. Expuesta enteramente á la tempestad, precipitábasele el viento por debajo de los vestidos y de la cabellera, y los arrollaba al rededor del talle esbelto; por sobre su cabeza serpenteaba el relámpago, y las olas bramaban á sus pies: tenía todo el aspecto de una Medea bajada de su carro, ó de una sibila que conjurase la tempestad que bramaba en torno suyo. A excepción de nosotros mismos, era la única cosa con vida al alcance de la voz en aquel momento. Al verme sano y salvo, no me aguardó para felicitarme, sino que comenzó á gritar de lejos:—«*Ah! Can della Madonna! ¿Dunque sta il tempo per andare al Lido?*—Ah! perro de la Virgen! ¡Conque está el tiempo para ir al Lido!»

Pero á Byron se le ensanchaba el pecho en medio de las borrascas. En las *Me-*

morias de Ultratumba y refiriéndose á un anciano barquero, cuenta Chateaubriand que en Ginebra Lord Byron esperaba que se levantase una tempestad para salir á navegar: desde el borde la barca, arrojábase al agua y se dirigía nadando á las prisiones feudales de Bonivar.

A Margarita Cogni reemplazó en Venecia Teresa Gamba Guiccioli, hija del Conde Gamba y esposa del anciano Conde Guiccioli. Justo es decir en disculpa de la conducta de Byron que en aquella época las costumbres eran bastante libres en Italia.

El poeta mismo dice que un Lord vivía públicamente con una bailarina, y un príncipe napolitano cortejaba sin rebozo á la mujer del Gonfaloniero.

La Condesa Teresa Guiccioli, no era, según cuentan, una belleza suprema; pero tenía dieciocho años, carnes frescas, transparentes y llenas, torneados los brazos, bellas las espaldas, el cuello incitante y luminoso como nácar de plateados reflejos; grandes y azules los ojos, velados por largas pestañas, blanca y fina la dentadura, y la frente alta y coronada con el oro luciente de finos cabellos que le caían sobre la espalda en sueltos rizos. Podía decirse que el pecado le seguía las huellas.

Lord Bryon y la Condesa Guiccioli se vieron por primera vez en casa de Albrizzi, en Venecia, por el otoño de 1818. Casada recientemente, hacía su entrada en el mun-

do social con todo el esplendor de la pompa matrimonial. En casa de Albrizzi nadie los presentó ni tuvieron tampoco ocasión de hablarse; pero transcurrido un año, y en la misma Venecia, se hizo la presentación en el palacio de Benzoni, y entónces, si hemos de creer á Tomás Moore, el amor nació de manera recíproca é instantánea, y desde tal ocasión se vieron diariamente.

« La moral de los italianos, se lee en una carta de Byron á Murray, no es la nuestra; sus costumbres no son las nuestras; no las comprenderíamos; la educación conventual de las mujeres, el amoroso rendimiento de los caballeros, los hábitos de pensamiento y vida doméstica, son enteramente distintos de los nuestros, y la diferencia es tanto más asombrosa cuanto vivís más íntimamente con ellos. No conozco los medios de dar á conocer un pueblo á la par reservado y disoluto, serio de carácter y bufón en sus diversiones, susceptible de impresiones y de pasiones que son al mismo tiempo prontas y durables, lo que no encontraréis en ninguna otra nación.

. . . . . .

Cuanto á lo interior, la oposición es aun más grande. Yo he adquirido experiencia en el trato de sus mujeres, desde la del pescador hasta la noble dama á quien hoy sirvo; poseen ellas ciertas reglas, ciertas tradiciones y cierto decoro que forman de modo

especial las reglas del juego del amor, reglas que sufren pocas desviaciones; son en extremo tenaces y celosas como furias, por lo que no permiten á sus amantes que se casen, si pueden impedirlo, y lo conservan á su lado en público, y en su interior privado cuando lo pueden; en una palabra, cambian el matrimonio en adulterio regularizado. Una frase explica esta conducta: ellas se casan en obediencia á su familia, y aman por sí mismas. La exacta fidelidad al amante es un deber de honor, en tanto que miran al marido como un mercader que es preciso contentar.»

Este era el caso de Teresa, casada por conveniencia en la primavera de la vida con un anciano viudo, impuesto á su salida del convento por su padre el viejo Conde Gamba.

Por donde no es de admirar que al regresar Teresa Guiccioli con su marido á Ravena, sólo dos semanas después de su encuentro con Byron, comenzasen á menudear las cartas entre los amantes.

Sienta Máximo du Camp en sus *Recuerdos literarios* que el Gral. Morandi, amigo y conmilitón de Byron en Missolongi, tuvo por largo tiempo en su poder la correspondencia del poeta con la Condesa Guiccioli. La Condesa contestaba en la misma carta de Byron escribiendo con tinta rosada entre las líneas negras; y mientras Byron escribía en inglés, hacíalo ella en italiano. Juzgaba Mo-

randi, por el calor y la poesía romántica de las frases, que se trataba de un frenesí amoroso confinante con la locura; pero Byron, en los tiempos de sus relaciones con Teresa, sostenía que se trataba de un amor puramente platónico; y para comprobarlo citaba el pasaje de una carta que en su concepto desvanecía toda duda en el particular. Preguntábale la Condesa Guiccioli: ¿« Cómo puedo probarte mejor mi amor? » y Byron respondía: « Negándome siempre lo que mi locura y mi furor siempre te piden, á fin de que nuestro amor permanezca eternamente hermoso y superior á toda cosa humana. »

Inocente quiso aparecer el poeta en este punto, porque el caso lo que comprueba es que ella, después de conquistarle tenía el talento femenil de resistirle para hacerse más deseable; y él, por su parte, el no menor de provocar, para rendirla, la contrariedad propia del carácter de las mujeres. Nada se quedaban á deber.

La Condesa fingía asimismo creer en el idealismo y castidad del amor de Byron, pues sostenía que él no podía amar á una mujer que no le pareciese criatura inmaterial, porque el amor que sentía era etéreo, ideal; y que su admiración por la graciosa española y la bella griega nunca pasó de pura poesía; con lo que la Condesa Teresa Guiccioli sólo quería levantarse un pedestal de pureza inmaculada y divina, porque nada de etéreas y

celestiales podían tener mujeres como Mariana Segati y Margarita Cogni.

En una de las primeras cartas que Teresa Guiccioli dirigió de Ravena al poeta, decíale hallarse mala, casi moribunda por el dolor de haber perdido su amigo; y que estaba amenazada de tisis. Prometióle Byron que al siguiente mes iría á Ravena á reunírsele, y comenzó ella á reponerse con aquella promesa. Trabajaba Byron á la sazón en el *Don Juan* y no quería abandonar la tarea.

El brillante éxito que había obtenido con *Beppo* le dió aliento para emprender el *Don Juan*, siguiendo el propio estilo y gusto. « Tengo miedo, escribía, de que resulte demasiado libre para la castidad de nuestra época. »

Y efectivamente, cuando publicó el primer canto lo ahogaron, para servirme de su propia frase, en un diluvio de leche y de agua, elogiando el brillo y elevación de la poesía y censurando duramente la *moralidad*. « Es la primera vez, exclama Byron, que oigo salir esa palabra de los labios de un hombre honrado ; ordinariamente son los bribones los que se sirven de ella para ocultar sus proyectos. Sostengo que *Don Juan* es el más *moral* de todos los poemas, y que si el lector no alcanza á comprender la moralidad, es por culpa suya y no mía. » Y con motivo de las insistentes observaciones de los amigos, escribe desesperado á Moore: « Tenéis razón, Gifford tiene razón, y sólo yo no la tengo.

Pero os ruego me dejéis esta satisfacción; cortadme en el tronco y en las ramas, desmembradme en la *Quaterly Reviewe*, dispersad lejos *disjecti membra poetæ*, como los de la mujer del levita; presentadme en espectáculo á los hombres y á los ángeles, pero no me exijáis que haga modificaciones, pues no puedo: soy obstinado y perezoso; he aquí toda la verdad. »

Y Byron toleró que Gifford mutilase la obra, sin competencia ni gusto para semejante trabajo. Es el arador que muerde el pétalo brillante de la rosa.

Aunque algunos críticos han dudado de que la Condesa Guiccioli le hubiese hecho suspender el trabajo del *Don Juan*, ello es indudable, supuesto que en carta de Byron, fechada en Pisa el 8 de julio de 1822, leo: « No es imposible que pueda tener prontos para este otoño, ó para un poco más tarde, tres ó cuatro cantos de *Don Juan*, pues he obtenido de mi *dictadora* (tirana) permiso para continuarlo con tal que en lo sucesivo sea más cauteloso, más atento al decoro, más sentimental que en el principio. Puede verse cómo me he conformado con sus órdenes, pues *no me ha levantado el embargo* sino con tales condiciones. »

Aunque los dos primeros cantos se publicaron anónimos, levantaron en Londres nuevo grito de odio y de cólera contra el poeta, á quien creían personificado en el protagonista *Don Juan*. Acerca de esta perso-

nificación dijo Byron á Kennedy en Cefalonia: «No puedo concebir por qué han querido siempre identificar mi carácter y mis opiniones con los de los personajes imaginarios que en mi calidad de poeta tenía el derecho y la libertad de crear.

«Trátaseme, en verdad, con notoria injusticia, y jamás se ha obrado de esta manera con ningún poeta. Aun en *Don Juan* he sido completamente desconocido. Tomo un hombre vicioso, sin principios, le conduzco al través de las esferas sociales, cuyo brillante exterior oculta vicios secretos, y positivamente he debilitado la verdad y endulzado los tintes de mis cuadros. Quería arrancar el velo con que la sociedad, á fuerza de mentiras y exterioridades, oculta sus vicios, y mostrar el mundo tal cual es.»

Pero Byron era un poeta tan subjetivo, y de tal modo mezclaba sus hechos y sus rasgos personales con las invenciones de su fantasía, que no es de extrañar que los lectores, y sobre todo los profanos en materia de arte, se hayan dado á interpretar arbitrariamente sus obras. Ya Walter Scott había observado lo difícil que es diferenciar en las obras de Byron lo perteneciente á la fantasía del poeta de lo que es trasunto de su propia vida. Por otra parte, la tempestad levantada por la envidia contra el autor de *Don Juan* hacía olvidar á los críticos que no hay poeta ni novelador, aun entre los menos subjetivos ó

personales, que no ponga algo de sí propio en lo que escribe, y no mezcle la invención con la realidad.

Transcurrido el plazo dado por Byron á la Condesa Guiccioli para ir á Ravena, púsose en camino, pero se detuvo irresoluto en Bolonia.

Fué preciso que recibiese allí noticia de que la Condesa estaba gravemente enferma con fiebre intermitente para que se decidiese á continuar el viaje á Ravena, adonde llegó en junio. Y cosas singulares de las defectuosas prácticas sociales que á la sazón imperaban en aquel país y mantenían relajadas las costumbres y vulnerado el sentimiento de la dignidad personal! El viejo Conde Guiccioli visitó al poeta en el instante de su llegada, como si hubiese estado esperándole impaciente, y le rogó fuese á ver á su mujer. Byron ni siquiera tenía la ciencia del Dr. Polidori, y en aquel caso sólo era un médico semejante al protagonista de la obra de Molière; pero más afortunado que él, no se hizo de rogar dos veces, y fué y sirvió de médico y aun de medicina, como que la curación de la Condesita, propia para causar admiración, se efectuó naturalmente con suma rapidez, y á los dos meses se preparaba para acompañar al Conde Guiccioli á Bolonia. En aquella situación propúsole el espíritu romántico y aventurero de Byron que abandonase al marido y huyese con él lejos, bien lejos, á una isla solitaria, á un rincón de América;

mas no aceptó ella la propuesta, como muy bien sabía Byron que no la aceptaría, porque según lo que él mismo ha escrito acerca de las costumbres sociales de Italia, y lo que sienta Tomás Moore, á una mujer italiana todo le era permitido en aquella época, menos el abandono del hogar y del marido, hecho que en Inglaterra se considera como natural consecuencia del primer error, en tanto que en Italia era el verdadero error, y de carácter monstruoso y brutal. A su vez propúsole Teresa Guiccioli, como único recurso sin ignominia, el de fingirse ella muerta, imitando así la romántica historia de Julieta y Romeo; pero Byron no convino en ello, y nada se hizo. Era una pura lucha de romanticismo la que trababan en aquellos días, pues la vida toda de entrambos da testimonio de que aquel no era un amor verdadero ni por ningún motivo extraordinario. Ni había necesidad de tales recursos con la actitud resignada é indiferente que desde los comienzos observaba el Conde Guiccioli, y compruébalo que á poco, después de dar con ella un rodeo por sus tierras de Romaña, la recondujo el Conde á Ravena y la dejó con Byron. Pidióle ella luégo permiso para ir á restablecerse á Venecia, y no sólo se lo otorgó sino que permitió asimismo que fuese en compañía del poeta. Juntos pasaron Byron y Teresa todo el otoño en la villa que el Lord tenía en La Mira. Durante esta temporada de miel, en que el amor palpitó gozoso en el seno

de la madre Venus, escribió el Conde Guiccioli á su mujer que rogase á Byron le enviase mil libras esterlinas. No era en verdad mucho aquel pedido, destinado acaso á ser el primero, pero la Guiccioli se avergonzó del cinismo del viejo Conde, y Byron no se halló dispuesto á complacerlo.

Acompañábales en aquellos días Tomás Moore, que creyó la ocasión muy oportuna para tapar la boca al anciano Conde y dominarlo, pero Byron que no estaba á la sazón muy boyante en libras esterlinas y repugnaba el negocio, le dijo: «Dejadme proceder á mí, que sabré salvar la dama y los dineros.»

La Condesa, profundamente disgustada con la indignidad del marido, encontró en ello una razón más para rehusar el volver á su lado; pero el Conde, á quien no agradó el desaire monetario, resolvió á poco llevarla consigo.

El 29 de octubre de 1819, escribió Byron á Hoppner, Cónsul General de Inglaterra en Venecia é íntimo amigo suyo: «El Conde Guiccioli viene á Venecia en la próxima semana á intimarme que le devuelva su mujer, lo que será hecho.» A Murray le escribió el 8 de noviembre: «El Conde Guiccioli ha llegado y está discutiendo con la mujer; si se arreglan, regresaré á Inglaterra; si nó, iré con ella á Francia ó á América, cambiándome el nombre, para llevar una vida tranquila de provincial. Des-

pués del apuro en que he puesto á esta pobre señora, que es de mi misma condición, y hermosa, y aun no tiene veinte años, el honor no me permite abandonarla.» Así, no era amor, sino un sentimiento de hidalga caballerosidad, lo que lo apegaba á Teresa Guiccioli.

Por aquellos días Byron andaba «armado hasta los dientes,» temiendo que el viejo Conde, más airado por el desaire que por la mujer, le lanzase unos cuantos bravos para asesinarlo, ya que él, anciano débil, no podía pensar en atacarle personalmente.

El Conde y su mujer tuvieron largas conferencias, y después de varias consultas de amigos comunes, aceptó ella las condiciones y reglas de vida que él le imponía, entre las cuales estaba la de cortar aquella especie de relaciones que llevaba con Byron, lo cual aceptó al fin de mala gana.

A Byron no debió de importarle gran cosa esta solución, antes bien debió de regocijarle, puesto que le devolvía su libertad. Que no la amaba verdaderamente, dedúcese de su resolución de entregarla al marido y de la indelicadeza de haberla tenido en aquella misma villa de La Mira, donde públicamente había vivido con hermosas mujeres del pueblo como Mariana Segati; sin que tal consideración lo hubiese retraído de llevarla también á ella. De aquella villa ó quinta salieron el Conde y la Condesa, camino de Ravena.

Byron que con despecho de Teresa estaba ya haciendo tranquilamente sus preparativos de viaje á Inglaterra, comenzó á recibir cartas ardientes de la Condesita que lo llamaba con instancia á Ravena, á pesar de haber aceptado las condiciones de vida impuestas por el Conde. Escribióle Byron que no podía permanecer en Italia lejos de ella ni volver á Ravena por no comprometerla, lo que le obligaba á regresar á su patria.

Anúnciasele repentinamente que Teresa Guiccioli, ha recaído y está grave y en peligro de muerte.

Los Condes Gamba, llenos de desolación y en el propósito de salvar á su hija, obtienen que el Conde Guiccioli se resigne al llamamiento del amante; y el mismo viejo Conde Gamba escribe al poeta rogándole que vaya á salvarle su hija, y asegurándole que no se fastidiaría. Sintióse Byron contrariado, y estuvo algunos días indeciso: pero al fin escribió á Teresa: «Yo no podía dejar la Italia sin volveros á ver. Dependerá de vos que la abandone ó no.» Y volvió á Ravena, donde el Conde Guiccioli le había preparado alojamiento en su propio palacio.

Nada de trágico, nada de dramático hubo en estos amores de Lord Byron con la Condesa Guiccioli; parecen más bien ellos asunto de comedia, propia de Molière ó de Moratín.

Aquel gran facultativo era una joya; más que médico parecía un prestigiador maravilloso, como que á los pocos días de su llegada la pobre moribunda asistía con el Lord á fiestas aristocráticas y paseaba en calesa luciendo su conquista; pero el viejo Conde Guiccioli, que no estaba muy satisfecho, comenzó á creer que terminada la enfermedad no era ya necesaria la presencia del facultativo, y hubo discusiones acerca del asunto y se trató del modo de obtener que Byron se retirase. Enterado el poeta, aconsejó la separación legal, pero Teresa Guiccioli le repuso: «Yo estaré con él si él os deja estar conmigo. Es duro que deba yo ser la única señora en Romaña que no tenga su amigo.»

Frase gráfica ésta, que manifiesta mejor que otra cosa la libertad de costumbres que reinaba á la sazón en aquel país, y de que ya he dado más atrás el testimonio del mismo Byron en la carta dirigida á su editor Murray con motivo de haberle exigido éste un libro relativo á las costumbres de los italianos por aquella época.

Las esposas y sus amantes, como sienta el propio Byron, acostumbraban mostrar aparentemente el mayor respeto á los maridos, de modo especial si éstos no cortejaban asimismo á otra mujer, lo que rara vez acontecía.

Era este un sistema bien raro en que llevaba la peor parte el marido, pero explica en

cierto modo la conducta del Conde Guiccioli y de su mujer, casados por voluntad de los Condes Gamba sin amor y por conveniencia. Hoy las costumbres han cambiado con la mayor libertad de la mujer para casarse.

En Byron el amor era todo fantasía poética y libertinaje; en Teresa Guiccioli obra de las costumbres sociales y de la vanidad de encadenar á su carro victorioso al bello Apolo que las mujeres se disputaban y era por entonces la admiración del mundo. « Si ella se gloría de tenerme por amante, ¿por qué he de avergonzarme yo? » escribía Byron á Hoppner.

Durante los años de aquellos amores Byron no dejó descansar su numen, lo que prueba que la Guiccioli no le ocupaba mucho el tiempo. Terminó el *Manfredo*, y además de las obras que ya he citado, escribió *El Cielo y la Tierra*, *Los dos Fóscaris*, *Marino Faliero*, *Sardanápalo*, *Werner* y otras más, algunas de las cuales como *Marino Faliero* le quitaron tiempo en la busca é investigación de obras que tuvo que leer con el propósito de no separarse de la verdad histórica, bien que en esta pieza y en algunas otras el interés dramático y la viveza de su imaginación le obligaron á faltar á ella en puntos secundarios, como que Benintende ni era miembro del Consejo de los Diez ni es auténtica la profecía de Faliero, ni Foscari murió en el Palacio ni al instante de descender la escalera de los Gigantes, sino en su casa y al día

siguiente, lo que Byron no ignoraba. Pero no es posible sujetarse por completo á la verdad histórica, como él pretendía, al escribir obras dramáticas, y harto bien lo hizo, aunque en sus trabajos ha quedado muy por debajo del poeta lírico el autor dramático.

Byron había viajado por casi toda la Italia, ó solo, ó con la Guiccioli ó con Hobhouse ú otros amigos; pero en Ravena, ya separados judicialmente el Conde y la Condesa, residió durante dos años, quizá los más venturosos y mejor empleados de su vida. Era allí otro hombre: trabajaba la mayor parte del tiempo, cazaba, y procuraba hacer todo el bien que podía. Los dolores y los desengaños, y la Condesa Guiccioli que, á una con la dispepsia, le había arrancado del libertinaje de Venecia, le habían cambiado. « Varias familias, escribe la Condesa, le deben los pocos días felices que han conocido en la vida. Su llegada se vió como una buena fortuna, y como una calamidad pública su partida. »

Shelley, el poeta panteísta, cuando, ya casado con María Godwin, fué de Pisa á hacerle una visita en Ravena, escribió á María: «Lord Byron ha ganado extraordinariamente en toda línea, en genio, en carácter, en miras morales, en salud y en felicidad. Los lazos que lo unen á la Guiccioli han sido para él un beneficio inestimable. Ha tenido malas pasiones, pero parece haberlas vencido, y ha llegado á ser lo que debía, un

hombre virtuoso.» En la misma carta habla del ingenio del poeta: «Me ha leído uno de los cantos inéditos de *Don Juan*, que es sorprendentemente bello. Le pone no sólo por encima sino muchos codos sobre todos los poetas del día. Cada palabra está señalada con el sello de la inmortalidad. Por más que yo haga, desespero de rivalizar con Lord Byron, y no hay ningún otro con quien valga la pena de rivalizar.» Tan modesto y generoso aparece aquí el ilustre cantor de *Prometeo desencadenado*, cuanto Byron, que le aplaudía y admiraba, esquivó siempre dar testimonio público de los méritos que encontraba en él; y es porque Byron, á más de su natural orgullo, era en todo hombre de pasión, y sometía á ésta su criterio.

Cierto día al oír Trelawny á Byron haciendo el panegírico de la poesía de Shelley le observó que bien podía rendirle amistoso tributo, que sería un gran servicio, diciendo algo de él en su próxima obra, como lo había hecho con autores de menor mérito; y Byron le contestó: «Todos los asuntos tienen sus misterios; si alabo á un autor popular, este me paga luégo en la misma moneda el capital y los intereses; un amigo puede, á lo más, restituirme la moneda prestada. ¿Cuándo se ha oído jamás decir que nos haya agregado los intereses?»

Por aquellos mismos días leía á John Keats, devorado ya por la tisis en la pri-

mavera de la vida. Admiraba él, casi tanto como Shelley, el poderoso ingenio y los harmoniosos versos del cantor de *Hyperion*, y sin embargo tiró de repente el libro exclamando: «no más Keats! no más Keats! siento no tener á la mano *El Monasterio* de Scott.» Y era porque Keats tenía algunas líneas despreciativas de Pope, á quien Byron profesaba sincera veneración. Tal vez recordó asimismo que Keats, el cual le cantó un día:

Byron! how sweetly sad thy melody!

reprobaba luégo lo licencioso del *Don Juan*.

Curiosa carta recibió por aquel tiempo de Mr. Shepherd, caballero de Somersetshire, relativa á la muerte de su esposa, mujer de notables virtudes y hermosura. Enviábale Shepherd una conmovedora oración que encontró entre los papeles de la difunta, por la cual rogaba ésta á Dios con sincera sensibilidad por la reforma, conversión y paz del alma del poeta. Byron contestó á Mr. Shepherd con la finura que le distinguía, dándole gracias por la carta y oración; mas terminó diciéndole, con la exageración que ponía en todas las cosas, que «no cambiaba la oración de la difunta en su favor por la gloria unida de Homero, César y Napoleón.» Era la sensibilidad lo que le llevaba á tales extremos y le hacía aparecer como irreflexivo. De esta sensibilidad daba testimonio á cada paso. El retrato de su hija

Ada, que tenía ya seis años de edad, le fué enviado de Inglaterra á Ravena, y le arrancó copiosas lágrimas; y cuando un pobre fanático, que en una iglesia de Lucca había intentado robarse el hostiario, fué condenado á ser quemado vivo, Byron se dió á meditar cómo lograría salvarle de la hoguera.

Hallábase á la sazón con él Shelley, quien, amigo de cortar por lo sano y penetrado de que la sentencia se ejecutaría irremediablemente, propúsole arrebatar ellos al galope, ayudados de sus sirvientes, á la desgraciada víctima cuando la condujesen al suplicio. Parecióle á Byron que el remedio era peor que la enfermedad, y prefirió tratar el asunto por la vía diplomática; y con cartas y representaciones en que interesó al Embajador de Inglaterra obtuvo al fin que se conmutase la pena por la de galeras.

Las avanzadas ideas liberales que profesaba y el amor á Italia le llevaron á trabajar junto con Shelley y Pedro Gamba por la libertad é independencia de esta nación. Byron y Shelley se habían afiliado en la sociedad de los carbonarios, á que pertenecía Gamba. Moore lo comprendió desde los principios por escritos que veían la luz pública en *The Examiner*, y lo desaprobó vigorosamente, opinando que sus trabajos fracasarían. Razón tenía el autor de *Lalla Rook*, como lo hicieron ver los resultados; pero la revolución francesa había trastorna-

do el cerebro de los hombres pensadores y llenádoles de entusiasmo el corazón.

Pietro Gamba, el hermano de Teresa Guiccioli, era uno de los principales jefes del partido liberal de la Romaña, y venía hacía tiempo tramando un movimiento revolucionario que debía estallar no muy tarde. Byron y Shelley lo habían aprobado y habían contribuido á su desarrollo. Byron dió toda clase de recursos y trabajó de tal modo que al fin llegó á ser el alma verdadera de la empresa, pues, por otra parte, el Conde Pietro Gamba, joven soldado lleno de entusiasmo, desde su llegada de Roma y Nápoles, donde había servido, cobró sincero y profundo afecto al poeta.

Próxima ya á estallar la conjura, fué descubierta por el Papa, quien desterró de la Romaña á los Gambas. Pietro fué conducido por fuerza á la frontera, y por más que se pusieron en juego poderosas influencias á fin de que el Papa revocase la orden, la familia Gamba tuvo que salir también y se encaminó á Florencia. Byron permaneció en Ravena á pesar de los ruegos de la Guiccioli, que lo llamaba con instancia á su lado. Los Gambas proyectaron pasar á Suiza, y Byron, que en un principio convino en ello, lo desaprobó luégo con violencia, y escribió á Shelley invitándole á pasar á Ravena porque necesitaba su presencia, consejo y ayuda. Shelley acudió y trabó correspondencia con la Guiccioli, logrando por re-

sultado decidirlos á pasar á Pisa y no pensar más en el viaje á Suiza. En la última carta, Teresa Guiccioli terminaba con este ruego:—«Signore, la vostra bontà mi fa ardita di chiedervi un favore, me lo accordarete voi? *Non partite da Ravenna senza Milord.*»

Byron estaba indeciso en lo que debía hacer. Dominábale ya la idea de ir á Grecia, á América ó á Suiza á tomar parte en las luchas por la libertad; pero Shelley logró decidirlo y le preparó en Pisa el palacio Lanfranchi.

Al fin abandonó su paraíso de Ravena, y es lo cierto que cuando con sus dos monos, sus carruajes, caballos, perros, gatos, aves y sirvientes hizo su entrada en el palacio Lanfranchi, se sentía triste y como oprimido el corazón por fatídicos presentimientos.

En Pisa siguió Byron la misma vida que había llevado en Ravena. Trabajaba en el *Don Juan*, cazaba alguna vez, ó jugaba billar ó tiraba al blanco junto con Shelley. Por la noche comía casa de los Gambas con la frugalidad que acostumbraba, y permanecía en sociedad con la Condesa en las horas de tertulia.

Cierto día que Byron, Schelley y sus amigos paseaban como de costumbre por las afueras de la ciudad, un dragón, casualmente ó adrede, tropezó violentamente con Shelley.

Persiguióle Byron airado por lo largo del Arno, llamóle á voces, y tomándole por un oficial le arrojó un guante. A las voces acudieron los sirvientes del Lord á las puertas del palacio Lanfranchi, y uno de ellos hirió gravemente en el costado al dragón. Aquel incidente produjo una investigación de la que resultó que los Gambas habían sido expulsados últimamente de Toscana, lo que hizo que por el momento saliesen todos de Pisa. Shelley y su mujer con los Williams y Trelawny se situaron en la villa Magni de Lerici, en el Golfo de Spezzia; y Byron, la Condesa Guiccioli y su hermano el Conde Gamba se establecieron en la villa Rossa, en Monte Nero, suburbio de Liorna.

Byron y Shelley hicieron construir por aquellos días en Génova dos *yachts;* llamóse el de Byron *Bolívar*, y *Don Juan* el de Shelley. En el *Bolívar*, mandado por Trelawny, hicieron viaje de Génova Mr. Leigh Hunt, su esposa y seis hijos, que iban á visitar al Lord y á Shelley. Existen cartas de Byron, fechadas en aquellos días, por las cuales solicitaba informes acerca de la patria de Bolívar, en la que pensaba fijar su residencia. Varios americanos rindiéronle allí homenaje de respeto y consideración, y uno de ellos, el artista West, que publicó mas tarde un relato de la visita, pintó el retrato de Byron y el de la Guiccioli.

En los días de la llegada de Leigh Hunt y su familia, á quienes Shelley fué á recibir

en Liorna, ocurrió un incidente entre uno de los indómitos sirvientes de Byron y el Conde Pietro Gamba, quien resultó herido en la cara. La vigilancia de la policía toscana, que los consideraba como huéspedes peligrosos, los obligó á todos á volver á Pisa.

Al deseo de libertar á Italia unióse pronto el de auxiliar á Grecia, que inesperadamente acababa de insurreccionarse. Aquella lucha sangrienta provocada por las guerras de Alí Pachá en contra de los suliotas, conmovió á la Europa entera. A bordo de uno de los navíos que conducían á los sobrevivientes de las matanzas de Valaquia, llegó el príncipe Maurocordatos. Byron y Shelley le recibieron en sus brazos y le agasajaron; Shelley le dedicó su drama *Hellas*, y Byron, empapado en la historia de Grecia, enardeció su entusiasmo por la libertad helena, y le dejó ver el anhelo de morir gloriosamente en la patria de Leónidas. Su espíritu entusiasta y versátil soñaba ya con ser el libertador de Grecia. Ay! estaba aún tan lejos la batalla de Navarino!

Algún tiempo después un acontecimiento inesperado y terrible llenó de duelo á Byron y á sus amigos. El 22 de julio de 1822, Shelley y Wiliams se dieron á la vela en el *Don Juan* con rumbo á Spezzia, desde el puerto de Liorna. El *Bolívar*, que se hallaba en cuarentena, no pudo acompañarle, y el Capitán Trelawny lo lamentó oprimido por extraño presentimiento. Eran las tres de la tarde. Horas después, Trelawny, que dormía, des-

pierta sobresaltado. El *Bolívar* bambolea, y se oye como gruesas descargas de artillería. Terrible tempestad acompañada de incesantes truenos y relámpagos, los llena á todos de pavor: tenían por inevitable el naufragio del *Don Juan*, tripulado por Shelley y Williams. Días después Trelawny logró encontrar el cadáver de Shelley en la playa de Viareggio, y el de su compañero á tres millas de distancia, cerca de Torre Migliarino.

Resolvieron Lord Byron y Trelawny hacerles dignos funerales, quemando los cadáveres al uso antiguo y arrojando en la hoguera vinos y aceites perfumados. Alzáronse las dos piras cerca de la inmensa playa de Viareggio, en medio de un panorama deslumbrante por su belleza, y el espectáculo revistió un carácter conmovedor y grandioso. Byron, á caballo, profundamente impresionado y pensativo, trémulos los labios y la barba, asistió al acto, acompañado de Trelawny y Leigh Hunt.

Cuando el fuego estaba aún vivo y el cuerpo de Shelley reducido á cenizas, vió con asombro Trelawny, en medio de la hornalla, coronada de lenguas de vivos colores á causa de los vinos y perfumes, que el corazón del poeta se hallaba enteramente intacto, é introdujo el brazo y lo tomó para sepultarlo con las cenizas. Shelley había muerto á la temprana edad de treinta años.

En julio los Gambas recibieron nuevas órdenes de dejar la Toscana, á la sazón que

se hallaban en Liorna; y Byron, perseguido por la policía, resolvió trasladarse con ellos á Génova. Pasó luégo á Albaro donde vivió algún tiempo en la villa Saluzzo, que le había preparado la viuda de Shelley.

En Génova escribió Byron *The Age of Bronze* donde (capítulos V y VIII) enaltece á Bolívar y á Washington; terminó el décimo sexto canto de *Don Juan*, y revisó los escritos en Pisa; trabajos todos que en aquel mismo año publicó John Hunt.

El comité helénico de Londres, en el cual figuraban sus amigos Douglas Kinnaird y el Capitán Blaquière, enterado de su deseo de ir á Grecia, le nombró individuo suyo; y comprendiendo el ruído que haría la presencia de Lord Byron en medio de la revolución griega, le hizo halagadoras proposiciones, y no descansó en el propósito de decidirlo. La situación en que por el momento se encontraba era propicia para el logro de aquellos fines. Así fué que la junta revolucionaria de Londres consiguió triunfar de sus vacilaciones, y Byron se ofreció al fin á partir en cuerpo y alma, bien que desconfiado del éxito de la empresa.

No obstante, para emprender definitivamente el viaje convino en esperar el regreso de Blaquière de Zante y los resultados de su expedición á la Morea.

Aunque Byron anunciaba á las veces que regresaría pronto de Grecia, su alma estaba inquieta, y el presentimiento de una próxima

muerte parecía haberse apoderado de su espíritu siempre supersticioso, aun cuando nada tuviese de fanático.

En tales días preparábanse Lord y Lady Blessington á dejar á Génova con rumbo á Inglaterra. La víspera de la salida díjoles Byron: « Ahora estamos todos juntos, pero, ¿cuándo y dónde nos encontraremos de nuevo? Tengo como un presentimiento de que esta es la última vez que nos vemos; algo me dice que no volveré de Grecia. » Y cuenta Lady Blessington que luégo, apoyando la cabeza en uno de los brazos del sofá en que ella y su marido estaban sentados, rompió en copioso llanto.

A pesar de ello, hallándose á la sazón profundamente disgustado, mal con su editor, separado de su esposa y de su hija, hastiado de la Guiccioli, sin pensar ya en el viaje á la China, á Colombia, al Perú, y fijo sólo el pensamiento en la guerra de Grecia; vano, imperioso, anhelante de brillo, deseoso de atraer la atención del mundo, y esclavo siempre de las circunstancias, rompió por todo y señaló día y hora para la salida.

Asegúrase que la Guiccioli le prohibió efectuar el viaje, y que en vano lloró y rogó. Es lo cierto que hasta lo último mantuvieron correspondencia los dos, y que nunca se consideró ella como abandonada ni agraviada por él. Llevólo todo con filosófica paciencia, y después de la muerte del poeta, casó con el

marqués de Boissy, Par de Francia bajo el reinado de Luis Felipe, y Senador en tiempo de Napoleón III.

Hombre raro era éste, como que se señaló por su oratoria violenta y extravagante, y hay quien diga, lo que parece broma pesada, que presentaba á la Guiccioli en sociedad con estas palabras: «La marquesa de Boissy, mi mujer, antes querida de Lord Byron.»

VII.

«Si vivo diez años más, escribía Byron en 1822, veréis que todo no ha concluído conmigo. No me refiero á la literatura, que eso es nada, y no creo que fuese mi vocación; pero haré algo.» Byron se creía hombre de acción, acaso un nuevo Napoleón, con el que tenía tanta semejanza por el carácter imperioso, la ambición de gloria. la energía, y la influencia ejercida en el ánimo de los pueblos: el uno con la política y las armas, y con las letras el otro. Parecíanse además en lo de creer cada uno que había errado su vocación, cosa no muy extraña que se diga, ya que el mortal es de suyo descontentadizo é inconforme. Napoleón escribió una tragedia y un drama, una novela y varios cuentos, una historia y sus Memorias, hizo de crítico, se atrevió á poner la mano en el *Mahoma* de Voltaire, y en un discurso académico de Chateaubriand, y redactó partes del *Moniteur* y del *Bolletin*

de Paris; pero justo es confesar en honor suyo que ninguna de sus obras literarias está á la altura de Austerlitz, de Arcola, ni del heroísmo de Waterloo. Con Byron acontece lo mismo: el *Don Juan* está por sobre todas sus obras y todas sus empresas. Mas el hombre está hecho de barro, y Lord Byron aspiraba al sangriento laurel de las batallas. La guerra de Grecia brindaba ancho campo á su indomable energía y á su ambición de gloria.

Grecia, aun sometida á la infame dominación turca, había conservado su religión, sus tradiciones heroicas, su valor leyendario, y su inteligencia y sus costumbres; no había doblado el cuello indómito. El espíritu nacional ardía oculto como la lava en las entrañas del volcán. Sus poetas, errantes por Italia, por Rusia y por Francia, mantenían con sus cantos amenazadores el fuego sagrado de la libertad. El clefta rebelde y altivo hacía resonar las montañas con sus rudos himnos populares.

« Un fusil, un sable, ó si no hay esto, una honda; he aquí nuestras armas. Con el fusil, el sable y la honda, yo tendré campos, mieses y vino.

« Yo ví á los agás prosternados á mis pies: me llamaban su señor y amo. Les había quitado el fusil, el sable y las pistolas.

« ¡Oh griegos, erguid la humillada frente! tomad el fusil, el sable, la honda, y nuestros opresores nos llamarán pronto sus señores y amos! »

¡Cómo palpita ahí el alma del pueblo griego, su indómita energía, y su desprecio por el turco infiel y bárbaro!

Dijo Garibaldi en ocasión solemne que la libertad y la unidad de la Italia eran obra de sus poetas, porque ellos habían mantenido vivo en el corazón del pueblo el amor de la patria, el sentimiento de la independencia, y encendido la hoguera de la insurrección. Lo mismo puede decirse de Grecia, á pesar de sus héroes, de sus apóstoles y de sus mártires.

En los cuarenta ó cincuenta poetas griegos del siglo XIX, llora ó ríe tristemente el alma de la patria helena.

Entre todos ellos, Solomos y Kalvos, los dos poetas jónicos, son los cantores del período épico de la revolución griega. El *Himno á la Libertad*, del Conde Solomos, compatriota y amigo de Hugo Fóscolo, es la marsellesa de los griegos, y se canta en todas las manifestaciones patrióticas. Su saludo á la Libertad parece salido del bronce de Píndaro.

« Yo te reconozco en el corte terrible de tu espada; yo te reconozco en tu mirada, que mide rápida la tierra.

« Salida de los huesos sagrados de los helenos, y fuerte como en antiguos tiempos, salud, salud, oh Libertad! »

Este grandioso himno termina con una invocación á la gloria de las Termópilas:

«¡Oh trescientos! ¡Levantaos! ¡Volved á nosotros! ¡Veréis como se os parecen vuestros hijos! . . . »

Andrés Kalvos, zantiota como el Conde Solomos, y que habría sido el primer poeta de la Grecia moderna si hubiese cantado en la lengua viva, por lo que le dijo el poeta Tricoupis: «Canta con los griegos, si quieres que la Grecia te cante.» Andrés Kalvos mantuvo vivo el amor á la patria y lloró en estrofas inmortales el mayor dolor de los patriotas helenos, la completa destrucción del «Batallón Sagrado» en Dragashan, territorio de Valaquia. Componíase aquel batallón de la flor de la juventud griega, de los hijos de las grandes familias y de los estudiantes de todos los lugares de occidente, que habían volado á ponerse bajo las banderas de Ipsilante al estallar la insurrección. Todos murieron.

En la elegía dice Kalvos:

«La fortuna os ha arrebatado los laureles de la victoria, y os ha tejido otra corona, de mirto y de ciprés funerarios. Pero cuando se muere por la patria las hojas de mirto son preciosas, son hermosas las ramas de ciprés . »

Este canto, en que brota la esperanza de la victoria, dice que cuando Grecia conquiste su antigua púrpura y su cetro, cada madre conducirá sus hijos derramando lágrimas, y al abrazar el túmulo sagrado, les dirá: «imitadle, oh hijos míos, imitad al glorioso batallón, al batallón de los héroes!»

La llama del patriotismo levanta tempestades en el corazón del poeta de Zante. El alma de Kalvos se indigna ante las catástrofes terribles que agobian á Grecia, y ya levanta el acento trágico del poeta rebelde, ya cae deshecho en lágrimas de ira y de dolor sobre la tumba de los mártires de Chío, ora sobre el cuadro temeroso y triste de la horrenda matanza hace resonar el grito prepotente que saluda la llegada del vengador. « El universo presta oído: Kanaris! retumba, ¡es Kanaris! y los siglos repetirán eternamente este nombre glorioso. »

Semejantes himnos enardecían el corazón del pueblo, que se rebelaba y combatía encendido en el amor á la independencia y en el odio á sus crueles dominadores. Grecia no había perdido la savia que por tanto tiempo mantuvo el verdor del árbol de la libertad. Conservaba las costumbres de sus gloriosos antepasados ; hallaba en su idioma un aguijón que le hacía llorar su antiguo predominio, en su religión un recuerdo y una esperanza; y alentaba las mismas supersticiones, la misma bizarría, el mismo amor á la patria y á la independencia. Durante la larga dominación turca, pueblos enteros se habían refugiado en las montañas y cansado en diarios combates la tenacidad del infiel ; y así como se hacía respetar por su valor en la pelea, se imponía en las ciudades por su inteligencia. Pero cuando Byron se preparaba á partir, aun no había completa homogeneidad en aquellos pueblos

indómitos. Cleftas, suliotas, fanariotas, todos, en fin, combatían como leones, en sus diversos centros de acción; mas hallábanse divididos en monarquistas y republicanos, unionistas y federalistas, ligándoles sólo el odio al mahometano y el amor á la independencia.

Ya los turcos, por medio de la traición, habían degollado al traidor Alí; ya Jassy había sido reducida á cenizas, Acrocorinto incendiada y pasada á cuchillo; Marcos Botzaris había muerto como un héroe antiguo con su puñado de suliotas ante las tiendas de Mustafá; pero la victoria de Nicetas en las Termópilas, la de Kanarís en Tenedos, y la defensa de Missolonghi por Maurocordato y el mismo Botzaris, eran recuerdos gloriosos que no se les apartaban de la mente y les auguraban el triunfo final; por lo que la guerra continuaba en todo su ardor, á pesar de los ingleses y de los austriacos, y de los reyes todos que se conjuraban en contra de un pueblo libre, favoreciendo los intereses de la media-luna contra los de la Cruz. ¡Cómo cambian los tiempos, y mudan las ideas y el corazón del hombre!

Ante aquellos obstáculos no se consideraba fácil la empresa de obtener la independencia de Grecia, cuando la junta, ó *comité* de Londres y sus principales promotores, Douglass Kinnaird y Blaquière, obtuvieron el concurso de Lord Byron, que doce años antes había enlazado su gloria á la del viejo Ma-

ratón y la fortaleza de Atenas, revivido el recuerdo de las grandezas de Grecia, é inmortalizado sus islas.

No obstante, Byron dejó á Génova y se lanzó á la empresa en cumplimiento de su palabra.

En la mañana del 13 de julio de 1823 se embarcó en el navío *Hércules* junto con el Conde Pedro Gamba, el Capitán Trelawny, el joven médico italiano Bruno, el Capitán de la nave Scott, el gondolero veneciano Tita, y ocho sirvientes, incluso Fletcher, su ayuda de Cámara. La tripulación los recibió entusiasmada. A bordo no llevaba más que dos fusiles, algunas otras armas, pertrecho, cinco caballos y cincuenta mil pesos españoles en oro y billetes, lo que en verdad no era gran cosa para tan arriesgada empresa.

El pronóstico era fatal. Un violento golpe de viento los hizo retroceder al puerto, motivo por el cual no pudieron darse á la vela sino el día 15.

Narran que en el curso de su último paseo con Gamba á Albaro, le preguntó: «¿ Dónde estaremos dentro de un año ?»— Destino singular ! El mismo día del siguiente año de 1824 fué conducido á la tumba de sus antepasados.

A los cinco días de haber levado anclas, tocó la nave en Liorna, donde recibió Byron unos versos encomiásticos de Gœthe,

quien lo saludaba como al fundador de una nueva escuela poética, y al más grande de los poetas del siglo.

Byron sinceramente conmovido, le contestó con una carta gratulatoria en que se excusa de no contestarle en verso, porque «si estableciese cambio de poesía con el que durante cincuenta años ha sido el incontestable soberano de la literatura en Europa, me acarrearía perjuicio.» Más adelante dice: «Hecho ya á la vela de Génova, hace algunos días, fuí rechazado por un golpe de viento; zarpé de nuevo, y esta mañana arribé aquí, á Liorna, para embarcar á algunos griegos que van á su patria, donde se está combatiendo. Aquí he encontrado la carta de Sterling con vuestros versos. Una palabra escrita por la misma mano de Gœthe es el mejor presagio y la sorpresa más grata que podía esperarme. Voy á Grecia á ver si puedo ser útil allá en cualquier cosa. Si sucede al fin que yo regrese, iré á Weimar á ofreceros el sincero homenaje de un admirador más entre los muchos millones de los vuestros.»

Escrito estaba que no debían verse nunca; pero Gœthe, que le sobrevivió, lo puso en el episodio de *Helena* de la segunda parte del *Fausto* como el Apolo de la poesía del siglo, su genuino representante y el mayor talento de la época.

En Liorna, el caballero escocés Hamilton Brown, muy instruido en los asuntos de

Grecia, se unió á Byron, y le indujo á cambiar el rumbo á Cefalonia con el propósito de obtener noticias y ayuda del Coronel Napier.

Durante el viaje distraía Byron el tiempo con la lectura de Scott, Grimm, La Rochefoucauld y Las Casas, ó estudiando las costas históricas de la travesía, especialmente las de Elba y de Soracta, las del estrecho de Messina y del Etna. Al pasar por Stromboli dijo á Trelawny: «Veréis esta escena en un quinto canto de Childe Harold.» Y á las instancias de los compañeros para que escribiese algunos versos, repuso: «No puedo escribir versos del mismo modo que vosotros fumáis tabaco.»

El 22 de agosto arribó á Cefalonia, donde permaneció hasta el fin de año. A poco de su llegada dió un paseo por Itaca y visitó el Monasterio de Vathi, cuyo abad le recibió con gran ceremonia. Desazonado como estaba por el fastidioso viaje á caballo, se retiró con desacostumbrada descortesía; pero dolióle, como sucedía siempre después que cesaba el mal humor, y á la mañana siguiente envió al monasterio un donativo para el cepillo de los pobres, con lo que alcanzó el perdón y las bendiciones de los monjes.

De allí envió á Brown y á Trelawny con cartas para el Gobierno provisional recomendando fuesen enviados á Londres junto con emisarios griegos á contratar un empréstito.

En aquella ocasión adhirióse el último á Odysseus, jefe del partido republicano de Atenas, y desde entonces jamás volvió á ver á Lord Byron afable con él. Vengábase á la sordina del desvío del poeta calificando de *Donquijotesca* su empresa de libertar á Grecia.

Después de permanecer un mes á bordo del *Hércules*, dejó Byron el navío y tomó para Gamba y para sí una casa en Metaxata, linda aldea á cuatro millas de la capital de la isla. Habiéndosele dicho allí á Byron que la mayoría de los griegos deseaba un rey, contestó sencillamente: «Si ellos me hacen el ofrecimiento tal vez no lo rechace.» Jamás había fingido ni ocultado, como otros, que fuese ambicioso. La mentira, tan común en política y sobre todo entre los que aspiran á apoderarse del poder público, le repugnaba; y si ella es positivamente necesaria para ejercer hábilmente el gobierno de una nación, jamás habría llegado á ser hombre de Estado, á pesar de su largo trato con las mujeres, que son las que constituyen la verdadera escuela de la diplomacia y fueron las maestras de Talleyrand. Abierto y franco, estaba lejos de ocultar sus deseos y sus hábitos de grandeza, por lo que, mientras por el estado de su estómago comía con mayor frugalidad que un jornalero, rodeábase del aparato de un estado real; sus sirvientes estaban armados de dorados yelmos, y le acompañaba siempre y seguíale á todas partes un cuerpo de guardia compuesto de suliotas, mercenarios turbulen-

tos que al fin tuvo que enviar á Missolonghi, á la sazón amenazada de cerca por los turcos, y donde se esperaba con ansiedad el envío de algún auxilio.

Durante su residencia en Cefalonia asistió á las conferencias que daba en Argostoli el doctor escocés Kennedy, que se tenía por un gran teólogo, capaz de realizar conversiones. Envolvióse Byron en aquéllas con una serie de controversias que pueden leerse en el libro intitulado *Conversations*, donde consta el debate habido entre defensores é impugnadores del calvinismo, el cual consideraba Kennedy muy lejos de extinguirse.

En esas conferencias es donde se manifiestan más claras las opiniones religiosas de Byron, quien, según Jeaffreson, parecía querer aparentar que podía manejar á un teólogo tan diestramente como si fuese un florete. Hay puntos en que se manifiesta convencido y explícito, pues protesta contra la doctrina del castigo eterno y contra la condenación de los niños, alegando que si el resto de la humanidad hubiese sido condenada, al pasar él á otra vida, «de buena gana preferiría hacerle compañía antes que arrastrarse solitario por el cielo.» Respecto á los problemas de la vida, inclínase á mantener la doctrina filosófica de la necesidad referente al origen y existencia de las cosas, especialmente en lo relativo á los actos de la voluntad, que es la doctrina llamada *necesitarianismo*. Dispuesto

de igual modo á admitir la depravación original, no vió que se podía salir de aquel laberinto con la reconciliación por guía. Sostuvo, por último, que la oración sólo tiene la significación de una devota afección del corazón. El caso es que filósofo, libre-pensador y todo, Byron estudiaba con frecuencia las sagradas escrituras y no hablaba de ellas sino con respeto. Algunos libros, como el de Job, le encantaban. En cierta ocasión dijo á uno de sus amigos: « ¿Sabe Ud. que estoy reconciliado por completo con San Pablo, porque establece que no hay diferencia entre judíos y griegos? Y yo soy exactamente de la misma opinión, porque el carácter de entrambos es igualmente indigno. »

Esta afirmación, basada en la leyadura de esclavitud de la masa del pueblo; la circunstancia de que los jefes que defendían entonces la independencia, la comprometían con discusiones y argumentaciones distintas; que el país estaba dividido en diversas facciones, ó republicanas ó monárquicas, que representaban intereses opuestos; y por último, que algunos de los mejores guerreros, eran, poco más ó menos, como piratas y bandidos, manifiestan con toda claridad por qué se demoró Byron, con sobra de juicio, en Cefalonia, influído por el anhelo de dominar aquellas divergencias y dar unidad á las fuerzas y operaciones de la revolución.

Llamado por Maurocordato á Missolonghi, donde se le esperaba como al Mesías, fué re-

cibido con grande entusiasmo. Dióse al punto á trabajar sin descanso en la obra revolucionaria, y á terminar con los desacuerdos.

A pesar de tan graves ocupaciones, la mañana del 22 de enero (de 1824), último aniversario de su nacimiento, pasó Byron de su cuarto al de Stanhope, y le dijo sonriéndose: « Lamentaba Ud. que ahora nunca escribiera yo ninguna poesía, » y le leyó las estrofas intituladas ON THE DAY I COMPLETE MY THIRTY-SIXTH YEAR. Es el canto del cisne, y evidentemente lo escribió en la noche del 21 al 22, y no el día 22 como pudiera entenderse del vol. XI de la *Collection of British Authors*, y de algunas biografías.

Al fin, después de tratos y discusiones, y de disputas y altercados, no pocas veces violentos, resolvió Byron reconcentrar las fuerzas de los griegos para caer sobre Lepanto, punto que era la base de las operaciones de los turcos.

Cuando ya la artillería estaba en disposición de marcha, fracasó la empresa por la inesperada sublevación de los suliotas, instigados á ella por emisarios de Colocatroni, que aunque aspiraba á ser rival del heroico Maurocordato, sólo era un simple bandolero de larga residencia en la Morea.

La ira que aquel motín le produjo, y el pensamiento de tener que abandonar el designio glorioso que le había llevado á Grecia y le costaba ya tantos sacrificios y mortifica-

ciones, abatiéronle el ánimo; y á una con la naturaleza del clima y su predisposición á la fiebre, prepararon la catástrofe.

Missolonghi era en aquella estación un hervidero de fiebres. Lluviosa era la estación, y los miasmas palúdicos flotaban en el aire atacando las más fuertes constituciones, y ya obraban en la suya.

A mediados de febrero tuvo un violento ataque de convulsiones, que le dejó grande opresión y pesadez en la cabeza. Extrajéronle sangre, bárbaro y heroico recurso de la medicina para casi todas las dolencias humanas, por aquella época.

El Conde Gamba y las demás personas que le rodeaban le aconsejáron de común acuerdo que se trasladase á Cefalonia, cuyo clima y condiciones higiénicas le serían provechosas; pero se opuso terminantemente. Pensaba que podían creer que huía ante el enemigo; y ¿huir, él, Byron, por la amenaza de una enfermedad? No conocían el exagerado orgullo del poeta los que en aquellos momentos le proponían que abandonase á Missolonghi.

En abril recibe carta de su hermana Augusta Leigh con noticias de Ada. Aquel acontecimiento en instantes de tanta tristeza y abandono le llena el corazón de júbilo, se reanima, siéntese más fuerte, y sale de paseo al campo con el Conde Gamba y la guardia

de suliotas; pero en el tránsito los sorprendió un tremendo aguacero y regresaron calados por la humedad.

Dos horas después le sobrecogió la fiebre con calofríos y dolores reumáticos. Agravóse en pocos días, como que el principal remedio era la extracción de sangre. Resistió al fin á tanta sangría, y aun se encolerizó por ello; mas tanto insistieron los médicos que extendió el brazo diciéndoles: «Ahí está; vosotros tenéis, bien lo veo, manos de carniceros; sacad cuanta sangre os parezca, y acabe todo.»

Dos sangrías más se le hicieron, y comprendió entonces Byron la gravedad de su mal. Establecióse una consulta médica, durante la cual el Conde Gamba y Fletcher, el fiel ayuda de cámara del Lord, rompieron en copioso llanto, y tuvieron que salir de la pieza.

Byron deliraba ya, y gritaba, ora en inglés, ora en italiano: «¡Adelante! ¡Adelante! Valor! ¡Seguid mi ejemplo, no tengáis miedo!»

Calmado el delirio, llamó á Fletcher para comunicarle su última voluntad. Pidióle el fiel servidor le permitiese tomar nota de lo que le dijese; pero Byron le interrumpió exclamando: «No, no hay tiempo; piensa sólo en cumplir mis órdenes. Ve casa de mi hermana, dile, ... ve casa de Lady Byron .... la verás y le dirás ....» Pero se le debilitaba cada vez más la voz, y sólo algunos nombres, entre ellos los de la hermana, la mujer y la

hija, fueron oídos por Fletcher distintamente. « Ya te lo he dicho todo, » añadió Lord Byron. —« Señor, replicó Fletcher, no he entendido una palabra de lo que Vuestra Señoría me ha dicho. »—« ¡Cómo! ¿no me has entendido? exclamó el poeta con voz angustiosa. ¡Oh, qué desgracia! Ahora es demasiado tarde, todo ha acabado.—« Espero que no, murmuró Fletcher, pero hágase la voluntad de Dios ! »— « Sí, repuso Byron, sí, no la mía.» Intentó decir algo más, y no acertó á pronunciar con claridad sino las frases « Hermana mía, » « Hijita mía. »

Administráronle al moribundo algunas cucharadas de quinina con opio, que lograron hacerle dormir. A la media hora despertó ; y, según el Conde Gamba, se le entendió que dijo : « Pobre Grecia! Pobre ciudad ! Pobres servidores míos! ¿Por qué no se me advirtió esto un poco antes? Mi hora ha sonado. No me importa morir ; mas, ¿por qué no fuí á mi casa antes de venir aquí? Dejo en el mundo algo querido. Por lo demás muero contento. » Y aun dijo algo más de Grecia : « Le he dado mi tiempo, mi substancia, mi salud, y ahora le doy mi vida, ¿que más puedo hacer?

A las seis de la tarde pronunció en griego sus últimas palabras : « Δεῖ με νὺν καθεὺ δειν » (Ahora es preciso que duerma).

Luégo cayó en nuevo amodorramiento y permaneció inmóvil durante veinticuatro horas, sólo que de cuando en cuando daba señales

de sofocación, acompañada de algún ronquido. Era la agonía, que duró hasta las seis de la tarde.

Fuera reinaba un furioso temporal; relampagueaba, y se oía el caer del agua y el estampido de las nubes. Parecía como si la naturaleza se estremeciese y quisiese contribuir á los funerales de aquel grande hombre. Al fragor de un trueno abrió Byron los ojos, y volvió á cerrarlos inmediatamente. Los médicos le tomaron el pulso. Estaba muerto.

Era el 19 de abril de 1.824.

La noticia cruzó como un rayo por toda la ciudad y los campos vecinos. Jamás se vió duelo tan universal y tan profundo. Por las calles de Missolonghi sólo se oía un grito de lamentación y asombro: *¡Byron ha muerto!*

De orden de Maurocordato treintisiete cañonazos, uno por cada uno de los años de vida del poeta, bien que en verdad sólo hubiese vivido treintiséis años dos meses y veintiocho días, fueron disparados por las baterías. Los turcos de Patrás los contestaron con jubilosas descargas de metralla.

Todas las oficinas públicas, todas las tiendas y todos los lugares de regocijo se cerraron, y se proclamó un duelo general de veinticinco días.

En medio de aquella desolación apareció Trelawny en la cámara mortuoria, pero no para contemplar por última vez al antiguo amigo ni para llorar la muerte del gran poeta, sino para descubrir el cadáver y examinar con

curiosidad el pie lisiado. Es un rasgo trágico que inspira un sentimiento de repulsión.

Pero Grecia se sentía herida en el corazón con la muerte de Lord Byron. Sus ciudades contendían por el cádaver como antiguamente por el nacimiento de un poeta. Missolonghi le hizo espléndidos funerales. El Conde Solomos y Guillermo Müller interpretaron en estrofas inmortales el dolor de Grecia, y rindieron tributo de admiración á la grandeza y al heroísmo del poeta. Eran las lágrimas de las musas helenas que caían ardientes sobre el cadáver del Apolo moderno.

«Treintisiete cañonazos! exclama Guillermo Müller, ¿qué cosa quieren decir? ¿Son treintisiete heridas en el pecho del héroe? ¿Quién es el noble muerto por quien oculta la vida sus alegrías, y se cubre de negro velo en las plazas y en los caminos? ¿Quién es el noble muerto que mi patria ha perdido?.... No victorias, no heridas anuncia el lúgubre són que desde los muros de Missolonghi va retumbando al través de los montes y los valles, y como horrible voz resuena en los corazones severos á quienes el golpe de la dolorosa nueva ha conmovido pavorosa y penosamente. Son treintisiete años esos treintisiete cañonazos; son tus años. ¡oh Byron! tus años que toda la Grecia llora. ¿Acaso los años que has vivido? No, no son estos los años por los cuales lloro yo: estos viven eternos en el espléndido sol de la gloria, y en las alas inmortales de la poesía vuelan rápidos al través

de los siglos, á despertar con su frémito á las grandes almas. No, yo lloro aquellos otros años, los años que no has vivido, los años que deseabas vivir por amor á la Grecia; estos años, estos meses, estos días son los que el cañón hace retumbar en mis oídos. Qué cantos! qué combates! cuántas heridas! cuánta ruina!... Muerto en el tripudio de la victoria ante los muros de Bizancio, teniendo á los pies una corona, y la guirnalda de la libertad en la frente.»

Era este el lamento de Grecia y de toda la Europa conmovida.

Quiso Atenas que los restos mortales de Byron permaneciesen en el templo de Teseo, pero lo quiso en vano. El 2 de mayo el cadáver embalsamado del poeta fué trasladado de Zante á Downs, adonde llegó el 29.

El 12 de julio de 1.824, Carolina Lamb, pálida, flaca, enferma por el abuso del opio, encontró por las calles de Londres el cortejo fúnebre de Byron, y al saber de quién era el cadáver dió un grito y cayó privada de sentido.

Aquella mujer no había dejado de amarlo. Cuando se vió abandonada, quemó las cartas y el retrato de Byron, y una vez quemados clamaba por una hebra de sus cabellos y porque se le permitiese ver su retrato siquiera una vez. Nunca fué más loca que en aquellos ocho años de abandono, y como loca la veía su marido, que sólo tenía para ella profunda lástima. A la vez que hablaba contra Byron, al que calificaba de perverso y traidor en el libro que contra él escribió, componía

versos y novelas en que trataba de imitarle, comprobando en todo que sus facultades mentales no se hallaban en perfecto estado.

Desde el día en que presenció el paso del cortejo fúnebre de Byron cayó en el lecho, de donde no volvió á levantarse. No obstante, no murió sino cuatro años después, en enero de 1828.

El 16 de julio de 1824 los restos de Lord Byron fueron conducidos á la iglesia de Hucknall y depositados en la bóveda de la familia.

Inglaterra, con la mezquindad propia del mercader, había negado el permiso para que fuesen sepultados en la Abadía de Westminster. No comprendía ella que donde quiera que estuviesen, allí resplandecía una de las mayores glorias del siglo XIX.

VIII

No puede juzgarse del carácter y la obra de ningún hombre de letras sin tener cuenta del estado social y político de la época, y especialmente del país en que ha nacido y vive.

En los principios del siglo XIX, cuando Byron apareció, conmovían al mundo los tremendos acontecimientos de la revolución francesa. Los tribunos elocuentes y audaces, los guerreros indomables, el pueblo desencadenado, soberbio y cruel, habían hecho temblar á los reyes, y á las multitudes levantar la ca-

beza con altivez, cargado el corazón de anhelos y de esperanzas, en tanto que las ideas proclamadas penetraban y se abrían paso por doquiera. Sobre aquel cuadro se levantaba ya, imperiosa y terrible, la espada de Napoleón, que amenazaba derribar todos los tronos, á la cabeza de sus legiones mitológicas.

Inglaterra, impulsada por su odio tradicional á Francia, se preocupaba más que ninguna otra nación con aquellos acontecimientos singulares. De sentido eminentemente práctico, veía con espanto el avance de las corrientes revolucionarias. Organizábase en su seno un partido democrático. Al frente de la moral y la política de Locke se presentaba la filosofía de los enciclopedistas y el programa de la revolución, y aparecían ya apóstoles del ateísmo, como Guillermo Godwin. Su literatura, casi muerta desde Edmundo Spenser, Guillermo Shakespeare y Alejandro Pope, revivía un momento con Guillermo Cowper y el escocés Roberto Burns, ó se bañaba en las lágrimas de Young y de Richardson, ó reía con la risa hiriente de Fielding y Smollet, y comenzaba á contemplar la naturaleza desde las orillas de los lagos, con jóvenes como Scott y Moore, Wordsworth y Southey, Coleridge y Carlyle.

Entonces apareció en la arena literaria el nombre de Jorge Noel Gordon Byron. Apóstol de una nueva poesía, apasionada y romántica, subjetiva y audaz, que se apartaba de los rumbos hasta entonces seguidos y que pa-

recía querer asfixiar en una onda de fuego el cuerpo inerme de las antiguas reglas, su aparecimiento fué como piedra de escándalo; y se le negó todo, talento, ingenio, arte y gusto. Aristócrata, que tenía la audacia de abrigar ideas liberales, que defendía al pueblo en contra de los prepotentes que la oprimían, que celebraba el heroísmo de Napoleón y soñaba con la libertad y la independencia de Italia y de Grecia y de todos los pueblos esclavos, Inglaterra tenía que odiarle y le odió, y escudriñó su vida, y exageró sus actos, y vilipendió sus pasiones, y lo injurió y lo calumnió y le negó la entrada en el panteón de sus grandes hombres; y como de la calumnia queda siempre algo que flota como el lodo en los lagos revueltos, todavía hay quienes repitan las invenciones y los juicios aventurados que dictaron las pasiones desapoderadas de los émulos y de los enemigos del poeta.

Y nada, sin embargo, nada más natural que aquella guerra cruel, porque el arte tiene relaciones íntimas con la vida política y social de los pueblos, y siempre las instituciones y principios establecidos luchan encarnizadamente por substraerse de la nueva ley que quiere imponérseles.

De aquel mismo estado social que socavando el antiguo régimen y hundiendo los tronos, había logrado que imperasen en las conciencias los principios liberales, y de la calidad y hábitos aristocráticos que Byron había heredado, nace el contraste que se nota entre

las ideas y la vida de este poeta, el cual, á una con los arranques propios de sus pasiones y de su educación defectuosa, hace que se le considere por algunos como un carácter complicado é inexplicable; pero él fué siempre el mismo, y si cambió de vida desde su salida de Venecia, más que por amor á la Guiccioli por efecto de la dispepsia que padecía, como sucede á todo los disolutos, su carácter apareció siempre igual, orgulloso y violento, generoso y noble, y su genio y su poesía jamás cambiaron; siempre conservaron maravillosa inspiración, fuerza y colorido, característico individualismo, y esquisita sensibilidad.

De estas calidades de su poesía, singularmente del individualismo ó egotismo que le comunicaba fisonomía especial, y adquirió mayor fuerza con los principios filosóficos de la revolución, he señalado la procedencia en el curso de este estudio; pero debo confesar que no le encuentro nada de inglés, salvo ciertas extravagancias que corresponden á las costumbres de la nación, pues el utilitarismo que caracteriza al alma británica jamás tuvo entrada en su alma generosa y expansiva, desprendida y digna de un antiguo gentilhombre. Tampoco tiene esto nada de extraño, pues la sangre que corría por sus venas era puramente normanda y escocesa, y él lo tenía á orgullo, ufanándose de ello y tratando de que sus acciones llevasen timbre de grandeza.

Tenía un alto concepto de la poesía, y no cantaba sino al impulso del demonio interior,

por lo que dijo á bordo del *Hércules* que él no podía cantar como sus compañeros fumaban tabaco; y cuando cantaba hacíalo, como lo manifiestan sus versos, bajo la impresión de lo que le conmovía ó le inspiraba admiración: el amor, el dolor, las acciones heroicas, los hechos singulares, la belleza de la mujer, la majestad de la naturaleza, los castillos feudales, los naufragios, las tempestades, los combates, todo lo que le impresionaba ó le hacía soñar; y todo lo cantaba como cosa suya, en todo ponía su alma entera, como si se absorbiese por completo en el trabajo, hasta el punto de hacer una sola cosa de su fantasía y de su corazón, y todo lo viese y lo sintiese vivo, lo amase y lo llorase. Maravillosa alma de poeta, corazón lleno de sensibilidad, que todo se lo asimilaba y lo amasaba con su sangre y sus lágrimas para expelerlo con pasión y con furia, como una erupción volcánica, entre llamas de colores y explosiones de sentimiento que parecen harmonías tempestuosas de una lira fantástica. Y porque canta lo que siente y lo que sueña, lo que ha sufrido y lo que ha tratado, sus hombres son todos valerosos y terribles; y angelicales, dulces y complacientes sus mujeres.

La poderosa fuerza de su genio estaba toda en la pasión, pasión potente, avasalladora, que ha hecho inmortales sus concepciones. De cierto que no fué él el fundador de la nueva escuela literaria. En todas las revoluciones, de cualquier género que sean, la obra es lenta y gradual, porque nadie ni nada tiene

el poder de imponer violentamente innovaciones. La violencia no es el medio de la naturaleza, sino cuando ya la gestación ha llegado á su término y es la hora del estallido.

Así sucedió con la revolución de los derechos del hombre y con la revolución literaria que tenía fuerte enlace filosófico con ella. Ya en Dante y Calderón, en Shakespeare, Gœthe y Chateaubriand advirtense caracteres de la nueva escuela; pero es innegable que Byron por sus condiciones personales y la época en que le tocó brillar influyó poderosamente en el desarrollo del romanticismo, que si pareció partir de Francia fué en realidad por su más completo desarrollo como sucede con todas las ideas en aquel centro de espectación, que es el purificador y propagador de toda novedad. Recuérdese que el mismo Víctor Hugo, en el célebre prólogo en que hizo su nueva profesión de fe literaria, aceptó el calificativo de «escuela satánica» que Roberto Southey había dado á la poesía de Byron. Esta influencia de Byron se ve aún más patente en la poesía de Alfredo de Musset, tan cínica en *Rolla* como la de aquél, y en la de Lamartine, cuya misantropía y desolación se disfrazan con el tinte de religiosidad puesto en moda por el autor de «El Genio del Cristianismo.» El numen de Byron fué como un torrente impetuoso que se desborda y lleva sus aguas á todas partes. Espronceda en España, Heine y Ebert en Alemania, Puschkin en Rusia, Leopardi, Poerio, Mameli y Rosse-

tti en Italia, en Polonia Adán Mickiewicz y en Grecia el fanariota Alejandro Soutzo y el ateniense Demetrio Paparigopoulos, bastarían para dar testimonio de su influjo y de la universal admiración del mundo ante aquella cascada luminosa que parecía bajar, irisada por los rayos de un sol ardiente, desde las cumbres del Pindo.

Parte de estas influencias, que han escapado á muchos críticos, las han anotado Elze, Jeaffreson y Nichol. Las restantes las señalo yo, y aun me atrevo á decir que los decadentes actuales no son sino byronianos degenerados que han tomado sólo lo peor de aquel ingenio británico, el desdén por la absoluta corrección, la licencia y el cinismo; allí donde la poesía deslumbradora, donde la sincera sensibilidad, la pasión ardiente, los brillantes pensamientos y el *quid divinum* del poeta, nos conmueven y transportan á los bosques sagrados de los antiguos dioses.

La obra capital de la poesía de Lord Byron es sin disputa el *Don Juan*, sátira de la hipocresía social y del desorden del siglo. No es esta una obra que se parezca en nada á « El Burlador de Sevilla » de Tirso de Molina, ni se propuso tampoco Byron presentar en escena el propio personaje del ilustre poeta español. Vínole la idea del poema con la lectura del *Atheísta fulminato*, antigua pieza española que creó el tipo de Don Juan, que en ella es robado por el diablo.

Al escribirla, adaptó el tipo al siglo y á

la sociedad en que vivía para mostrar en toda desnudez el cáncer que les roía las entrañas, por lo que no pudo evitar escenas licenciosas y razonamientos lastimadores, como que su propósito era el de pintar un cuadro y no el de escribir una obra moral; retratar á un pecador y no á un santo anacoreta. Si no terminó el *Don Juan*, como tampoco terminó *La Peregrinación de Childe Harold*, no fué por culpa suya sino del destino, que cortó su vida en plena juventud, en edad en que el talento del hombre no ha llegado á completa madurez, porque el hombre es también planta y está sujeto á las mismas condiciones de crecimiento y desarrollo de todo lo creado.

Indudablemente que en *Don Juan* hay mucho del carácter y la vida del autor, y trazados de modo magistral personajes de uno y otro sexo, conocidos y tratados por él en el curso de su existencia. Puede sostenerse que Miss Millpond es Lady Byron; y la Condesa Guiccioli, á cuyo lado escribía él el poema, aquella Aurora Raby, que aparece tan dulce, tan hermosa y tan ideal por galantería del poeta; pero es aventurado é irracional suponer que *Don Juan* es el trasunto vivo de Byron, que todo lo que relata es auténtico como aventura de su vida, y mayor despropósito que, por el sello de individualismo que distingue toda su obra literaria, se suponga lo mismo de todos sus personajes, creando así en el poeta una especie de Luiggi Vampa ó Mus-

solino, salido, no de la Calabria, sino del seno de la sociedad inglesa. Con espíritu crítico tan pervertido, que nada concede al ingenio y fantasía de un autor, nadie se atrevería á escribir ni un poema, ni un drama, ni una novela, y Shakespeare y Shiller, y Dumás y Richepín, y Zorrilla y Espronceda, quedarían deslucidos.

Lord Macaulay, corroborando con su parecer el de Tomás Moore y Walter Scott, sienta que hubiera sido difícil, si no imposible, aun á los amigos íntimos del poeta, determinar hasta qué punto provenía de una dolencia natural del alma la triste amargura que destilan las obras de Byron; hasta qué punto habían influído las desgracias reales en su estado mórbido; hasta qué punto era todo ello obra de sú vida disipada, y hasta qué punto y en qué medida era imaginario ó exagerado ó fingido el mal. « Sin embargo, agrega, séanos lícito dudar de que haya existido nunca, ni pueda existir jamás, hombre ninguno que corresponda á la descripción que nos ha dejado de sí mismo, y que afirmemos terminantemente que tal hombre no era él ; porque sería ridículo suponer siquiera que quien hubiese tenido realmente el ánimo penetrado de menosprecio hacia sus semejantes, hubiera escrito cada año tres ó cuatro volúmenes para decírselo, ni que quien afirmase con perfecta sinceridad que ni deseaba ni necesitaba de la simpatía de nadie, hubiese dado á la luz pública la

despedida á Lady Byron ni la bendición á su hija. »

Esto es así; pero tratándose de la parte ficticia y de la real, acaso no sería tan difícil separar la una de la otra después de un detenido análisis crítico, porque como él escribía sin plan y llevado por su potente inspiración, caía á las veces en situaciones falsas. Por ejemplo, en el canto I. del *D. Juan*, el descubrimiento de los zapatos por D. Alfonso es natural ó posible cuando, sorprendida una mujer por el marido, oculta apresurada al amante en una alcoba próxima, pero no lo es en otra entrada inmediata cuando ya todos armados habían registrado la pieza minuciosamente, en especial el abogado, que era el más sospechoso; ni lo es tampoco el poder ocultar en la primera entrada á D. Juan medio ahogado en la misma cama que habían tentado con las puntas de las espadas.

Lo cierto es que Byron vivió con su tiempo, que lo observó y analizó sagazmente, se impresionó y se identificó con él, y lo pinta y lo resume.

Es el poeta del gran período revolucionario del siglo, y como tal, su obra literaria, realizada por su maravilloso numen poético, es verdaderamente inmortal.

No era él propiamente un artista preocupado como Shelley con la corrección de la frase y la belleza de la forma, sino un creador que ponía su admirable potencia en el

fondo de las cosas y soltaba el torrente harmonioso de la inspiración envuelto en las ondas de tremendas pasiones. Con sus alas poderosas cerníase en las cumbres ó bajaba á los abismos, y su mirada de águila penetraba en las almas y sondeaba el pasado y el porvenir con el amor del poeta y el pesimismo y la misantropía de los corazones desventurados. Con un gran talento y un instinto de sagacidad propio de las almas solitarias, ningún poeta ha analizado mejor que él un carácter ó un sentimiento, un suceso ó una época. Alma escandinava, fuerte por sus pasiones y poseída de su orgullo y condición aristocrática, todo se lo apropiaba ó lo refería á sí misma, apareciendo así con el individualismo ó egotismo que es el sello ó carácter principal de su poesía. Diferenciábase en esto de Víctor Hugo, quien, como ha observado recientemente Havelock Ellis en *The Fortnightly Review* (1), es de los escritores que menos han revelado en sus obras su intimidad, lo que comprueba su origen plebeyo, por ser el instinto de la reserva y el secreto característico del campesino y de todo hombre de humilde procedencia, así como la sinceridad revela al aristócrata; bien que debe confesarse que si en él no hubiesen estado arraigadas las sólidas y primordiales cualidades del campesino francés, si no hubiese

(1) Febrero de 1902.—

tenido en sus obras esa nota, que no debe definirse como doblez ó falta de franqueza, porque tan fundamental instinto es una cualidad sólida y de peso, más semejante á una virtud que á un vicio, de cierto que el mundo no hubiera tenido un Víctor Hugo.

De ello dependía la fuerza de este grande hombre, que cultivó la poesía como un oficio y adquirió en su cultivo extraordinaria habilidad, de la misma manera que sus antepasados rompiendo terrones en el desmonte y cultivo de los campos. He aquí por qué no pueden parangonarse estos dos grandes poetas, ni decirse que el uno sea superior al otro, como que la fuerza de Byron, al contrario de la de Víctor Hugo, está precisamente en el individualismo que algunos críticos le motejan, y que, por otra parte, es más propio de la raza latina, á la que ha hecho y hace sobrado mal, política y socialmente, que de la raza sajona, á pesar de la afirmación de Castelar, que juzgo aventurada.

Aunque algunos críticos consideran como un fenómeno que la poesía de Byron no se haya hecho pesada y desapacible por su constante subjetividad, tengo para mí que nada hay mas explicable y que eso mismo constituye el principal mérito de ella, porque su talento era extraordinario, su pasión enérgica, riquísima su sensibilidad; y al estudiar el mundo y el corazón humano y asimilarse todas las cosas, revestíalas de un

encanto, de una sinceridad, de una sugestión tan poderosa que nos hace admirar cuanto nos pinta como real y como cosa nuestra; y es porque sus lágrimas son las lágrimas de la humanidad; su amor, el amor que sentimos; su duda, la duda que acompaña á los mortales desde la cuna hasta el sepulcro, aunque la fe se albergue en el fondo del alma; el dolor, nuestro; nuestra la melancolía que destila el ánima contemplativa ante la hermosura eterna de la naturaleza, ante la miseria y pequeñez del hombre, ante el sueño de la felicidad y de la gloria, ante las aspiraciones de una eternidad luminosa que nos seduce y nos atrae, y no sabemos si será sólo una soñación, ó una promesa, ó una realidad consoladora, que nos llama á la inmortalidad en divino lenguaje.

Byron, aunque impuso á todas sus obras el sello característico de su originalidad, ni empleó siempre las mismas formas, ni cayó nunca en la monotonía de la tristeza, y los que lo creen no han leído todas su obras. Su espíritu satírico y picante brilla en muchos lugares, y tiene obras humorísticas, como Beppo. Cuando lo remitió á su editor le escribió: «Os enviaré otras del mismo género, pues conozco *el género de vida* de los italianos, y cuanto á los *versos* y la pintura de las *pasiones*, todavía soy pasablemente vigoroso.» Y aquel cuento y otros de la misma factura le granjearon nuevos y calurosos aplausos, porque la variedad de

genio del poeta sabía penetrase de todos los argumentos, combinar los efectos, y presentar un conjunto armónico y bello. De esta flexibilidad nos dió asimismo testimonio en las vigorosas sátiras de que he hablado en este estudio, y en otras como la furibunda filípica que dirigió á Lord Elgin y fué inspirada por la indignación que por su amor al arte le produjo en Atenas el robo de los mármoles del Partenón.

Aunque el autor dramático esté en él por debajo del poeta lírico, hay bellezas admirables en sus dramas y tragedias, como en *Monfredo*, en *Caín*, en *Marino Faliero*, en *Los Dos Fóscaris*. *Manfredo*, tal vez la más celebrada, tiene rasgos magistrales que recuerdan á los antiguos dramáticos griegos. La sombra de Astarté, que pone en el alma una turbación mortal en medio de aquellos crímenes inauditos, á pesar de las eternas dudas de Byron, es una revelación del juicio que sigue á la muerte, y de la inmortalidad del alma.

Por esta facultad de tratar todos los asuntos, de cultivar todos los géneros y de invadir todos los escenarios, sentaba Gœthe que Lord Byron era el mayor talento del siglo; y Walter Scott escribía que bastaba un rayo salido del foco de la imaginación del poeta para inundar de luz el espíritu del lector.

Tantos autores ingleses y alemanes, griegos é italianos, franceses y españoles, había devorado, que se le han señalado rasgos de la

piratería de sus antepasados, los reyes del mar; pero justo es confesar que sabía cubrir la mercadería con un manto de brocado y oro que llevaba el sello de su originalidad, y hará que las generaciones venideras consagren el perdón que por ello le han dispensado sus contemporáneos.

Su obra y su vida han dado motivo á muchos libros y muchas discusiones en todos los países, y acaso les den todavía, pero lo bueno que hizo, el caudal maravilloso de su poesía, vivirá en arca de oro mientras haya en el mundo almas que amen y corazones que padezcan.

LIBROS CONSULTADOS

1 The Edinburg Review, or critical journal: for October 1807.....January 1808. Vol. XI.
2 The works of Lord Byron complete in five volumes. Leipzig.
3 The poetical works of Lord Byron. London.
4 The letters and journals of Lord Byron; with notices of the life, by Thomas Moore.
5 The real Lord Byron; new wiews of the poet's life, by John Cordy Jeaffreson.
6 Trelawny's Records of Shelley, Byron, and the autor Pickering.
7 Byron, by John Nichol.
8 William Godwin, his friends and contemporaires, by C. Kegan Paul.

9 The poetical works oh Percy Bysshe Shelley.
10 Souvenirs littéraires, por Maxime du Camp.
18 Histoire littéraire de la Grece moderne, par Alexandre Rangabé.
12 Critical, Historical and Miscellaneous Essays and Poems, by Thomas Babington Macaulay.
13 César Cantú, Historia Universal.
14 Medwin's Conversations with Lord Byron at Pisa.
15 J. D. Guerrazzi, Beatrice Cenci.
16 Vida de Byron, por Emilio Castelar.
17 My relations with Byron, by Jane Clairmont.
18 Memoires d'outre tombe, par Mr. le Vicomte de Chateaubriand.

———

II

SHELLEY

Shelley

I

Si los hombres de genio no se hallasen todos en la cumbre de la gloria, si no estuviesen en región de igualdad, en cuanto es esta posible, y fuese necesario señalar puésto á cada uno en la fila de los grandes varones, Shelley aparecería siempre al lado de Milton, de Shakespeare y de Byron, porque Shelley es uno de los más ilustres poetas de la Gran Bretaña, y acaso el más artístico, á pesar de los defectos que la crítica le señala.

La vida, la muerte trágica y la brillante poesía de Shelley, son casi desconocidas en estos países de la América Española, donde priva, más que ninguna otra, la literatura francesa ; pero es preciso que conozcamos la vigorosa literatura inglesa y la vida de sus grandes escritores.

Antigua es la nobleza de la familia de Shelley, apellido que también se ha escrito Shelle, Shellie y Shelly. En tiempos de Ro-

lando y Carlomagno distinguíase en los tercios militares Sir Guyon de Shelley; y al lado de Eduardo I, de Ricardo II, y de otros soberanos británicos, se señalaron asimismo antecesores del poeta.

El apellido de Bysshe viene unido al de Shelley desde 1692, en que John Shelley casó con Elena, hija menor de Roger Bysshe. Concediósele á esta rama una Baronía por el año de 1806, así como se le había concedido otra á la primogénita en 1611.

El abuelo del poeta fué casado tres veces: la primera en los Estados Unidos con una norte-americana de humilde origen, y las dos restantes con ricas herederas inglesas.

El primogénito del tercer matrimonio, John Shelley Sydney, obtuvo también el título de Barón, y fué el padre de Philip Charles Sidney, á quien á su vez se concedió el título de Barón de l'Isle y Dudley.

Del segundo matrimonio del abuelo, efectuado con Mary Katharine, heredera del Reverendo Theobald Mitchell, nació el Barón Timothy Bysshe Shelley, padre del poeta. El de Sir Timoteo había sido un caballero de la antigua escuela, de elevada estatura, hermoso y cabal en todo, pero de carácter extravagante, como buen inglés. Nació en Christ's Church, Newark, en los Estados Unidos del Norte de América, donde, pobre de bienes de fortuna, ejerció empíricamente la medicina, y poseyó un molino. Fué ateo, y fundaba todas

sus esperanzas en la completa aniquilación de la vida. Este hombre sombrío y triste no estuvo nunca en buenos términos con su hijo Timoteo, que, educado por su madre, creía en Dios, en Jesucristo y en la inmortalidad del alma.

Con aquella incredulidad rayana en el nihilismo, y con su carácter extravagante y quisquilloso que había hecho que lo apodasen « el viejo *cut up for* » (el viejo de picadillo, enfadado ó quisquilloso), pasó los últimos años de su vida completamente solitario, retirado en Horsham. Cuando murió, el 6 de enero de 1815, dejó una herencia que en aquella época se consideraba de las más opulentas del reino: trescientas mil libras esterlinas en fundos, y veinte mil anuales de renta. Entre varios curiosos rasgos de su vida, dice Williams Michael Rossetti en la *Memoria de Shelley*, el más extravagante de todos fué el de raptar á sus dos mujeres inglesas; pero esto de rapto parecía ser cosa de tradición en la familia, como que dos de sus hijas fueron raptadas, y el poeta mismo raptó á María Godwin, y aun se llevó con ella á su hermana Juana Clairmont.

Timoteo Bysshe Shelley casó en 1791 con Elizabeth Pilfold, mujer de belleza extraordinaria é hija del caballero Charles Pilfold. De este matrimonio nacieron dos varones y cinco hembras, de los cuales el mayor fué Percy Bysshe Shelley. Esta familia está aún representada por el Lord de l'Isle y Dudley, Par

de Inglaterra, y por dos Barones, uno de los cuales, Sir Percy Shelley Florence, es el hijo del poeta.

Isabel Pilfold era, según sienta Hogg, mujer de carácter dulce y tolerante, pero de espíritu avariento. Cabal era en todo, y poseía notables facultades intelectuales, bien que no para las letras, y menos para la poesía; sin embargo, cítanse sus cartas como modelo del género epistolar. Cuanto á Sir Timoteo, poseía las cualidades comunes á todo hombre bien nacido, y gozaba de excelente reputación como propietario y agricultor práctico. Era hospitalario, y tan benévolo con su familia como con los extraños, aunque á las veces se mostraba caprichoso y violento. Enorgullecíale el talento de sus hijos y no carecía de conocimientos literarios, pero ni en el Parlamento ni en ningún otro acto de la vida se señaló como hombre de notable talento, bien que demostró éste en los negocios y en el manejo de sus intereses. Tenía el aspecto de un viejo maestro de escuela, y se le consideraba como discípulo de Chesterfield y de La Rochefoucauld. Era cristiano aunque no ardoroso, y había heredado de su padre el vicio de jurar, la desigualdad de la conducta y la inclinación á la tacañería.

Algunos de estos defectos de Sir Timoteo aparecerán en los actos del poeta, sin que sea preciso que yo los señale. Al poeta lo preocuparon siempre las creencias de su padre, y se halló por ellas en desacuerdo con él; mas no

hay noticia de que Sir Timoteo, por otra parte de carácter indiferente, persiguiese con tenacidad á su hijo ni lo violentase de ningún modo.

Percy Bysshe Shelley nació en Field Place, cerca de Horsham, el 4 de agosto de 1792. Si hemos de creer á Rossetti y á Medwin era un hermoso chico, una especie de arcángel de ensortijados cabellos de oro, ojos azules, grandes y penetrantes, manos y pies admirablemente formados, y gentil y afectuoso aspecto.

A la edad de seis años se le puso en la escuela del Reverendo Mr. Edwards, en la aldea de Warnham, donde llegó á aprender el latín. Profesóle respeto al institutor, y túvolo asímismo por los demás clérigos del país, al extremo de abrigar intenciones de entrar en la iglesia. A los diez pasó á Sion-House-School en Brentford; regentaba esta escuela otro clérigo y abogado escocés, cuyas rústicas chanzas, dureza de corazón y rígida disciplina le desagradaron, por lo cual no le manifestaba ningún respeto. La mayor parte de los discípulos, que eran hijos de tenderos y artesanos, le hicieron sentir por vez primera la dura realidad de la vida. Recibiéronlo mal, lo persiguieron y lo mortificaron, porque siendo ellos de humilde cuna y tardos de comprensión lo veían con antipatía, sintiéndose humillados por la inteligencia y finas maneras del aristocrático niño. Su situación se hizo relativamente miserable y triste, pero llegó un día en que dejó

de ser el mancebo afeminado y presumido para mostrar, con despejada inteligencia y firmeza de carácter, que llegaría á ser un hombre superior y un gran poeta. En Sion-House-School contrajo íntima amistad con su primo Thomas Medwin, mayor que él algunos años.

En un paseo de vacaciones, cuando se hallaba en Sion-House, sufrió por primera vez un acceso de sonambulismo, y otro más tarde. No era estudioso, pero sobrepasaba á sus condiscípulos con su fácil comprensión y maravillosa memoria. Desde la escuela daba testimonio de su carácter inconstante, pues con la misma facilidad con que intimaba entusiasta amistad con un condiscípulo la abandonaba luégo por completo.

A los doce años entró á continuar sus estudios en el Colegio de Eton, donde los discípulos, por las mismas circunstancias que los de Sion-House, no congeniaron con él y lo persiguieron y mortificaron por igual modo. Débil, además, algo encogido, y muy mozo, excusábase de tomar parte en ciertos juegos, lo que irritaba á sus compañeros, que interpretaban la negativa como expresión de orgullo. Cierto día le embadurnaron la cara de negro, para manifestarse luégo horrorizados á su vista. No obstante, cuando le veían presa del paroxismo de la rabia huían de la explosión, que solía ser peligrosa. Recordando estos tormentos de sus primeros años, escribía Shelley: « En la madrugada de un fresco día

de mayo, paseábame por la hierba brillante de rocío, llorando sin saber por qué, cuando escuché alzarse voces estridentes en el salón de la escuela. Juntando las manos miré á mi alrededor, pero no había nadie á mi lado que hubiese venido á burlarse de mis ojos fluentes que dejaban caer sus calientes gotas en el suelo asoleado. Y sin vergüenza, dije: Quiero ser justo, libre y bueno, pues estoy cansado de ver al egoísta y al fuerte tiranizar al débil impunemente y sin freno. Enjugué las lágrimas, calmóse mi corazón, y *me torné dulce y atrevido.*» A las veces suelta el hombre frases que fotografían por entero el alma.

Packe sienta que los pocos que lo conocían lo amaban. Gastaba el dinero en libros, en instrumentos químicos, y en hacer liberalidades. En la escuela de Sion–House devoraba cuantas novelas y romances le caían en las manos. Sus poetas favoritos eran á la sazón Monk Lewis y Southey, y los prosadores la fantástica Radcliffe y Guillermo Godwin, que le infiltraba ya en el alma sus ideas filosóficas, pues fué algún tiempo después cuando le llevó su novela *Zastrozzi*, trabó relaciones con él y lo consideró como maestro. A la edad de nueve años había escrito ciertos versos á un gato, y en el colegio, versado ya en el griego y el latín, escribía versos fluídos y correctos en este último idioma. En Eton tradujo hasta la mitad la *Historia Natural* de Plinio, y llevado de la viveza de su imaginación estudió las ciencias ocultas, evocó al diablo,

rodeóse de espectros, y aun meditó pasar al Africa con el propósito de hacer investigaciones acerca de la magia arcana, á que son muy dados los naturales de aquel país. La lectura de obras alemanas dió alas á esta inclinación de su espíritu. En el hogar gustó desde muy temprano narrar cuentos fantásticos á sus hermanitas, poblando así la casa de seres imaginarios, de trasgos, duendes y fantasmas. Otras veces contaba cosas extrañas que sostenía le habían acontecido, y aun quiso que las chicas representasen demonios y espíritus mientras él arrojaba fuego fluente en una estufa portátil.

Estos estudios, y la inclinación á los experimentos químicos que tanto lo apasionaron en Eton, contribuyeron al desarrollo de su impresionable fantasía, así como á que se prohibiese á los discípulos en sus habitaciones los experimentos químicos.

Debió de creérsele propenso á la locura, porque cuando en Eton padeció de fiebre con accesos de delirio, tuvo su padre intenciones de enviarlo á un manicomio privado, según oyó ó entendió el mismo Shelley de una sirvienta. Aquel propósito no se llevó á efecto por haberlo curado el superintendente de los estudios científicos, Dr. James Lind, su tutor, médico, químico y erudito, que tenía en mucho al poeta. Era el único empleado oficial á quien Shelley profesaba afecto; y parece, según Rossetti, haberle servido de tipo del viejo sabio en la

Revolt of Islam y en el *Prince Athanase*. En Eton los discípulos llamaban al poeta «Shelley el loco,» y, lo que es bastante singular, «el ateo Shelley,» no porque hubiese expresado aún opinión alguna contra la Divinidad creadora, sino porque, según Hogg, en cierta ocasión lo vieron quemando un árbol con pólvora encendida por medio de un espejo ustorio.

De Eton fué lanzado tres veces, una de ellas por haber clavado ó un cortaplumas ó un tenedor en el brazo de uno de sus perseguidores. A pesar de esto, fué admitido nuevamente por intercesión de su padre. Ignórase la causa del último lanzamiento, acaecido en 1809.

Al año siguiente entró en la Universidad de Oxford. En el intervalo, cuando sólo contaba la edad de dieciséis ó diecisiete años, se enamoró en Field Place de su hermosa prima Harriet Grove, la cual le correspondió, y entabló con él correspondencia desde que regresó á su casa en Wilshire. En carta de uno de los hermanos de Miss Grove se lee que «no alcanza á expresar el amor de Bysshe á su hermana.» Es auténtico, sin embargo, que, aunque las dos familias manifestaban aprobar aquellos amores, cuando Shelley fué expulsado de la Universidad de Oxford, Enriqueta consultó á su padre y á su madre, y el compromiso quedó roto, con gran dolor de Shelley, que conservó el recuerdo toda la vida.

En Eton había escrito la novela *Zastrozzi*. Vendióla á un librero por cuarenta libras esterlinas, y empleó este dinero en un banquete con que obsequió á sus condiscípulos. Por septiembre de 1810, antes de pasar á Oxford, publicó un volumen de poesías, ya desaparecido, que se intitulaba «Original Poetry, by Víctor and Cazire.» Suponen sus amigos que *Cazire* puede haber sido su hermana Isabel Shelley, ó su prima y novia Enriqueta Grove. Este libro fué destruido por Shelley, aunque ya habían circulado varios ejemplares, porque el editor Stockdale, después de un atento examen, descubrió que contenía algunos versos muy conocidos como obra de M. G. Lewis. En la conferencia que Stockdale tuvo con Shelley satisfízole este comunicándole que aquel plágio literario era obra de su colaborador, que había sido su íntimo amigo Eduardo Graham, por donde vió Stockdale que no tenía motivo para romper relaciones con él. A poco publicó el romance *Saint Jroyne or the Rosicrucian*, incluido ahora en las nuevas ediciones de las obras de Shelley por contener trozos de excelente poesía.

Poseía ya este equipaje literario cuando en el mismo año de 1810 entró en la Universidad de Oxford.

En Sion House, como se ha visto, había tenido de condiscípulo y amigo á su primo el Capitan Medwin, que llegaría á ser uno de sus biógrafos más afectuosos; y en

Oxford lo fué asimismo Thomas Jefferson Hogg, que mas tarde escribió su vida, y dice en ella que Shelley por su belleza, gracia y gentiles maneras era entonces «a ladies' man,» el preferido de las damas. Lo cierto es que el ideal de Shelley era la naturaleza y que en él entraba por mucho la de la mujer. ¡Con cuánto deleite no se complacía en señalar los signos de superioridad que encontraba en el carácter femenino! En este amor por el carácter de la mujer tiene grande afinidad con el creador de Ofelia.

Su salud no era perfecta; teníase por un inválido permanente, amenazado de consunción y atormentado por los nervios y por ataques espasmódicos; afirmaba él que en Eton había acabado de arruinar su salud por haber tomado arsénico ú otro mineral venenoso en un paroxismo que sufrió á causa de melancolía amorosa. Según dice Thornton Hunt en el *Atlantic Monthly*, Shelley mismo incluye en las causas de esa ruina el daño que sufrió por la presión de la rodilla de un asesino que lo asaltó misteriosamente por Tanyrallt en 1813; pero según sostienen sus amigos tal ataque fué puramente imaginario, por haber tomado en el día una fuerte dosis de láudano. Las mismas visiones se reproducen en varios casos de su vida. A fines del mismo año padeció la manía de que iba á ser atacado de elefancia. María Godwin dice que siempre estaba enfermo ó asediado por alguna pena;

y aunque hay quienes atribuyan todo esto á nefritis ó alguna otra dolencia semejante, parece ser lo cierto, á juzgar por el conjunto de todo, que padecía de debilidad nerviosa por efecto de su constitución delicada, frágil y femenil, que su género de vida exacerbaba. Por esto mismo su carácter aparecía con cierta mezcla de agilidad y de pesadez, de tosquedad y de fina gracia, que alternaban dándole el aspecto de un sér extraño; y por esto mismo cae intelectualmente en ciertos defectos como el idealismo exagerado que muestra á veces á pesar de sus ideas materialistas, la incoherencia en algunos pasajes y la precipitación ó apresuramiento en otros. Además, era tan frugal como Byron, y á las veces hasta olvidaba el comer, de tal modo que en cierta ocasión, cuando le avisaron estar servida la comida, preguntó con asombro: ¿«Cómo, no comimos ya?» Sólo bebía agua y leche. Leía poco los periódicos, y veía con desdén los asuntos del Parlamento. En aquella época, como en el resto de su vida, su verdadera pasión eran los libros, especialmente los de filosofía y religión. Platón, Locke, Hume y los materialistas franceses eran entonces sus autores favoritos.

Un folletito de dos páginas intitulado *Necessity of Atheism* ocasionó su expulsión de la Universidad de Oxford el 25 de marzo de 1811. Preguntóle el Director si confesaba ser el autor de aquel folleto, y ha-

biendo rehusado contestar se le ordenó retirarse del instituto. El 26 por la mañana, Shelley y Hogg, que había hecho causa común con él, salieron de la Universidad en coche. Indignado su padre por la vergüenza de este nuevo lanzamiento, y viendo perdida la carrera á que lo destinaba, le propuso colocarlo en el Ejército. No convino en ello Shelley, y Sir Timoteo le retiró la asignación que le pasaba y montaba á doscientas libras esterlinas.

II

Era en realidad ateo? Y si no lo era, ¿en qué consistía que se le considerase como tal, y que él mismo se ufanarse luégo de serlo? Ya se ha visto que desde muy temprano se dió al estudio de las ciencias ocultas, á la práctica de la magia negra y á las operaciones químicas. Su débil constitución, que le mantenía excitados los nervios, le avivaba la fantasía y le desequilibraba el cerebro inclinándole á las cosas raras y maravillosas, á los experimentos mágicos, á las lucubraciones metafísicas. á la indagación de lo sobrenatural. El estudio de aquella antigua filosofía simbólica de la India y del Egipto, fundada en el misterio del equilibrio universal, desde el libro de la penitencia de Adán y los pantaclos del Tarot, el Sepher Jezirah y el Sohar, hasta el tetragramma, los nombres divinos, los números de la kábala y las clavículas de Salomón,

requieren una cabeza sólida y bien constituída, nervios fuertes y duros, y corazón entero y sano, porque de lo contrario, el que estudia, sobre todo si no tiene la debida preparación, lejos de refirmar su fe en el Creador de la obra maravillosa de los mundos, lejos de afirmarse en la conveniencia y práctica de la virtud para alcanzar la suprema felicidad, corre el peligro de no saber dar su lugar á las cosas, y de corromper el cuerpo y el alma como el Azim de Tomás Moore en el romance de Lalla Rook.

Estos filósofos consideran á Dios como el infinito inteligente, amante y vivo; mas no es él para ellos ni el conjunto de los seres, ni la abstracción del Ser, ni un Ser filosóficamente definible. Está en todo, es distinto de todo, y más grande que todo. No se puede preguntar, dicen ellos, por qué existe Dios, porque sería suponer á Dios antes de Dios. Reconocen la religión como una necesidad humana y le dan por todo fundamento la caridad. El verbo es la razón que habla y la expresión de la fe. Jesús es el verbo encarnado; por donde lo respetan, mas no como á una divinidad, sino como á un profeta. Inspírales odio la tiranía, la libertad amor. Su moral descansa en la abominación de los placeres, porque desenvuelven y fortifican los instintos cobardes, y en la santificación y exaltación del dolor, porque los sufrimientos dan experiencia y crean los sentimientos generosos; el placer es la disipación y la muerte; el dolor es

el triunfo y la gloria del hombre. Felices los que sufren y lloran!

Juntamente con absurdos inconcebibles tienen estos gnósticos ideas y razonamientos admirables, inspirados por la observación y por la práctica de la vida. Por esto el que escribió *The Necessity of Atheism* escribió también más tarde el *Essay on Christianity*, donde venera y admira á Jesucristo, distinguiendo como Campanella entre Cristo, que confirmó el evangelio de la caridad, y los cristianos, que querrían ser los primeros en crucificarlo si volviese á la tierra. Por esto dijo en carta á Hogg que su ateísmo era el odio á la superstición; y por esto leía del mismo modo á Platón y á Homero, á los trágicos griegos y la Biblia, sobre todo el libro de Job. Todo lo grande y lo mezquino de sus ideas y de sus actos parece ser el resultado del estudio de las ciencias ocultas, porque se había empapado en sus doctrinas y se forjaba la ilusión de ser por tal manera un perfecto iniciado, un iluminado, como dicen los alemanes, bien que había apurado mucho de lo malo, y sólo se había apropiado algunas de las ideas elevadas de la filosofía simbólica.

Cuando en la fuerza de mi juventud me dí á tales estudios con el propósito de comprender los símbolos del Apocalipsi, y de entender mejor la Ilíada y la Eneida, la Divina Comedia y el Fausto, consideradas como epopeyas mágicas, y asímismo ciertas poesías simbólicas de Víctor Hugo, llegó un momento en

que involuntariamente arrojé con violencia el volumen contentivo de la llave de los grandes misterios, porque sentí desvanecérseme la cabeza é invadirme el alma una impresión de profunda tristeza, sin embargo de que á la sazón no padecía yo como Shelley de debilidad nerviosa.

De la desconsoladora filosofía que aquellos estudios dejaron en el alma de Shelley proceden su generosidad y su pesimismo, su odio á la tiranía y su amor á la libertad, la desolación de su espíritu y la tristeza de su vida, lo bueno y lo malo que había en él; porque aquellas doctrinas filosóficas propenden al extravío de las ideas y del sentimiento, y fueron las que engendraron las escuelas panteístas, sensualistas y positivistas que han asombrado al mundo. Shelley arrojaba aun más combustible en la hoguera de su descreimiento. Después de estudios tan peligrosos para sus nervios, estudió á Condillac y á Holbach, á Hume y á Locke, á Espinosa y á Campanella, y tuvo como á un Dios á Guillermo Godwin, á quien habia creído muerto. De aquí su panteísmo, porque el hombre necesita creer en algo, y la negación de Dios arroja el alma en el panteísmo como en una profundidad tenebrosa y desesperante; de aquí la ingratitud y falta de respeto para con su infortunado padre desde el asunto de la fiebre y del manicomio; de aquí el abandono de su mujer y su fuga con María Godwin; y de aquí, por último, sus fantásticas enfermedades, que su

constitución nerviosa agravaba, y la tristeza y desolación de su alma; porque la doctrina panteísta es una doctrina puramente sensualista y materialista que no reconoce gerarquía, que odia el matrimonio y sostiene que éste termina desde que termina el amor, y porque la práctica de tales doctrinas agota la vida y deja hondo vacío en el alma. Godwin no sólo era ateo sino también el precursor del anarquismo, y fué él quien desarrolló en el carácter de Shelley el espíritu de independencia y rebelión. En su obra *An enquiry concerning political justice and its influence on general virtue and happiness*, dice este filósofo anarquista y ateo: «En cuanto el hombre es cogido por las redes de la obediencia y se habitúa á regular sus pasos por los de otro, su razón y su inteligencia se adormecen infaliblemente. ¿Qué hay que hacer para que se alce con toda su fuerza? Es preciso enseñarlo á darse cuenta de sí, á *no aceptar ninguna autoridad*, á comprender el alcance de sus principios y las consecuencias de sus acciones.» Y Shelley tenía como á un Dios al hombre de la *Justicia Política!*

De la debilidad nerviosa que padecía y del revoltillo de obras que se había metido en la cabeza, de ateos y anarquistas como Godwin, de materialistas como Holbach, y de espiritualistas como Platón, provenía que á las veces se manifestase en su vida y en sus escritos con ciertas contradicciones é incoherencias, distintas de las vaguedades originadas

por el vuelo de la inspiración. Combatía á los cristianos y veneraba á Jesús, y decía que todas las religiones eran buenas si hacían buenos á los hombres, y que el modo de comprobar cada uno si su método de adorar á Dios es el mejor, es ser uno mismo mejor que los demás hombres. Escribía que no inquiría si un hombre era hereje ó quákero ó judío ó gentil, sino si era virtuoso, si amaba la libertad y la verdad, si deseaba la felicidad y la paz de la humanidad. Agregaba que un protestante era su hermano, y hermano suyo un católico; y no obstante, cuando en una recorrida por Suiza visitó la Cartuja de Montanvert, puso su firma en el libro de los viajeros y agregó en griego palabras irrespetuosas que no tenían otro objeto que el de mortificar á los infelices frailes: « Percy Bysshe Shelley, filántropo, demócrata y ateo. »

Su filantropía ó amor al género humano, contradicha en este caso concreto por un instinto de perversión, era puramente reflexiva, originada en las doctrinas filosóficas que había abrazado; pero no provenía, como se ve, de ingénita bondad.

Lo que á este respecto escribía María Godwin y repiten Hogg, Trelawny, y otros íntimos amigos, carece de autoridad porque no tiene otra base que el afecto.

Sienta Hogg que él conoció á Shelley más íntimamente que ningún otro hombre, y que nunca pudo conocer en él más que dos principios, el de un irrefrenable amor abstracto

á la libertad y el de la tolerancia con todas las opiniones, especialmente con las religiosas, y como deducción ó corolario de esta última, el aborrecimiento á toda persecución, pública ó privada. Este aborrecimiento sistemático lo llevaba á intrusiones verdaderamente quijotescas, como la del caso que cuenta Matilde Blind de la disputa entre los sirvientes de la villa de los Gisbornes, Giuseppe y Annunziata, que eran marido y mujer. Una noche oye Shelley la tempestad conyugal y se lanza pistola en mano sobre Giuseppe gritando: « quiero tiraros! quiero tiraros! » Apacíguales el miedo; asegúranle que no están peleando ni pretenden pelear, y dudoso ante aquella protesta, María Godwin, que acude y lo conoce, le hace creer que ha sufrido una mistificación. Nada más cómico; y no embargante, Trelawny sienta que Shelley era hombre grave y de invencible repugnancia á todo lo cómico.

El amor á la libertad, la igualdad y la fraternidad estaba en la atmósfera de la época y en la filosofía á cuyo estudio se había él entregado; trabajó por la libertad de Irlanda y de Italia, recibió con entusiasmo en Pisa al príncipe Maurocordato, le dedicó el drama *Hellas*, y estuvo dispuesto á trabajar con Lord Byron por la independencia de Grecia; ufanábase de profesar los principios democráticos más avanzados, pero nada de esto era de asombrar en aquella época: Marat, Robespiérre y Dantón también los habían proclamado con entusiasmo. Manifestábase con fe en la

libertad, en él amor, en la perfectibilidad del hombre y en la ubicuidad del alma humana, aunque consideraba á esta como un simple átomo; y á pesar de todo, ¡cuántas desviaciones, cuántas incongruencias en su vida! Aun en sus obras pueden notarse; bastaría ver cómo, siendo materialista, aparece distante del materialismo en *The Sensitive Plant*, en la *Ode to Heaven*, y en otras composiciones de distintas épocas. No, el alma de Shelley, á pesar del talento y del ingenio que en él brillan, era el alma de un neurótico extraviada en las veredas del panteísmo.

Su padre, justamente indignado, lo censura por su irregular conducta en la escuela, en el Colegio y en la Universidad, planteles de donde lo expulsaron; y él, que cuando niño parecía amar entrañablemente al autor de sus días, rebélase, le desobedece, se retira del hogar, y habla mal de él, del único hombre que podía quererlo con sinceridad y desear su bien. Vive como un bohemio, sin tener con qué pagar el alojamiento ni con qué comprarse alimentos, y para llenar estas necesidades recibe de sus hermanitas dinero, que no podía provenir sino del bolsillo de su padre, hombre bueno y generoso, si se aprecian todas estas circunstancias con criterio desapasionado. Al fin, su tío, el Capitán Pilford, conferencia con él y obtiene una reconciliación, no muy perfecta, con Sir Timoteo. Señálale entonces el buen padre una pensión anual de doscientas libras esterlinas, y él no se fija en el hogar,

sino que ó vive con su tío en Cuckfield, ó en Londres ó con el padre en Field Place, cambiando de domicilio alternativamente, como impulsado por el espíritu de la vagancia.

En la escuela de Clapham Common, donde estaban sus hermanas, á las cuales visitaba con frecuencia desde la expulsión de Oxford, conoció Shelley á Harriet Westbroock. Era esta una niña de dieciséis años, de encantador aspecto, blanca con brillante color de rosa, hermosos cabellos castaños, agradable voz y carácter espiritual. Era hija de un tal Westbroock que poseía un café en Mount Street y á quien con motivo de su fisonomía apodaban *el judío*. Tenía Enriqueta una hermana de notable belleza, llamada Elisa, que por ser de doble edad que ella le servía de madre. Elisa y *el judío* recibieron á Shelley con señalada bondad. Aunque á la sazón se hallaba él falto de dinero, desterrado del hogar, y bajo el entredicho de su familia desagradada, era siempre el heredero de cuantioso patrimonio y de una de las baronías del reino, por lo que no era posible que la gente del café lo viese con disgusto. Shelley visitaba con frecuencia á Enriqueta, ó en el hogar ó en el Colegio, y al fin estableció con ella continua correspondencia.

Ya Shelley conocía personalmente á Guillermo Godwin, y era del numeroso grupo de jóvenes que recibía las lecciones perniciosas del maestro.

Antes de llegar á Londres, noticioso de que Godwin vivía aún, le había escrito una carta en que le decía: « En todo tiempo el nombre de Godwin ha excitado en mí sentimientos de respeto y admiración. Me he habituado á considerarlo como una antorcha demasiado luminosa para las tinieblas que nos rodean.... No os sorprenderéis, pues, de la inconcebible conmoción con que he recibido la noticia de vuestra existencia. Había puesto vuestro nombre en la lista de los muertos venerandos. Había lamentado que la gloria de vuestra existencia hubiese desaparecido de nuestra tierra. Vivís aún, y creo firmemente que proyectáis aún la felicidad de la humanidad. »

Aquella antorcha iba á extinguirse pronto en el cerebro de Godwin que comenzaría á comprender dentro de poco que su propaganda era criminal; y sin embargo, mientras la filosofía del ateísmo vaya precipitándose á la decrepitud con resultados trágicos en el mismo hogar del maestro, Shelley permanecerá encantado en el maestro y en su *Justicia Política.*

La obra de seducción que Shelley había emprendido con Enriqueta, pobre niña en la primavera de la vida, no podía ser más criminal. Dió camienzo á ella por su conversión y la de Elisa al ateísmo, para ponerlas, les decía, « en la lista de los buenos, de los desinteresados y los libres. » A los principios Enriqueta lo oía y le leía con horror, pero al

fin el poder de la elocuencia del evangelista del libre pensamiento, y el amor, que se le entraba por los ojos en la contemplación de aquel bello Luzbel que parecía otro angel caído con sus hermosos ojos azules y sus ensortijados cabellos de oro, acabaron por vencerla apagando toda fe en su alma. Enriqueta lo amaba; Shelley no la quería, y aunque enamorado aún de Miss Grove, proseguía en la empresa de conquistar á Enriqueta. Hay una carta de él á Hogg, á quien quería casar con su hermana Isabel, donde le dice: « Vuestras chanzas con respecto á Enriqueta Westbrook me divierten. Es común error de la gente poner á los demás en su propia situación ; pero si sé algo de amor, yo no estoy enamorado. » En otra le dice que Westbrook *persigue horriblemente* á Enriqueta *obligándola á volver al Colegio;* que ella le había consultado y él *aconsejádole la resistencia*, al mismo tiempo que por su parte había tratado en vano de apaciguar al padre. En suma, que ella se había puesto *bajo su protección y quería huír con él.* Tendremos, agrega, doscientas libras al año; cuando las encontremos cortas en la carrera, supongo que viveremos de amor ! La gratitud y la admiración, todo *exige que la ame para siempre.* Os veremos en York. He considerado vuestros argumentos en favor del matrimonio, y casi me han convencido ahora. »

En otras cartas de estos mismos días, Shelley manifiesta á Hogg el horror que le inspira el matrimonio, y no obstante, des-

pués de huír con Enriqueta á York, acompañado de su primo Mr. C. H. Grove, casó con ella en Edimburgo el 24 de agosto de 1811. Del mismo modo, á pesar de sus doctrinas religiosas, consintió más tarde en que sus hijos fuesen bautizados. Era uno en teorías y otro en la práctica. Su matrimonio puede, por otra parte, parecer extraño, mas hay que tener cuenta de que su fondo no era malo, que era sensible y se hallaba dominado por la manía de aparecer odiando todo despotismo, y de despotismo calificaba el natural comportamiento de Westbrook con su hija asediada por él, como daba el mismo calificativo á la censura de su propio desventurado padre. El se buscaba aquellos tropiezos y sufría luégo las consecuencias, que atribuía á la tiranía de los demás. Era un calavera pervertido á quien su propio corazón castigaba por sus actos disolutos.

Sir Timoteo recibió con sumo disgusto la noticia del matrimonio. En sentir suyo, Shelley acababa de cometer uno de los mayores crímenes sociales, el de contraer un enlace desigual; y en su violencia cortó toda relación con el hijo pródigo, que tuvo que vivir del generoso auxilio de su tío el Capitán Pilfold, el cual le había propuesto de parte de Sir Timoteo la aceptación de una renta inmediata de dos mil libras anuales si consentía en vincular la tierra patrimonial en su hijo mayor, y á falta de prole, en su

menor hermano Juan Bysshe Shelley, lo que el poeta había rechazado con indignación.

Poco después, Westbrook, que se había llenado de regocijo con el enlace, destinó á Shelley y á Enriqueta una asignación anual de doscientas libras esterlinas; y al año siguiente de 1812, Sir Timoteo, ya más calmado, volvió á remitirle la renta que anteriormente le pasaba, bien que las relaciones quedaron interrumpidas, como que ni el Duque de Norfolk, que invitó á los consortes á pasar varios días en su residencia de Graystoke con el propósito de poner á Shelley en buenos términos con su padre, ni Roberto Southey, que dió pasos en el mismo sentido, pudieron obtener una reconciliación perfecta. Con aquel carácter era vana la clemencia paternal. Sir Timoteo no podía decir como Menedemo: «estaba muerto y ha vuelto á la vida.» Shelley no era el hijo de que habla el Evangelio, que decía: «Padre mío, he pecado contra el cielo y contra tí, y no soy ya digno de llamarme hijo tuyo,» sino la hija ingrata del rey Lear, quien, por otra parte, no la maldice, no pide á Dios otra venganza sino que ella á su vez tenga un hijo ingrato, que la desconozca y la ofenda; amor paternal este que es una elación majestuosa, una gran virtud, y aun una dicha para el mismo padre, porque deja la conciencia sin remordimientos. Así, como el rey Lear, aparece Sir Timoteo en

esta lucha que deslustra el talento y el corazón del poeta.

La vida triste de Shelley y su trágica muerte tienen todo el carácter de un castigo sobrenatural. No parece que muere un hombre, sino que se cumple una fatalidad misteriosa.

III

La hermosa Elisa á quien Enriqueta juzgaba un modelo de belleza, de gracia y elegancia, y obedecía como á una madre, pasó de Londres á York á vivir con ellos. Imprudentemente dejó Enriqueta que se interpusiese entre ella y su marido, cuando por todas sus calidades, la educación moral que Shelley les había comunicado, y el carácter de éste, parecía destinada á conducirlos á una catástrofe. Hogg no sólo consideraba á Elisa como dechado de perfecciones físicas, sino también como mujer de exquisita sensibilidad, amable y bondadosa. Shelley mismo ha dejado un retrato encantador de su cuñada, que le «parecía una de esas hijas de Judá de hermosos ojos negros.»

Cuentan cómo Elisa hizo concebir á Enriqueta el capricho de que era víctima de los nervios; cómo alegraba la casa cual un pájaro tarareando con melodiosa voz sus aires favoritos, y cómo logró gobernar á la familia. Su intrusión perturbó la armonía de la casa, y como en la vida una desviación acarrea otra,

pronto ocurrió algo grave que obligó á Shelley á partir inmediatamente de York con su mujer y su cuñada por noviembre de 1811; y fué ello las indebidas familiaridades de Hogg con Enriqueta. Aunque Shelley perdonó al amigo infiel, creyó conveniente sustraer á su mujer de aquel cerco inconveniente. Sin noticiar de ello á Hogg se domicilió en Keswick; pasó luégo á Dublín, y por último á Lymouth, donde Godwin le hizo una larga visita.

En Taniralt, donde residió más tarde antes de volver á Dublín, creyó Shelley una noche que habían ido á matarlo, que el asesino le hizo fuego, que él cogió sus pistolas é hizo á su vez dos disparos, y el asesino, que quería también ultrajar y matar á Elisa y Enriqueta, huyó, que volvió tres horas después, y desapareció incontinenti á la entrada del sirviente Daniel. Shelley hizo instaurar una averiguación por el Procurador general del Condado, y á pesar de que se había fijado en un tal Mr. Leeson, á quien él consideraba «como maligno y cruel en el más alto grado,» de la investigación del Procurador y del análisis hecho por Hogg, Madocks, Peacock, Browning y otros, no resultó sino que Shelley había sufrido una alucinación ocasionada por el láudano.

La persecución sufrida por un diarista irlandés, editor del periódico *The Press*, lo impulsó á trabajar por la emancipación de la iglesia católica y la libertad de Irlanda, y escribió varios opúsculos con tal objeto, pasó á

Edimburgo y otras ciudades, y al fin se vió en la necesidad de abandonar á Irlanda por su propia seguridad.

En aquella empresa trabó relaciones y correspondencia con cierta Miss Elisa Hitchener, que profesaba sus mismas opiniones políticas y religiosas.

Cuando Shelley regresó á Londres la Hitchener entró á formar parte del círculo de la familia del poeta. Enriqueta le puso el apodo de *Porcia*, y más tarde le pusieron el de *demonio moreno*. Tomóle Elisa Westbrook extraña aversión; siguióla en esto Enriqueta, y por último el mismo Shelley comprendió que era mejor estar con ella á distancia que en íntima sociedad, y la Hitchener tuvo al fin que retirarse.

Por junio de 1812 nació en Londres su primer hijo, Ianthe Elisa. No quiso Enriqueta criarla y la confió á una nodriza, lo que disgustó profundamente á Shelley, que consideraba como un deber impuesto por la naturaleza que las madres criasen á sus hijos; y creció su disgusto al observar la frialdad de Enriqueta con la niña, cuando él, extremoso en el amor paternal, la cargaba por largo tiempo y se entretenía con ella en los brazos.

Al año siguiente Shelley se trasladó á Pimlico con el único propósito de estar cerca de la familia Boinville, con la que había contraído íntimas relaciones de amistad. La Sra. de Boinville era ya de edad madura, pero hermosa y bien conservada. Shelley la llamaba

Maimuna, personaje del *Thalaba* de Roberto Southey, y decía de ella que era «la más admirable muestra de existencia humana que había visto en el mundo.» Tenía ella una hija, Cornelia, casada con Mr. Newton, entusiasta vegetalista cuyas miras ejercieron por aquel tiempo grande influencia en Shelley, que odiaba también la carne como alimento.

Escaso de recursos volvió á encontrarse á la sazón. Enterado su padre de que no había cambiado en sus opiniones especulativas, y continuaba preconizando el ateísmo, dejó nuevamente de corresponderse con él, á lo que Shelley contestaba, en carta al duque de Norfolk, que «no era un esclavo degradado y miserable para negar una opinión que juzgaba verdadera.» En los mismos días, á ruegos de su madre, Shelley fué á Horsham á visitarla, aprovechando la ocasión en que su padre y tres de sus hermanitas estaban ausentes de Field Place, y algún avenimiento hubo entre ellos, pues volvió á recibir la asignación.

Shelley y Enriqueta volvieron á casarse en este año en Londres, «para obviar, dice la escritura, toda duda que hubiese habido ó pudiese haber tocante á la validez del previo matrimonio que habían celebrado conforme al rito escocés.»

Aun no habían transcurrido dos meses de la ratificación del matrimonio, cuando Shelley conoció á María Godwin Wollstonecraft. Hermosa doncella de diecisiete años, pequeña de

estatura, pero bien formada, inteligente y viva, de carácter sincero y franco, tenaz en sus opiniones, y de extraordinario poder de voluntad, hizo violenta impresión en el corazón de Shelley. Y en verdad debía de ser notable su belleza, pues Thornton Hunt la comparaba con el antiguo busto de Clicia.

Hija del filósofo ateo Guillermo Godwin y de la célebre María Wollstonecraft, de quienes he hablado en el estudio acerca de Lord Byron, María era libre pensadora y partidaria de la independencia y del amor libre, lo mismo que Shelley y Enriqueta, lo que estableció pronto peligroso lazo entre los tres.

Venía Shelley, de algún tiempo atrás, disgustado del hogar. Desagradábale la frialdad de Enriqueta con Ianthe; ya no admiraba á Elisa Westbrook; antes bien le había cobrado aversión. « Elisa, escribía á Hogg, está todavía con nosotros—no aquí!—pero quiere estar conmigo, cuando la infinita mala intención del destino me fuerza á partir. Poco inclinado estoy ahora á contestar este punto. Ciertamente, la odio con toda el alma y el corazón. Verla acariciar á mi pobrecita Ianthe, en quien pondré en adelante el consuelo de mí simpatía, es cosa que despierta en mí inexpresable sensación de disgusto y de horror. »

Compréndense perfectamente estos cambios de estado de alma en Shelley cuando se piensa en su desprecio por las conveniencias sociales, en lo estrafalario de su filosofía, y en que el hogar es un templo don-

de sólo debe encenderse la antorcha del amor casto y respirarse el aroma de la virtud. Por esta época él prefería el hogar de los Boinvilles al suyo. Escapaba, según escribe, á la desmayada soledad del suyo por aquel que revivía en su corazón la espirante llama de la vida. Olvidaba en su histerismo que Enriqueta sólo por complacerlo había estudiado el latín con él, por él estudiaba á Horacio y á Virgilio, servíale de copista y amanuense, y siempre le fué fiel, y siempre sumisa y amorosa estuvo conforme con su suerte, aun en los días de mayor penuria. Mas, ¿ qué otra cosa podía acontecer ? Basta contemplar la fisonomía de este gran poeta para comprender por sus rasgos antropológicos su histerismo y su locura moral.

Tengo á la vista su retrato en el primer volumen de la edición de sus poesías hecha en Londres el año de 1870. La cabellera es abundante, desordenada y algo crespa; la cabeza es vigorosa, de frente ancha y abovedada denotando gran desenvolvimiento de los órganos de la inteligencia; pero los arcos de las cejas son prominentes, los ojos, grandes y luminosos, parecen los de un sonámbulo y revelan la tensión de las pasiones; la nariz es recta y larga, con ventanas voluptuosamente ondeadas; la boca pequeña, pequeña la redonda barba, y largo el cuello. El rostro, de una belleza singular, parece de un niño ó de una

mujer; sólo la parte superior de la cabeza es varonil. La fisonomía no engaña á ningún observador inteligente. Es la del poeta de clarísimo intelecto, soñador, sombrío y melancólico, maniático, de nervios epilénticos, débiles y excitables como los de una mujer, y como esta inclinado á los narcóticos, y de cóleras pasajeras; es la fisonomía del visionario voluptuoso y de sensibilidad infantil y profunda. Con semejante naturaleza no se puede ser feliz en la tierra, poblándola de prejuicios y fantasmas, de preposteraciones y visiones.

Recuérdese que desde niño lo persiguieron la fantasía y los nervios. Aun en sus últimos días le asediaron, y tiempos hubo en que pareció amenazado de adquirir la manía de la persecución, como en la época de sus trabajos por la libertad de Irlanda, cuando soñó despierto que lo habían atacado y se había defendido. El 6 de mayo de 1822 Shelley y Williams paseaban por la terraza de la casa. Era noche de luna. Repentinamente agárrase el poeta con violencia del brazo de su compañero, y clavando con insistencia los ojos en la superficie del mar, exclama: «Allí está otra vez, allí!» Por último declaró á Williams que tan claramente como lo veía á él había visto surgir del mar una niña desnuda que, al advertirle, palmeó gozosa y le sonrió. La niña era Allegra, la hija de Juana Clairmont y de Lord Byron, muerta el 20 de abril anterior en el Con-

vento de Bagnacavallo. Las fechas de la aparición y de la muerte, y el hecho de no haber muerto ella ahogada, manifiestan que no se trataba de un caso de telepatía, sino de pura alucinación.

Días después de esto óyesele gritar á media noche. Acuden presurosas las Williams y le encuentran inane y con los ojos fijos. Había tenido la visión de un embozado que se acercó á su lecho haciéndole señas de que lo siguiese. Decía haberlo seguido y que en el acto de sentarse la visión alzó el embozo, le dejó ver sus facciones, y diciendo en italiano « Siete soddisfatto? », se desvaneció. Indudablemente Shelley había leído el drama *El Embozado*, de autor desconocido, y erradamente atribuido á Calderón por los ingleses, donde el encapotado se quita asimismo el embozo preguntando. « ¿Estáis satisfecho? » Y el adversario muere de horror.

Sería largo el enumerar los casos de visiones y alucinaciones de Shelley, cuyo estado nervioso agravaban los narcóticos.

Enamoróse perdidamente de María Godwin desde el instante en que la conoció. El novelador Peacock sienta que jamás había visto pasión más violenta, irresistible é incontrastable. Aunque el poeta seguía viviendo con Enriqueta, había cambiado del modo más extraño. Sus ausencias eran largas ; en su mirada, en sus gestos, en su palabra, se veía el espíritu de insurrección oculto y luchando por estallar. Descuidado el vestido, desorde-

nada la cabellera, el aire extraviado, sanguinolentos los ojos, tenía el aspecto de un poseído, y cuando salía, llevaba consigo un frasco de láudano diciendo: « Nunca parto sin esto. » Hablaba en favor del suicidio, y Enriqueta, que también era histérica, había acabado por opinar como él y preconizar el suicidio. Era un hogar desgraciado.

Al fin, el 28 de julio de 1814, Shelley desapareció de Londres con María Godwin y Juana Clairmont, camino de Douvres. Cruzaron el canal en una barca pescadora, en medio de una tempestad, y llegaron á París, de donde pasaron á Brunnen, en Suiza. Justo es decir que Enriqueta ni convino en aquella separación ni se opuso á ella, esperando sumisa que su resignación lo hiciese volver sobre sus pasos, y asimismo que Shelley le escribió y le dejó el dinero que pudo. La infeliz estaba encinta, y poco tiempo después daba á luz á Carlos Bysshe Shelley, que murió el año de 1826.

Indudablemente Shelley no había pensado en abandonar á Enriqueta y fué arrastrado en el momento por el amor y la fuerza de voluntad de María, pues después de haber ratificado su matrimonio en marzo, cantó en el mes de mayo á Enriqueta en apasionados y sinceros versos que principian con esta estrofa:

Thy look of love has power to calm
The stormiest passion of my soul ;
Thy gentle words are drops of balm
In life's too bitter bowl

(Tu mirada de amor tiene el poder de

calmar la tempestuosa pasión de mi alma; tus suaves palabras son gotas de bálsamo en la copa demasiado amarga de la vida.)

Esta composición intitulada *To Harriet* y fechada en *mayo de 1.814*, días antes de que huyese con María, no se encuentra en las obras de Shelley coleccionadas y publicadas por esta, siendo de notar que en ellas no omitió María Godwin ni los pequeños fragmentos ni las variantes de composiciones, por lo cual es de todo punto censurable. Este poema puede leerse en el primer tomo, página 413 de la obra *The Life of Percy Bysshe Shelley, by Edward Dowden*, publicada en 1886.

Dicen algunos de los que han escrito acerca de la vida del poeta, que Enriqueta, siguiendo el ejemplo de Shelley y las doctrinas del amor libre que él le había inculcado, contrajo luégo nuevas relaciones amorosas, que se supone tampoco fueron felices; pero ello autor ninguno lo comprueba. Lo cierto es que Enriqueta amaba al poeta, y que, veintinueve meses después del abandono, en noviembre de 1816, se suicidó arrojándose en el lago de Hyde-Park llamado *La Serpentina*, acaso cansada de esperar y de arrastrar vida solitaria y triste en medio del dolor y la pobreza. Shelley, cuando lo supo, sufrió una fuerte conmoción nerviosa, y hasta la hora de su trágica muerte pudo vérsele atormentado por el remordimiento, porque el camino de la felicidad humana es el camino recto y llano,

donde ni caen espinas que desgarren las plantas, ni se tropieza con abismos que atraigan y devoren.

Cuando Shelley y María Godwin salieron de Londres, acompañábales, como he apuntado, Juana Clairmont, que, con el nombre de Clara Clermont, había tratado de colocarse en el teatro de Drury Lane, si no fué ello un pretexto para acercarse á Byron, y con aquel motivo habían tenido con éste relaciones que trajeron al mundo á Allegra, y probablemente contribuyeron al rompimiento de Lady Byron con su marido.

Juana Clairmont era hija de la segunda mujer de Guillermo Godwin, el autor de *Caleb Williams* y de la *Justicia Política*, y por supuesto estaba empapada como Shelley y María en las doctrinas ateas y sensualistas de Godwin. Enfurecióse este con la fuga de la hija, la hijastra y el discípulo amado, pero no intentó perseguirlos, probablemente porque pensó que no habían hecho sino llevar á la práctica las benéficas doctrinas que tanto había predicado con el objeto de alcanzar el bien y la ventura de la humanidad.

A los quince días de residir en Ginebra llegó Byron, altivo, hermoso, de edad de veinte y ocho años, y ya cargado de laureles. El autor de *Don Juan* y de la *Peregrinación de Childe Harold*, de *Manfredo* y de *El Corsario*, sólo conocía á Shelley por haberle éste enviado su *Reina Mab*, cuya vaporosidad y belleza de versificación había admirado. She-

lley, de edad de veinticuatro años, con su belleza femenil, su carácter soñador, y sus rasgos de generosidad y desprendimiento, se captó desde el primer momento el aprecio de Byron, que decía no haber encontrado en la vida tanto talento y franqueza, tanto vigor y desinterés reunidos en un hombre.

Lo que Byron más admiraba era la franqueza abierta del carácter, y ésta le sobraba á Shelley. Ligábalos además cierta semejanza de vida y de resultados, y las catástrofes domésticas y los odios que acababan de obligarlos á salir de Inglaterra, porque en aquellos días tanto Byron como Shelley sufrían las persecuciones y las injurias que les había acarreado una vida irregular y sin freno. Aristócratas ambos, inclinábanse á las ideas democráticas, bien que uno y otro dejasen ver su condición en el individualismo de sus obras y en los gustos y en el orgullo que los poseía. Ateo el uno y pesimista el otro, practicando entrambos los principios del amor libre, grandes poetas los dos, y los dos dotados de sensibilidad y fantasía, tenían que ligarse con estrecha amistad; y durante cuatro meses se les vió juntos por la ciudad y por los lagos, y juntos leer lo que escribían: Byron los torrentes de su maravillosa inspiración en que brota el amor á la humanidad y á todas las grandezas, los clamores de ardiente pasión, los rasgos sutiles de aguda ironía; y Shelley sus harmoniosos versos artísticamente trabaja-

dos, llenos de vaporosidad y de ensueños, de desencanto y de tristeza, y de elevados pensamientos y encantadoras descripciones. La diferencia de carácter, determinada por la violencia femenil y el espíritu soñador de Shelley, y el vigor varonil y prudente y la intensa fuerza pasional de Byron, contribuía á estrechar los lazos de los dos poetas.

La influencia de Byron en aquellos tiempos fué poderosa en el espíritu de Shelley, que se puso al trabajo con entusiasmo, á pesar de la desolación en que se hallaba hundida su alma. Enriqueta se había suicidado, y el 30 de diciembre de 1816 casó Shelley con María Godwin Wollstonecraft.

Entró la cancillería en Londres á determinar á quién era más conveniente confiar la tutela de los dos hijos de Enriqueta, si á su padre Percy Bysshe Shelley, ó á su abuelo materno Westbrook. Congregada la Justicia, según Rossetti, encontró más digno de tales funciones al hostelero retirado que al autor *in esse* de *Alastor*, é *in posse* del *Triumph of Life*.

Shelley, que había pasado á Londres con este motivo, introdujo una petición reclamando la custodia y educación de sus hijos, que Mr. Westbrook le negaba. Siguióse un largo pleito en el cual sonó *Queen Mab* y alegó Mr. Westbrook que Shelley había abandonado sin causa á su esposa y que no era posible confiar sus hijos á un hombre ateo y

que sostenía las doctrinas del amor libre. En este pleito figuraron como consejeros Brougham y Longdill, pero por más esfuerzos que hizo el poeta hubo de perderlo. Los dos niños fueron confiados por el Lord Canciller Eldon á Mr. Westbrook y su hija Elisa.

Shelley regresó á su hogar, anheloso de vengarse arrojándole un guante á la sociedad inglesa y burlándose de lo que él llamaba su intolerancia; y al efecto empleó seis meses en escribir el poema *Laon and Cythna*, que calificaba de «virtuoso entusiasmo por las doctrinas de la libertad y la justicia,» y donde celebraba el amor como «la única ley que puede gobernar al mundo moral.» De aquí á la locura no había más que un paso, porque *Laon* y *Cythna* aparecían incestuosos. La violencia y el odio han sido siempre malos consejeros.

El poema, admirablemente escrito en el metro usado por Edmundo Spenser y que empleó Byron en *Childe Harold*, se publicó en reducido número de ejemplares, de los que circularon pocos, porque el editor Ollier, temeroso del efecto del libro, los recogió é indujo á Shelley á alterar el parentesco entre Laon y Cythna y á textar algunas páginas, como que Shelley hacía hermanos á los protagonistas. Completamente refundido conforme á las indicaciones del editor apareció el poema en 1818 con el título de *Revolt of Islam*. Aquel *Laon* es Shelley, como es Shelley *Alastor*, el *Prince Athanase*, y el *Lionel de Rosa-*

lind and Helen, concebidos por aquella época, porque el poeta seguía el sistema aristocrático de Lord Byron, aunque no tuviese el orgullo imponderable de éste.

En marzo de 1818, Shelley, por motivos de salud, pasó de su residencia de Marlow á Italia con María, dos hijos, Juana Clairmont y Allegra.

De Milán envió Allegra á Byron, que se hallaba en Venecia y la puso, desde su llegada, en el convento de Bagnacavallo.

El lago de Como y Pisa, Bagni di Lucca y Venecia, Roma y Nápoles, donde vivieron algun tiempo, los vieron en su seno. De Roma, donde esperaba permanecer algún tiempo y encontrar á Keats, á quien había conocido en Inglaterra junto con Horacio Smith y su hermano, cuando fué á reclamar los hijos de Enriqueta, había salido con el corazón despedazado por la muerte de su hijo Guillermo, después de breve enfermedad.

Hay cartas de Shelley, admirablemente escritas, respecto de sus viajes é impresiones, pero en las observaciones críticas que hace se ve que lo conmovían más las bellezas de la naturaleza que las del arte, y aunque de este habla, no aparece que le causasen de ningún modo admiración las grandes obras de escultura y de pintura, los monumentos gloriosos de los célebres artistas, como si su alma hubiese estado secretamente preocupada con un ideal infinito que columbrase al través de la pompa y esplendores de la

tierra y del cielo. Alma que permanece muerta entre las creaciones magistrales de Miguel Angel y de Rafael, de Rubens y de Van Dick, y de Murillo y deGiorgione, y sólo admira las ruinas de Pompeya ó la hermosura material de Venecia, es un alma triste y desolada que ha perdido la fibra más delicada del sentido que hace que muevan al ánima las cosas espirituales. Y no obstante, este hombre conmovía y enloquecía el corazón de las mujeres con su elocuencia irresistible y sus armoniosos y desolados versos. Por él, según Guillermo Godwin, se suicidó Fanny Imlay, que no podía dominar el amor que la arrastraba al poeta; por él se suicidó Enriqueta Westbrook; y, si hemos de creer á su primo Tomás Medwin, por él se suicidó cierta noble dama napolitana, joven, hermosa y casada, que le confesó el amor apasionado que le había inspirado y le propuso huyese con ella. Dice Medwin que Shelley le expuso que había entregado ya irrevocablemente á otra su corazón y su mano, y después de una conferencia pasional de las más exaltadas, partieron. Acompañóle ella de lugar en lugar, consolada sólo con estar cerca de él, y luégo llegó á Nápoles, y murió. Este nuevo José que quiere pintar el primo Medwin no está conforme con la vida anterior y posterior de Shelley. En Pisa, donde vivía con Lord Byron, María y Juana, se enamoró locamente de la Condesita Emilia Viviani para quien escribió el *Epipsychidion*, poema platónico, pero

de un platonismo espurio, donde expone sus doctrinas acerca del amor. El mismo dice en una carta que *Epipsychidion* es una historia *idealizada* de su propia vida. No lo publicó con su nombre, sino como obra de un hombre que había muerto en Florencia cuando se preparaba á viajar á una de las Esporadas, y aun recomendó á su editor que no lo hiciese circular sino entre pocas personas inteligentes.

El serafín del cielo, la encarnación de la belleza ideal, Emilia Viviani, en fin, á quien confiesa el amor que le ha inspirado, era una niña á quien su padre había confinado en un triste convento de los alrededores de la ciudad con el intento de obligarla por tal medio á que casase con un pretendiente que la fastidiaba y le repugnaba. Oyó Shelley á un profesor con quien había contraído amistad el relato de la historia de Emilia Viviani, y fué aquello suficiente para que en su afán de enderezar entuertos y libertar doncellas desease conocerla. Con el profesor y Tomás Medwin pasó en consecuencia al locutorio del convento.

No sólo era Emila Viviani muy hermosa, sino de inteligencia cultivada, como lo comprueba su rapsodia *Il vero Amore*, que no hubieran desdeñado Diodata Saluzzo y Teresa Bandettini, á quienes Italia aplaudía á la sazón.

No pasó mucho tiempo sin que la simpa-

tía de Shelley se trocase en amor, y él y Emilia se viesen frecuentemente y se regalasen libros y flores. Lo curioso es que los amigos del casto José británico crean que aquel amor, *aunque apasionado*, era puramente platónico y espiritual, olvidando la audacia y las doctrinas de Shelley, y lo que es más, que él mismo dice haberlo *idealizado*, y en *Epipsychidion* afirma que Emilia « es la visión soñada por él durante muchos años, » que anhela ir á una de las islas del mar de Jonia á vivir *con Emilia y con María*, y que ellas, como el sol y la luna, gobernarán con él en lo venidero el mundo del amor. »

No deseaba poco; se nos presenta ya cerca del mormonismo; y aun probable es que María, partidaria también del amor libre, se hubiese contentado con su papel de luna, porque al fin era la mujer legítima. El caso es que Emilia Viviani estaba muy bien guardada en el convento, y no tuvo Shelley otro recurso que el de desahogarse en *Epipsychidion*.

Y cuenta que el pobre gran poeta estaba por entonces atormentado más que nunca por males físicos. El agua potable de Nápoles y de Ravena le había hecho daño, por padecer frecuentes ataques de nefritis, y había tenido por ello que domiciliarse en Pisa, donde se veía obligado á vivir lo más frugalmente posible.

En este viaje á Italia, la literatura griega, en que era muy versado, la italiana, la espa-

ñola y la alemana, que no dejaba de la mano, contribuyeron en mucho al desarrollo de su genio. Tradujo versos de Homero y de Eurípides, del Dante, de Gœthe y de Calderón.

Encantábanle Esquilo y Sófocles, leía al Ariosto y al Tasso, pero tachaba á este de frío y artificioso, por odio á lo que llamaba su « delicada sensibilidad moral, » y á Ariosto por el tono moral, » que perjudicaba el esplendor é inventiva de su poesía. El que lo maravillavaba entre todos los literatos italianos, al que ponía sobre su cabeza y hallaba cada vez más *natural*, era al Boccaccio, el más licencioso de todos. Todo esto es lógico, y da idea clara de su filosofía, de su sistema de moral, basado en el amor libre, y de su cas-tidad.

«Cuando Shelley vivía, dice su grande amigo y compañero el Capitán Trelawny, preguntábanme algunos si él no era el peor de los hombres; ahora que ha muerto, otros me interrogan si él no era perfecto.» Aun hoy sucedería lo mismo, porque la cuestión depende del punto de vista, ó hablando más claro, de las ideas y las miras del que interroga.

Siempre habrá quienes lo juzguen malo, y quienes lo juzguen bueno, y aun perfecto.

En otra parte dice Trelawny que Shelley le confesó que el ateísmo en él era una máscara para alejar al vulgo; pero ello no es creíble porque lo predicó siempre de palabra y por escrito, buscó prosélitos aun

entre las pobres mujeres de quienes se enamoraba, el ateísmo fué la causa de la ruptura con su padre, y del ateísmo procedían su amor libre, su panteísmo, y todas las infelicidades de su vida. No es posible que ningún hombre persista de tal modo en la mentira, y menos cuando se poseen los talentos de Shelley. De todos modos, ó era un varon sincero y franco ó un perverso, no hay otro dilema en este asunto.

Cierto que él estaba penetrado del sentimiento de lo divino, pero lo divino no es la divinidad, y él en lo que se apacentaba era en los esplendores de la naturaleza, que creía, no obra del Creador, sino surgida al mismo tiempo que el alma del mundo, que es el Ser Supremo. Es el gnóstico, el panteísta, el sensualista que cree en el alma de la naturaleza porque el hombre tiene necesidad de creer en algo, y que flota á las veces, como tal hombre, entre la realidad y el ensueño, la verdad y la mentira.

Cuando á las veces parece que Shelley cree en la divinidad y reconoce al Creador, es cuando por un exceso de sentimiento columbra en sus versos lo infinito y lo divino, y se abandona espiritualmente en los brazos de la Creación ó en la memoria de algún ser amado y ya muerto, que es lo mismo que confesar la inmortalidad del alma, y reconocer á Dios y abandonarse en sus brazos. El magnífico canto de *Adonais*, á

la muerte de Keats, es uno de los que me sirven de testimonio.

Sus ideas, sus males físicos y su género de vida, desarrollaron al fin en él cierta misantropía, cierto alejamiento de la gente, propio sólo de los espíritus solitarios y desventurados. En una de sus últimas cartas decía: « Detesto toda sociedad, casi toda al menos; —y Lord Byron es el núcleo de todo lo que es aborrecible y tedioso en ella. » Hay aquí hastío y repugnancia histérica hasta del propio Byron que reúne en torno suyo lo tedioso y aborrecible. Y el que esto dice es sin embargo el mismo hombre que viajaba por estar con Byron, que manifestaba por él la más profunda admiración, que después de oírle leer el *Don Juan*, escribe desalentado á su mujer que no es posible competir con Byron como poeta, lo mismo que mucho antes había creído Walter Scott, y que, por último, cuando Byron hizo construir un yacht y le puso por nombre *Bolívar* en homenaje al Libertador de Colombia, él, á medias con Williams, hizo construir otro y le puso *Don Juan*, en homenaje á Lord Byron.

Shelley debió mucho al aliento que le infundió Lord Byron. En Italia, cerca de él, escribió sus mejores poesías: *Prometheus Unbound*, *The Cenci*, *The Triumph of Life*, *Alastor*; *Epipsychidión*, *Adonais*, *Witch of Atlas*, *Julian and Maddalo*, *Letter to Maria Gisborne*, *The Sensitive Plant*, y las odas *To Heaven*, *To Naples*, *To Liberty*, y *To a Skilark*,

la más célebre de todas sus composiciones sueltas; pero á pesar de la amistad y de la influencia de Byron, no hay en la poesía de Shelley nada del estilo y carácter byronianos, salvo el individualismo que en ellos venía á ser como de condición natural.

Byron decía á Moore que, después de muerto, Shelley obtendría la justicia que su grandeza merecía. Y anduvo acertado: hoy es traducido y admirado; hoy lo colocan los críticos al lado de Milton, de Shakespeare y de Byron. Wordsworth mismo, que no leía á los contemporáneos, se resolvió á leer sus poesías y sentó que era el mayor maestro de versos harmoniosos en la moderna literatura inglesa.

El destino iba á cortar ya la vida de aquel gran poeta, y en todo el vigor de la juventud, pues aun no había cumplido la edad de treinta años. Parece que él lo presentía, pues en esos mismos días habló del horror que debía inspirar el morir ahogado en el seno de los mares; y el 7 de julio de 1822, conversando con la señora Leigh Hunt, le dijo: « Si muero mañana, habré vivido como para ser más viejo que mi padre; yo tengo la edad de noventa años. »

El 8 á las 3 de la tarde salió de Liorna en el *Don Juan*, acompañado de Williams y de un muchacho marinero, para dirigirse á Lerici. Trelawny, por una fatalidad, no pudo acompañarlos, por hallarse el *Bolívar* en cuarentena. El día era muy caluroso, y rei-

naba una calma densa y opaca. Por el horizonte, hacia el sudoeste, aparecieron algunas nubes negras y desiguales. El genovés piloto del *Bolívar* dijo á Trelawny : « El diablo está urdiendo una mala pasada. » El Capitán Roberts, desde lo alto del faro de Liorna seguía con un anteojo al *Don Juan*, que navegaba hacia Lerici. Trelawny estaba inquieto en el *Bolívar*. De repente se extiende una espesa niebla y todo desaparece de la vista, aunque no son más que las seis y media de la tarde.

Mientras Trelawny baja á buscar luz para volver sobre cubierta, estalla violenta y terrible tempestad. No se oye más que el bramido del viento, el estallido del trueno y el azote de la lluvia. Veinte minutos después todo había terminado y la claridad volvió; pero en el mar no había ni indicio del yacht del poeta.

El 22 de julio encontró al fin Trelawny el cadáver de Shelley cerca de Via Reggio, y el de Williams á distancia de tres millas en Bocca Lericcio. Cuatro millas más adelante se encontró el cadáver del muchacho marinero, Carlos Vivian, reducido á esqueleto. El de Shelley, en las partes no protegidas por el vestido, se hallaba descarnado. En un bolsillo tenía un volumen de Sófocles, y en otro, el último libro de poesías de Keats, regalo de Hunt, doblado hacia atrás en la *Eve of St. Agnes*, como si hubiese estado leyéndolo cuando los sorprendió la tormenta.

El 16 de agosto, con permiso de la autoridad, Trelawny, Byron y Leigh Hunt incineraron el cuerpo de Shelley en una gran pira, donde arrojaron al estilo griego vino y aceites perfumados, á la vista del mar, del cielo y las montañas, que tanto había amado y cantado. Asistió al acto junto con ellos un oficial y soldados del cuerpo de sanidad.

El cadáver de Williams había sido quemado el día antes.

El corazón del poeta, extraído de la pira por Trelawny al advertirlo íntegro, el cráneo, la quijada, y algunos fragmentos de huesos que no se consumieron, reposan con las cenizas en el Cementerio protestante de Roma, al pie de seis cipreses y cuatro laureles, en sencilla tumba donde se lee en una inscripción latina el nombre del poeta, *Cor cordium*, como le pusieron sus amigos, las fechas del nacimiento y de la muerte, y tres versos de *La Tempestad* de Shakespeare:

> « Nothing of him that doth fade
> But doth suffer a sea-change
> Into something rich and strange. »

A la muerte de Sir Timoteo, acaecida en abril de 1844, Percy Florence, hijo del poeta, heredó la baronía y el patrimonio de la familia.

En los últimos años del siglo XIX se ha forjado una leyenda acerca de la muerte de Shelley, diciéndose que se le había hecho naufragar por creerse que era Lord Byron el que

iba á bordo, pero la falta de comprobación y las circunstancias demasiado conocidas de la tempestad y la débil embarcación, no permiten fijarse en tales invenciones.

IV

Adonais fué escrita meses después de la muerte de John Keats, acaecida en Roma el 27 de diciembre de 1820, á la edad de veinticinco años, no de veinticuatro como dice Shelley y repiten sus biógrafos, pues había nacido en 1795. A pesar de los defectos que sus amigos y sus críticos reconocen en sus obras, Keats era un gran poeta, como nadie deja hoy de confesarlo. No podía ser perfecto en tan temprana edad.

Shelley, Byron, y otros más, creían que la enfermedad y muerte de Keats había provenido de la impresión que le hizo la amarga crítica que de *Endymión* publicó Gifford en la *Quaterly Review*. Sosteníase que la indignación le había roto un vaso de los pulmones y rápidamente había sobrevenido la consunción. Shelley sentía no haber conocido tales pormenores sino después de escrito *Adonais*, y Byron en el canto XI de *Don Juan*, exclama :

John Keats, who was kill'd off by one critique
Just as he really promised something great,
If not intelligible, without Greek
Contrived to talk about the gods of late,
Much as they might have been supposed to speak.

. . . . . .

Cosa singular ! Byron no amaba gran co-

sa á Keats por haber censurado á Pope, y Shelley lo admiraba y era amigo suyo, á pesar de que Keats no le correspondía sino con cierta reserva. Leigh Hunt y otros sostienen que Keats, aunque bueno y generoso, observaba tal conducta con Shelley porque estaba dominado por la desconfianza del plebeyo, por el recelo y antipatía con que veía á las clases superiores. Keats cantó é imitó á Edmundo Spenser, muerto en 1.599; cantó á Byron y á Chatterton, y dedicó á la memoria de este el poema de *Endymión*, pero nunca cantó á Shelley ni le dedicó obra ninguna, esto es cierto; pero aunque mi humilde parecer no esté de acuerdo con el de los críticos ingleses, creo que esta conducta de Keats y su reserva con el autor de *Alastor* provenían más de las opiniones religiosas de éste que de la antipatía que se dice profesaba á los nobles, supuesto que no vaciló en cantar á Byron y en glorificar merecidamente á Edmundo Spenser que se enorgullecía de pertenecer á una noble familia:

The honor of the noble familie
Of wich I meanest boast myself to be.

Ni es creíble, por otra parte, que mancebo de tan claro talento y tan elevado espíritu, parase mientes en tales pequeñeces cuando era fraternalmente recibido y admirado con tanta sinceridad por un propagador de las doctrinas democráticas, como lo era Shelley.

Sea como fuere, Shelley olvidó genero-

samente aquellas circunstancias y lamentó en versos inmortales la muerte de Keats.

El propio autor de *Adonais* decía que esta era la menos imperfecta de todas sus composiciones, una elevada y trabajada obra de arte, y tal vez mejor de todo punto en lo tocante á la estructura que ninguna otra de las escritas por él. Y en verdad, obra parece de uno de los antiguos poetas helenos. Byron se había empapado en la historia y tradiciones de Grecia, pero, como Leopardi, Shelley había penetrado en el alma y en el corazón de su literatura, con el ahinco y la fe del artista pagano. Esta elegía á la muerte de John Keats recuerda á Teócrito y á Bion llorando la muerte de Adonis, y á Mosco la de Bion. La elegía de Shelley es de lo más hermoso y puro del arte heleno, desde el comienzo:

I weep for Adonais—he is dead!
Oh! weep for Adonais, though our tears
Thaw not the frost which binds so dear a head!

(Lloro por Adonaís—él ha muerto!—Oh! llorad por Adonaís, aunque nuestras lágrimas no disuelvan el hielo que envuelve tan amada cabeza!) hasta el final, donde, pensando, sin duda, en la inmortalidad de Keats, se nos desaparece el ateo, cuyo espíritu es llevado por el soplo de la inspiración, lejos, muy lejos, obscura y medrosamente, al través de las esferas y del velo más profundo del cielo, adonde

The soul of Adonais, like a star
Beacons from the abode where the Eternal are.

(El alma de Adonaís, como una estrella, ilumina desde la mansión en que el Eterno mora.)

Alastor ó El Espíritu de la Soledad, admirable poema escrito por Shelley á la edad de veinticuatro años, cuando en Bishopgate acababa de salir de una enfermedad que lo tuvo en peligro de muerte, es una obra semejante, por su importancia en la poesía de Shelley, al *Childe Harold* de Byron, porque Alastor es la personificacion del genio del poeta y como una revelación de su triste destino. La obra es larga y de maravillosa belleza, y ni me atrevo á transcribir ningún párrafo, por temor de no acertar con los más hermosos, ni tampoco á exponer el argumento, una vez que en el cuadro grandioso de este poeta eminentemente lírico y espontáneo, no cabe extracto posible sin que se perjudiquen el conjunto y los pormenores, todos de prodigiosa poesía, apasionada, melancólica, etérea, llena de la filosofia panteista y de la metafísica desoladora que le ocupaban el corazón y el cerebro y le hacían amar la soledad y soñar con una muerte solitaria é ignorada, en medio de la pompa de la naturaleza, del lujo y los rumores de la selva, y del silencio y la impasibilidad del cielo. Allí está reflejada en toda su fuerza el alma sombría de Shelley, y es necesario leerlo para poder apreciarlo.

Es muy conocida de todos los hombres de letras la historia mitológica de Prometeo.

Júpiter, usurpador del trono de Saturno, que representa el buen principio, condena al titán Prometeo, por haber robado el fuego del cielo, á ser encadenado á una roca del Cáucaso donde un buitre le roa las entrañas, siempre renacientes. Quiere Júpiter que el titán le revele cierto vaticinio de las Parcas relativo á su enlace con Tetis, y el titán encadenado se niega á ello. Hércules mata al buitre y liberta á Prometeo, y Tetis casa con Peleo, padre de Aquiles.

Supónese que acerca de este mito había escrito Esquilo una trilogía: *Prometeo encadenado*, *Prometeo portador del fuego*, y *Prometeo desencadenado*. En el prefacio de su *Prometheus Unbound*, *(Prometeo desencadenado* ó *libertado)* dice Shelley que el poema perdido de Esquilo, y así intitulado, suponía la reconciliación de Júpiter con su víctima al precio de la revelación del peligro que amenazaba á su imperio por la consumación de su matrimonio con Tetis. Conforme á esto Tetis fué dada en matrimonio á Peleo, y Prometeo fué libertado por Hércules con permiso de Júpiter. Agrega Shelley que si hubiese seguido tal modelo no hubiera hecho más que restaurar la tragedia perdida de Esquilo y rebajar su trabajo, porque era adverso á una catástrofe tan débil como la que reconcilia al campeón con el opresor del género humano. Hay en verdad, autores que suponen que Júpiter fué quien libertó á Prometeo en recompensa de haberle revelado el oráculo de las Parcas,

que habían vaticinado que el hijo de Tetis sería más poderoso que su padre, por lo cual no debía Júpiter casar con ella. Pero esto, así, no lo dice Esquilo, ni lo refiere Hesiodo ni otro autor importante de los que tratan del asunto.

De la existencia del *Prometeo desencadenado* de Esquilo no hay certeza, y en el *Prometeo encadenado* Esquilo representa la suprema resistencia del titán á la voluntad de Júpiter, y á las instancias de Mercurio. Shelley, iniciado como Esquilo en las ciencias ocultas, conocía el verdadero mito de Prometeo, y no ignoraba, por lo tanto, que, como sienta Eliano, la causa del destierro de Esquilo fué el haber osado presentar en escena las luchas gigantescas y las esperanzas sobrehumanas de Prometeo, su libertad por Hércules y el derribamiento de Júpiter del trono usurpado; esto es, el gran poder del genio, fortificado por el dolor, contra el tirano, el triunfo definitivo de la paciencia sobre la fuerza; y ello porque la revelación de los misterios podía infundir la rebelión en las multitudes ignorantes, arrastrándolas al triunfo de la impiedad y la anarquía, como que Prometeo vencedor de Júpiter podía parecer el emblema del pueblo libertado de sacerdotes y de reyes, destruyéndose así el principio de autoridad.

Que Shelley como iniciado sabía todo esto, compruébalo el argumento de su *Prometeo desencadenado*, á pesar de que ha tra-

tado el asunto con bastante libertad. El hijo nacido de las nupcias de Júpiter y Tetis, más poderoso que su padre conforme al vaticinio de las Parcas, va á destronar al mal representado por Júpiter y á establecer un reinado aun más feliz que el de Saturno. Prometeo desafía el poder de su enemigo y sufre centurias de tortura, hasta que llega la hora en que Jove, ignorante de lo que había de acontecer, y conjeturando vagamente que había de resultarle algún gran bien del matrimonio con Tetis, casa con ella. Al instante el Primer Poder del mundo lo arroja del trono usurpado; y así la fuerza, representada por Hércules, liberta á la humanidad, simbolizada en Prometeo, de las torturas engendradas por el mal, hecho ó sufrido.

Prometeo, emblema del género humano, casa con Asia, una de las oceánidas, y símbolo de la naturaleza. Cuando el benefactor se ve libre, la naturaleza torna á la hermosura de su primera edad, y la unión resulta por tal modo perfecta y feliz. El poeta da suelta luégo á la inspiración, idealiza á la madre tierra, y alza un himno admirable á sus maravillas.

Esto es el *Prometheus Unbound* de Shelley. Sus ideas abstrusas y de pura inventiva se ligan con las del ocultismo y se desarrollan en este poema dramático, aunque á las veces con la obscuridad común á las obras simbólicas del mismo género, como

La Ilíada, *La Divina Comedia*, y el *Fausto*; pero el conjunto es admirable, harmoniosos los versos, maravillosa y solemne, etérea y dolorosa, la música melódica que inspiran al poeta los cielos y la tierra, el dolor y la gloria de la humanidad, que se nos aparecen vivos y salientes, como si flotasen á la vista en el espacio infinito.

La otra grande obra de Shelley es el poema dramático *The Cenci*, más real, más humano que el de Prometeo, como que está basado en un hecho histórico, en una de las mayores injusticias que han asombrado al mundo; sólo que Shelley no conocía la verdad histórica por haber estudiado únicamente el proceso y los papeles oficiales relativos á él que se habían conservado por los interesados en justificar el atentado de Clemente VIII; pues Beatriz Cenci no mató á su padre, ni hubo asesinos pagados, ni su padre Francisco Cenci había llegado á consumar su intento nefando. En esto reposa la grande injusticia, el gran delito del Papa Clemente VIII, que se vió arrastrado por la codicia, común en aquellos tiempos de crímenes y corrupción. La historia es otra que la forjada en el proceso.

Francisco Cenci descendía de la antigua familia romana *Cincia*, y contaba entre sus antepasados á Juan X el famoso amante de la hermosa Teodora, que le hizo Obispo y luégo Papa, y á quién la superstición popular supuso extrangulado en su lecho por el diablo.

Francisco Cenci era un criminal; señalóse desde temprano por sus atentados y su audacia, á tal extremo que su aparecimiento en un lugar era indicio seguro de que se cometería un rapto, un incendio, un asesinato, óc ualquiera otro escándalo funesto. En su libro de *Memoria* se encontraron partidas como estas: «Por la aventura y peripecia del Toscanella 3.500 cequíes, y no fué caro.»—«Por la empresa de los sicarios del Terni, 2,000 cequíes, y fueron robados.»

Por aquellos tiempos, tal era la conducta de no pocos potentados, en Italia y en otros países.

Durante el reinado de Sixto V., este gran varón invitó cierta vez al Vaticano á Orsini, Colonna, Cenci, Savelli, y otros entre los más poderosos de la nobleza romana, y después de haberles entretenido en pacífica conversación, acercóse á los abiertos balcones, dirigió la vista á la parte baja de la ciudad, y les dijo: «O mi vista se ha debilitado á causa de la vejez, ó con algo singular están adornadas esta mañana las almenas de los palacios de vuestras excelentísimas señorías; vayan á ver, y tengan la cortesía de hacerme saber qué es ello.»

De los palacios de aquellos señores pendían ahorcados los cuerpos de los bravos ó bandidos que habían estado á su servicio.

Francisco Cenci, por este y otros testimonios del carácter de aquel gran Papa, creyó oportuno tomar el largo; y se retiró á Roca Petrella.

Era él hombre de ingenio y de ilustración y gozaba fama de orador elocuente. No obstante no ser feo, y ostentar robustez y valentía, su profunda palidez y apagados ojos de color de plomo, « semejantes á los de un pez muerto, » le hacían aparecer como un cadáver en su ataúd, y jamás supo inspirar afecto sino intenso pavor.

Este malvado, estragado por la corrupción, no alcanzó nunca á refrenar sus pasiones, y aun intentó más de una vez introducir el desorden en su propia familia.

Olimpia Cenci, hija suya, dirigió cierto día al Papa Clemente VIII un memorial tan elocuente y modesto suplicándole que la pusiera en un convento hasta que pudiera casar convenientemente, que el Papa, comprendiendo lo que pasaba y admirando la discreción de la doncella, la depositó en un convento, la casó luégo con el Conde Carlos Gabrielli, honorable gentil hombre de Gubbio, y obligó á Cenci á dotarla. Cenci era poderoso, y compró la pena que le correspondía, por culpa nefanda, dando al Papa quinientos mil escudos.

Creció luégo Beatriz. Hermosa, modesta, y adornada de las más claras virtudes, era el encanto de su madre, Lucrecia Petroni, y la admiración y la codicia de su monstruoso padre, Francisco Cenci. Monseñor Guido Guerra no era sólo el amigo íntimo de la casa, sino también el novio ó prometido de Beatriz. Si bien Guerra usaba hábitos prelaticios, no estaba esclavizado por votos ni órdenes sa-

gradas, por lo que en cualquier momento podia deponer los hábitos y casarse, lo que era público. Beatriz era incapaz, por su inocencia y sus virtudes, de poner su amor en persona que no pudiese conducirla á estado digno de universal alabanza.

Monseñor Guerra, hijo único de madre ya viuda, poseía suficientes bienes de fortuna. Era varón de sutil entendimiento, diestro y valeroso, y amaba con locura á Beatriz. Lucrecia Petroni, piadosa con su hija, favoreció estos amores, impulsada por el deseo de salvarla de la feroz y torpe persecución de su padre.

Fué Guido Guerra, solo, impelido por el amor y la piedad, y ardiendo en santa indignación, quien, sin consulta ni ayuda de nadie, y sin premeditación ninguna, dió muerte violenta á Francisco Cenci. Fué uno de esos casos fatales que nadie puede presumir ni prever.

Presa Beatriz por Cenci, sábelo Guerra y logra introducirse en el aposento con el propósito de libertarla y salvarla. Es de noche, y Beatriz duerme. Al penetrar, ve Guerra al Conde que se adelanta hacia Beatriz, transmutado, odioso en su indigno intento, y no puede contenerse. Los celos, la indignación, el amor, la piedad, y el horror mismo, le ponen el puñal en la mano, y se abalanza violentamente, y el anciano Conde cae á sus golpes.

Lo demás es muy largo para relatarlo

aquí. Guido Guerra partió á Roma. En Roca Petrella, en la hostería de la Ferrata, el hostelero le había visto la manga de la cotilla ensangrentada.

Pero el jurisconsulto florentino Hipólito Aldobrandini, Auditor que fué de Ruota, era Papa bajo el nombre de Clemente VIII; y era el mismo que por quinientos mil escudos había cerrado los ojos ante los nefandos atentados de Francisco Cenci. Ahora, condenando á toda la familia, á Beatriz, á Lucrecia y á todos los hijos, podía apoderarse de los cuantiosos bienes por medio de la confiscación, y no vaciló. A duras penas pudo al fin salvársele la vida al menor de los hijos de Cenci, Bernardo, niño de quince años, pero el infeliz tuvo que presenciar el suplicio de su madre y sus hermanos y no salvó de la confiscación ni de la prisión perpetua. Jamás se vió mayor iniquidad.

Guido Guerra y gran número de jóvenes, provistos de una carroza, intentaron en vano arrebatar á Beatriz del suplicio. De ellos cayó herido por un golpe en la cabeza el valeroso Ubaldino Ubaldini. Después del suplicio, cuando fueron á prenderle de orden del Cardenal Taverna, lo encontraron moribundo, presa de fiebre mortal.

Guido Guerra, tras largos sufrimientos y terrores, cansado de buscar en vano la muerte, se retiró al monte de San Bernardo á hacer penitencia. Beatriz está sepultada en la iglesia de San Pedro de Montorio.

¿Cómo sabe hoy el mundo la verdadera historia de Beatriz Cenci? De la manera más sencilla.

La tradición de la tragedia, que conserva la verdad en las lágrimas y la conmiseración del pueblo, venía proclamando la inocencia y las virtudes de la doncella hermosa y pura que se llamó en el mundo Beatriz Cenci.

Aquella tradición, en pugna con la tragedia de Shelley, y con el prefacio histórico que le puso el poeta, preocupó á un estudiante de derecho, Francesco Domenico Guerrazzi, que andando el tiempo había de ser uno de los hombres de letras más ilustres y famosos de Italia. *The Cenci* se publicó en Londres en 1820, y al año siguiente, cuando la obra llegó á Italia, el estudiante Guerrazzi no contaba más que diecisiete años de edad, pero conocía ya el inglés y leía y admiraba á Byron, á quien, en carta á José Mazzini, comparaba con la catarata del Niágara y el alud de los Alpes.

Impresionado Guerrazzi con la historia de los Cencis, propúsose investigar el asunto, y muchos años después, en 1854 publicó un libro intitulado «Beatrice Cenci. Storia del secolo XVI.» Brasca, en la «Gazzetta Uffiziale» de Verona, calificó de inexacta la historia de Guerrazzi; y un jesuita, Filippo Scolari, escribió una obra intitulada «Beatrice Cenci, causa celebre criminale del secolo XVI,» y la publicó en Milán el año de 1856, en la imprenta de Borroni y Scotti.

Injuria Scolari á Guerrazzi, acúsalo de calumniar á Clemente VIII al exponer su juicio acerca de Beatriz, y niega la confiscación de bienes de la familia Cenci. Guerrazzi entonces hace una nueva edición de su libro acompañándolo de los documentos auténticos que le habían servido, y que comprueban que Hipólito Aldobrandini, como Alejandro Borgia, fué un hombre codicioso y cruel. Con el testimonio de notables jurisconsultos y los documentos oficiales é incontestables encontrados en los archivos de las casas Borghesi, Cenci, Bolognetti y Altieri, comprueba Guerrazzi la autenticidad de la confiscación de bienes y la notoria injusticia de la sentencia.

Después de la tragedia de los Cencis fué electo Consejero de la Sacra Consulta de Clemente VIII el virtuoso Cardenal Próspero Farraccio, y muerto aquel Papa, eligióle su sucesor Paulo V Asistente á la misma Corporación y Procurador Fiscal de la Cámara Apostólica.

Consultado el Cardenal Farraccio, después de la muerte de Clemente VIII, no vaciló en calificar, en documento oficial, de injusta la sentencia y, la confiscación de los bienes de la familia Cenci.

Luisa Vellia, viuda de Santiago Cenci, hermano de Beatriz sacrificado por Clemente VIII, reclamó y obtuvo sus derechos después de la muerte de éste y de Paulo V. En suma, el libro de Scolari, llegado

del extranjero á Milán «como un huevo incubado por el águila austriaca,» y propio de la virulencia y falsas afirmaciones del fanatismo, ha pasado inadvertido; el de Guerrazzi ha sido traducido al inglés, al francés y al alemán, y de él se han hecho numerosas ediciones. Por el razonamiento, la comprobación y los documentos oficiales que contiene debe ser estudiado por todos los jurisconsultos, y leído por todos los hombres honrados. Claro que al sentar esto me refiero al fondo histórico que lo informa y á las demás circunstancias que he indicado, pues encuentro en los pormenores bastante exageración romántica y aun situaciones puramente novelescas escritas con el propósito de enlazar ó de esclarecer los hechos, pero que resultan increíbles. Francisco Cenci no es en puridad de verdad sino un loco malvado, que inspira suprema repugnancia. La figura de Beatriz está demasiado idealizada en el libro de Guerrazzi, y no era necesario tanto para presentar de resalte la verdad histórica.

Si Shelley hubiese conocido la verdadera historia de Beatriz, su tragedia hubiera ganado en verdad, en trama, en desenlace trágico, y como documento humano y psicológico; pero no puede culpársele de las inexactitudes históricas, porque él solo leyó los autos del proceso, y creyó en lo que había leído. Un poeta no es un jurisconsulto ni un historiador.

La obra de Shelley es hermosa, patética y humana, á pesar de todo; y hay grandeza en el carácter de la virgen, que sufre impasible su imponderable martirio; y no rinde la voluntad ni el espíritu ante la crueldad de sus poderosos verdugos.

Mas, ¡cuánta mayor belleza no tendría aquella infeliz criatura, brillando con su limpia inocencia y marchando resignada al martirio y á la muerte, como los antiguos cristianos, rodeada de su santa madre y de sus inculpables hermanos, condenados junto con ella por un verdugo formidable y sin corazón! Ay! la vida humana es á las veces más trágica que todo lo que pueden concebir las imaginaciones exaltadas de los grandes poetas para mover el terror y la compasión!. . .

Lo que mas hay que admirar en las obras de Shelley es el lujo de poesía inefable que se desprende de todas ellas y eleva el alma á regiones desconocidas, en la contemplación de las bellezas supremas de los orbes y del mundo, en medio de una melancolía profunda y de una soledad y desolación que á las veces lastiman. El culto á la naturaleza, la embriaguez de lo bello, y la pasión de lo infinito, de lo desconocido y misterioso, que anhela penetrar y sondear para satisfacer sus aspiraciones de inmortalidad y su fe moribunda, que no descansa sino en lo que ve y lo que toca, como un desesperado que juzga que el alma debe ser eterna, pero que no encuentra razones para

comprobarlo y creerlo, eso es lo que caracteriza el genio de este poeta, y lo que derrama en sus versos, gota á gota, la tristeza y el desconsuelo, y en su pensamiento la sutilidad y la vaguedad de incomprensibles períodos que le enagenan la admiración y el aplauso de las multitudes. Y con todo, es un gran poeta, por el arte, por la inspiración y por el mismo culto extraño que rinde á la naturaleza y da á su lira tonos divinos, melodías maravillosas, arranques pasionales que deslumbran. Su poesía es un mundo de floración eterna y misteriosa, poblado de ensueños y de visiones, donde parece que los árboles y las plantas, los insectos y las flores, los mares y los ríos, las nubes y los vientos, las cumbres y los llanos, tienen alma, y sienten y hablan, como en palacio de hadas, con la voz profética de una pitonisa. Las flores se estremecen y abren al soplo de la brisa como en una embriaguez de vida; las plantas verdean cubiertas de rocío; los pájaros alzan un himno de gratitud y amor, y las mariposas, ebrias de luz, baten las alas besando el cáliz trémulo de las rosas tempranas, mientras las fieras aspiran con fuerza el aire tibio y embalsamado y llaman con sus rugidos á la compañera extraviada. Es la tierra, es la naturaleza, es pantheos que domina el alma del poeta, y de tal modo nos envuelve y nos llena de admiración y de poesía, de luz y de amor, que quisiéramos estrecharla con-

tra el corazón como á un alma querida. Pero, ¡ ay ! sólo el hombre, el rey del orbe, como esfinge impenetrable, aparece allí triste, solitario y desolado, como si lo preocupase el pensamiento de que sólo él es mortal en medio de aquella vida eterna, de aquella creación infinita. Tal es Percy Bysshe Shelley, y tal su poesía; y sin embargo, con esa poesía desconsoladora ha escapado él al olvido, que es la verdadera muerte. En Shelley, yo no amo al hombre, pero admiro al poeta.

OBRAS DE REFERENCIA

1 The Poetical and Prose Works of Percy Bysshe Shelley, edited by Mrs. Shelley.
2 The Poetical Works of Percy Bysshe Shelley: including various additional pieces from M. S. and other sources. The text carefully revised, with notes and *A Memoir*, by William Michael Rossetti.
3 Trelawny's Records of Shelley.
4 Hogg's Life of Shelley.
5 Leigh Hunt's Autobiography.
6 Medwin's Life of Shelley.
7 The Life of Percy Bysshe Shelley, by Edward Dowden.
8 Beatrice Cenci, Storia del Secolo XVI di F. D. Guerrazzi.

III

LEOPARDI

Leopardi

I

Sin referirme á la república y al imperio romanos que un día señorearon el mundo y lo llenaron de admiración con el talento y las virtudes de sus grandes hombres, puedo decir que nación ninguna en las edades modernas ha superado á Italia en el dominio del arte. Allí nacieron Napoleón Bonaparte y Cristóbal Colomb; allí Miguel Angel Buonarroti y Benvenuto Cellini; allí el Dante y el Tasso, el Ariosto y el Petrarca; allí el Palestrina y el Rossini, el Boccaccio y el Guicciardini, el Galilei y el Giordani. En aquella gran patria del arte nació asimismo el Conde Giacomo Leopardi, uno de los más ilustres hombres de letras del siglo XIX.

Vino él al mundo en Recanati, ciudad de la Marca de Ancona, á las diecinueve horas del 29 de junio de 1798, y lo bautizó al día siguiente el padre Luis Leopardi, tío del

Conde Monaldo, quien le puso los nombres de *Jacobus Taldegardus Franciscus Sales* (sic) *Xaverius Petrus*. Hacía dos siglos que este nombre de Jacobo era tradicional en el primogénito de los Leopardis. Tuviéronle en la pila su abuelo materno el Marqués Felipe Antici y la Condesa Virginia Mosca Leopardi, abuela paterna.

El alumbramiento fué feliz, después de tres largos días de atroces dolores que pusieron en peligro la vida de la madre y la del niño; pero Leopardi tuvo mala suerte desde mucho antes de nacer. Sus padres, el Conde Monaldo Jacobo Leopardi y la Marquesa Adelaida Antici, eran primos, y hacía largo tiempo que los Leopardis y los Anticis venían enlazándose entre sí, costumbre antigua de las viejas sociedades europeas, que aun prevalece en algunas familias y empobrece y debilita la sangre dando motivo al desarrollo de terribles males y á deformidades sin cuento. Por ello de tempranas muertes, de locura, de monomanías y de enfermedades nerviosas había habido ya numerosos ejemplos entre los antepasados del poeta. Cuando Adelaida Antici le concibió los franceses invasores de Italia perseguían al Conde Monaldo, adicto al Papa y celoso defensor de la independencia de la patria. En tales momentos de angustia apodérase el terror de la joven que en la primavera de la vida y sintiendo en el seno las palpitaciones del primer hijo, se ve precisada á huir del peligro de la prisión y de la muerte

La vida de Leopardi tenía que ser infeliz. Nació débil y enfermizo ; fué pequeño de estatura, giboso, neurótico, y presa de todas las enfermedades y prejuicios que provienen de la debilidad constitucional. Acaso con un régimen adecuado que hubiese neutralizado las fatales influencias que obraban en su sér hubiera podido lograrse que su vida fuese menos dolorosa, ya que en sus primeros años no se manifestó con fuerza la debilidad de su naturaleza; pero él agravó ésta con su género de vida. El primer maestro que tuvieron Jacobo, Carlos y Paulina Leopardi fué D. José Torres, ex–jesuíta mexicano refugiado en Recanati y que había sido maestro del Conde Monaldo ; luégo dióle lecciones un tal D. Vicente Diotavelli, que es el *rígido y pedante preceptor* á quien hizo Leopardi la burla relatada en la poesía escolaresca *Dimenticanza;* y por último D. Sebastián Sanchini, ilustrado y virtuoso sacerdote de la Romaña, el cual declaró al Conde Monaldo que él no sabía más que enseñarle á Jacobo.

Apasionado desde sus primeros años por las letras, se había consagrado al estudio y al trabajo intelectual con tal ahinco y tanta perseverancia, que su hermano Carlos, que dormía en la misma alcoba que él, nos cuenta que aun en la más temprana edad lo veía desvelándole en la noche tardísima, de rodillas ante la mesita para poder escribir hasta el último instante con la luz que ya se apagaba.

Esto acabó de arruinarle la salud, bien que produjo aquella erudición admirable, pasmo de los varones más doctos de la época; aquel conocimiento perfecto de su idioma; la fuerza poderosa, la sutileza y penetración que sorprenden en sus disquisiciones filológicas; el conocimiento magistral del griego y del hebreo, del latín y del castellano, del inglés y del francés, y de otros idiomas más, y el haber asombrado al mundo á los catorce y á los dieciséis años con trabajos como la traducción y comentarios de Esichio Milesio, los de Cornelio Frontone, la traducción de Dionisio de Alicarnasso, la del Arte poética de Horacio, la Historia de la Astronomía, y otras obras más que él consideraba sólo como selva de estudios y ejercicios de su primera edad.

Críticos hay que preocupados por la naturaleza de sus estudios predilectos y por su singular condición de poeta, filósofo y filólogo, le niegan el dón del ingenio, como si no conociesen en qué estriba éste, y atribuyen al estudio y á la erudición la grandeza y brillantez de sus concepciones poéticas; pero nunca pudiera negársele el aliento divino de las musas al que escribió el admirable canto *All' Italia*, *El Passero solitario*, *Sopra il monumento di Dante*, *Alla Luna*, *La Primavera*, *La Ricordanze*, el *Canto notturno*, y entre otros más, los terribles *Bruto minore* y *L'ultimo canto di Saffo*. Y era necesario olvidar asimismo la facilidad con que, chicuelo de ocho años, inventaba fábulas, cuentos y aun novelas

que duraban largos días para entretener á sus hermanitos Carlos, Paulina y Pedro Francisco; y aun una noche principió una narración llena de fantásticas aventuras, que no pudo terminar sino al cabo de una semana. Los personajes resultaron ser todos de la propia familia: Asmodante era su padre el Conde Monaldo; Lelio, Carlos; y Filzero el mismo poeta. Carlos, en su ancianidad, no había olvidado aquella improvisación y la recordaba con placer como testimonio de la viva imaginación de su hermano. ¿Cómo extrañar que ya á los diez años empezase á escribir, y en tan temprana edad compusiese tragedias, poemas y cantos como *Pompeo in Egitto*, *Catone in Africa*, *Le Notti puniche* y *El Balaamo?*

La biblioteca de su padre, que era también hombre de letras, no le bastaba, aunque era numerosa y escogida, y su correspondencia con Stella y otros libreros, manifiesta el afán con que solicitaba y adquiría nuevos y nuevos libros que leía con avidez y estudiaba y comentaba con asombroso juicio y erudición. La reconstrucción de la vida y obras de Dion Crisóstomo, de Elio Aristides y de Cornelio Frontone, hecha en plena adolescencia, son un milagro de saber y paciencia de benedictino, porque de aquellos varones célebres sólo se conocían ya vagas noticias y escasos fragmentos; y aquí tuvieron que entrar por mucho, junto con la laboriosidad y la paciencia, la imaginación viva y penetrante y el talento sa-

gaz del investigador, que revive los tiempos y reconstruye los acontecimientos.

Sus estudios clásicos con tanto amor y tanta paciencia seguidos en la tranquilidad de su retiro de Recanati, su pasión por la antigüedad, por Grecia y por Roma, le impidieron entrar abiertameute en la escuela romántica, pero no lo sustrajeron á la influencia de las ideas de desesperación, solitarias y tristes, que estaban en la atmósfera y se compadecían con la infelicidad de su vida. Leía y admiraba á Rousseau en quien encontraba semejanza con su propia naturaleza y sus sentimientos; leía con deleite á *Renato* y *El Genio del Cristianismo* de Chateaubriand; encantábalo el *Werther* de Gœthe; admiraba el *Jacobo Ortís*, de Hugo Fóscolo, ponía sobre su cabeza el *Harold* de Byron, á quien amaba; y aun por algún tiempo, según confesión suya, rindió parias á la poesía moderna y aun renegó de sus dioses privilegiados, de Homero y de Virgilio, de Horacio y del Dante, y se propuso escribir los *Himnos cristianos*, que quedoron en proyecto. Estaba en tales momentos bajo la sugestión del medio en que vivía en su soledad de Recanati. Aconteciale lo mismo por aquella época á los demás poetas italianos admiradores de Lamartine y de Byron, el cual vivió en Italia festejado y adorado como un semidiós. La religión y la patria eran el ideal del romanticismo italiano, y la melancolía y la deses-

peración brotaban de la lira como soplo mortal que iba envenenando todas las creencias. Mientras Manzoni escribía los *Cantos Sagrados*, y Prati y Berchet flagelaban á los invasores de Italia, Carlos Bini, el poeta de Liorna, exclamaba con melancolía: *Adoramos el dolor!*

Pero, ¿qué tenía de singular esta honda tristeza que se había apoderado de todas las almas nobles? Los tiempos modernos no han visto crisis más tremenda, cataclismo más poderoso y sangriento que la revolución de 93. Los reyes temblaban en sus tronos desvencijados, tiemblan aún ante la fuerza incontrastable de los pueblos oprimidos. Fué una revelación inesperada y terrible. Aun se ve á Mirabeau, el leon soberbio de la tribuna, abriendo con sus potentes garras el camino de la revolución; caen los viejos edificios al golpe de la piqueta; la guillotina es un río de sangre inagotable; se oye el ruido siniestro de las cabezas que al corte de la cuchilla ruedan al cesto, y el pesado crujir de las carretas donde zangolotean los cuerpos palpitantes enrojeciendo las piedras de la calle; vense en las picas, con los ojos salientes por el espanto, las cabezas de la hermosura y la virtud; y al resplandor sombrío de las teas, al incendio de las pasiones del populacho, entre la algazara y las risas soeces, resaltan las figuras pavorosas de Robespierre y de Marat, de Danton y de Cuthon.

El reinado del terror dejó enfermas las almas, y años después, el mismo Napoleón, cansado y desconfiando de su porvenir, siente hastío de la humanidad y de la vida, y fastidiado de la grandeza y pensando en el suicidio, exclama en carta á su hermano José Bonaparte: «Qué hacer en este mundo?.....Puesto que debo morir, ¿no vale lo mismo matarse? Si hubiese pasado de los sesenta años, respetaría los prejuicios de mis contemporáneos y esperaría con paciencia que la naturaleza hubiese acabado su carrera; pero puesto que comienzo á sufrir infelicidades y que nada me causa placer, ¿por qué habré de soportar días que nada tienen de prósperos para mí?».....

El mal estaba en la atmósfera. De aquel medio turbulento y dañoso surgen Godwin y Schopenhauer, Byron, Shelley y Leopardi.

En ninguna parte se ve que tratase él de imitar a Göethe ni á Shelley, y parece que en el canto *A la Italia* imitó las estrofas *A Atenas* en que Byron llora el perdido poder de la Grecia y la grande alma helénica; pero con este tiene por obra de su naturaleza y de sus sufrimientos cierta semejanza que los aproxima: la misma inquietud y hastío y el mismo personalismo, nacido en Byron de la vanidad, y del dolor en Leopardi. Pero, ¡qué vida y qué suerte tan diversas! Byron es rico y hermoso, algo como un ángel caído cuyos talentos y

hermosura arrastran el corazón enloquecido de las mujeres y le abren los más cerrados caminos. Vive en la bacanal, en el fausto, en la pompa, y va á morir como un héroe de leyenda, rodeado de su vistosa guardia y llorado por un pueblo histórico que lo aclamaba su libertador. Leopardi pobre, feo y giboso, arrastra vida miserable combatido por los nervios, la hipocondría, la consunción, la carditis, la oftalmía y la hidropesía; y sintiendo arder en el espíritu el fuego del genio, y el fuego del amor en el corazón, sin haber encontrado una mujer que lo comprendiese y lo amase, muere joven el 14 de junio de 1837, lejos de su familia y sus amigos, solitario, triste y pálido, á la falda del Vesubio, como la fúnebre flor, humilde y amarilla, la retama, que le arrancó su último y doloroso canto.

Su muerte fué lastimosa. Separado de su familia hacía ya siete años, solo en una villa de las cercanías de Nápoles, con la única compañía de Antonio y Paulina Ranieri, asistido en aquellos días por Nicolás Mannella, médico del príncipe real de Salerno, el 27 de mayo dictó al Ranieri una larga y triste carta á sus padres, que concluía pidiéndoles rogasen á Dios pudiese volver á verlos, y le diese luégo buena y pronta muerte que finalizase su vida infeliz. Dieciocho días después agonizaba extenuado por la hidropesía. El cólera, que él no temía, lo había respetado; y creyendo que su mal era nervioso y podría

dominarlo, y tomando por asma la fatiga, tres veces intentó levantarse, y tres veces fué obligado á mantenerse en el lecho. La hermana del Ranieri, de la que decía cariñosamente: «mi Paulina de Nápoles me recuerda á mi Paulina de Recanati,» le sostenía la cabeza y le limpiaba el sudor que corría abundante por la espaciosa frente. De pronto se vuelve á ella y le dice: «Aquí veo ya menos....abre aquella ventana....hazme ver la luz,» y volviéndose á Antonio le dice, como suspirando: «Yo no te veo ya.»

Y cesó de respirar, dice el Ranieri, «y ni el pulso ni el corazón latieron más; y entró en la alcoba en aquel mismo momento Fray Félix de San Agustín, agustino descalzo, en tanto yo, como fuera de mí, llamaba en alta voz al amigo, hermano y padre mío, que ya más no me respondía, bien que aun parecía que me miraba.»

Al agustino descalzo, al médico y á la Providencia se debió que su cuerpo se salvase de la confusión del camposanto colérico. Así murió aquel grande hombre.

Fuera de su muerte, de sus trabajos literarios y de aquel martirio que le había hecho desear el reposo de la tumba como la única consolación de los desventurados, la vida del Leopardi no ofrece pormenores notables que merezcan la atención de los hombres de letras y den pábulo á la curiosidad. Llevólo á Roma el deseo de encontrar trabajo para no ser gravoso á su familia; y á Milán, Ravena, Flo-

rencia, Pisa y Nápoles, donde murió, ó sus tareas literarias ó la esperanza de hallar aires más saludables para su quebrantado cuerpo, el aire delicioso, los rayos tibios, los muelles aromas de Florencia y de Nápoles, la Mergellina, el Pausilippo, Cumas, Puzzolo, Capo di Monte, al pie del Vesubio. . . . .

Lo que más asombra en este varón singular es su ardiente amor y aplicación al trabajo en medio de rudos padecimientos y apremiantes necesidades. Su filosofía, sin embargo, sus enfermedades, su carácter personal y sus sentimientos han dado ocasión y motivo á numerosos estudios, en la mayor parte de los cuales se ha lastimado á su familia, y se le ha querido presentar á él mismo como un sér degenerado, poco menos que loco, que á tanto conducen los prejuicios y las aberraciones de los hombres.

Per lo mismo conviene estudiar desapasionadamente los cargos más graves acerca del genio y del corazún del poeta, tanto como respecto del legítimo y acendrado amor de los suyos.

II

El estudio de las obras de Leopardi, del *Epistolario* publicado por Próspero Viani y de las *Cartas inéditas* dadas posteriormente á luz por Emilio Costa, Clemente Benedettucci y Camilo Antona Traversi, basta para juzgar por completo la vida de Leopardi y desvanecer las leyendas relativas á su padre, y de

que se han hecho eco no pocos críticos de tantos que en vida del poeta y después de su muerte han escrito acerca de su vida y sus obras, fundándose para ello en datos incompletos y suposiciones aventuradas.

En 15 de junio de 1887 con ocasión y motivo del quincuagésimo aniversario de la muerte del poeta, D'Ancona, de Sanctis, Ferrari, Fogazzaro, y muchos más rindieron homenaje á su memoria con notables estudios literarios y científicos, pero en la mayor parte de estos se ve de resalte la deficiencia de datos reveladores de la verdad en las relaciones de Leopardi con su familia, y errores relativos á sus enfermedades que vino á hacer más graves el estudio de José Sergi intitulado «Leopardi á la Luz de la Ciencia.» Las cartas inéditas á que más atrás he hecho referencia, publicadas en 1888, no permiten ya duda ninguna respecto del amor de los padres del poeta á su hijo. El examen de la vida de éste, de sus infelicidades y de la naturaleza de su filosofía, dirá si Sergi acierta ó no en sus apreciaciones científicas.

Si las cartas de Antonio Fortunato y Luis Stella nos dan noticias de los trabajos y estudios de Leopardi y del interés y los sacrificios de su padre para satisfacer sus deseos y proporcionarle libros; si las de Giordani, Pedro y Mariana Brighenti, Vieusseux, Colleta y otros más nos enteran como las del poeta mismo de sus infelicidades y martirio, las de Monaldo, Carlos y Paulina Leopardi nos dan más

que ninguna otra informaciones autorizadas y sinceras acerca de la índole, sentimientos y conducta del Conde Monaldo y de la Condesa Adelaida.

Indudablemente la oposición de los caracteres es lo que más inclina las almas al amor, como por ley de la naturaleza que funda en el equilibrio de todas las cosas la perfección humana. Por amor y no por interés se habían unido los dos primos, y pocos caracteres se encontrarían más desemejantes.

Monaldo era bibliómano y escritor público de vasta ilustración; varón de alma buena y generosa, de corazón afectuoso é inclinado á la alegría, al chascarrillo y á la sátira. El ridículo le da en los ojos, y de todo ríe: y va hasta reír de las ideas modernas y de lo que oía llamar la luz de la civilización. Abomina de la revolución francesa y se burla de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, que considera obra de la locura, en lo que filosóficamente no andaba descaminado porque él las tomaba en sentido absoluto, y la desigualdad es ley de la naturaleza, y la libertad y la fraternidad generosas aspiraciones á una vida mejor y más humana. Descendiente de güelfos, y bien que en religión no fuese fanático, era él mismo un güelfo que soñaba con los tiempos medioevales, y como los caballeros antiguos llevaba siempre la espada al cinto. De aquí la rigidez del carácter, y el orgullo y la intransigencia que han motivado la leyenda de su desamor y dureza; pero el fondo de su

alma era inmejorable, que si de algo adolecía, era de timidez y verdadera falta de energía, aunque en ocasiones se ufanase de poseer ésta. Teníala, sí, para defender el papado, cuyo imperio juzgaba en todos sentidos inmejorable, de tal modo, que, en el atraso de sus ideas, llegó hasta impugnar á Galileo sosteniendo por escrito que el prestigio de la novedad jamás lo había seducido, y que esperaba que así como Galileo se había reído de Ticone viniese algún día otro que se riese de Galileo y restituyese á la tierra su antiguo honor de ser el centro del universo, librándola así del fastidio de tanto movimiento.

Estas ideas estrechas, y el miedo á las persecuciones de la autoridad papal, fué lo que lo impulsó en 1820 á oponerse á la reimpresión de las admirables canciones *A la Italia* y *Sobre el Monumento del Dante*, que ya Leopardi había impreso en 1818, aunque en escaso número de ejemplares, para distribuirlos entre sus amigos; pero que habían ocasionado una carta del Montani al autor saludándolo como al futuro cantor de los carbonarios. Aquel incidente ocasionó grave disgusto entre el padre y el hijo, bien que éste, como se ve por su carta de 21 de abril á Pedro Brighenti se manifestase ya algo resignado y dispuesto á no reimprimir las canciones por respeto á su padre. De aquí la acusación de crueldad hecha á Monaldo por no pocos críticos; pero las cartas inéditas publicadas en 1888 han

venido á poner las cosas en su lugar, porque, si el padre fué exigente, el hijo estuvo asimismo duro olvidando el inmenso amor y los sacrificios de su padre, que se enorgullecía de la gloria del hijo, propendía á su bien y temía á cada paso por su suerte. Monaldo estaba preocupado con lo que oía del liberalismo de las dos canciones, temblaba de tener un hijo que estuviese al servicio de los carbonarios, que no amase á la patria y provocase las iras terribles del poder de la Iglesia. Veíalo ya fulminado por la excomunión y aherrojado en oscuro calabozo, y dió el paso por medio del abogado Brighenti; pero la tempestad pasó, y ni el padre ni el hijo, que se creía ya abandonado y en la hora de morir, volvieron á recordar aquel incidente, ni el padre á oponerse á la estrecha amistad del hijo con el Giordani, á quien sin fundamento sólido había atribuido lo que él llamaba el liberalismo del poeta. En el espíritu de aquel pobre hombre habían trabado abierta lucha el terror á la tiranía del fanatismo y el amor profundo que profesaba á su ilustre vástago.

La madre del poeta, la Condesa Adelaida Antici, era el polo opuesto de Monaldo. De aspecto varonil, según afirman los que la conocieron, de carácter entero, duro y frío, como el de una verdadera romana, no tenía más propósito que el de conservar el esplendor de su casa y mandar y hacer

se obedecer. Honrada como una nueva Lucrecia, sacrificábase y lo sacrificaba todo á lo que juzgaba deber suyo. Entusiasmo, nunca lo manifestó; amor, ahogábalo en las mallas de su tremenda voluntad; alegría, conmiseración, piedad maternal, no se ven en aquel carácter. Debía amar á su hijo, como respetaba al esposo, porque el amor maternal, si cambia en sus manifestaciones, según los tiempos y los caracteres, es invariable en su esencia, y no se concibe madre desnaturalizada en quien tiene un corazón cristiano y rinde culto al deber; pero aquella mujer tenía su pensamiento y su alma en la vida de ultratumba, más que en la vida terrenal. Modesta, inteligente, aferrada al hogar, sólo le faltaba la expresión de la ternura para revivir la memoria de Andrómaca; mas cuando alguno de sus hijos se quejaba de algún dolor, su acostumbrado remedio era el de decirle tranquilamente: « Ofréceselo á Jesús. » Aquel estoicismo de beata, aquel puro egoísmo era lo que más caracterizaba á la Condesa Adelaida. Claro que como madre al fin inquietábale á las veces la suerte del poeta y sentía dolor al verlo padecer; no obstante no eran tales conmociones tan profundas que la obligasen á torcer los rumbos que se tenía trazados ni á moderar la severidad de su conducta. Así, en el voluminoso epistolario leopardiano apenas se encuentra una que otra brevísima carta de la Condesa Adelaida. Pau-

lina misma, paño de lágrimas del poeta, se queja del carácter de su madre, y escribe que entre otros motivos que han hecho tan triste su vida y secado en ella la fuente de la alegría y de la vivacidad.... uno es el tener en su madre una persona ultrarrigorista, un verdadero exceso de perfección cristiana, que pone en todos los pormenores de la vida doméstica una severidad imposible de imaginarse.

Monaldo no se atrevía á contrariarla en ningún punto. Por debilidad de carácter y por amor y por respeto, era un esclavo sumiso. No mandaba en su casa, y así vemos que cuando enfermo y reducido á la inutilidad el Leopardi en Florencia, el año de 1832, escribe á su padre manifestándole su estado y suplicándole le asigne una pensión mensual de 12 francesconis, moneda del tiempo de Fernando que equivalía á 12 carlinos, esto es, á 102 centavos ó 5 bolívares ó pesetas y 10 céntimos, Monaldo le contesta en carta rebosante de amor paternal y de profunda pena rogándole haga la petición directamente á la Condesa Adelaida, lo cual cumplió el Leopardi en carta de 17 de noviembre. El infeliz, humilde y respetuosamente, con frases llenas de delicadeza, expone á la Condesa su lastimoso estado, enfermo y casi sin vista, imposibilitado de procurarse la subsistencia sin incomodar la casa, reducido á hacerle el mismo ruego que á su padre dando un paso que le cuesta muchísimo.

Cierto es que años antes Monaldo había impedido el viaje del hijo á Roma. Aquello fué por 1819. Leopardi, dominado por el entusiasmo, con violento deseo de ser libre y dueño de sí, creyéndose casi prisionero y olvidado, concibió la idea de obtener astutamente los recursos precisos para salir de Recanati contra la voluntad de Monaldo. Pidió al Conde Broglio, son palabras de Monaldo, que le obtuviese un pasaporte para Milán, de modo que al saberlo su padre se alarmase y lo dejase partir; pero Monaldo cuando supo por Solari, Delegado del Gobierno, y por el Marqués Antici, los proyectos del poeta, se hizo remitir el pasaporte y lo puso á la disposición de Jacobo, quien, como dicen Carlos y Paulina, no conocía bien el estado pecuniario de la familia.

Esta treta infantil que es lo que llaman la fuga del Leopardi no pasó de ahí.

La culpa no era de Monaldo propiamente. Todo esto tenía que ser así, porque desde que Adelaida, niña de diecisiete años, casó con el Conde Monaldo, tomó de un todo las riendas de la casa, y encontrando las rentas en mal estado, se propuso restablecerlas con previsora economía, bien que tan rígida que costaba afán y trabajo obtener ciertos gastos urgentes. Lo que más anhelaba ella era restaurar el esplendor de la casa y mantenerlo aunque fuese sólo exteriormente, por lo que, aun en la mayor apretura, nunca consin-

tió en eliminar siquiera el coche y evitar otros dispendios de este jaez.

Ya hemos visto cómo se quejaba Paulina del rigor de su madre, y ahora veremos cómo lamentaba la sujeción del Conde Monaldo.

« Aconteció, escribe ella, cuando yo era pequeña, muy pequeña, y quizá antes de yo nacer, que las piernas de mi padre se enredaron, no sé cómo, en la basquiña de mi madre, y después nunca ha podido desenredarse. De otro modo todo lo obtendríamos de él, porque es muy bueno y tiene un corazón excelente que nos ama mucho; pero le falta valor para afrontar la actitud de mamá, aun tratándose de la cosa más insignificante. » A Mariana Brighenti le dice: « Yo quisiera que pudieses pasar un solo día en casa, para que te formases idea de cómo se puede vivir sin vida, sin alma y sin cuerpo. » No puede pintarse de manera más viva y dolorosa la soledad, el silencio y la tristeza de un cementerio.

No le gustaba que Paulina tuviese amigos y les escribiese, porque veía en ello un pecado que « distraía del amor de Dios. » Y su dureza iba tan lejos que cuando su hijo Carlos, varón inmejorable, de notables talentos y vasta ilustración, querido excepcionalmente del Leopardi, casó contra sus consejos con una de sus primas, la Condesa Paulina Mazzagalli, despidió á esta de la casa, sin que hubiese influencia ni misericordia que pudiesen impedirlo. Parece que á esto la impulsó que Car-

los hubiese roto su compromiso con su prima la Marquesa María Antici, sobrina carnal de Adelaida.

Cuando el Leopardi logró ganar algún dinero con sus trabajos literarios, Adelaida lo calificó de *hijo de oro* y lo excitó á quererla siempre sinceramente, como si pensase que el hijo debía de tener motivos para no quererla gran cosa; pero el poeta era verdaderamente un hijo de oro por sus grandes virtudes, sus talentos y su saber, y sus cartas están llenas de amorosos sentimientos para los autores de sus días, á quienes llama infantilmente *babbo* y *mamma*, como á Paulina *Pilla* ó *Dom Paolo Leopardi;* á Carlos, á quien dice *amor mío, Carlino y Carluccio;* y á Pedro Francisco *Pietruccio*, porque los amaba á todos con infinita ternura. Por donde quiera se encuentran en sus cartas las expresiones de su intenso afecto. « Carluccio mío, escribe de Boloña en 1825, se me vienen las lágrimas á los ojos al escribir tu nombre. ¡Quién te pudiera decir cuánto te amo y cuánto anhelo volver á besarte! » « Paulina mía, querida, muy querida, me aflige profundamente saber que papá y mamá y todos vosotros estáis apenados por mí; créeme que yo no he estado menos inquieto al no recibir contestación á mi última carta. »

Pero si á todos los amaba y todos indudablemente le correspondían, Monaldo, orgulloso de la gloria de su hijo y lastimado de su triste destino, no omitía esfuerzo por

aliviarle y satisfacer sus caprichos. Compréndese que por el infeliz estado de la casa y del Leopardi fué por lo que vió con disgusto en un principio el proyecto de escapatoria á Roma en busca de ocupación, puesto que convino más tarde cuando pudo facilitar al hijo recursos y recomendaciones. Pobre y esclavizado á su mujer, Monaldo, que no había escaseado sacrificios para educarlo y hacer de él un sabio; que era un bibliómano que adoraba en sus libros; vendía sus incunables para comprarle libros y pagar la impresión de sus trabajos literarios.

La leyenda de la dureza de Monaldo no ha sido más que una suposición gratuita de varios críticos al escribir sus juicios valiéndose de datos insuficientes. No es nuevo encontrar en la vida de los hombres notables esta severidad aventurada é implacable, y es porque el mal tiene siempre mayor crédito que el bien. Cuando el asunto de la reproducción de las canciones, Monaldo, lastimado por la ira y las frases severas del Leopardi, habla con amargura de sus hijos en carta á Pedro Brighenti. «Me respetan, le dice, porque están bien educados y porque yo me haría respetar si no aconteciese así, mas no me dan en verdad otra satisfacción. Aborrecen á la patria, á la que todo hombre honrado debe amar y servir cualquiera que ella sea y cual la Providencia se la haya destinado; aborrecen casi la casa paterna, porque en ella se consideran ex-

traños y prisioneros; y por fuerza me aborrecen, á mí que con un corazón demasiado lleno de amor para todos soy visto por su imaginación corrompida como un tirano inexorable. Envidio la suerte de un padre mendigo que llevando á la casa un pan negro y bañado de sudor lo ve acogido por sus hijos con amor y reconocimiento.»

La carta del Leopardi en que estaba aquella dura frase de «tirano inexorable,» fué lo que dió origen á la invención de la tiranía de Monaldo, y lo que ocasionó que este se quejase tan amargamente á Pedro Brighenti, en esta carta hallada trunca en un paquete de correspondencia leopardiana con que Emilio Costa tropezó en casa de cierto tabaquero, apellidado Pecorini, después de la muerte de los Brighentis.

Ay! Monaldo tomaba como aborrecimiento á la patria las valientes estrofas en que, con la indignación de las grandes almas, apostrofa á Italia, recuerda su antiguo poderío, y llora sus presentes dolores y el oprobio de los tiempos!.... Asi arrastran á las almas más nobles las pasiones fanáticas y el pavor que inspiran los tiranos.

Por lo demás, pasó pronto aquella nube y serenóse el ánimo exasperado del Leopardi, tal vez por haber comprendido el verdadero móvil del Conde Monaldo. No obstante, años después, éste escribe al hijo: «así haremos la paz con vuestra literatura, la cual me ha mirado siempre de través

(sbieco) después de aquel breve ceño *(po' di grugno)* con que ví las dos primeras canciones *(A la Italia* y *Al Dante);* mas creo que á esta hora mi juicio será apreciado por vos menos siniestramente, y que si no podéis aplaudir el ingenio de vuestro padre, al menos haréis justicia á mi amorosísimo corazón.»

En la contestación del Leopardi á esta carta no hay ni una sola palabra relativa al asunto, como si le escociese el recuerdo y tornase la musa á mirar de zahino.

Prueba de que en el corazón de aquel hombre tan virtuoso y tan sabio y de tanta sensibilidad, había cierta dosis de vanidad y de egoísmo, como acontece en la mayor parte de los hombres de letras.

Acaso sus sentimientos, que desde niño aparecen nobles, generosos y buenos, cambiaron por el tiempo. Lo cierto es que abrumado por su pensamiento, por sus padecimientos físicos y morales, y por el medio en que vivía, como que hasta los pilluelos de Recanati lo habían seguido con frecuencia gritándole ¡giboso! ¡giboso! sintió agriarse su corazón, odiaba el vivir en el pueblo natal y suspiraba por la tumba.

Tal estado de alma y el abstraimiento en que lo mantenían sus estudios y trabajos literarios, única consolación de vida tan infeliz, debieron de hacerle despreciar á la humanidad y tornarlo indiferente y egoísta, en cierto modo, á cuanto lo rodeaba. Explícanse así

los cambiamientos que se observan en su carácter, y que á las veces pareciese no corresponder con la misma intensidad al entrañable afecto de los que lo amaban. Aun el Giordani, íntimo y nobilísimo amigo y protector suyo, que fué quien lo dió á conocer y lo elogió vivo y muerto, llegó á sospecharle de vanidad é ingratitud. « Cuando comenzó á ser conocido, escribe el Giordani en 1839, no me escribió más; cuando en Florencia lo buscaba, no me hablaba. En sus escritos ha hablado de muchos, de mí ni una palabra. Parece que el corazón no correspondía al ingenio. Otros también lo han llamado ingrato. Pero esto nada importa. » En otra carta posterior dice: « El me conocía y se conocía á sí mismo: conocía que me era superior, y no poco, y debía saber que yo me conocía y lo conocía; y que sabía y proclamaba que él era superior á mí, como lo hago ahora.... Mas siempre he creído (bien que á nadie lo haya dicho) que le causaba gran fastidio le hablasen un poco más de mí que de él, y tenía razón, pero....¿qué más podía hacer yo que anteponerlo siempre á mí y á cualquiera otro? Sin embargo, él, que, según decía, hubiera soportado el golpe no soportaba el desdén, y en esto era menos filósofo que yo. »

Si fuese absolutamente cierto lo que afirma en estas cartas el Giordani, habría que conceder á éste una grandeza de alma honrosísima, pero debe darse su lugar á todas las

cosas. El Giordani, como lo manifiestan sus cartas en vida y muerte del Leopardi, quería entrañablemente y admiraba al ilustre recanatés; poníaselo sobre la cabeza y vivía elogiándolo en público y en privado, y nada de extraño tiene que exagerase cualquier acto que lastimase su sensibilidad, y aun sintiese celos al verlo agasajado y querido por lo más valioso de sus contemporáneos y en correspondencia afectuosa con ellos, pues el Leopardi, tan desgraciado en sus empresas amorosas, tuvo un padre afectuoso, hermanos que lo idolatraban, amigos innumerables que lo querían fraternalmente y lo protegían, como el mismo Giordani y el Mai, el Ranieri y su hermana, el sabio Niebuhr y el Montani, el Monti y el Costa, Pedro y Mariana Brighenti, Vieusseux y Colleta, los Stellas y Melchiorri, y cuantos en aquella época brillaban en las ciencias y en las letras.

Digo esto porque del paciente estudio que he hecho de los trabajos y correspondencia del Leopardi no aparece del todo cierto lo que asegura Giordani. Por carta dirigida de Florencia á Pedro Brighenti con fecha 30 de agosto de 1827 consta que el Leopardi y el Giordani se trataban, y que á la vuelta de este de Pisa, aquel le entregó un libro que le enviaba la Bugani. En cartas de 12 de noviembre y 3 y 31 de diciembre del mismo año dirigidas desde Pisa á Vieusseux, hay saludos y frases de cariño para varios amigos y en primer término para el Giordani; y por el epis-

tolario de este consta que continuaron escribiéndose hasta febrero de 1830. Hay, sí, una laguna de esta fecha hasta la muerte del poeta, ocurrida en 1837; pero nadie ignora la precaria salud del Leopardi en estos últimos años. A pesar de esto, en los escritos póstumos del Giordani publicados por Antonio Gussalli existe una carta filológica, del año de 1836, dirigida al Leopardi acerca de Justino. Conveniente es asimismo no olvidar lo que en alabanza del Giordani contienen diversas cartas á sus amigos y á su familia y con cuánto calor le defendió en cartas al Brighenti cuando Monaldo creyó deber atribuirle al amigo el liberalismo y la rebeldía de su hijo.

« El hombre, le dice, de quien mi padre se queja, es tal, que yo tampoco me atrevo á nombrarle por el respeto y el amor que le debo. Pero si mi padre quisiera ver á sus hijos contentos en este estado, debiera engendrarlos con otra naturaleza, y ahora no imputaría á persona venerable y de renombre en toda Italia lo que no es más que necesidad de cosas evidentísimas para todos menos para él solo. »

La verdad es que parece que quien por primera vez habló de patria y de aspiraciones liberales al Leopardi fué precisamente el Conde Benedicto Mosca, primo de Monaldo y discípulo del Giordani. De la correspondencia de este y del *Epistolario* resulta que la amistad y el entusiasmo del Leopardi por el Giordani comenzó en 1816 cuando leyó sus

escritos en la *Biblioteca italiana.* En ninguna parte consta que el Giordani diese nunca motivo de disgusto ni al Leopardi ni á su familia, bien que parece que en un tiempo se proyectó ó se deseó su matrimonio con una Leopardi, lo cual no pasó adelante.

Lo que más luz arroja acerca del carácter benévolo, fino y amoroso de la familia Leopardi, especialmente del Conde Monaldo, del poeta, de Carlos y de Paulina, son las cartas de Stella y su hijo y las publicaciones del Avoli, del Viani, del Piergili, del Aulard y de la viuda del Conde Carlos Leopardi.

Grande amor profesó al poeta su tía Fernanda, mujer sensible, amiga, consejera y consoladora del sobrino, cuyo carácter y naturaleza había logrado penetrar. Fué ella la que después del ardid llamado fuga con que Leopardi intentó coaccionar á la familia para que lo dejasen partir en busca de fortuna, logró que Monaldo lo dejase ir á Roma y aun ayudó al padre, lo mismo que el Mai, en el propósito de obtenerle un empleo en la Biblioteca Vaticana, bien que todo en vano, pues en Roma le pusieron por condición vestir los hábitos sacerdotales, en lo que el poeta no convino.

Monaldo no excusó medio ninguno por verlo feliz y satisfecho. Vez hubo en que quiso asegurarle vida tranquila por medio de un matrimonio ventajoso. Aconteció esto por el año de 1826, cuando el Leopardi se encontraba en Boloña, casi bien de salud. Son curiosas las cartas en que informa al Conde

Monaldo de las jóvenes casaderas de que tiene noticia y de las dotes que se les suponen, ya en fincas, ya en dinero sonante. Como que por aquel entonces no abrigaba él grandes deseos de casar. El intento no tuvo ningún resultado, porque el poeta hablaba del asunto con la mayor indiferencia, y pronto, con el cambio de estación, volvieron á asediarlo sus tenaces dolencias físicas y la mortal melancolía en que tan lastimoso estado le sepultaba el espíritu lleno de fatiga.

Hay, pues, notoria falsedad, en lo que tantos han escrito acerca de la tiranía del Conde Monaldo Leopardi, y exageración en lo tocante al desamor de la Marquesa Adelaida Antici. No hubiera sentido tanto el Leopardi su separación cuando, estando ausente, escribía á sus hermanos frases como estas: «Mi amor á la familia se ha acrecentado también con la distancia!» «Siento júbilo y palpitación al abrir cartas de casa.» «La consolación que he experimentado al ver la letra de mamá ha sido tanta que casi dudaba que fuese de ella.» «Besa por mí la mano á papá y á mamá, tantas veces que se haga necesario que te digan: basta !» Lo que comprueba, además, que no era la familia lo que lo alejaba de Recanati, sino el medio triste de la población y el deseo de recuperar la salud perdida y encontrar trabajo para no ser gravoso á sus padres, cuyos medios de subsistencia eran insuficientes.

III

Que Leopardi, de constitución débil, enfermo siempre y siempre entregado al estudio y á sus trabajos literarios, padecía de neurosis, es un hecho indudable, como que se deduce de su carácter y de sus escritos, y él mismo se queja de sus nervios, pero de esto á calificarlo de loco media un abismo. No conozco un neurótico de mayor juicio, ni hombre de vida más arreglada y más casta. Murió como había nacido, en perfecto estado de pureza. Sus virtudes, sus padecimientos físicos, su amor al estudio, las abstracciones de su pensamiento y la tristeza de su alma alejaron de él el instinto animal. Vivía del corazón y de la fantasía; y si no se encontraba bienhallado con la vida que la suerte le había deparado, se conformaba en cierto modo con ella. La timidez que su orgullo y la conciencia de su precario estado habían engendrado en él, eran un obstáculo para el logro de sus anhelos. No hay sensualismo ni voluptuosidad en sus manifestaciones. Con un alma ardiente y sensible á la hermosura, el fuego de su alma es intenso y devorador, pero sutil, luminoso y eterno, como la llama del santuario fomentada por las vestalès. Su amor es un espasmo casto é inefable. La primera mujer que conmovió su corazón fué su prima Gertrudis Cassi, cuando vino á pasar breve temporada en la propia casa del

poeta, que ha dejado en sus versos memoria imperecedera de aquel amor violento y puramente platónico que á la edad de dieciocho años hirió su corazón «inquieto é felice e miserando.»

Luégo encontró «no sé qué de divino que nada puede igualar» en Teresa Fattorini, doncella de dieciséis años, hija del cochero del Conde Monaldo. Es Silvia, que le llena de admiración y le inflama el alma; y aunque «no hay lengua mortal que exprese lo que él siente», ni le dice una palabra de amor ni sabe lo que ella siente por él. La tisis se la lleva prontamente, y el Leopardi llora en versos inmortales la muerte de la doncella.

Una tejedora, María Belardinelli, de extraordinaria hermosura y modestas costumbres, le inspira más tarde intenso amor. Amala desde lejos como á María Fattorini, y llórala asimismo muerta en la primavera de la vida. El mismo da á entender que se encuentra preocupado por su «miserable y despreciabilísimo aspecto.» Cree que no puede ser amado; y el pobre, giboso y enfermo, se repliega en sí mismo y se desespera amando y llorando en silencio, porque no hay para él un instante de feliz arrobamiento, un soplo acariciador de aquel divino impulso que lo lanza á la adoración de la belleza en medio de inefables conmociones. Así se comprende aquel grito del alma dirigido desde Roma á su hermano

Carlos: «Amame, por Dios, tengo necesidad de amor, amor, amor, fuego, entusiasmo, vida ...» Parece que el corazón se le rompe al infeliz.

El poeta siente la necesidad de amar y de ser amado, y se enamora sucesivamente de Mariana Brighenti, de Teresa Carniani Malvezzi, de la cantatriz Padovani, de Carlota Bonaparte y de Fanni Targioni—Tozzetti; pero de ninguna obtuvo los favores que anhelaba.

Mariana Brighenti, que recibió una carta de amor del Leopardi, supo con talento y delicadeza cortarle las alas y ser toda la vida, como su hermano Pedro, amiga fina y sincera del hombre ilustre.

La Malvezzi, mujer casada, ya de edad madura, pero graciosa é inteligente, le inspiró desde los principios tan vivas ilusiones que, según él mismo dice, vivió en una especie de delirio y de fiebre. Era escritora y aun hacía versos; lo atrae y lo alienta, y luégo llega un día en que le dice que sus visitas la fastidian, y no le consiente pretexto ninguno para continuar cortejándola. En el mismo año le pasa igual cosa con la Padovani.

En la noche del 14 de junio de 1831 lo presentaron á Carlota Bonaparte. Era esta hija de José Bonaparte, el ex-rey de España, y viuda de Napoleón Luis, hijo de Luis, el ex-rey de Holanda. Llegada á For-

li en el mes de marzo se había establecido en Florencia, en el palacio Serristori, con el nombre de Condesa de Survilliers. Hermosa y culta, aficionada á la pintura y rodeada siempre de literatos y de artistas, hizo honda impresión en el alma del Leopardi, como se ve por las cartas de Paulina, pero sus relaciones no pasaron de una fina amistad. Carlota murió en 1839, en los Baños de Montecatini.

Por aquel mismo tiempo conoció en Florencia á la Targioni-Tozzetti. Era una mujer de mundo, hermosa y coqueta. Atráelo como la Malvezzi, y lo recibe en sus salones con amabilidad y gracia. Cuentan que para avivar su amorosa conmoción estrecha sobre el corazón al hijo pequeñuelo y lo cubre de ardientes besos. Leopardi enloquece por aquella mujer. Para comprender hasta donde se sintió penetrado de amor, cómo lo rejuveneció la esperanza de obtener sus favores, y cómo cambió de ideas, de sentimientos y aun de naturaleza durante aquellos tres años de asedio amoroso, basta leer las tiernas y dolorosas poesías que ella le inspiró. Mas llegó un día en que todo el castillo de doradas ilusiones vino á tierra al soplo del desengaño. Coqueta y alegre, orgullosa de que aquel varón ilustre la corteje y la cante en sus admirables rimas, lo entretiene, lo alienta y ríe sin concederle nada, y cuando se encuentra sola con sus demás contertulianos se

burla del amor del poeta y lo llama «mi giboso.» El lo ignora, y le escribe, y siente que su pasión se acrecienta, y desde Roma, y otra vez en Florencia, le suplica y se humilla y la canta en apasionadas estrofas hasta decirle, desde lo profundo del alma, que el amor y la muerte son lo único hermoso que tiene el mundo y lo único digno de ser deseado.

El Ranieri, que le quería como á un hermano, le revela al fin la conducta cruel de aquella mujer, y lastimado al verle otra vez grave de los ojos, hostigado por la tisis, casi moribundo, se lo lleva á Nápoles buscando un clima más benigno.

De clarísimas virtudes, de talento poderoso y exquisita sensibilidad, Leopardi, cuyo renombre llenaba la Europa, había nacido sin duda para amar y ser amado, pues su defecto físico, que no era grande, y sus padecimientos, que en los primeros tiempos no fueron constantes, eran más bien una ventaja para mover los corazones sensibles; pero desgraciadamente puso siempre sus aspiraciones amorosas en mujeres incapaces de comprenderlo y de apreciar cuánto valía.

Hay que indagar y señalar las causas de toda esta infelicidad del Leopardi, como que la mala suerte que lo perseguía en sus empresas no es común, y otros individuos con sus mismos defectos físicos han alcanzado en la vida bienestar y dicha sin excesivas contrariedades de la naturaleza de las

que hacían encallar al poeta. Su neurosis tiene parte en ello, como la tiene su orgullo; no obstante algo parece obrar en él con mayor fuerza todavía, y es, sin duda, el género de vida que llevó desde la infancia. Especie de cartujo entregado á áridos estudios y á su pensamiento, que decía ser su tormento y de que no podía desprenderse, porque el hábito forma una como nueva naturaleza en el hombre, carecía de mundo, no conocía lo suficiente el corazón humano, se encerraba en sí mismo, y en tal retraimiento, víctima de la actividad secreta del cerebro, se encontraba como fuera de su centro, como en un mundo nuevo y desconocido, cuando salía de su cárcel intelectual y aspiraba á vivir la vida común de los mortales. Así no puede saberse nada de lo que nos rodea, ni penetrarse en el corazón de los demás. Su desconfianza de sí mismo, su timidez y su retraimiento venían á ser naturales en él. No podía ser un seductor ni alcanzar á combatir en un terreno desconocido, y tenía que ser en cierto modo temeroso, confiado y sencillo como un niño.

Por no estudiar estos casos psicológicamente no pocos críticos han sentado peregrinas afirmaciones acerca del carácter, de la naturaleza, de la filosofía y de las dolencias del poeta. ¡Cuántas cosas no se han atribuido al infeliz, y cuántas deducciones aplicado para

hacerlo aparecer como loco! Suerte miserable la de los grandes hombres!

Entre los escritores que han tomado sobre sí tan mísera tarea, ninguno ha ido tan lejos como Giuseppi Sergi. Empeñado en aplicar al Leopardi las doctrinas de César Lombroso en *El Genio y la Locura*, para exhibirlo como un perfecto desequilibrado, acúsalo José Sergi de padecer ambliopía mental ó sea de representarse oscuramente la realidad; de abulia, de nyctalopía, de megalomanía, de hyperestesia de la retina, y de otras enfermedades nerviosas, como preocupado con la aventurada aserción lombrosiana de que todos los hombres de genio son locos, lo que valdría decir que el talento es una locura y no un dón extraordinario, y que el sér mejor equilibrado es el asno.

La ambliopía, voz genérica que indica disminución del grado normal de la visión, es producida por toda afección que daña la retina. Según he leído en obras especiales, la origina frecuentemente la falta de corrección en los estados miópicos, hipermetrópicos, astigmáticos, esto es, el estrabismo, que tiene tal origen en más del noventa por ciento de los casos. La nyctalopía es la visión de noche, con poca luz como la del crepúsculo vespertino. Es obra del histerismo, y puede mejorarse dilatando la pupila por medio de la atropina. Cuando no proviene del histerismo indica los comienzos de la catarata. La abulia es una especie de locura en que domina

la falta de voluntad. La hyperestesia de la retina, producida por la reflexión viva de la luz en un cuerpo ó bruñido ó brillante, la sufren con frecuencia los marinos al atravesar los mares polares, á causa de los grandes témpanos de hielo, y los tropicales por la fuerte reverberación del sol en las aguas; la experimentan los que acostumbran tomar ciertas sustancias como la quinina ó la santonina; y por último, los histéricos y los que padecen de oftalmía.

De que el Leopardi sufriese á las veces de oftalmías, enfermedad demasiado común que perturba la visión y obliga á huír de la luz en tanto se padece, no puede deducirse racionalmente que su sér estuviese perturbado por las lesiones que indica el Sergi, ni que ellas fuesen de origen histérico.

Leopardi indudablemente era neurótico, pero de la neurosis ó neuropatía al histerismo media un mundo, y es error lamentable el de confundir la simple neurosis con el histerismo y la neurastenia, como á cada paso hacen tantos. La neurastenia y el histerismo constituyen neurosis que tienen asiento en el cerebro. En el histerismo, dice Blocq, el campo de la conciencia está restringido, lo que da una intensidad dominante á la idea que consigue penetrar en ella, mientras que en la neurastenia existe por el contrario una depresión real de todas las partes de la inteligencia, depresión que lleva consigo la incapacidad de realizar las ideas, esto es, determina cier-

to grado de perturbación mental, porque en los histéricos existe siempre, cuando no una pérdida total, un debilitamiento de la percepción consciente, al menos para ciertas sensaciones.

Aunque por mucho tiempo se creyó con el testimonio de Hypócrates y de Platón que el histerismo era una enfermedad propia de la mujer y desconocida en el hombre, hoy está comprobado que no es así, y que ella es tan antigua como el mundo, si bien es cierto que las civilizaciones adelantadas contribuyen á su desarrollo y propagación con los abusos, conmociones y dolores á que arrastran al hombre. Los visionarios, la mayor parte de los fanáticos, los llamados poseídos del demonio (1), no han sido nunca sino verdaderos histéricos. Uno de los orígenes del histerismo, el esencial é invariable, es la herencia neuropática: convulsivos, apoplécticos, dementes y suicidas; el otro origen, de carácter contingente y polymorfo es el agente provocador: temblores, oftalmías, perturbaciones de la digestión, atrofia de los músculos, emociones morales, y algún otro más; pero sobre todo la herencia, los antecesores ó neurasté-

(1) Satanás no es sino la personificación ó el símbolo del mal. La frase «espíritus malignos ó maléficos» expresa los diversos males que torturan el alma humana. El mal es una como sombra del bien; no se podría tener idea del uno si el otro no existiese. Por ley fatal, pero necesaria, el mal es una consecuencia del bien, como lo comprueba Crisippo en el libro IV de su tratado *Sobre la Providencia*, que cita Aulo Gelio.

nicos ó vesánicos, ó histéricos ó epilénticos, bien que la herencia no es continua y puede saltar generaciones.

La neurosis es la más común de las enfermedades crónicas, y sólo es realmente grave cuando llega á adquirir con su mayor desarrollo el carácter del histerismo, que dista ya poco de la locura, pues se revela en dolencias que perturban el organismo y en manías indomables. Leopardi era neurótico, y lo era por herencia; pero su neurosis nunca revistió los caracteres del histerismo. Su oftalmía nunca adquirió el carácter de un blefarospasmo histérico, pues en ningún documento consta que los párpados se le cerrasen, ni siquiera por momentos, con contracciones repentinas. Su nyctalopía es una invención, y una invención atribuirle la abulia fundándose para ello en su timidez amorosa, que tiene origen psicológico de otro orden, y en no haberse suicidado cuando preconizaba el suicidio y sostenía que la muerte era la felicidad suprema.

El Leopardi no preconizaba el suicidio. Cierto que en ocasión en que se hallaba en Roma, enfermo y escaso de recursos, escribió que en último caso haría lo que correspondía á un hombre; pero esta frase vaga era en el carácter del poeta un ardid para obtener dinero, como años antes lo había sido el pasaporte del proyecto de fuga con el objeto de que se le diesen la licencia y los recursos necesarios para pasar á Roma en solicitud de

trabajo y de un renombre que creía él no poder alcanzar en la pequeña población de Recanati.

Sostener otra cosa es no comprender la filosofía del Leopardi, que tiene diversos orígenes, porque no nació sólo de su propia infelicidad; y en el punto de que tratamos no se diferencia gran cosa, en concepto mío, de la doctrina del budhismo, pues no es precisamente el suicidio lo que él preconiza, sino la excelencia de la nada, el nirvana, la necesidad grande de sumergirse en el océano de lo infinito á fin de sustraerse á las agitaciones de la superficie. Es el loto flotante, símbolo terrible del nirvana, de esa ilusión infantil de la India que prohijó Eduardo Von Hartmann y acarició el Leopardi, sin pensar que la humanidad seguirá siempre en su obra de creación y de renovación, sin tener cuenta de tales prédicas filosóficas. De aquí la vida solitaria y el creer que la felicidad no existe en el mundo, que es una ilusión (maya) y sólo una ilusión de los sentidos. ¿Anda completamente descaminado en este aserto? En materia de filosofía todo es discutible, y nadie puede ufanarse de decir la última palabra. En el mundo sólo es perfectamente feliz el que cree serlo, porque todo en él es relativo. La infelicidad como piedra de toque nos enseña que el dolor es una purificación y todos estamos sujetos á él. El amor mismo, lo más grande que hay en la tierra,

cuando va hasta la exageración, cuando es exclusivo ó absoluto, reviste los caracteres del ensueño, y acaso no es más que una ilusión ó una enfermedad moral. Conocí dos amantes, adorábanse entre las sombras, casi sin haberse visto, como se adoraban Romeo y Julieta, y la oposición de los padres avivaba en ellos la pasión, próxima á una catástrofe; no obstante, por circunstancias que no son del caso relatar, cesó toda oposición, viéronse tranquilamente, y el amor desapareció. Uno de mis amigos amaba con locura á una mujer casada. No vivía sino en aquel amor, que ocupaba su pensamiento y su alma, y cada vez se enardecía más. Enviudó ella, y el amor desapareció como por encantamiento. ¡Qué abismo el del corazón del hombre! ¡Qué enigma el de la vida! ¿Qué hubiera sido de Abelardo y de Eloísa, qué de Romeo y Julieta sin los obstáculos que les enardecían el alma?

Hoy este estado del alma se desvanece por medio de la sugestión hipnótica, como cualquiera otra enfermedad moral ó nerviosa. Berillon y Lloyd Tuckey, Liebeault y De Jouy obtienen en este tratamiento resultados maravillosos. Basta un solo ejemplo. Cierta señora de edad de cuarenta años, mujer de un elevado funcionario, engañada y abandonada por su marido, se siente por ello desolada é infeliz, y no piensa ya sino en el suicidio. Toda su esperanza está en

la muerte. Es tratada por medio de la sugestión hipnótica, á la que se manifiesta sensible y obediente. Gradualmente van desapareciendo bajo tal influencia la irritación, el insomnio, la inquietud y agitación que se habían apoderado de ella; y cambia por completo, vuelve á experimentar el deseo y el placer de vivir, y no sufre más ni piensa más en la idea del suicidio. La voluntad sugerida hizo el milagro, como si las pasiones no fuesen sino una enfermedad.

No pensó nunca el Leopardi en suicidarse, y no pensó en ello precisamente porque aun en medio de sus hondos sufrimientos nunca le faltó la voluntad. Gæthe conocía bien esto del ejercicio de la voluntad cuando escribió el Werther, admirable estudio psicológico, pues privó á Werther de voluntad, para llevarlo en progresión habilísima á la desesperación y el suicidio. Si Gæthe lo hubiese dotado de voluntad, la catástrofe no hubiera sido posible.

Leopardi, además, aunque haya quien diga otra cosa, conservaba en el fondo del alma la simiente del cristianismo, y creía en Dios, como se evidencia de la lectura de sus cartas; sabía que la vida es una lucha y que la victoria es del fuerte, y no podía ocultársele que no hay diferencia entre el suicidio y el homicidio, por donde tuvo siempre voluntad y fortaleza para sobrellevar su infortunio, aunque anhelase morir, y, como

Job, se desesperase y lamentase su miseria y la del mundo, para él envuelto en tenebrosa oscuridad.

Cuando de Sanctis sienta que allí donde están sus dolores y su enfermedad están su originalidad y su excelencia, sienta una gran verdad, porque el Leopardi es un gran poeta subjetivo en grado sumo por efecto de su genio y de sus continuos padecimientos, lo que no es motivo para que se le niegue la percepción de la realidad exterior, la comprensión de la vida y la admiración de la naturaleza. Errar en el juicio acerca de las personas, de las cosas, ó de las ideas, no es carecer de percepción en ningún sentido. Todos estamos sujetos á errar. Ni menos puede considerarse ningún error como síntoma de locura. Ya dijo acertadamente Descartes que el error procede de la precipitación y la prevención, de un juicio que se basa en una observación imperfecta ó superficial de las cosas, ó de aquiesencia ciega á prejuicios sugeridos por la educación, por la costumbre ó por las pasiones.

Querer que el Leopardi en vez de ser un poeta subjetivo, hubiese sido un poeta objetivo, y lo que es más, un poeta descriptivo ó decadente, es ya demasiado, es tener escasas nociones de literatura, y especialmente de poesía; es no saber apreciar la vida del poeta, los tiempos en que le tocó

nacer, y la influéncia de la revolución política y literaria del siglo.

En todo esto no veo sino el afán de manifestarse los críticos indicados como muy peritos en estudios médico-psicológicos, y propagar las exageradas doctrinas de César Lombroso y los de su escuela, en especial lo de que todos los hombres de genio son locos.

Así, después de exagerar sus enfermedades y atribuirle otras que pudieran ser afines ó consecuencia de las que padecía, había que indagar defectos de carácter y rastrear en sus poesías y en su prosa para hallar algo que pudiera implicar degeneración.

Al encontrar en el *Canto notturno di un pastore errante dell' Asia*, aquella estrofa en que el pastor en inefable contemplación de la luna y del inmenso espacio, pregunta: «A qué tantas luces? ¿Qué hace el aire infinito, y aquel profundo infinito sereno? ¿Qué quiere decir esta inmensa soledad? ¿Y yo que soy?» al encontrar asimismo en la canción *L' Infinito* que la melancolía, la soledad, la grandeza, la vista é impresión de la naturaleza, levantan su espíritu y lo sobrecogen de pavor y asombro como si descubriese á Dios, fuerza era acusarlo de misticismo para darle un nuevo tinte histérico. No obstante, aun concediendo que esa admiración y esos sentimientos naturales en el pensador, fuesen indicio ó prueba

de misticismo, ¿ quién ha afirmado que este sea siempre producido por el histerismo ?

Aun yendo hasta la alucinación y el éxtasis, el misticismo, distinto del fanatismo, no es siempre expresión de locura; para que lo sea es necesario que la alucinación y el éxtasis revistan el carácter permanente é irresistible de la enagenación mental, como acontece en muchos histéricos, porque entonces revela una perturbación patológica constante del organismo cerebral. Sólo cuando constituye una monomanía puede y debe considerársele como una de tantas formas de enagenación mental. El misticismo filosófico, el que concibe de tal ó cual manera las relaciones del hombre con el Criador de los mundos, tampoco puede conducir á la locura, sino cuando es permanente y persistente, porque en este caso termina por hacer anormal el ejercicio de la inteligencia. El fanatismo mismo, en muchos casos, no es sino una simple pasión. Mas parece que para el Sergi toda pasión es locura, supuesto que la pasión por el estudio y la actividad del pensamiento del Leopardi se le presentan como signos de grave degeneración. Olvida que el desgraciado poeta no tenía otra distracción ni otro consuelo, que amaba la gloria, y que una pasión normal nunca ha sido locura. La pasión, natural en el hombre, es una calidad moral. Sin pasión no habría amor ni caridad, heroísmo ni gloria. El mundo moral estaría aún más desierto, y sólo imperarían la pobreza y

la nulidad de las cosas, dando así la razón á todos los pesimistas y ateos. La pasión es el aguijón de la virtud humana y el primer obrero de la grandeza del hombre. Un hombre sin pasión nunca alcanzará á salir del común de las gentes; y es necesario que la pasión suprima la moral en el hombre y lo arrastre al desvarío, para que constituya locura. Esto sucede con todas las pasiones, que sólo son demencia cuando pasan de los límites razonables por una fuerza irresistible que no está en el individuo contrarrestar, y lo arrastra ciegamente á actos censurables que implican lesión de la voluntad y del juicio.

Mas, ¿son éstos todos los cargos? Nó, los críticos lombrosianos caen asimismo sobre sus viajes, su orgullo y su ya indicada timidez amorosa. Sus viajes en busca de salud y de trabajo; sus viajes á algunas ciudades de la misma Italia, le acarrean el calificativo de vagabundo, impulsado por la necesidad irresistible de locomoción, lo que indicaría un carácter de degeneración mental ya muy avanzado. Basta leer las cartas del poeta y las de su familia para ver de resalte lo absurdo y aventurado de tal afirmación.

Parejas corre con este cargo el de su indiferencia ante los monumentos y pinturas de Roma. Leopardi, en verdad, prefería la poesía y la música á toda otra manifestación artística. En sus cartas habla de ellas y flagela á los anticuarios porque se le presenta ocasión para ello. Por otra parte, su familia

conocía á Roma, donde vivía gran parte de ella, y él mismo debía estar familiarizado con todas las grandezas de su patria. Las ciudades de la Marca de Ancona, de donde él era, están llenas de recuerdos de los sabinos y siracusanos, de los galos y los godos, de los lombardos y los latinos. Allí resuena aún el grito de guerra de los turcos, y vagan las sombras bárbaras de Totila y Belisario. En ellas hay ruinas, monumentos, cuadros y edificios grandiosos. En Ancona está el arco de triunfo de Trajano y el de Clemente XII; allí se conoce á Tibaldi y al Ticiano, á Lippi y á Francesca; allí la admirable catedral, antiguo templo de Venus, con su famoso pórtico. En Loret, la Santa Casa, llevada de Nazareth, y los prodigiosos regalos de los soberanos, desde Catalina de Medicis hasta Napoleón, y pinturas y esculturas de grandes maestros, como Rafael de Urbino y Julio Romano. ¿A qué citar más? No era un ciego que recobraba la vista en Roma. Por eso lloró como un niño sobre la tumba del Tasso, al comparar la humildad de ésta con la grandiosidad de los monumentos romanos.

Su orgullo tampoco implica degeneración mental, como que no cae el Leopardi en el lujo ni en excesiva ostentación, ni en atribuirse talentos ni grandeza que no posea, ni en el aplastamiento de los demás, sino que es simplemente la conciencia del propio valer, y esto sin exageración, pues en todo tiempo aceptaba indicaciones de sus amigos, consul-

taba el gusto de mujeres inteligentes y no literatas, y por último, de sus propios trabajos desechaba unos y tildaba y corregía otros cuando ajenas observaciones le parecían acertadas. Para afirmar esto me fundo en el *Epistolario*, principalmente en la carta que el 28 de abril de 1820 dirigió al abogado Pedro Brighenti relativa á observaciones acerca de la canción *Nello strazio di una giovane*, que al fin no publicó y aun permanecía inédita por el año de 1892. Encuentra justísimas las observaciones del abogado y le agradece otras que le trasmite, y le agrega: « lo miro todo como prueba cierta de lo que ya había dicho á Ud., porque mi pobre juicio y la experiencia que según acostumbro había hecho en señoras y otras personas no literatas, felizmente bastante más perspicaces que las otras, me habían persuadido de lo contrario. Ahora advierto que me había engañado. »

Su amor, que era puro, casto, platónico, por efecto de una timidez natural cuyas causas he señalado ya, tampoco presenta rastros de degeneración mental. El erotismo del desequilibrado tiene otro carácter: es uno como delirio intelectual que se acrecienta gradualmente y termina casi siempre de modo fatal, ó por el suicidio ó por el homicidio.

No creo yo que el genio sea una especie de locura, ó, como entienden otros, que el genio y la locura sean una misma cosa. Sostenerlo es absurdo, aunque

entrambos tengan origen en el cerebro. Antes creo que Lombroso y Sergi, aglomerando defectos comunes al hombre y olvidando el poder del raciocinio y del juicio en el hombre de genio, son los verdaderos locos, dominados por una manía irresistible. La locura procede de perturbaciones neuróticas originadas las más de las veces por tendencias mórbidas hereditarias que lo mismo que otras enfermedades se desarrollan en ciertos individvos espontáneamente, y en otros por accidentes propicios á ello; en tanto que el genio es un dón singular que determina mayor desarrollo en las células cerebrales por medio de la meditación y del estudio, como súcede en el ejercicio de todas las fuerzas naturales. De cierto que un desarrollo desproporcionado puede ser causa de locura ó de idiotismo, y así es como me explico que el hijo de Tácito y el de Bernardino de Saint Pièrre fuesen idiotas; que este mismo padeciese al fin la manía de la persecución, y que el Tasso y Swift, y Comte y Linneo y Zimmermann muriesen locos. De esto no puede deducirse que la locura sea la frontera del genio, puesto que son muchos los grandes talentos perfectamente equilibrados, y muchos los hombres vulgares, sin genio y sin talento, que mueren locos, ó alucinados, ó maniáticos, ó suicidas.

Hablando de la salud y de la enfermedad, sienta Claudio Bernard que en reali-

dad no hay entre estos dos modos de existir sino diferencias de grado; y que la exageración, la desproporción, la desarmonía de los fenómenos normales constituyen el estado enfermo. ¿Por qué singular aberración habría de atribuirse la anormalidad á todos los hombres de genio? En verdad, parece que hoy sopla en el mundo un viento de locura . . .

Acaso no haya nadie en normal estado de salud, como que todo en el mundo es imperfecto, y la vida una perpetua lucha. La psicopatología comprueba que existen numerosos estados mentales que constituyen una zona intermedia entre la exacta normalidad de todas las facultades y las legítimas enfermedades mentales. En esta zona se halla un gran número de simples neuróticos, y nada hubiera dicho yo acerca del asunto, si entre estos se hubiese colocado al inmortal autor del canto *A la Italia.*

IV

La filosofía del Leopardi ha dado motivo á discusiones y escritos varios en el intento de indagar y fijar su origen. Atribúyenla los más á los propios dolores y desventurada vida del poeta, y algunos á resultado de sus estudios, bien que sin señalar cuáles fueran estos. Leopardi mismo protesta contra la primera aserción, y sienta que su filosofía procede de sus estudios filosóficos, de sus meditaciones, y de

la observación del mundo. Paréceme, no obstante, que de todo hay en ella, y que, engendrada positivamente por sus estudios metafísicos, se le desarrolló con facilidad en el cerebro como una planta en terreno abonado.

No sé que el Leopardi conociese la célebre obra de Guillermo Godwin.

Por el tiempo en que él estudiaba y escribía en Recanati estuvo por Italia Arturo Schopenhauer, que ya había dado á la luz su principal obra: «*El mundo considerado como voluntad y como fenómeno*»; mas no hay noticia de que ellos se hubiesen conocido, ni de que el Leopardi hubiese oído siquiera hablar de él ó de su obra.

Asombra esto á algunos críticos por la semejanza que encuentran entre las doctrinas pesimistas de entrambos. Pero, aparte de que olvidan la influencia de las ideas filosóficas que venían desarrollándose por aquella época, ¿cabe asombro en ello? ¿Es nuevo el pesimismo? Y si no es nuevo, ¿no pudieron el uno y el otro beber en las mismas fuentes? Los principios fundamentales de estos pesimistas poco se diferencian, como he dicho ya, de los principios del budhismo. Sin ir tan lejos, la escuela cirenaica, fundada por Arístipo en el placer y el dolor, fué precursora no sólo del epicureísmo sino también del pesimismo. Uno de los maestros más notables de esta escuela, Hegesías, considerando que la feli-

cidad era el único fin de la acción humana, investiga cómo podría obtenerse ella, y pára en sostener que la felicidad es imaginaria y escapa á todos nuestros esfuerzos porque los males sobrepujan á los bienes y ni los bienes ni las alegrías tienen nada de real ni de durable. ¿Se diferencia esto de la doctrina de la infelicidad sostenida por el Leopardi? Pues bien, Hegesías afirmaba como él que la vida sólo parece un bien al insensato, que los sentimientos humanos y la libertad misma eran todos bienes ilusorios, propios para embriagar á los espíritus vulgares, de suerte que le parecía que el hombre debía desear la muerte.

Al leer á Hegesías cualquiera creería estar leyendo al Leopardi ó á Schopenhauer, tan vivo está ahí el pesimismo de los dos filósofos, y no digo la desesperación y el dolor, porque yo no confundo al Leopardi con Schopenhauer. Observo que los filósofos griegos conformaban su vida y sus actos todos con las doctrinas que profesaban, como si ellas fuesen parto de profunda convicción, en tanto que los alemanes se entregan á las abstracciones metafísicas como á un gimnasio intelectual, sin tener para nada cuenta, en su género de vida, de las doctrinas que proclaman; bien que ellos con su humor tétrico y su natural melancolía sean los más empeñados en interrogar la misteriosa esfinge del destino humano.

Leopardi, por sus sufrimientos y su soledad, y Schopenhauer por su condición de alemán, eran terreno preparado para que la semilla del pesimismo heleno prendiese y fructificase; pero la vida del Leopardi, como acontecía entre los griegos, se conformaba con sus principios filosóficos, que aparecían en sus actos, en su misantropía, en su ironía y en sus rasgos de escepticismo, que los tenía á las veces bastante amargos.

Por otra parte, estas doctrinas de la infelicidad que aspiran al descanso de la muerte poca disparidad tienen en el fondo con las del ascetismo, tal como lo entendían ciertos heresiarcas cristianos que fundaban la felicidad en la beatitud, en el reposo eterno del alma y del cuerpo. Así, el Leopardi va á parar en el aniquilamiento, en la nada, y Schopenhauer en el celibato absoluto, que determinaría la destrucción de la humanidad y del mundo, esto es, en el nirvana ilusorio y fantástico. Con todo su gran talento y su sinceridad, este loco que con cierto cinismo abomina de todas las mujeres como si en el curso de su vida no hubiese conocido sino burdeleras, no es propiamente un filósofo ni un fisiólogo, sino un romántico supersticioso y tétrico, un hipocondríaco que ha hecho una mezcla confusa del budhismo y del protestantismo, del idealismo y del realismo, de Hegesías y de Platón, de Lutero y de Bichat, de Kant y de Shelling, sólo por aparecer rebelde y demagogo en

materias filosóficas como para que se le considere fundador de un nuevo sistema.

Para los pesimistas de esta escuela el mundo es malo, es el peor de los mundos posibles, y sin duda piensan que ellos lo hubieran hecho mejor, aunque no alcancen á darse cuenta del objeto de la vida ni del fin á que tiende la creación. No ven que el mundo es un conjunto de bienes y de males, que la naturaleza es una maravilla, que la vida es hermosa, que es un dón el vivir, y que la infelicidad, en gran parte, proviene de la propia conducta del hombre, cuyos resultados pueden extenderse por herencia á la prole y aun saltar generaciones, estando como están distribuidos el bien y el mal, la luz y la sombra, el amor y el odio, la felicidad y la desgracia, de modo que se compensan en el obrar de la existencia, y que no puede concebirse cosa ninguna, ni moral ni material, en la vasta creación, sin concebir al mismo tiempo la contraria, porque de tal modo lo ha medido y pesado todo la sabiduría divina, que de la justa armonía de estas partes resulta la maravillosa perfección de la obra del universo. El hombre no debería quejarse, porque para apreciar el origen y los resultados de lo que tiene presente ha sido dotado de inteligencia y libre albedrío.

Si el mal reina de modo tan absoluto, la culpa es del hombre, y de él si trasmite la herencia del dolor y de la infelicidad. No es necesario el ascetismo para ser feliz en el

mundo. Bastan la moralidad, el orden, la virtud; basta no abusar de ningún dón de la naturaleza, no traspasar los límites de lo justo. Veríase entonces que la suma de males no es mayor que la suma de bienes, y que este mundo, tal como ha sido creado, es una obra sabia, y el mejor de los mundos posibles.

Que es el mejor de los mundos posibles, confiésalo Eduardo Von Hartmann, el discípulo más aventajado de Arturo Schonpenhauer y filósofo superior al maestro, bien que al mismo tiempo sienta que el mundo es detestable, lo que es mezclar confusamente el optimismo y el pesimismo.

No obstante, Hartmann, como buen filósofo alemán, se áparta en la práctica de los principios que predica, cásase, forma una familia, y él mismo nos hace una pintura encantadora de su hogar, de su mujer, de sus hijos, de su felicidad, en fin.

Ya he dicho atrás que las doctrinas de estos filósofos de la voluntad, van á parar en las mismas conclusiones de las del filósofo de la infelicidad.

Lógico es suponer asimismo que el Leopardi hubiera hecho igual cosa que Hartmann, á permitírselo su estado y circunstancias personales, como que proclamaba la necesidad de amar y de vivir, que le llenaba el corazón; y á la vez que clamaba contra los amigos y la humanidad, llevaba amistad íntima y abandonada con Giordani y Ranieri, con Brighenti y Vieusseux, y con

muchos más, y no tenía por qué quejarse de ellos, que lo amaban, lo admiraban, y lo favorecían al extremo de facilitarle sus viajes brindándole hogar y recursos, y de asistirle abnegadamente como á un hermano ó un hijo; pero la hipocondría y el pesimismo, que en estos casos son una misma cosa, no pasan de ser en él, en ciertas ocasiones, una ofuscación del entendimiento, una enfermedad moral determinada por sus lecturas, á una con su neuropatía y sus padecimientos.

Así, el que un día cantó:

Eterno Dio, per te son nato, il veggio,
Che non è per quaggiù lo spirto mio,
Per te son nato e per l' eterno seggio.

(Eterno Dios, para tí he nacido, lo veo, que no es para aquí abajo el espíritu mío; para tí he nacido y para el eterno asiento); el que escribió el *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*, y en defensa de la religión cristiana analiza y combate las supersticiones del paganismo de Grecia y de Roma, con el propósito de desterrar los restos de ellas que prevalecen en el pueblo italiano, cae por sus estudios y su mísera vida en una filosofía desesperante; y sin embargo, años más tarde, escribe *El Sueño*, llora como el Petrarca á la mujer amada, cree que se le aparece, y no la juzga muerta sino triste, con el semblante de los infelices; y cuando ella le aprieta la diestra y

lo exhorta á vivir, él le pregunta: ¿«Dónde, y cómo has venido, oh querida beldad?» como si en lo secreto del alma pensase en otra vida inmortal.

Morta non mi parea, ma trista e quale
Degl' infelice è la sembianza. Al capo
Appressommi la destra, e sospirando,
Vivi, mi disse, e ricordanza alcuna
Serbi di noi! ¿D' onde, risposi, e come
Vieni, oh cara beltà?....

Y es el mismo que en sus últimos días vuelve el corazón y el pensamiento á Dios, de quien nunca se separó por completo, y ruega á su padre y á su madre que pidan para él tranquila y buena muerte. ¿Era ateo el Leopardi? En sus cartas de diversas épocas abunda el «ruega á Dios,» «quiera Dios,» «Dios nos conceda,» como expresión de un deseo natural.

¿Vivía, como he dicho ya, en el fondo de su corazón la semilla materna de la religión cristiana, con la imagen de Dios y el sello divino de la inmortalidad del alma? Creo que vivía oculta en él, y que en ciertos instantes la lucha del corazón y el cerebro debió de ser uno de sus mayores tormentos, y tanto mayor cuanto más silencioso y solitario.

En los *Dichos memorables de Felipe Ottonieri*, el cual nombre no es más que un seudónimo, como confiesa el autor mismo en una de sus cartas, que en este instante no recuerdo; en el *Diálogo entre la*

Naturaleza y un Islandes; en el *Cántico del Gallo selvático*, y en otras de sus *Obrillas Morales;* en sus *Pensamientos*, y en poesías como «*Amor y Muerte*,» «El Infinito,» «El Canto nocturno» «Solitaria,» «La Retama ó la Flor del Desierto,» es donde principalmente se encuentra toda la filosofía del Leopardi, su honda melancolía, el tedio que lo dominaba, y la idea fatal de la nulidad de la vida y la liberación y felicidad del hombre en el seno de la muerte.

Esta filosofía no es un cuerpo de doctrinas, no es un sistema completo que pueda exponerse y analizarse científicamente, sino que resulta de sus ideas y sus lamentaciones acerca de la vanidad de todo y de la infelicidad de la vida. No discute á Dios ni la inmortalidad del alma, y aunque á las veces parece no creer en ellos, según habla de la cobardía y engaño del hombre y de la crueldad del destino humano, de la nulidad de todo y de la felicidad de morir, ya se ha visto por lo que atrás he indicado, que creía en Dios y conservaba oculta en lo recóndito del corazón la semilla de la religión cristiana, la influencia del medio familiar en que se había criado. La pureza de su vida toda, honrada y casta, es otro testimonio de ello. Tal fenómeno no es nuevo, y menos en el alma de un desgraciado, propensa siempre á los pensamientos sombríos y desconsoladores. Ya he dicho que este pesimismo del dolor es muy

viejo, y he comprobado que su filosofía es muy antigua. Hasta Salomón hallaba que todo era vanidad, y Job maldijo la hora en que nació y suspiraba por el sepulcro, donde van á descansar los de las fuerzas cansadas. Entre Leopardi y Schopenhauer no hay mas que afinidad y puntos de contacto, porque el filósofo alemán era un pensador sistemático y extraviado por sus estudios, un expositor de un método filosófico; y el italiano un poeta en quien dominaban el corazón y la fantasía impidiéndole formar mejor concepto de la vida y profundizar y desarrollar sus mismas ideas pesimistas, bien que parece bebieron estas en la misma fuente, tanto el alemán como el italiano. En Leopardi el problema de la vida tiene más relaciones con la ética que con la psicología. Su verdadero ideal es la felicidad, porque es lo que llora y lo que anhela, lo que ve al través de sus lágrimas y sus dolores, aun cuando condena el mundo y suspira por la muerte.

Ni leyendo á «Felipe Ottonieri» y sus «Obrillas Morales» olvida úno que quien habla es un poeta, y un poeta desventurado, por lo que inspira siempre amor y conmiseración y nos domina con su convicción arrebatadora sin lograr arrastrarnos al desencanto y la desesperación que le llenaban el alma.

El Gallo Selvático, calificado de monstruo por críticos que no tenían los conocimientos del Leopardi ni conocían los orí-

genes de su filosofía, ó de las influencias que á una con su dolor la determinaron, es más bien un prodigio; el gallo selvático, el gigantesco animal que toca la tierra con los pies, y con el pico el cielo, y canta la muerte del género humano y del universo, no es creación de un loco, como entiende el Sergi, sino un símbolo tomado del Talmud; simbólicas son asimismo las figuras del Islandés y la Naturaleza, y simbólica la creación del género humano; lo que comprueba que el Leopardi, lo mismo que Homero y Virgilio, el Dante y Gœthe, estaba versado en la antigua filosofía simbólica, tan dada á tratar de los arcanos de la vida humana.

Claro que el Leopardi lo juzga todo desde el punto de vista en que se había situado, y que al lado de observaciones justísimas hay otras discutibles y aun inexactas, como sucede siempre en todos los pensadores, pero esto en nada perjudica su gran talento y su pasmoso saber.

Por ejemplo, en los *Pensamientos (Pensieri I.)* dice que «por naturaleza y por la tendencia del ánima á juzgar á los demás por sí misma, su inclinación no había sido la de odiar á los hombres, sino la de amarlos,» lo que es muy hermoso. Pero más adelante sienta que «el mundo es una liga de los bribones contra los hombres de bien, y de los viles contra los generosos. También suelen ser odiadísimos los buenos y los generosos, porque ordinariamente son

sinceros y llaman las cosas por su nombre, culpa no perdonada por el género humano, el cual no odia nunca tanto al que hace el mal, ni al mal mismo, cuanto al que lo nombra ó señala.»

La observación es exacta en casi todos sus puntos, pero el pensador no penetra bien las causas. En su sombría imaginación no alcanza que no es la honradez, ni la generosidad, ni aun la sinceridad, lo que motiva que tales individuos sean odiados, sino la falta que revelan de circunspección y el poco conocimiento del mundo. A conocer el Leopardi más prácticamente la vida humana, hubiera observado que igual cosa y con mayor frecuencia acontece á otros que no son ni honrados, ni generosos ni sinceros, y que en el mundo son en mayor número los perdidos que quieren pasar plaza de hombres de bien condenando hipócritamente el mal y preconizando la virtud de palabra y por la prensa, porque la verdadera probidad, la generosidad y la grandeza de alma no están tan menesterosas de respeto, de admiración y de amor. Aunque Leopardi mismo pretenda lo contrario, no es él propiamente un gran pensador, sino un instintivo impulsado por el dolor. En medio de sus ideas dolorosas, de sus abstracciones filosóficas, aparece la imaginación del poeta, vestida de luto, es verdad, pero fantástica y viva, espontánea é ingenua. Por esto encuentra el mundo vacío, sin otra realidad que la nada y el dolor; por esto en su

interior ve á Dios y le encomienda la felicidad de los suyos, y no le ve en la extensión del universo; siente lo infinito del amor, y no lo encuentra; practica y ama la virtud, y la juzga un sueño; y un sueño la gloria, que le desvela; un sueño la libertad, que le arranca estrofas maravillosas; y un sueño todo; y de todas estas sombras de su alma, de todas estas negaciones se ve surgir, como de un océano de lágrimas, el ideal del poeta: otro mundo hermoso y lleno de felicidades, de virtud, de amor, de libertad, con el Dios que sentía iluminarle lo recóndito y secreto de la conciencia. Por este pesimismo extraño; por esta duda tan humana que le roe el alma; por esta obsesión del eterno problema del universo; por esta su vida dolorosa, y esta su ingenua sinceridad de sentimiento, es por lo que la poesía del Leopardi vive y no perecerá nunca.

Luégo, el Leopardi, que así habla de odio á los hombres, ¿á quién odiaba, rodeado como vivía de innúmerables amigos, de lo más ilustre en las letras y en las ciencias? A decir verdad, yo no le conozco más que un odio, el que profesaba á Nicolás Tomasseo, poeta italiano, nacido en Sebenico, de Dalmacia, el año de 1802, cuatro años después que el Leopardi. En cartas de 3 de octubre de 1835 y de 22 de diciembre de 1836, dirigidas á París al sabio profesor Luis De Sinneo, el Leopardi habla con odio y desprecio del Tomasseo, «un asno italiano, dice, antes dálmata, llama-

do Nicolás Tomasseo, cuyas sublimes lecciones lo tuvieron ocupado (á Alejandro Poerio) en los últimos días de su estada en París. » « Y aquel bestia loco de Tomasseo, que despreciado en Italia se hace pasar por un grande hombre en París, y que es enemigo personal mío, se tomaría la pena de disuadir de tal empresa á cualquier librero. »

Trataba el Leopardi por aquella época de publicar un volumen de prosa y de verso con sus principales trabajos, ordenados y corregidos por él mismo, y estaba persuadido de que los obtáculos con que tropezaba provenían de Nicolás Tomasseo.

De esto dice asimismo algo el Ranieri en su obra *Sette anni di Sodalizio*, vividos con Jacobo Leopardi.

Qué motivase aquel odio no puedo asegurarlo, pero es de colegirse que tendría origen en alguna ofensa del Tomasseo y no en rivalidad ninguna del Leopardi, porque el dálmata distaba mucho de la grandeza literaria del recanatés, que con aquella despreciativa frase « italiano, antes dálmata, » quería recordar las vicisitudes de Dalmacia, que fué como dice el Tomasso en su canto *Alla Dalmazia*,

Serbica e Turca, ed Itala e Francese.

El Tomasseo vivió hasta el año de 1874, en que murió, ya ciego, pensando en Dalmacia.

Lo que más notoriedad le dió, años después de muerto el Leopardi, fué su largo destierro como revolucionario, y más luégo su

prisión en Venecia. El pueblo lo libertó en 1848, lo llevó en triunfo con Daniel Manín, y lo eligió miembro del Gobierno provisorio al lado del Dictador.

Tal vez el juicio del Leopardi acerca del Tomasseo partiese de algún simple dicho de éste, abultado y exagerado por el orgullo herido y la neuropatía del solitario de Recanati; y acaso el dicho del dálmata se originase en la lectura del poema *Paralipomeni della Batracomiomachia*, donde, con su sátira fina y acerada, toca el Leopardi á la secta carbonaria de que formaba parte Nicolás Tomasseo:

Allor nacque fra' topi una follia
Degna di riso piú che di pietade,
Una setta che andava e che venia
Congiurando a grand'agio per le strade....

El poeta había traducido *La Batrachomyomachia*, ó combate de los ratones y las ranas, poema heroico-cómico, erróneamente atribuido á Homero, pues es una parodia de la Ilíada, y ni ningún autor hace la parodia de sus obras ni está ello en el carácter con que aparece en la historia el ilustre ciego de Chío. Esta obra, en que se imita el estilo y la grandeza de Homero, es una de las más bellas manifestaciones de la poesía coliámbica. Los principales personajes son *Pilla-Migajas*, *Roe-Pan*, *Registra-Marmitas*, *Mofletuda*, *Trágalo-Todo* y los dioses del Olimpo. La gracia y la finura campean en toda la obra.

Roe–Pan representa á maravilla el papel del patético viejo Príamo, y no obstante, no ridiculiza al desgraciado padre cual lo hace Scarron en el *Virgile travesti* con el piadoso Eneas, *bastardo devoto y poltrón*, como dice el abate Barthélemy.

Esta traducción le inspiró al Leopardi la idea de escribir los *Paralipomenos de la Batracomiomachia*, es decir, lo que el autor de ésta había callado en la relación de la guerra de los ratones y las ranas. Consta el poema de ocho cantos escritos en magistrales octavas reales, y por el mérito de la versificación, la sátira, la ironía, y el maravilloso *quid divinum* del poeta, que nunca fué por él abandonado, es una de las obras más importantes del Leopardi, y en nada queda atrás del mérito de la *Batracomyomachia*, que fué escrita en solo trescientos cinco versos exámetros y dividida en tres cantos.

En el *Paralipomenos* vuelven á aparecer los mismos personajes de la *Batracomyomachia*, mas la obra es toda ella una sátira de los acontecimientos y costumbres de Italia por el año de treintiuno, y no es difícil reconocer en los ratones á los italianos, y á los sacerdotes en las ranas. Cierto celoso escritor clerical quiere ó supone que el autor se refiera á la lucha de los napolitanos del año de 15 al 20, esto es, á los austriacos y á Murat, sin considerar que quedarían así oscuros muchos puntos. En mi humilde concepto es un tra-

bajo admirable. El final es habilísimo, pues habiéndose enviado á los infiernos un embajador de los ratones, guiado por un Genio, como el Dante por Virgilio, cuando el embajador, que se burla de todas las religiones, pregunta por la suerte reservada á los italianos, Leopardi dice que el manuscrito de donde tomó la relación de aquellos combates estaba roto. Por donde quiera aparece el patriota incrédulo y desengañado.

En este poema ríe el poeta con esa risa nerviosa, envuelta en lágrimas, que es siempre la suya, y me hace el efecto de la risa de un moribundo.

Y así ríe en varios de los diálogos de sus obrillas morales, y ríe de todo, de lo que ha amado, de lo que llora, de lo que ha echado menos, de la felicidad, de la mujer querida, de la ilusión, de la gloria....En ciertos momentos, este neurótico, con su gran talento y su gran corazón, con su irónica risa y sus lágrimas ardientes, pequeño, giboso, atormentado por todos los dolores del alma y del cuerpo, parece uno de los personajes sombríos del Dante, y en vano piensa úno en sus claras virtudes, en su corazón sensible y patriota, en su alma buena, en su castidad de virgen, en los torrentes de harmonía que brotan de su ingenio, porque la obsesión es poderosa, el sarcasmo domina, el hastío se entra en el alma, el veneno amargo cae en ella gota á gota, y estamos á punto de creer que la razón

está toda de su parte, que todo es soñación, y un engaño la vida y el mundo....

En verdad, creo que eso no es filosofía, sino el dejo amargo de un grande infortunio....

La prosa del Leopardi tiene el sello imborrable de sus estudios clásicos, es clara, sencilla, fácil y artística al mismo tiempo, es como un río de aguas limpias y sanas que rueda mansamente por sobre arenas de oro, y esto es lo que hace que úno la lea con encanto y se divierta y no se hastíe con sus constantes lamentaciones y su pesimismo extraño y desconsolador. Hay que admirar en ella sobre todo la sinceridad y la fuerza, la profunda convicción con que expone sus ideas, aun las más contradictorias, pero no debe olvidarse que era un alma honrada y estaba sujeto por la naturaleza de sus padecimientos, y aun por la variedad de sus estudios, á alternativas y crisis profundas.

Así, él, que se abate y se hunde á las veces hasta no ver otro remedio al mal que la felicidad del morir, se ufana en *La Ginestra ó il Fiore del Deserto* de poseer todo el valor que se necesita para enfrentársele al dolor y soportarlo, y censura la cobardía de los hombres que huyen de él.

Hace más; él, que ha dicho que la Na-

turaleza, á pesar de su crueldad, se ingenia astutamente con benévolos ardides para ocultar á los hombres su verdadera condición, que si no les da la felicidad es probablemente porque no es tal su oficio ó porque la felicidad es un puro capricho del mortal, pero les da la ilusión, que reemplaza á ésta; él, que ha dicho y repetido todo esto, dice en *La Ginestra* que es noble el que se atreve á levantar los ojos mortales contra el destino común, y francamente, sin adulterar la verdad, confiesa que el mal nos ha sido dado en herencia y que nuestra condición es miserable y quebradiza; noble el que se muestra grande y fuerte en el sufrimiento, y no acrecienta sus miserias con los odios, con las cóleras fraternales, aun más pesadas que todos los demás males, acusando al hombre de su dolor; sino que atribuye la falta á la verdadera culpable, á la que realmente es madre de los mortales y se ha constituido por su voluntad en madrastra.

.....ma dà la colpa à quella
Che veramente è rea, che de' mortali
E madre in parto ed in voler matrigna.

Cuando escribió el *Diálogo della Natura e di un Islandese* parece que vacilaba acerca de estas mismas conclusiones, pues cuando la Naturaleza debía contestar al curioso is-

landés dándole la explicación de tales misterios, el Leopardi, como contrariado ó lleno de hastío, hace que aparezcan dos leones, tan arruinados, débiles y hambrientos, que apenas tuvieron fuerzas para comerse al islandés, aunque, según dice él, algunos negaban este caso y aseguraban que un viento tempestuoso lo había derribado, y edificado luégo encima de él un magnífico mausoleo de arena, bajo el cual, disecado perfectamente, se transformó en una bella momia, que fué conducida más tarde por ciertos viajeros á uno de los museos de Europa.

Por este final del Diálogo parece más bien que el Leopardi, versado en la magia blanca ó filosofía de los antiguos egipcios y caldeos, quiso presentarnos el castigo de los que pretenden penetrar los arcanos de la naturaleza y apoderarse de sus secretos; mas, siendo así, resulta una nueva contradicción en sus ideas filosóficas.

Lo que puede deducirse de todo esto es, como he dicho ya, que el dolor tenía gran parte en la filosofía del Leopardi, y que con toda su sinceridad y su energía, ella no estaba tan profundamente arraigada en su alma como han pretendido ciertos críticos.

La verdadera grandeza literaria del Leopardi, su gloria inmarcesible, está principal-

mente en su ingenio artístico y luminoso, en su maravillosa poesía que revive la memoria de los grandes poetas helenos, tan perfecto así es su peregrino estilo, ya escriba en verso, ya en prosa, ora trate un asunto burlesco, ora remonte el vuelo de la inspiración á lo infinito, ó descienda á las tenebrosas oscuridades del dolor, porque el estudio continuo de los clásicos griegos y el culto sereno del arte, lo habían dotado de una como segunda naturaleza, fina y harmoniosa, fúlgida y fecunda, modelo incomparable de gusto y de belleza.

Su perfección en el estudio de los modelos antiguos, asombro de las edades, llegó á tanto que cuando lo quiso engañó á los sabios y á los poetas, como sucedió con el *Himno á Neptuno*, que hizo admirar como obra de incierto autor heleno.

Hay algo, no obstante, que deja hondo vacío en su poesía, á pesar de su sensibilidad, de su pensamiento profundo, de su vivo anhelo de amar; y es precisamente la falta del amor correspondido, la falta de fe en las grandes pasiones y de esperanza en otra vida inmortal. Pero enfermo, solitario y triste, y lleno de ideas descosoladoras que luchaban por apoderarse completamente de él, ¿ qué podía hacer con todo su talento, su gran corazón y su ingenio ? Adorar la

belleza como un ideal imperecedero, y por eso dijo que la belleza era la escuela de las pasiones vivas: y fué la suya, y no tuvo otra, y es la que forma la unidad de su obra.

Por esto Silvia y Nerina no pueden compararse con Beatriz y Laura, aun considerando á estas como creaciones ideales del Dante y del Petrarca.

Patriota, y gran patriota, sus cantos á la patria caen en el pesimismo que le desgarraba las entrañas; y cuando todos, guerreros y poetas, sueñan y esperan la resurrección de Italia, él, sólo él permanece incrédulo y llora la esclavitud, las desgracias y la vergüenza de la patria, hasta sentar que si sus ojos fuesen dos fuentes vivas jamás sus lágrimas podrían igualar la miseria y la vergüenza de Italia.

Y sin embargo de ser tales sus cantos y de haber dado motivo á que espíritus estrechos lo acusen de falta de patriotismo, nada ha contribuido á levantar el espíritu italiano y á encender su corazón, como estas lamentaciones y estos cargos del Leopardi.

Garibaldi y Cavour decían públicamente que no á la espada de sus guerreros, sino á la lira de sus poetas debía Italia su restauración y su libertad; y sin duda al hablar así, el guerrero y el hombre de Estado pensaban no sólo en la pléyade de poetas–soldados que presentaron el pecho á la metralla en san-

grientos combates, sino principalmente en los que encendieron la santa cólera del patriotismo, en las poderosas estrofas del Leopardi, de aquel «pálido amante de la muerte» que naufragaba en el mar del infinito, con la tristeza solitaria y el pesimismo que ya se habían infiltrado en el gran corazón de Hugo Fóscolo al pensar en la esclavitud de la patria. La falta de fe del Leopardi y sus soberbias imprecaciones tenían que conmover el alma italiana y encolerizarla contra los tiranos.

Su patriotismo era tan proverbial que, cuando el Giordani y otros patriotas tramaron una conjuración con el propósito de libertar á Italia, se propuso que los directores de ella fuesen el Marqués Gino Capponi y el Conde Jacobo Leopardi; pero el ilustre poeta, á la vez que lloraba las antiguas grandezas de la patria y anhelaba su restauración, no creía en ésta, hallaba insuficientes los recursos y débil el espíritu popular, y con su falta de fe y su desesperación, contestó dirigiendo al Marqués Capponi la terrible *Palinodia*, sátira amarga en que se burla del progreso del siglo y habla con sarcasmo del cólera y de los ferrocarriles, del vapor y del amor universal, después de haber dicho que las Parcas preparaban el siglo de oro. ¿Era loco el Leopardi? ¿Odiaba á la patria? Júzganlo así los imbéciles. Alma grande, para él era un vano oropel el progreso del siglo, sin la independencia y la libertad, el derecho y la gloria. El sólo odiaba á las almas viles.

Cuando creyó que su hermana Paulina iba á aceptar el matrimonio que le proponían, le escribió el epitalamio; mas, ¡qué epitalamio! « Tendrás hijos ó míseros ó cobardes, le dice; prefiérelos míseros! » « Mujeres! exclama más adelante, no poco espera de vosotras la patria! » y les aconseja la educación viril y sacra de las madres griegas que con el resplandor de sus ojos domaban el hierro y el fuego; recuerda á Virginia que prefirió la muerte al deshonor, y á las mujeres de Lacedemonia que querían ver regresar al esposo ó al hijo « con el escudo ó sobre el escudo, » y cuando le recogían muerto en el campo de batalla, preferían verle así antes que cobarde ó esclavo.

Este patriotismo del Leopardi conmueve profundamente en la brillante oda « *Sobre el monumento del Dante.* » La hermosura del verso y la alteza de las ideas deleitan como si se contemplace cincelado y bello el vívido mármol pentélico. ¡Cuánta grandeza en la expresión de sus sentimientos! Los días del Dante, según dice, fueron más felices que aquellos en que á él le tocó nacer. ¡Feliz el Dante, exclama, á quien el hado no le dió vivir entre tantos horrores! que no vió á la mujer italiana en brazos de bárbaro soldado; no pilladas, no asoladas ciudades y campos por el extranjero furor y la lanza enemiga; ni las obras divinas del ingenio ítalo llevadas á mísera esclavitud al través de los Alpes; ni

obstruída la doliente vía por los cargados carros, ni las crueles señales ni los soberbios reinados; ni oyó los ultrajes ni la nefanda voz de libertad, á la que así escarnecían al són de la cadena y del flajelo. «¿Quién no se duele? Qué no sufrimos? Qué dejaron intacto aquellas furias? Cuál templo, cuál altar ó cuál delito?» Y luégo se lamenta en enérgicos versos de que los italianos vayan por el mundo á caer, escuadrón á escuadrón, sobre el frío hielo, no por la Italia moribunda sino en defensa de sus tiranos; recordando, sin duda, que de los 27.000 italianos que marcharon á la campaña de Rusia, sólo regresaron 333 con la noticia de la hecatombe.

Padre, exclama, se non ti sdegni,
Mutato sei da quel che fosti in terra.

Y más adelante: «¡oh glorioso espíritu! dime, ¿ha muerto el amor de tu Italia? dí, ¿está apagada aquella llama que te encendía? dí, ¿nunca más reverdecerá aquel mirto que alejó por tanto tiempo nuestro infortunio?» «En tanto que me reste un soplo de vida, iré gritando en torno mío: ¡Vuélvete hacia tus abuelos, raza degenerada!»

Este mismo patriótico sentimiento se encuentra en el sublime canto *All'Italia:*

Oh misero colui che in guerra è spento
Non per li patrii lidi e per la pia
Consorte e i figli cari,
Ma da nemici altrui,
Per altra gente, e non può dir morendo:
« Alma terra natia,
La vita che mi desti ecco ti rendo. »

El no cantó á Napoleón; no amó al corso indómito que desangraba á la Italia y á la Francia, y se fabricaba un trono con los huesos latinos.

Sobre el sublime *L'Infinito*, sobre la magnífica *Ginestra (Retama* ó *Hiniesta)*, sobre la *Ricordanza*, el *Consalvo*, sobre todas las admirables producciones del genio del Leopardi, yo admiro el canto *A la Italia*, que acabo de citar y es el florón de su corona de glorias.

Simónides de Ceos, uno de los más eminentes poetas de Grecia, tan grande como Píndaro, y considerado por sus conciudadanos como el favorito de los dioses, Simónides cantó un día el sacrificio heroico de Leónidas y sus trescientos guerreros en el desfiladero de las Termópilas. De aquel canto heroico no se ha salvado sino un pequeño fragmento:

«¡Cuán glorioso es el destino de los que han perecido en las Termópilas! ¡Cuán hermosa es su muerte! Su tumba es un altar. En vez de lágrimas les consagramos un recuerdo inmortal. La alteza de su muerte es su panegírico. Ni la herrumbre ni el tiempo destructor harán desaparecer este epitafio de los bravos. El asilo subterráneo en que reposan encierra la ilustración de la Grecia. Testigo Leónidas, rey de Esparta, que ha dejado el más bello monumento de la virtud: una gloria imperecedera.»

En este grandioso himno, desgraciada-

mente perdido, y en las desventuras de la Patria, se inspiró el Leopardi, como él mismo lo confiesa, para escribir su canto *All'Italia*, canto sublime que es necesario leer para comprender el poder de la poesía, que hace palpitar el corazón y despierta todos los sentimientos generosos.

«¡Oh patria mía, exclama patéticamente el poeta, veo los muros y los arcos, y las columnas y las estatuas y las desiertas torres de nuestros abuelos, pero no veo la gloria, no veo el laurel y el hierro de que iban cargados nuestros antiguos padres. Inerme ahora, muestras la frente desnuda y desnudo el pecho. Ay de mí! cuántas heridas! qué lividez! cuánta sangre! Oh! cuál te veo, á tí, hermosísima señora! Yo clamo al cielo y al mundo: Decid, decid, ¿quién la redujo á tal estado? Y aun el caso es peor, que la veo ambos los brazos cargados de cadenas. Así esparcidos los cabellos y sin velo, yace sentada en tierra, abatida y desconsolada, ocultando el rostro en las rodillas, y llora. Llora, que bien tienen por qué, Italia mía, los que nacieron para vencer, sin rivales en la prosperidad y en el infortunio. Aun cuando los ojos fuesen dos fuentes vivas, nunca podrían tus lágrimas igualar tus perjuicios y tu afrenta; que fuiste señora y hoy eres mísera sierva. Quien de tí habla ó escribe recordando tus pasadas glorias, ¿no dice: ella fué grande en otro tiempo, y ahora no es la misma? ¿Por

qué, por qué? ¿Dónde la antigua energía, dónde las armas, el valor y la constancia? ¿Quién te desciñe la espada? ¿Quién te traiciona? ¿Qué arte, qué fatiga, qué alta potencia logra despojarte de tu manto y de tu banda de oro? ¿Cómo caíste ó cuándo de tánta alteza, y tan bajo? Nadie combate por tí? ¿Ninguno de los tuyos te defiende? Armas, armas aquí! Yo sólo combatiré, sucumbiré yo sólo! ¡Concédeme, oh cielo, que mi sangre sea un foco que encienda la cólera en los pechos italianos!»

Y así es todo este maravilloso canto, donde si se me permite decirlo así, lucha la elevación de las ideas con la hermosura y la elegancia de la forma.

Bruto Minore es asimismo un canto patriótico. Es Marco Bruto que, después de la derrota, se arroja desesperado sobre el agudo acero. Resplandecen allí el amor á la patria y el estoicismo del romano. Leopardi trata de presentar como justo el terrible apóstrofe del segundo Bruto: *Virtud, no eres sino un nombre!* pero el poeta lo hace así exponiendo el cuadro de las infelicidades de la patria.

El alma del poeta estaba profundamente lacerada. Por eso escribió aquel canto *Amor* y *Muerte*, cuyas estrofas tremendas y dolorosas no tienen igual en ninguna lengua humana.

El *Consalvo* es creación admirable de

un alma desesperada de amar y de ser amada, que sueña deleitarse, aunque sea en el instante postrero de la vida, con el primer beso de la mujer soñada y adorada. ¿Quién es Consalvo, sino Leopardi mismo, el poeta infeliz, el soñador sin esperanza? Aun en el seno de la muerte hace él resplandecer su ideal supremo: la belleza; su esperanza de toda la vida: el amor. Es Leopardi que recuerda sus vanos amores platónicos:

Benché nulla d' amor parola udita
Avess' ella da lui. Sempre in quell' alma
Era del gran desio stato più forte
Un sovrano timor. Così l' avea
Fatto schiavo é fanciullo il troppo amore.

Pero ahora, moribundo, siente que la pierde para siempre:

....Oimè! per sempre
Parto da te, Mi si divide il core
In questo dir. Più non vedrò quegli occhi,
Nè la tua voce udrò! Dimmi: ma pria
Di lasciarmi in eterno, Elvira, un bacio
Non vorrai tu donarmi? Un bacio solo
In tutto il viver mío? Gracia ch' ei chiegga
Non si nega á chi muor.

Aun sin conocer la vida lastimosa y los desgraciados amores del Leopardi, estos acentos tristísimos nacidos de un sentimiento verdadero, desgarran el alma, como la desgarran las cartas en que enumera y lamenta sus infortunios.

Por donde quiera en esta poesía magistral aparece el poeta hablando por boca de Consalvo:

....Due belle cose ha il mondo:
Amore e morte. All' una il ciel mi guida
In sul fior dell' età; nell, altro assai
Fortunato mi tengo.

El beso, al fin obtenido, ha sido el triunfo y la felicidad de su vida, y quiere que Elvira viva para embellecer el mundo con su hermosura, aunque nadie la amará nunca como él la ha amado. Al decirle el último adiós sólo le pide que mañana mande un suspiro á su féretro.

Es la misma alma desolada de este grande italiano, que, cuando daba treguas al pensamiento de su filosofía desconsoladora, derramabá torrentes de lágrimas en el seno del dolor y de la poesía, á las veces con apasionada violencia, á las veces con la calma de la resignación; ó compadecía á la patria y á la humanidad, en quienes suponía sus propios dolores y su desesperación y desamparo.

Así, cuando alejado de la árida filosofía del dolor se entrega á los sueños inefables de la poesía, el Leopardi aparece como uno de los mayores poetas líricos que ha visto el mundo, y en sus más hermosas creaciones brilla siempre el ideal que consolaba su alma y la elevaba á desconocidas regiones. Encarnólo un día en sus amores platónicos, y luégo, sin esperanza ya de encontrar en el mundo

la soñada belleza, anhelándola siempre vehementemente, y soñando con ella como con un imposible, canta las admirables estrofas *Alla sua dònna.* No sabe si su adorada es la beldad espléndida de la edad de oro ó si es la que ha de maravillar al mundo en las edades venideras; y cuando se desvela pensando en ella, en el casto amor que llena su gran corazón de poeta altísimo, exclama con la tristeza desconsoladora que singulariza á la lírica leopardiana:

....Arcano é tutto
Fuorchè il nostro dolor. Negletta prole
Nascemmo al pianto....

Este proscripto del cielo, este espíritu profundamente triste, tan poderoso para concebir y expresar el pensamiento con la precisión y sencillez de los grandes poetas helenos, no morirá nunca: vive en sus obras, conmoverá siempre á las almas sensibles, y deslumbrará siempre con sus imágenes sombrías y bellas. Poeta de la infelicidad y del amor, de la patria y de la hermosura, sus acentos de desesperación y de muerte, su tristeza infinita y sus vagos ensueños, imprimen á su poesía encanto indefinible.

El Leopardi puede ser combatido por sus ideas filosóficas y su extraño pesimismo; mas nadie discutirá nunca su gloria de altísimo poeta, ni discutirá en justicia sus títulos de gran patriota y obrero de la regeneración de Italia.

OBRAS DE REFERENCIA

1 Le prose originali di Giacomo Leopardi, á cura di Giovanni Mestica, edición de Florencia,
2 Poesie di Giacomo Leopardi, edición de Milán.
3 Epistolario di Giacomo Leopardi, edición de Florencia.
4 Lettere inedite di Giacomo Leopardi, edición de Castello.
5 Leopardi al lume della scienza, di Giuseppe Sergi.
6 Ranieri e Leopardi, di Giuseppe Taormina. Milán y Palermo.
7 Les hysteriques, par Legrand du Saulle.
8 Annales d'hygiene (1853) par Brièrre de Boismont.
9 Les hysteriques, para Lasegne (Annales, 1881.)
10 La neurasthenie et les neurastheniques, par Blocq.
11 Charcot. Leçons sur les maladies du système nerveux.
12 Bernard, Leçons sur la chaleur animal, 1876.
13 Las fronteras de la locura, por el Dr. A. Cullerre.

INDICE

INDICE

		Pág.
	Prefacio Tres poetas pesimistas	3
I	Lord Byron	11
II	Shelley	171
III	Leopardi	241

ERRATAS GRAVES

Página	Línea	Donde dice:	Léase:
17	15	tradiciones las poéticas	tradiciones poéticas
17	24	que	qué
39	19	Byron »	Byron. «
71	25	*Horas of Idleness*	*Hours of Idleness*
72	7	estuviése	estuviese
72	26	indecencia	inocencia
79	11	Gorwin	Godwin
87	1	armónicos	harmoniosos
92	5	ssí	así
97	9	esta	éste
110	5	borde la	borde de la
112	5	lo conservan	los conservan
135	31	*Bolletín*	*Bulletin*
145	1	enviará	enviar á
156	7	la oprimían	lo oprimían
161	2	toda desnudez	toda su desnudez
166	23	su obras	sus obras
246	28	*La Ricordanze*	*La Ricordanza*
265	20	por el tiempo	con el tiempo
271	21	eran	era
283	15 y 21	Gæthe	Gœthe

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00031303535